



Rudolf Steiner
LA CIENCIA OCULTA
en bosquejo

EPIDAURO Editora

Título del original alemán:

DIE GEHEIMWISSENSCHAFT im Umriss

1ª edición, Leipzig 1910
3ª edición, Dornach (Suiza) 1989
GA 13

Versión castellana de
Francisco Schneider

Primera reimpresión revisada.

La Editorial Epidauro agradece a la
Sociedad Antroposófica en la Argentina
el haber hecho posible esta edición

Reservados todos los derechos sobre la presente traducción.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
© EPIDAURO EDITORA, Buenos Aires.

ISBN 950-9559-01-6

Impreso en la Argentina
Este libro se terminó de imprimir
en el mes de enero de 1995
en Núcleo Artes Gráficas
Iturrí 340 (1427) Buenos Aires - Argentina
1000 ejemplares

como un lector incapaz de formarse un juicio, un hombre carente de voluntad para llegar a un juicio objetivo? A ello se debe responder: *De ninguna manera*, el autor no lo hará, en ninguno de los casos, pues puede imaginarse que tal crítico puede ser una persona inteligente e incluso un buen científico, que forma sus juicios concienzudamente. El autor puede colocarse en el alma de semejante persona y ver las causas que le conducen a tal juicio. Con el fin de ilustrar lo que el autor realmente expone, es necesario hacer lo que a él mismo, por lo general, le parece impropio, pero para lo cual, con respecto a este libro, existe un motivo imperioso, esto es: expresar algunos aspectos de carácter personal. Pero en esta dirección no se dirá nada que no tenga que ver con la decisión de escribir el presente libro. Lo que en él se expone, no tendría razón de existir si tan sólo tuviera un carácter personal. Es necesario que contenga descripciones a las que *todo* hombre puede llegar; y hay que exponerlo de tal manera, que en cuanto esto sea posible, no se noten matices de índole personal. Por lo tanto, con la observación personal únicamente se intenta hacer entender que el autor pudo escribir este libro, aunque, al mismo tiempo, le es comprensible la referida crítica de lo que él tiene que exponer. Por otra parte, la observación personal sería superflua si se hicieran valer, en toda su amplitud los pormenores que demostrarían que el contenido de este libro realmente concuerda con todos los progresos de la actual ciencia. Pero para este fin haría falta escribir muchos tomos de introducción; y como esto, por ahora, no es posible, el autor considera necesario decir cuál es la situación personal que le permite considerar que en forma satisfactoria existe la concordancia con la ciencia actual.

Ciertamente, el autor no hubiera emprendido la publicación de todo cuanto en este libro se expresa, por ejemplo, con relación a procesos de calor, si él no pudiera declarar lo siguiente: Hace ya treinta años que pudo seguir un estudio de

PREFACIO PARA LA PRIMERA EDICION

El que publique un libro como este, tiene que estar dispuesto con serenidad, a imaginarse toda clase de juicios posibles, en nuestros días. Por ejemplo, alguien que, sobre la base de los resultados de la investigación científica, se haya formado ideas acerca de este o aquel pasaje de lo aquí expuesto, podría llegar al siguiente juicio: «Uno queda asombrado de que en nuestro tiempo puedan sostenerse semejantes afirmaciones. Los mas simples conceptos de la ciencia natural son tratados de una manera que deja entrever una inconcebible ignorancia de elementales conocimientos. El autor emplea conceptos, como por ejemplo el de calor, de una manera como sólo puede hacerlo quien no tenga ni la más mínima noción de todas las modernas ideas de la física. Cualquiera que sólo conozca lo elemental de esta ciencia, podría mostrarle que lo expuesto no merece ni el calificativo de diletantismo y que sólo puede llamarse ignorancia absoluta...». Muchas otras expresiones de semejante criterio podrían formularse; pero según el ejemplo dado, también sería imaginable la siguiente conclusión: «Quien haya leído algunos párrafos de este libro, lo pondrá a un lado y, según su temperamento, sonriendo o indignado se dirá: ¡es extraño a qué aberraciones puede conducir en nuestro tiempo un modo de pensar equivocado! Lo mejor será archivar estas consideraciones al igual que otras curiosidades que hoy aparecen». Pero ¿qué diría el autor del libro frente a semejante enjuiciamiento? Desde su punto de vista ¿no ha de considerarse semejante crítico

física con extensión a las diversas ramas de esta ciencia. En el campo de los fenómenos calóricos se hallaban entonces en el centro del estudio, las explicaciones referentes a la llamada «teoría mecánica del calor», la que, incluso, fue de su especial interés. La evolución histórica de las respectivas explicaciones vinculadas con los nombres de Julio Roberto Mayer, H. Helmholtz, J. Joule, R. Clausius y otros, formó parte de sus incesantes estudios; y con ello se creó el fundamento y la posibilidad para seguir, hasta el presente, todos los progresos en el campo de la teoría del calor, sin encontrar obstáculo alguno para penetrar en todo cuanto la ciencia respectiva produce. Si el autor tuviera que decirse que esto no le es posible, sería para él un motivo para abstenerse de hablar y escribir sobre las consideraciones respectivas. Lo expresado en el libro se apoya en el principio de hablar o escribir en el campo de la ciencia espiritual, únicamente sobre aquello en que el autor sería capaz de hablar de una manera adecuada, considerada por él mismo como suficiente, sobre lo que la ciencia actual conoce acerca de lo mismo. Pero esto no quiere decir que él lo considere como una exigencia general para todos los hombres. Pues cualquiera puede considerarse con derecho a comunicar y a publicar lo que resulte de su propio juicio, su sano sentido de la verdad y su sentimiento, aunque no tenga conocimiento de lo que al respecto puede decirse desde el punto de vista de la ciencia contemporánea. Pero el autor de este libro quiere atenerse a lo arriba expresado. El no quisiera, por ejemplo, decir las pocas palabras contenidas en este libro sobre el sistema glandular, o el sistema nervioso del ser humano, si prácticamente no fuera capaz de hablar sobre estos sistemas de un modo igual a como lo haría un científico, desde el punto de vista de las ciencias naturales. Si bien alguien puede juzgar que quien habla de «calor» de una manera como aquí se hace, no sabe nada de lo elemental de la física actual, lo mismo es cierto que el autor del libro se

considera con pleno derecho a ello, precisamente porque se esfuerza por conocer realmente lo que en el presente la investigación produce, y que se abstendría de hablar de dicha manera si tal conocimiento le fuera ajeno.

También sabe que el motivo en que se basa el referido principio, fácilmente podrá calificarse de inmodesto. No obstante es necesario expresarlo para que los motivos del autor no lleguen a confundirse con algo que sería peor que la inmodestia.

Asimismo sería posible juzgar el contenido de este libro desde un punto de vista filosófico; posiblemente de la siguiente manera. El filósofo podría preguntar: ¿el autor ignora todo el trabajo de la teoría del conocimiento de la actualidad? ¿El jamás se ha enterado de que una vez vivió un Kant y que, según él, es simplemente inadmisiblemente -en sentido filosófico- exponer lo que figura en este libro? En esta dirección podrían agregarse otros argumentos más; y la crítica podría llegar a la conclusión: «Para el filósofo, semejante desatino ingenuo y laico resulta intolerable, de modo que seguir ocupándose de ello, equivaldría a perder el tiempo». Por el mismo motivo expresado más arriba, y no obstante los posibles malentendidos, también aquí, el autor desea decir algo de índole personal: a la edad de dieciséis años empezó los estudios de la filosofía de Kant, y hoy cree estar seguro de poder juzgar objetivamente, desde el punto de vista de Kant, lo que en este libro se expone; e incluso con relación a este aspecto hubiera tenido un motivo para abstenerse de escribir este libro, si no supiera lo que a un filósofo le puede inducir a considerar su contenido como ingenuo, al juzgarlo según el criterio corriente de nuestro tiempo. Realmente se puede saber que en el sentido de Kant, aquí se traspasan los límites del conocimiento posible; se puede saber que J. F. Herbart lo calificaría de «realismo ingenuo», que carece de la «elaboración de los conceptos», etc.; e incluso se puede saber que el pragmatismo moderno de William James, F. J. Scott, R. Schiller y otros, encontraría que aquí se excede lo que son

comprender a Haeckel, combatiéndole «a sangre y fuego», sino cuando se toma en consideración lo que él ha realizado en beneficio de la ciencia. El autor no cree, de modo alguno, que tengan razón los adversarios de Haeckel contra los cuales se dirige el escrito «Haeckel y sus adversarios». Ciertamente, si el autor del presente libro va mucho más allá de los conceptos fundamentales del gran científico, y si coloca la concepción espiritual del mundo al lado de la físico-natural de Haeckel, no por ello ha de compartir las ideas de los adversarios de éste. Quien se esfuerce por considerarlo correctamente, no tardará en advertir la concordancia de los libros actuales del autor con sus anteriores.

Para el autor también sería comprensible que alguien considerase lo expuesto en este libro como producción de una desenfrenada fantasía o bien, de un juego de imaginaciones. Mas todo cuanto a este respecto hay que decir, lo contiene el libro mismo; pues en él se señala que el pensamiento racional puede y debe conducir a la plena prueba de lo expuesto. Únicamente quien para esta prueba emplee la razón al igual que se prueban, por ejemplo, los hechos de la ciencia natural, podrá valorar el resultado del examen a que la razón ha de llegar.

Después de todo lo dicho con respecto a las personas que podrían rechazar este libro, también puede ser oportuno decir unas palabras para quienes se inclinan a acogerlo positivamente. Mas lo esencial para ello, lo contiene el primer capítulo «El carácter de la Ciencia Oculta». No obstante, se añade aquí algo más. Si bien el libro trata de investigaciones que no son posibles mediante el intelecto ligado al mundo sensorio, no se expone nada que no fuese comprensible para la razón libre de prejuicios y el sano sentido de la verdad de toda persona que emplee estos dones humanos. El autor declara explícitamente: ante todo desea que el lector se niegue a aceptar cosa alguna con fe ciega, sino que se esfuerce por verificarlo todo, sobre la base de los conocimientos del alma propia y las

«representaciones verdaderas», las que «podemos adquirir, hacer valer, poner en vigor y verificar»*. Ciertamente se puede saber todo esto y, no obstante, o justamente debido a ello, considerarse con derecho a escribir lo aquí expuesto. El autor se ha ocupado de las distintas corrientes filosóficas en sus libros: «Los principios de la gnoseología para el concepto goetheano del mundo», «Verdad y Ciencia», «La Filosofía de la Libertad», «La Cosmovisión de Goethe», «Concepciones del mundo y de la vida en el siglo XIX», «Los Enigmas de la Filosofía».

Otros juicios de todo género posible podrían enumerarse. Alguien podría haber leído uno de los primeros libros del autor, por ejemplo «Concepciones del mundo y de la vida en el siglo XIX», o tal vez el opúsculo «Haeckel y sus adversarios», y sostener: «No se concibe que el mismo hombre haya escrito estos libros y - después de la «Teosofía» - este otro, «La Ciencia Oculta». ¿Cómo es posible defender de tal manera a Haeckel y luego escribir algo extremadamente contrario a lo que, como monismo sano, resulta de las investigaciones haeckelianas? Sería concebible que el autor de esta «Ciencia Oculta» combatiere a Haeckel a «sangre y fuego»; en cambio, el haberle defendido, e incluso haberle dedicado su libro «Concepciones del mundo y de la vida en el siglo XIX», esto es indudablemente lo más monstruoso que uno puede imaginarse. Es de suponer que Haeckel habría ostensiblemente dedicado tal dedicatoria, con agradecimiento, si hubiera sabido que algún día su autor escribiría semejante desatino como lo es esta «Ciencia Oculta» con su burdo dualismo. No obstante, el autor del presente libro opina que muy bien puede comprender a Haeckel sin tener que pensar, al mismo tiempo, que con tal comprensión habría que considerar como absurdo todo aquello que no fluye de las ideas y fundamentos haeckelianos; además, que tampoco se llega a

*Se podría también haber tomado en consideración seriamente y estudiado la filosofía del «Como si», el bergsonismo y la «Crítica del lenguaje». (Nota de Rudolf Steiner para la 4ª edición, 1913).

experiencias de su vida*. Ante todo desea que los lectores cuidadosos, sólo acepten lo que por lógica pueda justificarse, porque el autor sabe que nada valdría su libro si dependiese de la fe ciega del lector, y que sólo es apto en la medida en que su contenido pueda justificarse ante la razón imparcial. La fe ciega fácilmente confundiría lo insensato y lo supersticioso con lo verdadero. Quien se inclina a contentarse con la mera fe en lo «suprasensible», encontrará en tal caso, que el libro exige demasiado de la facultad del pensar. Pero en cuanto al contenido de este libro, en verdad no se trata simplemente de que algo se comunique, sino de que lo expuesto se presente de tal manera como lo exige un pensamiento concienzudo en el campo correspondiente de la vida; pues en este libro se trata de la esfera donde en la vida real muy fácilmente se tocan las cosas más sublimes con la charlatanería sin escrúpulo, como asimismo el verdadero conocimiento con la superstición.

Quien esté familiarizado con la investigación suprasensible notará, cuando lea este libro, que en él se han tratado de observar estrictamente los límites entre lo que de los conocimientos suprasensibles actualmente se puede y debe comunicarse, y lo que sólo más tarde, o bien, de otra manera corresponde exponer.

Diciembre de 1909

Rudolf Steiner

*Esto se refiere no solamente a la verificación científico-espiritual, por medio de los métodos de la investigación suprasensible, sino ante todo a la absolutamente posible, con fundamentos en el sano pensar y el intelecto humano, libres de prejuicios.

PREFACIO PARA LA CUARTA EDICION

El que va a exponer resultados de la ciencia espiritual de la índole de los que se dan a conocer en este libro, ante todo debe tener en cuenta que en el presente, amplios círculos lo consideran como algo imposible. Pues aquí se habla de cosas de las cuales un pensar que en nuestros días se considera exacto, sostiene que «la inteligencia humana probablemente jamás podrá escudriñarlas». Quien conoce y sabe apreciar las causas que conducen a serias personalidades a afirmar tal imposibilidad, quisiera intentar demostrar siempre de nuevo en qué malentendido se apoya la creencia de que el conocimiento humano no puede penetrar en los mundos suprasensibles.

Considérense dos hechos. En primer lugar, no habrá alma humana que, pensándolo profundamente, no tenga que llegar a la conclusión de que sus más profundas preguntas acerca del sentido y el significado de la vida humana quedarían sin respuesta, si no existiese la posibilidad de acercarse y de penetrar en los mundos suprasensibles. Teóricamente podría desestimarse o negarse este hecho; sin embargo, en su profundidad, el alma no se conforma con semejante engaño de sí misma. Quien se niegue a escuchar lo que surge del alma propia, rechazará naturalmente las consideraciones sobre los mundos suprasensibles. Pero también es cierto que hay hombres, y no pocos, a quienes no les es posible desoir las exigencias de las profundidades del alma y que siempre llamarán a las puertas, las que, según el parecer de los demás, cierran el acceso a lo «inconcebible».

10

El entendimiento humano, tal como se desenvuelve en la vida cotidiana y en la ciencia común, realmente es de tal índole que no le es posible penetrar en los mundos suprasensibles. Esto puede demostrarse irrefutablemente; sin embargo, para determinado género de la vida del alma, semejante prueba no tiene otro valor que aquella que se haga para demostrar que mediante la facultad visual del ojo físico humano no es posible penetrar hasta las pequeñas células de un ser viviente, o hasta la naturaleza de lejanos cuerpos celestes. La aserción de que el entendimiento común no puede penetrar en los mundos suprasensibles, es tan correcta y demostrable como lo es aquella otra de que la facultad visual común no puede penetrar hasta la naturaleza de las células. Mas la prueba de que la facultad visual común debe detenerse ante las células, no decide nada en contra de la investigación de ellas. ¿Por qué entonces, la prueba de que la facultad cognoscitiva común debe detenerse ante los mundos suprasensibles, debería decidir algo contra su investigación?

Uno puede imaginarse los sentimientos que pueden despertarse frente a esta comparación, e incluso puede sentir lo justificado de quien ponga en duda el que aquel que aduce semejante comparación frente al susodicho trabajo mental, comprenda siquiera algo de toda la seriedad de este trabajo. Sin embargo, el que escribe estas líneas no sólo está compenetrado de esa seriedad, sino que opina que el referido trabajo mental pertenece a los más nobles logros de la humanidad. Demostrar que la facultad visual humana no puede, por sí sola, llegar hasta las células, sería, ciertamente, un esfuerzo inútil; en cambio constituye un trabajo espiritual necesario, a través de un pensar firme y exacto, el llegar a ser consciente de la naturaleza de este pensar. Pero es bien comprensible que aquel que se sumerge en tal trabajo, no se dé cuenta de que la realidad puede contradecirle. En esta nota preliminar no corresponde condescender a algunas «refutaciones», hechas por personas carentes de toda

12

En segundo lugar, de ningún modo deben menospreciarse las consideraciones del «exacto pensar». Quien se dedique a ellas, no tardará en sentir la seriedad, donde ésta realmente se aplique. El autor del presente libro no quiere que se le considere como hombre que ligeramente pasa por alto el enorme trabajo mental que se ha empleado para fijar los límites del intelecto humano; pues este trabajo mental no puede desestimarse, desdénandolo como mera «sabiduría escolar» o cosa parecida. En muchos casos, la fuente de ese trabajo se halla en la verdadera búsqueda del conocimiento y en la genuina sagacidad. Inclusive hay que admitir que se han aportado argumentos sosteniendo que el conocimiento que actualmente es considerado como de carácter científico, no puede penetrar en los mundos suprasensibles; y estos argumentos son, en cierto sentido, irrefutables.

Como el autor de este libro no vacila en admitir este hecho, puede parecer extraño que, no obstante, se haya decidido a escribir estas contemplaciones que se refieren a los mundos suprasensibles. Parecería, cosa imposible, el que alguien en cierto sentido reconozca las causas que impiden el conocimiento de los mundos suprasensibles y que, a pesar de este hecho, hable de ellos.

Sin embargo, es posible hacerlo y, al mismo tiempo, comprender que otros lo consideren como actitud contradictoria. Resulta que muchos no toman en cuenta las experiencias que se hacen cuando con el intelecto humano uno se acerca al dominio suprasensible; pues en tal caso se pone de manifiesto que las pruebas a que llega el intelecto pueden ser irrefutables y que, a pesar de ello, pueden no ser decisivas para la realidad. En lugar de consideraciones teóricas trataremos de llegar a un esclarecimiento mediante una comparación. Se admite, naturalmente, que una comparación no tiene fuerza probatoria, pero ello no excluye que conduzca a mejor comprensión.

11

comprensión, o de aquellas que dirigen sus ataques, contrarias a la verdad, contra la persona del autor. Pero debe destacarse que en este libro solo podría suponer un menosprecio del serio trabajo científico-mental quien dejase de ver el verdadero espíritu de lo aquí expuesto.

La facultad cognoscitiva del hombre puede fortalecerse al igual que la facultad visual del ojo físico, sólo que los medios para fortalecer aquella, son de índole espiritual, pues se trata de ejercitaciones interiores, puramente anímicas, que consisten en lo que en el libro se describe, como meditación, concentración (contemplación). La vida anímica común depende de los instrumentos corpóreos; la vida anímica fortalecida se independiza de ellos. En nuestro tiempo existen ideas para las cuales semejante afirmación no puede sino parecer bastante absurda, resultado de un engaño de sí mismo. Para semejante modo de pensar, desde su punto de vista, no será difícil demostrar que «toda la vida anímica» se apoya en el sistema nervioso.

Quien parte de un punto de vista como el adoptado en este libro, comprende perfectamente semejantes pruebas; comprende que se diga que sólo un pensar superficial puede afirmar la posibilidad de una vida anímica independiente del cuerpo; comprende que hay hombres plenamente convencidos de que para tales experiencias anímicas existe un vínculo con los nervios, sin que el «diletantismo científico-espiritual» lo vea claramente.

En este campo existen, frente a lo expuesto en este libro, ciertos hábitos de pensar - plenamente comprensibles - de índole tan rígida que con muchos de ellos resulta, por ahora, totalmente imposible llegar a un entendimiento. Hemos llegado a un punto en que es preciso hacer valer el deseo, de que en nuestros días debería considerarse como no adecuado a la vida espiritual el que se califique de fantástico, ilusorio, a un método científico porque en mucho difiere del propio.

13

Por otro lado es un hecho que en el presente ya hay muchos hombres que poseen comprensión para la investigación suprasensible como ella se expone en este libro; hombres que entienden que el sentido de la vida no se revela a través de expresiones generales acerca del alma, el individuo, etc., sino únicamente si se toman en consideración los resultados de la investigación suprasensible. No por inmodestia el autor experimenta gran satisfacción por la necesidad de publicar esta cuarta edición, después de relativamente breve tiempo.

No puede haber motivo para la inmodestia, puesto que el autor siente con toda claridad cuán poco este libro responde a lo que como «bosquejo de una cosmovisión suprasensible» debería ser. Para esta nueva edición, una vez más se han repasado todos los capítulos, agregando muchos detalles en pasajes importantes, y tratando de hacer aclaraciones. No obstante, en muchos pasajes se ha evidenciado cuán poco satisfacen los medios de descripción frente a lo que resulta de la investigación suprasensible. Apenas ha sido posible señalar el camino para llegar a representaciones con respecto a lo expresado acerca de las evoluciones de Saturno, Sol y Luna, si bien, en este dominio se ha tratado brevemente un nuevo punto de vista. Mas lo que con relación a estos hechos se vive, dista tanto de todas las experiencias del mundo sensible, que la exposición exige continuos esfuerzos por encontrar la expresión medianamente satisfactoria. Quien esté dispuesto a dirigir la atención hacia la característica de la exposición, podrá advertir que ciertas cosas, imposibles de expresar mediante la mera palabra, se tratan de decir por la *manera* de expresarlo. Se notará la diferencia de estilo entre el relato de la evolución de Saturno y el de la evolución del Sol, etc.

En la segunda parte del libro que trata del «Conocimiento de los Mundos Superiores», se han introducido, para la nueva edición, importantes adiciones y ampliaciones, para llegar, de esta manera, a una clara descripción de los procesos

14

nacimiento y la muerte. No se trata de un afán al que se da este o aquel nombre antiguo, sino de la búsqueda de la verdad.

Por el otro lado, se han empleado para la cosmovisión que se expone en este libro, calificaciones con intenciones adversas. Aparte de lo absurdo y objetivamente contrario a la verdad, de aquellas con que más se intentó atacar y desacreditar al autor, semejantes expresiones se caracterizan por lo indigno que consiste en que desprecian una búsqueda de la verdad totalmente independiente, no juzgándola por el carácter que le es intrínseco, sino inventando una dependencia de esta o aquella doctrina. Mas el autor de este libro estima inoportuno entrar, aquí, en ulteriores consideraciones sobre el particular.

Junio de 1913

Rudolf Steiner

interiores del alma, por los cuales la facultad cognoscitiva se independiza de los límites del mundo de los sentidos, haciéndola apta para experimentar el mundo suprasensible; y se ha tratado de hacer ver que tal experiencia, si bien se adquiere por medios y caminos en lo profundo del alma, no tiene, por ello, un significado meramente subjetivo para el individuo que lo adquiere. Se ha tratado de explicar que *dentro* del alma ella se desprende de lo peculiar personal y adquiere una experiencia la que tiene, de igual manera, *todo* hombre que, partiendo de su vida subjetiva, llega a desarrollarse de la justa manera. Únicamente si se concibe este carácter del «conocimiento de los mundos suprasensibles», será posible distinguirlo de toda clase de experiencias del misticismo meramente subjetivo, etc.. De este misticismo podría decirse que él es, más bien, un asunto subjetivo del místico. En cambio, la ejercitación del alma en sentido científico-espiritual, como aquí se la entiende, aspira a exigencias objetivas, cuya verdad, si bien se la llega a conocer en lo profundo del alma, justamente debido a ello, se concibe claramente en su validez general. Este es otro punto, por cierto, en que es muy difícil llegar a un entendimiento con ciertos hábitos de pensar de nuestro tiempo.

Para terminar, quisiera expresar la esperanza de que incluso los que acojan con simpatía lo que aquí se expone, lo acepten tal como se presenta por su propio contenido. Pues en nuestros días suele manifestarse la tendencia a dar este o aquel nombre antiguo a este o aquel movimiento espiritual porque sólo entonces les parece importante. Pero habrá que preguntar: ¿qué pueden ganar las contemplaciones de este libro por el hecho de que se las llame rosicrucianas, o algo parecido? Lo esencial consiste en que aquí, con los medios que son posibles en el actual período evolutivo del alma humana y adecuados a ella, se trata de penetrar en los mundos suprasensibles, y que, desde tal punto de vista, se contemplan los enigmas del destino humano y de la existencia humana más allá de los límites del

15

PROLOGO A LA SEPTIMA EDICION

Para esta nueva edición de mi «Ciencia Oculta» he dado una nueva forma a casi todo el primer capítulo, denominado: «El carácter de la ciencia oculta». Creo que con ello habré menos motivos para que surjan los malentendidos despertados a raíz de la redacción anterior. Desde muchos lados se me decía: otras ciencias suelen demostrar lo que exponen; aquí se dice simplemente: la ciencia oculta afirma esto o aquello. Es lo más natural que semejante prejuicio aparezca, ya que la prueba del conocimiento suprasensible no se pone de manifiesto de la misma manera, a través de la exposición, como cuando se trata de alguna materia de la realidad sensoria: por la refundición del primer capítulo he intentado expresar más claramente que en las ediciones anteriores, como ha sido dicho más arriba efectivamente se trata de un prejuicio.

En las otras partes del libro se han introducido ampliaciones con el propósito de exponer con más exactitud algunos pormenores. A través de toda la obra me he esforzado en buscar expresiones más adecuadas al contenido de numerosos pasajes, como resultado de lo vivido con el contenido del libro.

Berlín, Mayo de 1920

Rudolf Steiner

16

17

PROLOGO A LA DECIMOSEXTA EDICION

Ahora, transcurridos quince años desde la aparición de este libro, será oportuno decir públicamente algunas palabras con respecto al estado del alma desde el cual ha surgido.

Originariamente había sido mi intención añadir lo esencial de su contenido, como último capítulo, a mi libro «Teosofía», publicado mucho tiempo antes. No fue posible, pues, al haber terminado la «Teosofía», dicho contenido aún no había tomado forma cabal como el de este último libro. En mis imaginaciones tenía presente ante el alma la naturaleza espiritual del ser humano, de modo que pude describirla; no así el cuadro cósmico que se debía exponer en la «Ciencia Oculta». Tenía ante el alma las distintas partes, pero no la imagen en su conjunto.

Debido a ello me decidí a publicar «Teosofía» con el contenido que posela como visión de la naturaleza de la vida del ser humano como individuo, y a escribir la «Ciencia Oculta» en el tiempo subsiguiente, con toda calma.

Según mi ánimo de aquel tiempo, consideraba necesario dar el contenido de este libro, con pensamientos que, por el desarrollo y fortalecimiento de los que se emplean en la ciencia natural, resultan apropiados para expresar lo espiritual. Por lo dicho en el «prefacio para la primera edición», el lector podrá advertir cuan intensamente, con mis consideraciones sobre el conocimiento espiritual, me sentía entonces responsable ante la ciencia natural.

18

En la cognición espiritual, todo depende de la íntima experiencia del alma, no solamente con relación a la visión misma, sino también en cuanto la comprensión con que la no vidente conciencia común acoge los resultados que el vidente le ofrece.

De esta intimidad no tiene idea el que de una manera «dileitante» opina, que quien cree comprender, se esta sugiriendo a sí mismo la comprensión.

Pero es una realidad el que frente al mundo espiritual llega a ser experiencia lo que para la comprensión en el mundo físico vive meramente en conceptos, ya sea como verdad, o como error.

Quien en su juicio, aunque apenas como un sentimiento, haga fluir la afirmación de que lo percibido espiritualmente no es concebible - debido a sus límites - por la conciencia común, exenta de la visión, coloca ante sí mismo este juicio (que vive en el sentimiento) cual una nube que ofusca el entendimiento, de modo que realmente no puede comprender.

Pero para la conciencia no vidente, libre de prejuicios, resulta plenamente comprensible lo percibido por el vidente, si éste lo hace aparecer en la forma de pensamientos. Es comprensible, tal como el cuadro terminado por el pintor, resulta comprensible para el no pintor. Pero la comprensión del mundo del espíritu no es de índole artístico-sensible como en el caso de una obra de arte, sino absolutamente intelectual-pensante como en la ciencia natural.

Empero, para que semejante entendimiento realmente se haga posible, es preciso que el que describe lo espiritualmente percibido logre verter sus visiones adecuadamente, en la forma de pensamientos, sin que aquellas dentro de esa forma, pierdan su carácter imaginativo.

Todo esto estaba ante mi alma mientras trabajaba en mi «Ciencia Oculta».

20

Pero meramente con semejantes pensamientos, no es posible describir lo que como mundo del espíritu se revela para la visión espiritual. Pues tal revelación no cabe dentro del mero contenido de los pensamientos. Quien, por visión propia ha llegado a conocer la naturaleza de semejante revelación, sabe que los pensamientos de la conciencia común no son aptos para expresar lo percibido espiritualmente, sino tan sólo para lo que se percibe con los sentidos.

El contenido de lo percibido espiritualmente no puede describirse sino mediante imágenes (imaginaciones) por las cuales se expresan inspiraciones que se originan en la esencialidad espiritual, revelada intuitivamente. (El lector encuentra lo necesario sobre la naturaleza de la imaginación, la inspiración y la intuición, en este libro mismo y en el libro «¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?»).

Pero las imaginaciones provenientes del mundo del espíritu no pueden, en nuestro tiempo, expresarse por medio de ellas mismas, porque con estas imaginaciones se daría algo que parecería, como contenido de una conciencia distinta, al lado de lo que da el conocimiento de nuestra época, sin relación alguna con éste. Por consiguiente, es preciso verter en la conciencia del presente, aquello que se haga conocer a través de otra conciencia: la que percibe el mundo espiritual. De esta manera, la descripción tendrá por contenido ese mundo espiritual, pero este contenido aparece en forma de pensamientos, porque fluye en estos; y así será comprensible para la conciencia común, la que piensa en sentido de nuestro tiempo, pero aún no percibe el mundo del espíritu.

La comprensibilidad sólo dejará de producirse, si uno mismo pone obstáculos ante ella. Esto ocurre cuando se vive con los prejuicios de nuestra época, formados por una mal concebida idea de la ciencia natural, con respecto a «límites del conocimiento».

19

Finalmente, en 1909, sentí que sobre esta base podría escribir un libro el que: primero, haga llegar al lector el contenido de mi visión espiritual vertido en forma de pensamientos, hasta cierto, o bien suficiente grado; y que, en segundo lugar, resulte comprensible para todo hombre pensante, cuando él no se pone obstáculos a sí mismo ante el entendimiento.

Lo digo ahora, y debo agregar que en aquel momento - en el año 1909 - la publicación del libro me parecía un propósito arriesgado, pues sabía que no *pueden* elevarse a la imparcialidad necesaria, precisamente aquellos cuya profesión les sitúa en la ciencia natural, ni tampoco las numerosas personas que en su juicio dependen de aquellos.

Por otra parte, tenía ante el alma el hecho de que en la época en que la conciencia de la humanidad había alcanzado el máximo alejamiento del mundo del espíritu, respondía a la más imperiosa necesidad, hacer conocer lo que de dicho mundo puede comunicarse.

Confiaba en que también hay hombres que hasta cierto grado sienten el alejamiento de toda espiritualidad como un obstáculo tan grande para la vida, que con vehemente deseo, del alma acogen las comunicaciones procedentes del mundo del espíritu.

Los años posteriores lo corroboraron plenamente: la «Teosofía» y la «Ciencia Oculta», como libros que presuponen la buena voluntad del lector de ahondar un estilo difícil, encontraron una amplia difusión.

Conscientemente he procurado dar una descripción, no de índole «popular» sino de una manera que haga necesario compenetrarse del contenido a través de un verdadero esfuerzo mental. Con ello he dado a mis libros un carácter tal que ya la lectura misma llega a ser el comienzo de la ejercitación espiritual. Pues, el quieto y meditativo esfuerzo mental que la lectura exige, intensifica las fuerzas del alma y las capacita para acercarse al mundo espiritual.

21

El que a este libro se le haya dado el título «Ciencia Oculta» ha dado motivo a malentendidos. Se ha dicho, por ejemplo, que no puede ser tan «oculto», lo que pretende ser «ciencia». ¡Qué poco se ha reflexionado sobre tal objeción! como si el que publica algo, quisiera darlo como una cosa «oculta» todo el libro evidencia que nada se designa como «oculto», sino que precisamente se le ha querido dar una forma tal que resulte comprensible como cualquier «ciencia». Cuando se emplea la palabra «ciencia natural» ¿no es que con ella se alude a que se trata de un saber acerca de la «naturaleza»? La ciencia oculta es la ciencia de lo que tiene lugar en un ámbito «oculto», en sentido de que no se lo percibe afuera, en la naturaleza, sino allí hacia donde el alma se orienta cuando con su ser interior se dirige hacia el espíritu. «Ciencia Oculta» es lo contrario de «ciencia natural».

Con respecto a mis visiones en el mundo espiritual, una y otra vez se ha objetado que no son sino descripciones modificadas de lo que en el curso de tiempos pasados apareció como representaciones de los hombres acerca del mundo espiritual. Se ha dicho que yo había leído esto y aquello, que lo había absorbido en lo subconsciente, y que luego lo relataba, en la creencia de tratarse del resultado de la propia visión. Doctrinas gnósticas, obras poéticas de sabiduría oriental y otras, habrían sido las fuentes de mis relatos.

Estas aserciones fueron hechas con pensamientos enteramente superficiales.

Soy plenamente consciente de que mis conocimientos de lo espiritual son el resultado de la visión propia.

En todo momento, en todos los pormenores, como asimismo en los cuadros de conjunto, me he sometido a un severo examen para saber si la prosecución de la visión se realizaba de tal manera que cada paso se daba en la conciencia plenamente juiciosa. Como el matemático va de pensamiento en pensamiento, sin pasos inconscientes, ni autosugestión, etc.,

22

Arcángeles, etc., se decía que simplemente renovaba las representaciones del gnosticismo cristiano.

Semejante modo de pensar superficial se puso de manifiesto, una y otra vez, en las objeciones a lo expuesto en el libro.

Este hecho debe señalarse ahora, con motivo de la nueva edición de la «Ciencia Oculta»; pues, este libro contiene el bosquejo de la antroposofía, como un todo. Por consiguiente, le afectan particularmente los malentendidos a que aquélla se ve expuesta.

Desde el tiempo en que en mi alma se reunieron en un cuadro global las imaginaciones que en el libro se dan a conocer, me he dedicado incesantemente al ulterior desarrollo de la visión investigadora del ser humano, de la evolución histórica, del cosmos; y en cuanto a los pormenores he llegado, cada vez más, a nuevos resultados. Empero, lo que, hace quince años, he dado en la «Ciencia Oculta», como un bosquejo, ha quedado para mí sin quebranto, en todas sus partes. Todo lo que desde entonces he podido decir, aparece, insertado en el lugar correspondiente de este libro, como ulterior exposición de lo esbozado en aquel tiempo.

Goetheanum,
10 de enero de 1925

Rudolf Steiner.

24

así también - me decía - la visión espiritual tiene que pasar de imaginación subjetiva a imaginación objetiva, sin que en el alma viva otra cosa que el contenido espiritual de la conciencia clara y juiciosa.

Por medio de la sana experiencia interior se logra saber que una imaginación no es meramente un cuadro subjetivo, sino una imagen-reflejo de un contenido espiritual objetivo. Esto se alcanza de una manera espiritual-anímica, al igual que en el ámbito de la percepción sensorial, gracias a un sano organismo, se sabe discernir adecuadamente lo imaginario de las percepciones objetivas.

De tal modo tenía ante el alma los resultados de mis visiones; por de pronto, como «percepciones» vivientes, sin nombres.

Para comunicarlas, hacía falta darles nombres. Más tarde, los buscaba en antiguas descripciones de lo espiritual, con el fin de poder expresar, mediante palabras, lo que aún no tenía nombres. Estas designaciones, las usé libremente, de modo que ahora apenas una sola coincide con lo que esos términos significaban donde los he encontrado.

Más siempre buscaba la posibilidad de no expresarme sino sólo después de haber concebido el contenido, por la propia visión. Me fue imposible, mediante el estado de conciencia que acabo de relatar, no tener presente en la propia visión investigadora lo antes leído.

Pero en mis expresiones se pretendía descubrir afinidades con representaciones antiguas; y sin tomar en consideración el contenido correspondiente, se juzgaban tales expresiones. Si yo me refería a «flores de loto» en el cuerpo astral humano, se lo tomaba como prueba de que reproducía doctrinas indias en que se halla dicha expresión. Y cuando yo hablaba del «cuerpo astral» mismo, se lo consideraba como resultado de la lectura de escritos medievales. Si empleaba las expresiones: Ángeles,

23

EL CARACTER DE LA CIENCIA OCULTA

Una palabra antigua: «ciencia oculta», se emplea para el contenido de este libro. Esta palabra puede dar motivo para que de inmediato se despierten los sentimientos más contradictorios en diversos hombres de nuestro tiempo. Para muchos tiene algo de repugnante; suscita burla, un sonreír de lástima, o quizá desdén. Semejantes críticos se imaginan que una concepción que se denomina así, sólo puede ser el resultado de ociosa ensoñación o de fantasías, o que detrás de tal «supuesta» ciencia sólo se esconde la propensión a renovar toda suerte de superstición, la que, con razón, rehuye quien conoce el «verdadero método científico» y el afán del «genuino conocimiento». Para otros, dicha palabra es motivo para esperar que se les ofrezca algo que por ningún otro camino puede alcanzarse, y a lo cual se sienten atraídos, según su predisposición, por un profundo anhelo de conocimiento, o bien, por curiosidad anímicamente refinada. Entre estos extremos de opiniones contrarias existen los más diversos grados intermedios de rechazo o aceptación condicionados, en cuanto a lo que cada uno se imagina cuando se le presenta la palabra «ciencia oculta». No se puede negar que para algunos la palabra «ciencia oculta» tiene un sonido mágico porque les parece satisfacer su equivocado anhelo de conseguir, fuera del camino natural, el conocimiento de algo «extraño», misterioso, sombrío. Muchos hombres no están inclinados a satisfacer los anhelos más profundos del alma por lo que se conoce con claridad. Están convencidos de que, fuera del conocimiento que en el mundo se puede adquirir, tiene que

25

haber algo que se substrahe al conocimiento. De un extraño modo contradictorio, sin darse cuenta de ello, rechazan, con respecto al más profundo deseo de conocimiento, todo lo que «es conocido», y sólo quieren dar valor a aquello que por el trabajo de la investigación natural jamás se llegará a conocer. Quien tenga que hablar de «ciencia oculta», tendrá que tener presente que existen en contra de él malentendidos causados por quienes defienden semejante ciencia, es decir, quienes en realidad aspiran, no a un saber, sino a lo contrario del conocer.

Lo que se expone en este libro, se dirige a lectores que no pierden su imparcialidad por el hecho de que por diversas circunstancias una palabra suscite prejuicios. Aquí no se tratará de un saber «secreto» que en algún sentido debería considerarse como sólo accesible por gracia especial del destino.

Se apreciará en lo justo el empleo del referido término si se contempla a que se refiere Goethe cuando habla de los «secretos manifestos» en los fenómenos del mundo. Lo que en tales fenómenos permanece «secreto», no revelado, cuando sólo se los concibe por los sentidos y el intelecto que de ellos depende, ha de considerarse como el contenido a que se llega por la cognición suprasensible*. Se entiende que aquel que sólo reconoce como «ciencia» lo que es manifestado para los sentidos y el intelecto al servicio de ellos no puede considerar como ciencia lo que aquí se da como «ciencia oculta». Pero si él tratara

* Se ha dado el caso de que se rechazó el término «ciencia oculta» como ha sido usado por el autor de este libro en ediciones anteriores. Justamente con el argumento de que para nadie una ciencia puede ser una cosa «secreta», oculta. Esto se justificaría si se usara tal intención, lo que no corresponde. Así como la ciencia natural no puede llamarse «natural» en sentido de considerarla como propia de cada uno «por su naturaleza», así tampoco, hablando de «ciencia oculta», se tiene en mente una ciencia «secreta» (u oculta), sino una ciencia que se refiere a aquello de los fenómenos del mundo que para el método científico común permanece no visible. «secreto», quiere decir una ciencia de lo «secreto» (oculto), o sea, del «secreto revelado». Una ciencia que no pretende ser secreta, para los que busquen el conocimiento por los caminos correspondientes.

aplicar al campo de lo no sensible el resultado de tal desarrollo interior. Ella quiere proceder de tal manera que, si bien no habla sobre los fenómenos sensibles como tales habla en cambio, sobre los hechos del mundo no sensible al igual que la ciencia natural sobre los del mundo sensible. Del proceder científico-natural, la ciencia oculta hace suyo el estado anímico inherente a este proceder, quiere decir, justamente aquello por lo cual el conocimiento de la naturaleza llega a ser ciencia; por lo tanto, ella también puede llamarse ciencia.

Quien reflexione sobre el significado de la ciencia natural en la vida humana, encontrará que aquel no se agota con la adquisición de conocimientos de la naturaleza; puesto que éstos jamás pueden conducir a otra cosa que a experimentar lo que el alma humana misma no es. Lo anímico no vive en el conocimiento que de la naturaleza el hombre adquiere, sino en el proceso mismo de la cognición. El alma humana vive y es consciente de sí misma en su actividad interior con relación a la naturaleza; y lo que en esta actividad ella desarrolla, llena de vida, es algo bien distinto del conocimiento de la naturaleza de por sí. Pues se trata de un desarrollo del propio ser, adquirido a través del conocimiento de la naturaleza. La ciencia oculta quiere hacer uso del fruto de ese auto-desarrollo, en el dominio que trasciende la mera naturaleza. El representante de la ciencia oculta no tiende a desestimar el valor de la ciencia natural, sino que quiere reconocerlo aún más que el naturalista mismo. Pues sabe que sin la exactitud de la concepción que impera en la ciencia natural, no es posible fundar una ciencia. Pero también sabe que, cuando tal exactitud se adquiere por el genuino penetrar en el espíritu del pensar científico-natural, la fuerza del alma puede sostenerla para otros dominios.

No obstante, hay algo que podría dar motivo para expresar dudas con respecto a lo que antecede. En la contemplación de la naturaleza, el alma es guiada por el objeto observado, en mucho más alto grado que en aquella de hechos

de entenderse a sí mismo, tendría que admitir que está rechazando una «ciencia oculta», no con razonamiento fundado, sino por una sentencia autoritaria la que se deriva de un sentir puramente personal. Para comprenderlo, sólo es menester reflexionar sobre el origen de la ciencia y su significación en la vida humana. La ciencia, según su naturaleza, no tiene su raíz en el objeto de que ella se ocupa; sino que se manifiesta por la actividad específica del alma humana, actividad que surge del afán científico. Hay que fijarse en la actitud que el alma observa cuando penetra en lo profundo de una ciencia.

Quien se dedica a esta actividad únicamente en el campo de lo que se revela a los sentidos, llegará fácilmente a opinar que lo esencial reside en la revelación sensoria sin prestar atención al hecho de que, de esta manera, un determinado comportamiento del alma humana tan sólo se ha aplicado a esta revelación sensoria. Pero se puede dar un paso más allá de esta auto-limitación arbitraria y, aparte de lo específico de la materia, dirigir la mirada sobre el carácter de la actividad científica. Sobre este hecho se fundamenta el que aquí se hable, con respecto al conocimiento del mundo no sensible, como de una «ciencia». Con relación a los fenómenos de este mundo (el no sensible) el pensamiento humano quiere ejercer su actividad, tal como, en el otro caso, se dedica a la actividad científica con relación a los fenómenos en el mundo de la ciencia natural. Esta última ciencia, por la manera y el espíritu de su investigación, se atiene a las condiciones y el desarrollo de los hechos sensibles; la ciencia oculta, a su vez, quiere desligar tal actividad científica de dicha particularidad de su aplicación, pero manteniendo las características del pensar y de lo demás; sobre lo no sensible quiere hablar de la misma manera como la ciencia natural habla sobre lo sensible. Mientras que la ciencia natural, con su manera de investigar y de pensar, se limita a lo sensible, la ciencia oculta considera el trabajo arduo con respecto a la naturaleza, como una suerte de auto-educación del alma, para

del mundo no sensible. En esta contemplación es preciso que el alma tenga la facultad de mantener en mayor medida, y por impulsos puramente interiores, la naturaleza del pensamiento científico. Puesto que muchísimos hombres inconscientemente creen que esa naturaleza del pensar sólo puede mantenerse si el alma se guía por los fenómenos de la naturaleza, tienden a decidirse autoritariamente a afirmar: desde el momento en que se queda sin esa guía, el alma anda a tientas, sin ningún apoyo, con respecto a su procedimiento científico. Dichos hombres no son conscientes de la peculiaridad de este procedimiento; se forman un juicio, ante todo a raíz de los desvaríos que tienen que producirse cuando el espíritu científico desarrollado frente a los fenómenos de la naturaleza, no ha adquirido suficiente firmeza y, a pesar de ello, el alma intenta dedicarse a la contemplación del dominio perteneciente al mundo no sensible. Naturalmente, en tal caso se suele hablar, de un modo poco científico, sobre hechos del mundo no sensible; pero esto ocurre no porque, por su naturaleza, semejante hablar no pueda contener el carácter científico, sino particularmente, por falta de la auto-educación científica que se adquiere a través de la observación de la naturaleza.

Si se toma en consideración lo que se acaba de expresar, resulta que, para hablar de ciencia oculta, es preciso estar atento con respecto a toda clase de desvaríos que se engendran cuando se habla de los secretos manifestos del mundo, sin espíritu científico. Pero no conduciría a nada positivo si aquí, al comienzo de las consideraciones de la ciencia oculta, se hablara sobre las diversas aberraciones, las que en el alma de personas llenas de prejuicios, desacreditan toda investigación en este campo. Pues la existencia de tales aberraciones, muy frecuentes, por cierto, induce a esas personas a considerar el todo como infundado. Por de pronto, una discusión con tales adversarios será poco fructífera, puesto que esos hombres de ciencia suelen rechazar toda ciencia oculta, apoyándose en la referida senten-

cia autoritaria; además, porque el fundamentarse en las aberraciones no es sino un -muchas veces inconsciente- pretexto. Estos adversarios no vacilan en hacer la objeción -ciertamente justificada- de que no se puede saber con anterioridad si aquel que cree que otros están equivocados, realmente posee la citada firmeza interior. Por consiguiente, el representante de la ciencia oculta no puede hacer otra cosa que exponer lo que él cree poder decir. Formarse un criterio acerca de lo justificado de lo que él dice, sólo pueden hacerlo otros, y únicamente personas quienes con exclusión de las sentencias autoritarias, sean capaces de entender la naturaleza de lo que se comunica sobre los secretos manifiestos del devenir de los mundos. Pero quien lo expone, tendrá que mostrar qué relación existe entre lo que él dice y otros resultados del saber y de la vida en general: qué pueden oponer los adversarios, y hasta qué punto la inmediata realidad físico-exterior de la vida confirma el resultado de sus propias observaciones. Jamás debería aspirar a que su exposición impresionara por el arte de la persuasión, en vez de lograrlo por su contenido.

Contra las contemplaciones de la ciencia oculta, frecuentemente se objeta que ellas no demuestran lo que exponen, sino que simplemente afirman esto o aquello, diciendo: la ciencia oculta llega a este resultado. Las consideraciones que aquí se dan, no las aprecia en lo justo quien cree que algo de su contenido se expone en tal sentido. Aquí se aspira a que lo desarrollado en el alma a través de la ciencia natural, siga desenvolviéndose en el sentido en que por su propia naturaleza puede desenvolverse, y que luego se haga notar que con tal desarrollo el alma ha de llegar a hechos suprasensibles. Esto permite suponer que todo lector capaz de atenerse a lo que se acaba de expresar necesariamente ha de arribar a tales hechos. Pero en contraste con la contemplación según la ciencia natural, existe una diferencia que surge en el momento en que se entra en el dominio de la ciencia espiritual. Pues, en la ciencia natural

30

Toda ciencia oculta debe surgir de dos pensamientos, los que en cada ser humano pueden echar raíces. Para el representante -como aquí lo entendemos- de la ciencia oculta, esos dos pensamientos expresan hechos que se descubren cuando se los busca sirviéndose de los medios adecuados. Se trata de pensamientos que para muchos hombres son aseveraciones sumamente discutibles, cuando no los consideran como algo cuya imposibilidad puede «demostrarse».

Los dos pensamientos dicen: que detrás del mundo perceptible existe un mundo invisible, el que por de pronto, para los sentidos y el pensar que de ellos depende, resulta ser un mundo oculto, además que para el hombre, por el desenvolvimiento de facultades que en él se hallan latentes, es posible penetrar en dicho mundo oculto.

Habría quien diga que tal mundo oculto no existe; que el mundo que el hombre percibe mediante sus sentidos, es el único, y que sus enigmas se solucionan por lo que el mundo mismo ofrece. Y se agrega: si bien el hombre se halla, por ahora, lejos de poder contestar todos los enigmas de la existencia, ya llegará el tiempo en que las experiencias, sensoriales y la ciencia que en ellas se apoya, encontrarán la respuesta.

Otros sostienen que no se puede negar que existe un mundo oculto detrás del visible, pero que las fuerzas cognoscitivo-humanas no pueden penetrar en aquél; pues estas fuerzas tienen límites infranqueables: ¡que las exigencias de la «fe» acepten la idea de tal mundo: la verdadera ciencia, que se apoya en hechos firmes no puede ocuparse de él!

Hay una tercera opinión, la que lo considera como una suerte de atrevimiento, si en su búsqueda del conocimiento, el hombre intenta penetrar en una esfera con respecto a la cual debería renunciar al «saber» y contentarse, en cambio, con la «fe». Quienes piensan así sienten que el débil ser humano hace mal en querer penetrar en el mundo que exclusivamente debería pertenecer a la vida religiosa.

32

se trata de hechos en el campo del mundo de los sentidos; y quien expone lo que dice esta última ciencia, considera la actividad del alma como algo secundario, frente al conexo y el desarrollo de los hechos sensibles. En cambio, quien expone algo en la ciencia espiritual, tiene que dar importancia a la actividad del alma; pues el lector sólo llegará a los hechos correspondientes si de la correcta manera hace suya esta actividad anímica. Sin la actividad del alma, estos hechos no se hallan ante la percepción humana, como esto ocurre, si bien sin comprenderlas, para las percepciones de la ciencia natural. Únicamente a través de la actividad del alma puede producirse aquella percepción. Esto significa que el expositor de la ciencia espiritual ha de esperar que conjuntamente con él, el lector busque los hechos. Su exposición se dará de tal manera que él relate lo concerniente a cómo se encuentran esos hechos; y este relato será de tal índole que no haya nada de arbitrio personal, sino que impere el sentido científico desarrollado a través de la ciencia natural. Por tal razón, también tendrá que hablar de los medios por los cuales se llega a la observación de lo no sensible, esto es, de lo suprasensible. Quien se decida a estudiar lo que expone la ciencia oculta, no tardará en darse cuenta de que por ella se adquieren conceptos e ideas que antes no se habían poseído; además, llegará a formarse nuevos pensamientos incluso sobre lo que antes había opinado con respecto a la naturaleza del «dar la prueba». Se aprende a saber que para la ciencia natural el «probar» es algo que en cierto modo se le agrega desde afuera, mientras que en el pensar científico-espiritual, esta actividad, que en el pensar científico-natural el alma aplica a la prueba, ya reside en la búsqueda de los hechos. No es posible encontrar estos hechos, si el camino que conduce a ellos, no lleva en sí mismo la prueba. Quien realmente va por este camino, ya de por sí experimenta lo probatorio; nada se puede hacer mediante una prueba agregada desde afuera. Muchos malentendidos se deben al desconocimiento de esta particularidad de la ciencia oculta.

31

También se arguye que el común conocimiento de los hechos del mundo de los sentidos es posible para todos los hombres, pero que con respecto a los hechos suprasensibles únicamente puede tratarse de la opinión general de cada individuo y que en este campo no se debería hablar de una certidumbre general.

Otros sostienen muchas otras cosas.

Se puede llegar a ver claramente que la observación del mundo sensible ofrece al hombre enigmas que jamás podrán solucionarse partiendo de los hechos de este mismo mundo. Tampoco será posible solucionarlos de esta manera, aunque la ciencia con relación a esos hechos haya progresado todo lo posible. Pues, por la naturaleza que les es inherente, los hechos perceptibles hablan sin equivoco, de un mundo oculto. Quien no lo ve, se hace insensible a los enigmas que por doquier se manifiestan a través de los hechos del mundo sensible. El no quiere ver determinados enigmas y preguntas y eso le conduce a creer que todas las preguntas encuentran su respuesta en los hechos sensibles. Ciertamente, todas las preguntas que él quiere hacer, pueden contestarse por hechos que él espera que sean descubiertos en el curso del tiempo por venir. Esto puede admitirse sin el menor reparo. Pero ¿por qué debiera esperar respuestas quien no hace preguntas en cuanto a determinadas cuestiones? Para el que aspira a la ciencia oculta, es lo más natural que semejantes preguntas existan y que haya que reconocerlas como una expresión, plenamente justificada, del alma humana. Se entiende que a la ciencia no se le puede poner límites, prohibiendo al hombre hacer las más naturales preguntas.

A la opinión que para el hombre existen límites infranqueables del conocimiento que le impiden penetrar en un mundo invisible, corresponde responder: no puede haber duda de que para el método de conocimiento que esa opinión tiene en mente, realmente no es posible penetrar en un mundo no

33

sensible. Quien considere *ese* género de conocimiento como el único posible, no puede, por supuesto, arribar a otra opinión que aquella de que al hombre no le es posible penetrar en un quizás existente mundo superior. Pero a pesar de todo, también se puede decir: si es posible desarrollar otro método de conocimiento, será *éste* el que podrá conducir al mundo suprasensible. Si este último método se considera como imposible, se llega a un punto de vista que hace aparecer como absurdo todo lo que se diga acerca de un mundo suprasensible. Pero un juicio imparcial no podrá encontrar, para semejante opinión, otro motivo que aquel de que quien la sostiene, no conoce el otro género de conocimiento. ¿Cómo puede alguien emitir un juicio respecto a algo que uno afirma no conocer? Un pensar imparcial tiene que reconocer que sólo se debería hablar de lo que se conoce, y no juzgar sobre lo que no se conoce. El que piensa que de tal manera, sólo puede hablar del derecho de alguien de comunicar lo que conoce por experiencia propia, pero no del derecho de considerar como imposible lo que él mismo no sabe, o no quiere saber. A nadie se le puede negar el derecho de no interesarse por lo suprasensible, pero jamás puede justificarse que alguien se declare competente, no solamente por lo que él, pueda saber, sino también por lo que «un hombre» no puede saber.

A los que consideran como un atrevimiento penetrar en la región suprasensible, la ciencia oculta tiene que responder: es cierto que se puede penetrar y que es un pecado contra las facultades dadas al individuo, si él las deja sin desarrollar, en vez de utilizarlas.

Pero quien piense que el parecer con respecto al mundo suprasensible es cuestión del criterio y del sentimiento personal, estaría negando lo que es común a todos los seres humanos. Si bien es cierto que cada uno tiene que llegar por sí mismo al entendimiento respectivo, también es un hecho que *todos* aquellos que se esfuerzan lo suficiente, han de llegar, no a resultados

34

del mundo para el ser humano. Esto no es una aserción que tenga su origen en las experiencias personales del individuo, sino algo que resulta de la observación imparcial de la vida humana como un *todo*. Lo que preserva del referido decaimiento es lo oculto que yace en lo profundo de las cosas. Cuando en el hombre se extingue la fuerza para descender en esas profundidades, con el fin de buscar, y volver a buscar, nueva fuerza vital, se evidenciará finalmente que lo exterior de las cosas ya no puede dar nueva vida.

No se puede decir, de modo alguno, que lo expuesto únicamente toque al ser individual, su destino personal. Precisamente la verdadera contemplación científico-espiritual da al hombre la certidumbre, que desde un punto de vista superior, la suerte del individuo se vincula íntimamente con el bienestar o malestar de todo el mundo. Al respecto, existe un camino por el cual el hombre llega a entender que él perjudica al mundo entero y a todos sus seres, si no desenvuelve de la justa manera sus propias fuerzas. Si el hombre empobrece su vida porque pierde el vínculo con lo suprasensible, no solamente va destruyendo algo en su interior, hasta tal punto que el decaimiento puede causar la desesperación, sino que, además, por su debilidad crea un impedimento para la evolución de todo el mundo en que él vive. Con todo, el hombre puede engañarse a sí mismo. Puede creer que no existe un mundo oculto, que lo que se presenta a sus sentidos y a su intelecto ya contiene todo cuanto de modo alguno puede existir. Pero tal ilusión sólo es posible para lo superficial de la conciencia, no para lo profundo. El sentimiento y el deseo no se conforman con tal creencia ilusa, sino que siempre de nuevo volverán a anhelar lo oculto; y cuando éste les falta, hacen que el hombre caiga en dudas, en la incertidumbre de la vida, y hasta en la desesperación. El conocimiento que hace que lo oculto se revele, es propio para vencer toda falta de esperanza, toda incertidumbre en la vida, toda desesperación, en fin, todo

36

diferentes, sino a un mismo entendimiento. Únicamente habrá diferencias en tanto que los hombres, en vez de emprender el camino científicamente certero, intenten acercarse a las verdades sublimes a través del arbitrio personal. Por el otro lado, hay que admitir absolutamente que sólo aquel que esté dispuesto a penetrar en lo peculiar del camino de la ciencia oculta, podrá reconocer lo acertado del mismo.

Este camino lo puede encontrar, en el momento apropiado a su ser individual, todo hombre que, partiendo de lo manifestado, reconozca, suponga, o meramente tenga una vaga idea de la existencia de un mundo oculto; y que, consciente de que las fuerzas cognoscitivas son susceptibles de desarrollarse, es impulsado a sentir que lo oculto podrá revelársele. Para un hombre que por tales experiencias del alma es conducido a la ciencia oculta, no solamente se le abre, debido a ello, la perspectiva de encontrar la respuesta a determinadas inquietudes de su afán de conocimiento, sino también aquella otra de que le será posible sobreponerse a todo cuanto restringe y debilita la vida. En un sentido superior resulta ser un debilitamiento de la vida, y hasta una muerte anímica, si el hombre se ve obligado a rehuir lo suprasensible, o a negarlo. Es más, en ciertos casos puede un hombre llegar a la desesperación, si pierde la esperanza de que se le revele lo oculto. En este sentido, la muerte y la desesperación en sus múltiples formas, se convierten en adversarios anímicos de la aspiración científico-espiritual. Sobrevienen cuando decae la fuerza interior del hombre. Toda la fuerza de la vida tiene que llegarle entonces desde afuera, si esto de algún modo es posible. El hombre percibe entonces las cosas y los seres que a sus sentidos se presenten, los analiza con el intelecto, le causan alegría y dolor, y le dan motivo para llevar a cabo acciones, según sus capacidades. Durante algún tiempo podrá seguir de este modo; pero llegará el momento en que sus fuerzas interiores se apaguen. Pues se agota lo que de tal manera puede extraerse

35

aquello que debilita la vida y le quita la capacidad para hacer lo necesario con que debe servir al mundo como un todo.

En ello consiste el buen fruto del conocimiento científico-espiritual: el que da a la vida fuerza y firmeza, y que no solamente satisface el afán de saber. Inagotable es la fuente de la cual dicho conocimiento saca la fuerza para el trabajo y la seguridad para la vida; y nadie que una vez haya verdaderamente llegado a esa fuente, quedará sin fortalecerse, cuando vuelva a recurrir a ella.

Hay quienes no quieren saber nada de semejante conocimiento, porque ya consideran como algo malsano lo que se acaba de expresar. Sin duda tienen razón, en cuanto a lo superficial y externo de la vida, pues no quieren que se menoscabe lo que la vida ofrece en la así llamada realidad. Lo consideran una debilidad que el hombre rehuya la realidad, para buscar su felicidad en un mundo oculto que para ellos es imaginario, una creación de la fantasía. Si el que busca la ciencia espiritual, no quiere caer en debilidad y ensoñación enfermiza, tendrá que reconocer lo parcialmente justificado de semejantes objeciones; pues éstas se basan en un juicio sano, pero como no penetra en lo profundo sino que queda en la superficie de las cosas, tal juicio no conduce a la plena verdad sino tan sólo a una verdad a medias. Si el aspirar al conocimiento suprasensible propendiese a debilitar la vida y alejar al hombre de la verdadera realidad, las referidas objeciones tendrían ciertamente suficiente fuerza para hacerle perder pie a esta búsqueda espiritual.

Pero frente a tales opiniones, la ciencia oculta tampoco procedería adecuadamente si quisiera «defenderse» en el sentido común de la palabra. También en estos casos sólo puede apoyarse en su propio valor, reconocible para todo hombre libre de prejuicios, haciendo sentir que por las aspiraciones de esta ciencia se acrecienta la fuerza vital del hombre que en el justo sentido penetra en ella. Dedicarse a las aspiraciones de la

37

ciencia oculta no puede convertir a nadie en hombre iluso, ajeno al mundo; por el contrario, le fortalecen, gracias a las fuentes vitales en las cuales él tiene su origen, en cuanto a su parte espiritual-anímica.

Hay otros obstáculos para la comprensión, los que se oponen al hombre que se dedica a las aspiraciones de la ciencia oculta. Pues, en principio es verdad que en la exposición científico-espiritual, el lector encuentra la descripción de experiencias del alma que le pueden conducir al contenido de los mundos suprasensibles. Pero en la práctica, la realización aparecerá mas bien como un ideal. Al comienzo, el lector tendrá que acoger, en forma de algo que se le comunica, una gran suma de experiencias supra-sensibles que aún no le son propias. No puede ser de otro modo, e incluso en este libro será así. En él se dará la descripción de lo que el autor cree saber sobre el ser humano, sobre sus estados en el nacimiento y la muerte, como asimismo cuando está libre del cuerpo en el mundo espiritual; además se describirá la evolución de la Tierra y de la Humanidad. Por lo tanto, podría aparecer que aquí se intente exponer una suma de supuestos conocimientos, en forma dogmática y exigiendo fe sobre la base del principio de autoridad. Pero de tal cosa no se trata. Pues, en el autor existe, como viviente contenido del alma, lo que del contenido de los mundos suprasensibles se puede saber; y la vida con ese contenido del alma enciende en el alma propia los impulsos que conducen hacia los respectivos hechos suprasensibles. En la lectura de conocimientos científico-espirituales uno vive de otra manera que al leer lo que se comunica sobre hechos sensorios. Cuando se lee lo que se refiere al mundo sensorio, se lee *sobre* estos hechos; en cambio, cuando se lee, en el justo sentido, lo referente a hechos suprasensibles, se penetra con el alma en la corriente de la existencia espiritual. Al acoger los resultados, se emprende, al mismo tiempo, el propio camino interior hacia ellos. Es cierto que al principio

38

por la que el otro aún no advierte el encontrarse en el mundo espiritual, no radica en una acogida irreflexiva o sugestiva, sino en la sutileza y en lo desacostumbrado de lo que en la lectura se experimenta. De esta manera resulta que por el primer estudio de lo que se comunica en la primera parte de este libro, el lector, por de pronto, se convierte en *copartícipe* del conocimiento del mundo suprasensible; por la ejecución práctica de los ejercicios del alma, según lo indicado en la segunda parte, llega al propio e independiente conocimiento de dicho mundo.

En virtud del espíritu y el verdadero sentido científico, el genuino hombre de ciencia no podrá descubrir ninguna contradicción entre su propia ciencia fundamentada sobre los hechos del mundo sensible, y el modo de investigación del mundo suprasensible. Aquel hombre de ciencia se sirve de determinados instrumentos y métodos. Los instrumentos los construye utilizando lo que la «Naturaleza» le da. La cognición suprasensible también se sirve de un instrumento, sólo que éste es el hombre mismo. Pero este instrumento igualmente hay que prepararlo para la investigación superior; las capacidades y fuerzas que al principio -como un hecho de por sí- le fueron dadas por la «Naturaleza», deben transformarse en más elevadas. De este modo, el hombre mismo se convierte en instrumento para la investigación del mundo suprasensible.

40

el lector muchas veces no advierte el hecho a que aquí se alude. Al imaginarse el entrar en el mundo espiritual demasiado parecido a una experiencia del mundo sensible, se considera como demasiado intelectual lo que en la lectura se vive con respecto al mundo espiritual. Mas en el verdadero estudio intelectual, el lector ya se halla en dicho mundo, y sólo falta ver claramente que inadvertidamente ya se ha experimentado lo que se creía haber acogido meramente como pensamiento.

Se obtendrá plena claridad acerca de la verdadera naturaleza de lo así experimentado, cuando efectivamente se practica lo que en la segunda (la última) parte de este libro se describe como el «camino» a los conocimientos suprasensibles. Fácilmente se podría pensar que lo opuesto resultaría mas adecuado, quiere decir que primero habría a que describir el camino. Pero no es así. Para el que, sin dirigir la mirada del alma sobre determinados hechos del mundo suprasensible, sólo hiciese los «ejercicios» para entrar en él, este mundo suprasensible permanecería, siendo un caos indefinido, confuso. Al informarse sobre hechos de dicho mundo, el lector va familiarizándose con él, en cierto modo ingenuamente, y luego se dará cuenta cómo -dejando atrás la ingenuidad- plenamente consciente, llega a las experiencias sobre las que ha recibido información. Compenetrándose de las contemplaciones de la ciencia oculta, se llegará a la convicción de que éste es el único camino seguro al conocimiento suprasensible. Igualmente se reconocerá como infundada la opinión de que al principio los conocimientos de lo suprasensible ejercen en forma de un dogma, un poder sugestivo. Pues el contenido de esos conocimientos se adquiere por medio de una vida del alma, la que le quita todo poder meramente sugestivo y que sólo da a uno la posibilidad de hablar a otro, haciéndolo por el mismo camino a través del cual le llegan a él todas las verdades que se dirigen a su juicio plenamente consciente. La causa

39

LA NATURALEZA DE LA HUMANIDAD

Contemplando el ser humano desde el punto de vista del conocimiento suprasensible, rige inmediatamente lo que en general hay que tener en cuenta, a este respecto. Tal contemplación tiene su fundamento en el reconocimiento del «secreto manifiesto» de nuestra propia entidad humana. Lo accesible para los sentidos y el intelecto que en ello se apoya, es solamente una parte de lo que el conocimiento suprasensible concibe como entidad humana, esto es, el *cuerpo físico*. Para dilucidar el concepto de este cuerpo físico, ante todo hay que dirigir la atención sobre el fenómeno que como gran enigma se extiende sobre la contemplación de la vida: la muerte y, en relación con ella, la así llamada naturaleza exánime, la naturaleza sin vida, el reino mineral, al que siempre es inherente la muerte. Con ello se dirige la mirada sobre hechos cuya plena dilucidación sólo es posible a través del conocimiento suprasensible, y a los cuales será dedicada una parte importante de este libro. Pero aquí, para comenzar, sólo queremos dirigir la atención sobre algunas representaciones para la respectiva orientación.

Dentro del mundo manifiesto, es el físico cuerpo del hombre aquello dentro del cual, el hombre es igual al mundo mineral; lo opuesto a esto: no puede considerarse como cuerpo físico lo que al hombre lo diferencia del mineral. Para una contemplación libre de prejuicios importa, ante todo, el hecho de que la muerte pone al descubierto aquella parte de la entidad humana, la que, al haberse producido la muerte, es de la misma

41

naturaleza que el mundo mineral. Se puede hablar del cadáver como de aquello del hombre que después de la muerte está sujeto a procesos que pertenecen al reino mineral; y se puede poner de relieve el hecho de que en esta parte de la entidad humana, en el cadáver, ejercen efecto las mismas sustancias y fuerzas que existen en el mundo mineral; pero no como menos importante debe destacarse que, con la muerte tiene lugar la desintegración de este cuerpo físico. Asimismo se justifica decir: ciertamente, en el cuerpo físico humano ejercen efecto las mismas sustancias y fuerzas que en el mineral; mas durante la vida su actividad está al servicio de algo superior; y sólo al haberse producido la muerte, su efecto es igual al que impera en el mundo mineral; ellas entran entonces en el actuar que corresponde a su naturaleza, es decir, actúan como fuerza desintegradora de la configuración del cuerpo físico.

Vemos pues, que en el hombre hay que hacer estricta distinción entre lo manifestado y lo oculto; durante la vida lo oculto tiene que luchar constantemente contra las sustancias y fuerzas de lo mineral, en el cuerpo físico. Al cesar esta lucha, entra en función la actividad mineral. Con ello se señala el punto del que tiene que partir la ciencia de lo suprasensible; ella tiene que investigar aquello que sostiene la lucha; quiere decir, lo que está oculto para la observación sensoria, y que sólo es accesible a la observación suprasensible. En otra parte de este libro se describirá cómo el hombre llega a que lo «oculto» le resulte manifestado, al igual que lo son los fenómenos sensibles para el ojo físico. Aquí, en cambio, se describirá lo que resulta de la observación suprasensible. Ya se ha dicho: lo que se comunica con respecto al camino que conduce a la visión superior, sólo puede ser útil para el hombre si primero, por el mero relato, se ha enterado de lo que la investigación suprasensible revela. Pues, en este campo se puede comprender lo que aún no se percibe. Es más, el buen camino para llegar a la visión, es aquel que parte de la comprensión.

42

Al haber llegado, en la descripción de lo suprasensible, hasta hacer mención del «cuerpo etéreo» o «cuerpo vital», ya hemos alcanzado el punto en que esta exposición ha de suscitar la oposición de algunas concepciones del presente; puesto que la evolución del espíritu humano ha conducido a que en nuestro tiempo el hablar de semejante principio de la entidad humana, debe considerarse como contrario a todo método científico. La concepción materialista ha llegado a ver en el cuerpo viviente nada más que una composición de sustancias y fuerzas físicas al igual que en el cuerpo sin vida, el mineral, sólo que en lo viviente la composición sería más compleja que en la materia sin vida. No mucho tiempo atrás se habían tenido otras ideas, incluso en la ciencia común. Quien consulte los escritos de serios hombres de ciencia de la primera mitad del siglo XIX, verá que entonces «genuinos naturalistas» tenían conciencia de que en el cuerpo viviente existe algo más que en el mineral sin vida. Se hablaba de «fuerza vital». Ciertamente, de ella no se tenía la idea de lo que aquí se caracteriza como «cuerpo vital», pero de todos modos, esa idea de una «fuerza vital» se basaba en el sentimiento de que tal cosa existe. Se tenía la imagen como si en el cuerpo viviente esa «fuerza vital» se agregara a las sustancias y fuerzas físicas de un modo parecido a como en el imán la fuerza magnética al hierro común. Más tarde llegó el momento en que tal «fuerza vital» fue eliminada del dominio de la ciencia, considerando como fundamentos suficientes las causas meramente físicas y químicas. Recientemente se ha producido un cierto paso atrás ya que algunos pensadores de la ciencia natural admiten ahora que la hipótesis de algo parecido a la «fuerza vital» no ha de considerarse un pensamiento totalmente absurdo. Pero sin embargo, el «hombre de ciencia» que llega a tal consideración, no estará dispuesto a hacer causa común con la concepción aquí expuesta acerca del «cuerpo vital». Por regla general, una discusión con semejante opinión, desde el punto de vista del conocimiento suprasensible,

44

Si bien lo oculto que en el cuerpo físico sostiene la lucha contra la desintegración sólo es perceptible para la visión superior: en sus efectos está claramente a la vista para el discernimiento que se limita a lo manifestado. Estos efectos encuentran su expresión en la forma, o configuración, en que durante la vida se hallan integradas las sustancias y fuerzas del cuerpo físico. Al haber sobrevenido la muerte, dicha forma va desapareciendo, y el cuerpo físico llega a ser una parte del mundo mineral como tal. Pero la visión suprasensible es capaz de observar, como principio independiente de la entidad humana, aquello que durante la vida impide que tomen sus propios caminos las sustancias y fuerzas físicas que conducen a la desintegración del cuerpo físico. Llamemos «cuerpo etéreo», o «cuerpo vital», a este miembro independiente.

A fin de evitar que desde un principio se susciten malentendidos, es preciso que frente a esos nombres de un segundo miembro de la entidad humana se tomen en consideración dos cosas. La palabra «éter» se emplea aquí en otro sentido que en la física de ahora, la que, por ejemplo, llama éter al portador de la luz. Aquí, en cambio, queremos circunscribir dicho término en el sentido indicado: se emplea para aquello que es accesible a la visión superior, y que para la observación sensoria sólo se pone de manifiesto por sus efectos, esto es, por el hecho de que da una determinada forma o configuración a las sustancias y fuerzas minerales del cuerpo físico. La palabra «cuerpo» tampoco debe malentenderse. Es que para designar las cosas superiores de la existencia, hay que emplear las palabras del lenguaje común, las que para la observación sensoria sólo expresan lo sensible. Naturalmente, en sentido de lo sensible, el «cuerpo etéreo» no es, en absoluto, nada corpóreo, por más sutil que se lo imagine.

*El autor de este libro ya ha dicho en su «Teosofía» que con la designación «cuerpo etéreo», «cuerpo vital» no se renueva simplemente el ya anticuado concepto «fuerza vital» de la ciencia natural.

43

no dará ningún resultado positivo. Antes bien, ha de reconocerse que la concepción materialista es un fenómeno concomitante del gran progreso de la ciencia natural de nuestro tiempo. Este progreso se basa en un enorme perfeccionamiento de los medios de la observación sensoria; y le es inherente a la naturaleza del ser humano el que en el curso de la evolución suele llevar distintas facultades a cierto grado de perfección, a costa de otras. La exacta observación sensoria que por la ciencia natural se ha desarrollado tan considerablemente, relegó a segundo plano el cultivo de las facultades humanas que conducen a los «mundos ocultos». Mas ha llegado el tiempo que este cultivo ha vuelto a ser necesario. El reconocimiento de lo oculto no se consigue a través de la lucha contra los juicios que de su negación resultan lógicamente, sino por los esfuerzos para presentarlo bajo su verdadero aspecto. Luego, lo reconocerán aquellos para los cuales «ha llegado el tiempo».

Ha sido necesario expresar lo precedente para que nadie suponga un desconocimiento de los puntos de vista de la ciencia natural, cuando aquí se habla del «cuerpo etéreo», al que en algunos círculos se considera como algo totalmente fantástico.

Este cuerpo etéreo es, como se ha dicho, un segundo principio de la entidad humana; a él le es propio -para el conocimiento suprasensible- un grado más alto de realidad que al cuerpo físico. Una descripción de acuerdo con el conocimiento suprasensible sólo se podrá hacer más tarde, en este libro, cuando se vea debidamente en qué sentido hay que tomar tales descripciones. Por ahora será suficiente decir que el cuerpo etéreo impregna todo el cuerpo físico, y que se lo debe considerar -en cierto modo- como el arquitecto de este último. Todos los órganos, en su forma y estructura, son sostenidos por las corrientes y los movimientos del cuerpo etéreo. Al corazón físico le corresponde un «corazón etéreo», al cerebro físico, un «cerebro etéreo», etc.. Es que el cuerpo etéreo está en sí mismo

45

estructurado lo mismo que el físico, pero de un modo más complejo; y todo en él se halla en un viviente fluir y refluir, donde en el cuerpo físico se encuentran partes separadas unas de otras.

El cuerpo etéreo lo tiene el hombre en común con el reino vegetal, tal como el cuerpo físico, con el reino mineral. Todo lo viviente tiene su cuerpo etéreo.

Del cuerpo etéreo, la contemplación suprasensible asciende a otro principio más de la entidad humana. Para formarnos una idea de este otro principio, hemos de dirigir la atención sobre el fenómeno del sueño, como para el cuerpo etéreo hemos hablado de la muerte.

Toda actividad humana se basa en lo que se lleva a cabo en el estado de vigilia, en cuanto se trate de lo manifiesto. Pero tal actividad sólo es posible si el hombre, siempre de nuevo, adquiere en el sueño el fortalecimiento de sus fuerzas agotadas. El actuar y el pensar se desvanecen en el sueño; todos los dolores y todo placer desaparecen, para la vida consciente. Como de un manantial escondido y misterioso, las fuerzas conscientes del hombre surgen, al despertarse, de la inconsciencia del sueño. Es la misma conciencia, la que, al dormirse, se sumerge en las sombras profundidades, y que, al despertarse, vuelve a aparecer. Lo que siempre de nuevo despierta la vida de su estado de inconsciencia, es, en sentido del conocimiento suprasensible, el tercer principio de la entidad humana. Podemos llamarlo cuerpo astral. Como el cuerpo físico no puede mantener su forma por sus substancias y fuerzas físico-minerales, sino que, con el fin de mantener dicha forma, tiene que estar impregnado por el cuerpo etéreo, así también hemos de decir que las fuerzas del cuerpo etéreo no pueden por sí mismas, compenetrarse de la luz de la conciencia. Un cuerpo etéreo, abandonado a sí mismo, se hallaría constantemente en el estado de sueño. También se podría decir: sólo podría, en el cuerpo físico, mantener una existencia vegetal. Un cuerpo

como el ser supremo de la creación dentro de lo perteneciente a la humanidad. El conocimiento suprasensible da una idea de este ulterior principio de la entidad humana, señalando que incluso dentro de lo que se experimenta en el estado de vigilia existe una esencial diferencia, la que inmediatamente se pone de manifiesto cuando el hombre dirige la atención sobre el hecho de que en el estado de vigilia, por un lado, él se halla constantemente entremedio de experiencias, las que necesariamente *deben* venir y pasar, y que, por el otro lado, también le tocan experiencias en que esto no es el caso. Lo expuesto se hace notar con particular claridad si se comparan experiencias humanas con las de los animales. El animal experimenta con gran regularidad los influjos del mundo externo; y bajo la influencia del calor y del frío, siente dolor y placer; debido a procesos corpóreos que transcurren regularmente, es consciente del hambre y de la sed. La vida del hombre no se agota con semejantes experiencias: él desarrolla pasiones y deseos que trascienden lo indicado. En el animal, siempre que se penetra lo suficiente, se podría demostrar, donde, fuera o dentro del cuerpo, se halla la causa de una acción, de un sentimiento, mientras que en el hombre no es así, de ningún modo. Pues él desarrolla deseos y apetitos, para cuyo origen no hay suficiente causa, ni dentro ni fuera de su cuerpo, sino que todo cuanto pertenece a este dominio, proviene de una fuente aparte. Y en el sentido de la ciencia suprasensible, esta fuente sólo puede ser el «Yo» del hombre. El «Yo» puede enumerarse, pues, como el cuarto principio de la entidad humana.

Si el cuerpo astral estuviese abandonado a sí mismo, se producirían en él placer y dolor, sensaciones de hambre y sed; pero lo que no se formaría, es el sentimiento: hay algo *duradero* en todo cuanto sucede. No es lo *duradero* como tal, lo que aquí designamos como «Yo», sino aquello que lo experimenta. A este respecto hay que formar los conceptos con toda precisión, para evitar que surjan malentendidos. Al darse cuenta de que

etéreo, manteniéndose despierto, está penetrado por la luz de un cuerpo astral. Para la observación sensoria, el efecto del cuerpo astral desaparece cuando el hombre se entrega al sueño. Para la observación suprasensible permanece entonces perceptible, pero separado del cuerpo etéreo, o bien, quitado de éste. También se puede decir que la observación sensoria nada tiene que ver con el cuerpo astral mismo, sino solamente con su efecto dentro de lo manifiesto; tales efectos no existen en forma inmediata durante el sueño. En el mismo sentido en que el hombre tiene su cuerpo físico en común con los minerales, su cuerpo etéreo, con los vegetales, así también con respecto a su cuerpo astral, él es de igual naturaleza que los animales. Las plantas se hallan en un constante estado de sueño. Quien en estas cosas no juzgue exactamente, fácilmente caerá en el error de atribuir incluso a las plantas, una suerte de conciencia, tal como la poseen los animales y los hombres en estado de vigilia. Pero esto sólo puede ocurrir cuando de la conciencia se tiene una idea inexacta. Se dice entonces que, como reacción a un estímulo exterior, la planta hace ciertos movimientos al igual que el animal. En tales casos, se habla de la *sensibilidad* de las plantas las que, por ejemplo, se contraen cuando algo exterior produce en ellas un efecto. Mas no es lo característico de la conciencia el que en un ser un efecto cause una reacción, sino que el ser experimente en su interior algo que como un elemento nuevo se agrega a la mera reacción. Pues, sin este requisito, también se podría hablar de conciencia cuando por efecto del calor un pedazo de hierro se dilata. Únicamente hay conciencia si, por ejemplo, por efecto del calor, un ser experimenta un dolor en su interior.

El cuarto principio que el conocimiento suprasensible describe como formando parte de la entidad humana no lo tiene, como los demás, en común con el mundo circundante de lo manifiesto: es el principio por el cual el hombre se distingue frente a los demás seres de este mundo, y que le hace aparecer

en el ir y venir de las experiencias interiores hay algo duradero, algo subsistente, comienza a suscitarse el «sentimiento del Yo». No es el hecho de que, por ejemplo, un ser sufra hambre, lo que le da el sentimiento del Yo. El hambre sobreviene cuando en un ser vuelven a producirse las causas, y este ser se arroja entonces sobre la comida, precisamente por dicha causa. Pero el sentimiento del Yo se produce, no porque las causas hacen tomar la comida, sino debido a la conciencia por el recuerdo del gozo de una satisfacción anterior; de modo que no solamente el hambre de *ahora*, sino también el placer de antes conducen a la alimentación.

Como el cuerpo físico se desintegra, si el cuerpo etéreo no lo mantiene coherente; como el cuerpo etéreo cae en la inconsciencia, si para darle luz, no lo compenetra el cuerpo astral: el cuerpo astral a su vez, siempre de nuevo haría caer en el *olvido* lo pasado, si este no fuese salvado del olvido y traído al presente, por el «Yo». Lo que es la muerte para el cuerpo físico, el sueño para el cuerpo etéreo, resulta ser el *olvido* para el cuerpo astral. También se puede decir: al cuerpo etéreo le es propia la *vida*, al cuerpo astral, la *conciencia*, y al Yo, le es propio el *recuerdo*.

Como se puede caer en el error de atribuir conciencia a la planta, así también, pero más fácilmente, se puede caer en el error de hablar de la facultad del recuerdo en el animal. Es muy natural hablar de memoria, cuando el perro reconoce a su amo, después de no haberle visto durante cierto tiempo. Pero semejante reconocer en verdad no se basa en el recuerdo, sino en algo bien distinto: el perro se siente atraído por su amo; y de éste emana la fuerza de atracción.

La naturaleza del amo provoca en el perro un sentimiento de placer, cuando aquel está presente, y tal presencia es cada vez la causa de un nuevo placer. Pero el recuerdo no existe cuando un ser meramente siente algo en relación con lo que experimenta ahora, sino tan sólo si guarda la memoria de lo

experimentado en el pasado. Aún admitiendo esto, se podría caer en el error de que el perro tenga recuerdo, ya que se podría decir: él se pone triste cuando el amo se va; por lo tanto guarda el recuerdo. Sin embargo, también este criterio es erróneo. Pues, por la convivencia con el amo, la presencia de éste se convierte para el perro en una necesidad; y debido a ello siente la ausencia de una manera parecida a como suele sentir el hambre. Quien no haga distinción de estas cosas, no llegará a comprender las verdaderas situaciones de la vida. *

Partiendo de ciertos prejuicios, se podría objetar que no se puede saber si en el animal existe o no algo similar a la recordación humana; mas semejante objeción se debe a una observación imperfecta. Quien sepa observar objetivamente la conducta del animal en relación con lo que acontece, advertirá la diferencia entre esta conducta y la del hombre; y se convencerá de que el animal procede de una manera que corresponde a la ausencia del recuerdo. Para la observación suprasensible no cabe duda de ello. Pero lo que para ella resulta evidente, puede ser verificado a través de los efectos que en este campo se presentan, incluso para la observación sensoria y el pensar correspondiente. Cuando se arguye que el hombre tiene conciencia de su recuerdo, sobre la base de la íntima observación de su alma, lo que no es posible hacer en el animal, se afirma algo profundamente erróneo. Pues, lo que el hombre puede decirse con respecto a su facultad recordativa, no lo puede, ciertamente, recibir de una observación interior de su alma, sino únicamente sobre la base de lo que él experimenta en su relación con las cosas y los sucesos del mundo exterior. Se trata de lo que el hombre experimenta siempre de la misma manera, consigo mismo, y con otro hombre, como asimismo con los ani-

* véase: «Observaciones especiales», pág. 367

Pero el saber de la existencia de éste, sólo duraría el tiempo que el mismo este presente, si el yo no hiciera suyo este saber.

He aquí el punto en que la concepción suprasensible separa lo corporal de lo anímico. Se habla del *corpo astral*, en tanto se fija la vista en el saber de un objeto que está presente; mas aquello que al saber le da duración, se denomina *alma*. Pero lo expuesto también hace evidente cuán estrechamente vinculado se halla en el hombre el cuerpo astral con la parte del alma que al saber le confiere duración. Ambas partes de la entidad humana están, en cierto modo, unidas; y esto permite llamar cuerpo astral también a esta unificación. Además se puede, si se desea tener una denominación exacta, hablar del cuerpo astral del hombre como *cuerpo anímico*, y del alma, en cuanto que se halla unida con éste, como *alma sensible*.

El Yo se eleva a un grado más alto de su naturaleza cuando dirige su actividad sobre lo que del saber acerca de los objetos ha convertido en lo suyo propio. En ello consiste la actividad por la que el Yo va desligándose de los objetos de percepción, para trabajar en lo que posee como propio. Podemos llamar *alma racional*, o *ánimo*, a la parte del alma cuyo dominio es lo que ahora se ha descrito.

Tanto al alma sensible como al alma racional les es propio trabajar con lo que ellas reciben a través de las impresiones de los objetos percibidos por los sentidos, y lo que de estas impresiones guardan en la memoria. En tal actividad el alma vive enteramente con lo que para ella es un mundo exterior. Ha recibido de este mundo exterior también aquello que por el recuerdo lo convierte en posesión propia. Pero ella puede ir más allá de todo esto, pues no es solamente alma sensible y alma racional. Para formarse una idea que permite comprender más fácilmente en qué consiste este «ir más allá», la concepción suprasensible puede señalar un hecho sencillo el que, sin embargo, debe apreciarse en su amplio significado. Se trata del hecho de que en todo lo que es el lenguaje, existe un solo

males. No es sino por la apariencia que le deslumbra, si el hombre cree que él juzga la existencia de un recuerdo tan sólo por la observación interior. La fuerza que suscita el recuerdo, podrá llamarse fuerza interior, mas la facultad de juzgar esta fuerza se adquiere -incluso en cuanto a sí mismo- por la atención que se dirige sobre lo que depara la vida, en el mundo exterior. Y los respectivos sucesos en la vida pueden juzgarse para la vida propia, como así también en la de los animales. Con respecto a semejantes pormenores existen en la psicología a habitual conceptos inexactos, mal desarrollados, los que engañan debido a una muy defectuosa observación.

Para el «Yo», el recuerdo y el olvido significan algo similar a lo que son, para el cuerpo astral, el estado de vigilia y el sueño. Como el sueño hace desaparecer en la nada las preocupaciones y aflicciones del día, así también el olvido cubre con un velo las experiencias desagradables de la vida, haciendo desaparecer una parte del pasado. Y como el sueño es necesario para restituir las fuerzas vitales agotadas, así también debe el hombre extinguir de la memoria ciertas partes de su vida pasada, para encontrarse libre y despreocupado frente a nuevas experiencias. Pero precisamente del olvido le nace el fortalecimiento para percibir lo nuevo. Recordemos hechos como, por ejemplo, el aprender a escribir: todos los pormenores que experimenta el niño para aprender a escribir caen en el olvido, y le queda la facultad del escribir. ¿Cómo escribiría el hombre, si cada vez que toma la pluma y empieza a escribir, le surgiera en el alma el recuerdo de todo lo experimentado mientras lo aprendía? El recuerdo tiene lugar en forma de distintos grados. La fuerza más simple consiste en que el hombre, después de haber percibido un objeto es capaz de hacer resurgir la representación del mismo. El hombre se ha formado esta representación mientras perciba el objeto ha tenido lugar un proceso entre su cuerpo astral y su yo. El cuerpo astral ha elevado a la conciencia la impresión exterior del objeto.

nombre que por su naturaleza se distingue de todos los demás, el cual es, precisamente, el nombre «Yo». Cualquier otro nombre, lo pueden dar todos los hombres al objeto o ser respectivo. La palabra «Yo» como denominación de un ser, sólo tiene sentido si este ser se atribuye a sí mismo esta denominación. Jamás puede, desde afuera, llegar al oído de una persona el nombre «Yo» como denominación de ella; sólo el ser mismo puede aplicarlo a sí. «Yo soy un Yo únicamente para mí; para cada uno de los demás soy un Tú; y cada uno de ellos es para mí, un Tú». Este hecho expresa exteriormente una verdad profundamente significativa. La verdadera naturaleza del «Yo» es independiente de todo lo externo; por eso, su nombre no puede dirigirse a él, de afuera. Es por esta razón que las confesiones religiosas que conscientemente siguen manteniendo la relación con la concepción suprasensible, califican la denominación «Yo» como el «nombre inefable de Dios». Se señala precisamente lo aludido, cuando se emplea dicha expresión. Desde afuera nada puede llegar a esa parte del alma humana, a que estas consideraciones se refieren, y que pueden llamarse el «santuario recóndito» del alma. Únicamente un ser de igual naturaleza puede tener acceso a esta parte del alma. «El dios que vive en el hombre, está hablando, cuando el alma se reconoce a sí misma, como Yo». Así como el alma sensible y el alma racional viven en el mundo exterior, así se une con lo divino un tercer miembro del alma, cuando ella percibe su propia naturaleza.

Frente a tal aserción, fácilmente podría surgir el malentendido de que con ella se declarase la identidad del Yo con Dios. Pero no se dice, en absoluto, que el Yo es Dios, sino meramente que es de igual género y naturaleza que lo divino. ¿Afirmase, acaso, que la gota de agua sacada del mar, es el mar, cuando se dice que esa gota es de igual naturaleza o substancia que el mar? Pero ¿quién desea hacer una comparación, que diga entonces: el «Yo» en relación a Dios, es como la gota en relación al mar. El

hombre encontrará en sí mismo lo divino, porque su esencia misma proviene de lo divino. Debido a ello, el hombre adquiere en su interior, por medio de este tercer miembro de su alma, la conciencia de sí mismo, al igual que por el cuerpo astral adquiere conciencia del mundo externo. Es por esta razón que la ciencia oculta puede llamar *alma consciente* a esta tercera parte del alma. En sentido de esta ciencia, lo anímico está formado por tres partes: el alma sensible, el alma racional y el alma consciente, al igual que lo corporal se compone de tres miembros, el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral.

Errores de observación psicológica, similares a los ya mencionados en cuanto al criterio acerca de la facultad recordativa, dificultan la justa comprensión de la naturaleza del «Yo». Por ejemplo, lo que uno cree haber comprendido, lo puede considerar como refutación de lo arriba expuesto, mientras que en verdad lo confirma. Esto es el caso cuando Eduard von Hartmann (1842-1906), en su libro «Bosquejo de Psicología» (*Grundriss der Psychologie*) dice lo siguiente, con respecto al «Yo»: «la conciencia de sí mismo es anterior a la palabra yo. Los pronombres personales son un producto bastante tardío de la evolución idiomática, y sólo tienen el valor de abreviaciones. La palabra yo es un breve substituto del nombre propio de quien está hablando, pero un substituto que cada uno, cuando habla, emplea con respecto a sí mismo, no importa con qué nombre los demás le denominan. En los animales y en hombres sordomudos, sin instrucción, la conciencia de sí mismo puede desarrollarse hasta alto grado, sin que haya vínculo con un nombre propio. La conciencia del nombre propio puede remediar la carencia del uso de la palabra yo. Con este convencimiento desaparece el nimbo mágico que para muchos envuelve la palabra yo; ésta no puede añadir ni lo más mínimo al concepto de la conciencia del propio ser, sino que precisamente de este concepto recibe todo su contenido». Se puede estar enteramente de acuerdo con tal opinión, e incluso con que a la palabra yo

La fuerza que conduce a la manifestación del Yo en el alma consciente, es por cierto, la misma que aquella que se pone de manifiesto en todo lo demás del mundo, sólo que en el cuerpo y en las partes inferiores del alma no se manifiesta directamente, sino gradualmente por sus efectos. La manifestación inferior es la que pasa por el cuerpo físico; luego asciende gradualmente hasta lo que vive en el alma racional. Se podría decir «con el ascender» en cada grado cae uno de los velos que cubren lo oculto. En aquello que vive en el alma consciente, lo oculto entra, libre de todo velo, en el templo de lo más íntimo del alma, pero precisamente sólo como una gota del mar de la espiritualidad que todo lo penetra. Pero es aquí donde primero el hombre debe aprehender dicha espiritualidad; debe conocerla en sí mismo, después, podrá encontrarla también en sus revelaciones.

Lo que así, como una gota, penetra en el alma consciente, la ciencia oculta lo llama *espíritu*. De esta manera, el alma consciente está unida con el espíritu, el cual es lo oculto en todo lo manifestado. Si el hombre quiere encontrar el espíritu en toda su revelación, lo tiene que buscar de la misma manera como él experimenta el Yo en el alma consciente: la actividad que le ha conducido a la percepción del Yo, la tiene que dirigir hacia el mundo de lo manifestado. Así va desarrollándose a grados superiores de su ser, añadiendo algo nuevo a los vehículos corporales y a los miembros del alma. Los próximos pasos consisten en que él mismo ha de conquistar lo que se halla oculto en los miembros inferiores del alma. Esto se realiza por el obrar del Yo sobre el alma. Este modo de obrar se hace evidente si se compara el estado de un hombre que aún se abandona a los apetitos bajos y al placer sensual, con un elevado idealista. Aquél se transformará en éste, si deja de entregarse a las inclinaciones inferiores y se consagra a superiores. De esta manera, el Yo mismo obra sobre el alma; la ennoblece y la espiritualiza. El Yo domina dentro de la vida anímica. Esto

no se le debe dar un nimbo mágico, el que sólo sirve para enturbiar la consciente consideración de la cuestión. Pero en cuanto a la esencia de una cosa no dice nada decisivo el saber cómo en el curso del tiempo la denominación de la palabra se llevó a cabo. Lo que importa es, justamente, el hecho de que en la conciencia del propio ser la verdadera naturaleza del Yo es «anterior a la palabra yo»; y el hombre debe usar esta palabra, con las peculiaridades que sólo a ella le son propias, para expresar aquello que, en su relación recíproca con el mundo externo, él experimenta de otra manera que el animal lo puede experimentar. Así como no es posible conocer la característica del triángulo, mostrando cómo la «palabra» triángulo se ha formado, tampoco es determinante para la naturaleza del Yo, lo que se puede saber sobre cómo, a partir de otras formas de expresarse, se ha desarrollado en la evolución lingüística el uso de la palabra yo.

Solamente en el alma consciente se revela la verdadera naturaleza del «Yo». Pues, mientras que el alma en el sentir y con el intelecto se pierde en lo ajeno, vive, como alma consciente, en su propio ser. Es por esta razón que por medio del alma consciente el «Yo» no puede percibirse sino a través de una determinada actividad interior. Las representaciones de los objetos exteriores se forman a medida que éstos aparecen y desaparecen; y estas representaciones siguen desarrollándose en el intelecto, por su propia fuerza. En cambio, si el «Yo» ha de percibirse a sí mismo no puede, simplemente, *abandonarse*; antes bien debe, por actividad interior, sacar su ser esencial de las propias profundidades, para ser consciente de su naturaleza. Con la percepción del «Yo» —con el *formarse consciente de sí mismo*— comienza una actividad interior del «Yo». Por esta actividad, la percepción del yo en el alma consciente tiene para el hombre un significado que se distingue enteramente de la observación de todo aquello que entra en la vida del alma por los tres miembros corporales y por las otras dos partes del alma.

puede llegar a tal punto que en el alma no puede suscitarse ningún deseo, ningún placer, sin que el yo sea la potencia que posibilita el surgimiento; y de tal manera el alma entera se convierte en manifestación del Yo, como antes sólo lo fue el alma consciente. En el fondo, toda la vida cultural y toda aspiración espiritual de los hombres consiste en el trabajo cuyo designio es esta dominación del Yo. Cada uno de los hombres que actualmente viven, quieran o no, sean conscientes de este hecho o no, están realizando este trabajo.

Este trabajo conduce a grados superiores de la entidad humana, desarrollándose nuevos miembros del ser humano, miembros que se hallan ocultos detrás de lo manifestado. Pero por el obrar del Yo sobre el alma, el hombre no solamente puede hacerse soberano sobre el alma, de modo que ella, en lo manifestado, haga aparecer lo oculto, sino que permite también ampliar este trabajo: puede extenderlo sobre el cuerpo astral. El Yo domina entonces sobre el cuerpo astral, uniéndose con la naturaleza oculta del mismo. Este cuerpo astral, conquistado y transformado por el yo, puede llamarse *Yo espiritual* (lo que según la sabiduría oriental se llama «Manas»). El Yo espiritual, es un miembro superior de la entidad humana, el que en ella, en cierto modo, se halla como un germen, y que a través de su obrar sobre sí mismo va manifestándose cada vez más.

Así como el hombre conquista el cuerpo astral, alcanzando las fuerzas ocultas detrás de éste, también ocurre lo mismo, en el curso de la evolución, con el cuerpo etéreo; pero el trabajo en cuanto a este último es más intenso que el obrar sobre el cuerpo astral, pues lo que en aquél se halla oculto esto cubierto por dos velos, mas lo oculto del astral, por uno solo. Para formarse un concepto de la diferencia del trabajo que se refiere a estos dos cuerpos, se puede dirigir la atención sobre ciertas transformaciones que en el hombre se producen en el curso de su desarrollo. Consideremos, ante todo, cómo se desenvuelven ciertas cualidades del alma humana, cuando el

Yo obra sobre ésta; por ejemplo, como el placer y los apetitos, la alegría y el dolor, pueden transformarse. Basta con que el hombre recuerde el tiempo de la propia infancia. ¿Qué le ha causado entonces alegría o pena? ¿Qué es lo que ha aprendido en los años de la infancia? Mas todo esto no es sino la expresión de la manera en que el Yo ha alcanzado el dominio sobre el cuerpo astral; pues éste es el vehículo del placer y sufrimiento, de alegría y dolor. Compárese, además, cuán poco en el curso del tiempo otras cualidades humanas cambian; por ejemplo, el temperamento, las peculiaridades más profundas del carácter, etc. Quien, cuando niño, es muy colérico, frecuentemente conservará ciertos rasgos de ello hasta en la vida posterior. Esto es tan común que existen pensadores que niegan la posibilidad de que el carácter general de un hombre pueda cambiar. Ellos piensan que lo básico del carácter es algo que se conserva durante toda la vida, manifestándose simplemente según este o aquel aspecto. Pero semejante opinión surge de una observación deficiente. Quien sepa observar tales cosas, verá claramente que por el obrar del Yo pueden cambiar también el carácter y el temperamento de un hombre. Ciertamente, comparado con la transformación de las cualidades caracterizadas más arriba, aquellos cambios se producen mas lentamente. Podemos decir que la proporción que guardan ambos aspectos es similar a la de la aguja horaria comparada con el minutero del reloj.

Las fuerzas que conducen al cambio del carácter y del temperamento, pertenecen a lo oculto del cuerpo etéreo; son de la misma índole que las fuerzas que imperan en el reino de la vida, o sea, las fuerzas del crecimiento y de la nutrición, como asimismo las que sirven a la procreación. Por las ulteriores consideraciones de este libro se iluminará el entendimiento de estas cosas.

De lo expuesto resulta que el Yo obra sobre el cuerpo astral, no cuando el hombre simplemente se abandona al placer

y sufrimiento, a la alegría y el dolor, sino cuando las peculiaridades de esas calidades anímicas cambian. Y de la misma manera se extiende tal obrar sobre el cuerpo etéreo, cuando el Yo dirige su actividad hacia la transformación de las propiedades del carácter, los temperamentos, etc.* También en sentido de esta transformación trabaja todo hombre. Cuando sea o no consciente de ello. Los impulsos más fuertes que en la vida común tienen por objeto esta transformación son los religiosos, cuando el Yo se inclina a que los impulsos que emanan de la religión, siempre de nuevo influyan sobre él, se va formando una fuerza que ejerce su efecto hasta en el cuerpo etéreo, transformándolo al igual que los impulsos de la vida más leves, conducen a la transformación del cuerpo astral. Estos impulsos de la vida menos importantes, los que le llegan al hombre a través del aprender, reflexionar, ennoblecer de los sentimientos, etc., dependen de los múltiples cambios de la vida; pero los sentimientos religiosos imprimen un carácter uniforme a todo pensar sentir y querer; irradian, en cierto modo, una luz común y uniforme sobre toda la vida del alma. El hombre piensa y siente, hoy esto, mañana aquello, inducido a ello por los más diversos motivos. Pero quien, por sus sentimientos religiosos, sea cual fuere su índole, tenga la vislumbre de algo que, a pesar de todos los cambios, impera, ha de atenerse a tal sentir fundamental, tanto en lo que piensa y siente hoy, como en las experiencias del alma de mañana. De esta suerte, la confesión religiosa significa algo fundamental en la vida anímica, sus influjos se intensifican con el correr del tiempo, porque van repitiéndose constantemente; y debido a ello adquieren la fuerza para obrar sobre el cuerpo etéreo. De un modo parecido influye el verdadero arte sobre el desarrollo del hombre. Cuando él, por la forma externa, por el color y el sonido de una obra de arte, penetra con el intelecto y el sentimiento en los funda-

* Véase observaciones especiales pág. 367

mentos espirituales de aquélla, resulta que los impulsos que el Yo recibe de esta manera, obran efectivamente sobre el cuerpo etéreo. Las últimas consecuencias de este pensamiento nos permiten apreciar la inmensa importancia del arte para la evolución de la humanidad. Con los enumerados sólo se señalan algunos impulsos de los que obran sobre el cuerpo etéreo, pues en la vida humana existen muchos influjos semejantes que a la observación no se ponen tan claramente de manifiesto como los citados; pero ya éstos hacen evidente que en el ser humano se halla oculto otro miembro que el Yo va desarrollando. Podemos designar este miembro como el segundo del espíritu, el *Espíritu vital* («Buddhi», según la sabiduría oriental). La expresión «Espíritu vital» es la que corresponde, porque en lo referente a ella obran las mismas fuerzas que en el cuerpo vital; sólo que en ellas, cuando se manifiestan como cuerpo vital, no actúa el Yo humano, mientras que, cuando se manifiestan como Espíritu vital, son compenetradas por la actividad del Yo.

El desarrollo intelectual del hombre, la purificación y el ennoblecimiento de los sentimientos y actos de la voluntad, son la expresión del grado de transformación de su cuerpo astral en el Yo espiritual; su vida religiosa y otros géneros de experiencias impregnan el cuerpo etéreo y lo convierten en el Espíritu vital. Son procesos que en el curso común de la vida se realizan más o menos inconscientemente; en cambio, la así llamada iniciación del hombre consiste en que el conocimiento suprasensible le indica los medios por los cuales él mismo puede conscientemente asumir el trabajo en el Yo espiritual y en el Espíritu vital. En otro capítulo de este libro se hablará de estos medios. Por ahora, se trata de mostrar que en el ser humano, aparte del alma y del cuerpo, también actúa el espíritu. Además, se explicará más adelante en qué sentido el espíritu pertenece a lo eterno del hombre, en contraste con el cuerpo perecedero.

Pero la actividad del Yo no se agota con el obrar sobre el cuerpo astral y el cuerpo etéreo, sino que este trabajo también se extiende sobre el cuerpo físico. Un rasgo del influjo del Yo sobre el cuerpo físico se nota, por ejemplo, cuando a raíz de ciertas impresiones se produce un palidecer, o ruborizarse. En tales casos, el Yo es efectivamente el causante de procesos en el cuerpo físico. Cuando por la actividad del Yo se producen cambios en el hombre con respecto a su influjo sobre el cuerpo físico, es que el Yo está efectivamente unido con las fuerzas ocultas de dicho cuerpo, es decir, con las fuerzas mismas que causan sus procesos físicos. Esto permite decir que por tal actividad el Yo obra sobre el cuerpo físico. Tal expresión no debe malentenderse; no hay que pensar que se trate de un trabajo en sentido material. Lo que en el cuerpo físico aparece como lo meramente material, es tan sólo lo manifiesto. Detrás de lo manifiesto se hallan las fuerzas ocultas de la naturaleza del cuerpo físico; y éstas son fuerzas de índole espiritual. No hablaremos aquí de un obrar, o trabajo, en cuanto a lo material, que como cuerpo físico aparece, sino de un obrar espiritual sobre las fuerzas invisibles, las que lo hacen formarse y luego desintegrarse. Para la vida común el hombre no puede ser consciente de este obrar del Yo sobre el cuerpo físico, sino con íntima claridad. La plena claridad sólo se adquiere cuando, bajo la influencia del conocimiento suprasensible, el hombre emprende este trabajo conscientemente. Entonces será evidente que en el ser humano existe un tercer miembro espiritual, el que, en contraste con el hombre físico, puede llamarse el *Hombre-Espíritu* (En la sabiduría oriental, este «Hombre-Espíritu» se llama «Atma»).

Con respecto al Hombre-Espíritu, fácilmente induce a error el hecho de que se considere al cuerpo físico como el principio inferior del ser humano, y debido a ello cuesta imaginarse que el trabajo sobre este cuerpo físico pudiese conducir a crear el miembro supremo de la entidad humana. Pero precisa-

mente porque el cuerpo físico esconde bajo tres velos al espíritu que en él actúa, se requiere el máximo grado de trabajo humano para unir el Yo con el espíritu oculto en dicho cuerpo.

Vemos pues que para la ciencia oculta el hombre se presenta como una entidad constituida por distintos miembros. De índole corporal tenemos: el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral. De naturaleza anímica: el alma sensible, el alma racional y el alma consciente. En el alma, el Yo propaga su luz. Miembros espirituales son: el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu. De lo expuesto más arriba resulta que el alma sensible y el cuerpo astral están íntimamente unidos, formando, en cierto sentido, un todo. De un modo parecido forman un todo el alma consciente y el Yo espiritual, puesto que en el alma consciente luce el espíritu, y partiendo de ella irradia en los demás miembros de la naturaleza humana. Tomando en consideración lo que antecede, también se puede hablar de la siguiente estructuración del ser humano. Se puede considerar como un miembro la unión del cuerpo astral y el alma sensible, como asimismo la unión del alma consciente y el Yo espiritual. Al alma racional, puesto que participa de la naturaleza del Yo, y porque en cierto sentido ya es el «Yo», si bien aún no es consciente de su naturaleza espiritual, se la puede denominar directamente como «Yo»; y así resultan siete partes del ser humano:

1. cuerpo físico; 2. cuerpo etéreo, o cuerpo vital; 3. cuerpo astral; 4. Yo; 5. Yo espiritual; 6. Espíritu vital; 7. Hombre-Espíritu.

Esta estructuración del ser humano en sentido de la septena no tendría, incluso para el hombre acostumbrado a las ideas materialistas, lo «mágico obscuro» que frecuentemente se le atribuye, si él se atuviera exactamente al sentido de lo arriba expuesto, y si no le imputara anticipadamente él mismo lo «mágico». No de otra manera, sino únicamente desde el punto de vista de una forma superior de la observación del mundo, se debería hablar de los «siete» miembros del ser humano,

lo mismo que se habla de los siete colores de la luz, o de las siete notas de la escala (considerando la octava como una repetición del tono fundamental). Como la luz aparece en siete colores, el sonido en siete gradaciones, así también la unidad de la naturaleza humana en los caracterizados siete miembros. Así como la septena de tonos y colores no lleva en sí nada de superstición, tampoco es este el caso con respecto a la estructuración de la entidad humana. (En oportunidad de una discusión alguien objetó que en el caso de los colores no es cierto lo que se dice de la septena, puesto que más allá del «rojo» y del «violeta» hay otros colores más, sin que el ojo pueda percibirlos. Pero también a este respecto es correcta la comparación con los colores, pues más allá del cuerpo físico, por un lado, y más allá del Hombre-Espíritu, por el otro, también se extiende la naturaleza del ser humano; sólo que estas continuaciones son «espiritualmente invisibles» para los medios de la observación espiritual, lo mismo que los colores más allá del rojo y violeta son invisibles para el ojo físico. Esta advertencia se debe hacer porque tan fácilmente surge la opinión de que la concepción suprasensible no respeta la exactitud del pensar de la ciencia natural y que a este respecto procede con diletantismo. Pero quien se fije debidamente en la significación de lo expuesto, encontrará que en verdad no hay nada que contraste con la genuina ciencia natural; ni cuando se hace mención de hechos de dicha ciencia, con fines de ilustración, ni cuando mediante lo aquí tratado se alude a una relación directa con las ciencias naturales).

EL SUEÑO Y LA MUERTE

No se llega a comprender la naturaleza del estado de vigilia, sin que se observe el estado en que vive el hombre durante el sueño; y tampoco es posible penetrar en el enigma de la vida, sin contemplar la muerte. Un hombre que no tiene noción de la importancia del conocimiento suprasensible, ya puede poner reparos en cuanto a cómo este conocimiento hace las consideraciones acerca del sueño y la muerte. El conocimiento suprasensible sabe apreciar debidamente los motivos en que se originan tales reparos, puesto que es bien comprensible que alguien diga que el hombre debe consagrarse a una eficaz vida activa y dedicar a ella todo su trabajo, y que el ahondar en los estados del sueño y la muerte sólo puede tener su origen en la propensión a la ociosa ensoñación y no conduce a otra cosa que a la fantasía hueca. Fácilmente se puede considerar como expresión de un alma sana, el rechazo de tal «fantasía», y la dedicación a la «ociosa ensoñación» como algo enfermizo que sólo es propio de personas carentes de fuerza vital y alegría de vida, e incapaces del «verdadero crear». Sería injusto caracterizar directamente como erróneo a semejante criterio, pues tiene algo de acertado; es la cuarta parte de la verdad, y debe completarse por las tres cuartas partes que le pertenecen. Si se combatiera esa cuarta parte justificada, se suscitaría desconfianza en quien la comprende bien, pero sin tener idea de las tres cuartas partes faltantes. Pues hay que reconocer absolutamente

que la consideración de lo oculto detrás del sueño y la muerte, resulta anormal, si tal consideración conduce a un debilitamiento, un alejamiento de la verdadera vida. Y no menos puede reconocerse que mucho de lo que en el mundo desde siempre se ha llamado ciencia oculta, e incluso sigue cultivándose bajo este nombre, tiene un carácter enfermizo ajeno a la vida. Pero lo enfermizo no se origina, de modo alguno, en el verdadero conocimiento suprasensible, sino que se trata de lo que sigue. Así como el hombre no puede estar siempre despierto, tampoco puede, para la realidad de las condiciones de la vida, en todo lo que ella abarca, existir sin aquello que lo suprasensible le puede dar. La vida continúa durante el sueño, y las fuerzas que en el estado de vigilia trabajan y crean, reciben de lo que el sueño les da, su fortalecimiento y su renovación. Esto corresponde a lo que el hombre puede observar en el mundo manifiesto. Pero el mundo es más amplio que el campo de esta observación. Y el conocimiento que el hombre adquiere en lo perceptible, necesariamente debe ser completado y fecundado por lo que él puede alcanzar a saber sobre los mundos invisibles. El hombre que no recibiera por el sueño, y siempre de nuevo, el fortalecimiento de las fuerzas agotadas, forzosa-mente conduciría su vida a la extinción, y del mismo modo una concepción del mundo que no fuera fecundada por el conocimiento de lo oculto, conduciría a la desolación. Algo parecido ocurre en cuanto a la «muerte». Los seres vivientes sufren la muerte, para que pueda haber vida nueva. Es precisamente el conocimiento de lo suprasensible el que echa luz sobre las bellas palabras de Goethe: «La naturaleza inventó la muerte para que haya mucha vida». Como sin la muerte no podría haber vida, en sentido común, tampoco puede haber un verdadero conocimiento del mundo sensible, sin que haya visión de lo suprasensible. Todo conocimiento de lo perceptible tiene que penetrar y volver a penetrar en lo invisible para poder desarrollarse. De ello se infiere que sin la ciencia de lo suprasensible no

es posible la vida basada en el saber de lo manifiesto; ella jamás debilita la vida, cuando aparece en su verdadera forma; por el contrario, la vigoriza y vuelve a renovar y sanarla cuando por depender de sí misma, se ha debilitado y quedado enferma.

Al dormirse el hombre, cambia el nexo de sus miembros constitutivos: del hombre que está durmiendo quedan sobre el lecho el cuerpo físico y el etéreo, sin el cuerpo astral y el Yo; y puesto que durante el sueño, el cuerpo etéreo queda unido con el físico, perduran las funciones vitales. Pues en el instante en que el cuerpo físico quedase abandonado a sí mismo, tendría que desintegrarse. Pero durante el sueño cesan las representaciones, las penas y el placer, la alegría y las aflicciones, la facultad de los actos conscientes de voluntad, y hechos parecidos de la existencia. Vehículo de todo lo enumerado es el cuerpo astral. Para un criterio libre de prejuicios queda descontada la opinión de que durante el sueño se halla extinguido el cuerpo astral con todo placer y sufrimiento, con todo su mundo del pensar y querer. En realidad, existe en otro estado. Para que el Yo humano y el cuerpo astral no solamente experimenten placer y sufrimiento y lo demás, sino que también lo perciban conscientemente, para todo ello es preciso que el cuerpo astral esté unido con el cuerpo físico y el etéreo. Esto tiene lugar en el estado de vigilia, no así durante el sueño, cuando aquél se halla fuera de éstos. El cuerpo astral ha adquirido entonces una forma de existencia distinta de la que le es propia durante su unión con el cuerpo físico y el etéreo. Por consiguiente, es tarea del conocimiento de lo suprasensible contemplar esa otra forma de existencia del cuerpo astral. Para la observación en el mundo externo, el cuerpo astral desaparece durante el sueño; la concepción suprasensible tiene que seguirle en su vida hasta que vuelva, al despertarse, a tomar entonces posesión de los cuerpos físico y etéreo. Como en todos los casos en que se trata del conocimiento de los ocultos hechos y procesos del mundo, así también para descubrir la característica que les es propia a los

66

cia para el estado común de la vida humana, precisamente porque esta inconsciencia forma el *contraste* con aquel estado consciente que se desenvuelve cuando existe la unión con el cuerpo físico y el etéreo: de un modo análogo a como la oscilación del péndulo hacia el lado derecho forma el contraste con la del izquierdo. Lo espiritual-anímico del hombre experimenta como *cansancio* aquella necesidad de pasar a la inconsciencia. Pero este cansancio es la expresión de que durante el sueño, el cuerpo astral y el Yo se disponen a involucionar, durante el siguiente estado de vigilia, en el cuerpo físico y el etéreo, aquello que en éstos se había formado a través de la - inconsciente - actividad formativa, puramente orgánica, mientras se hallaban libres de lo espiritual-anímico. Esta inconsciente actividad formativa y aquello que ocurre en el ser humano durante el estado consciente y a través de la conciencia, son contrastes que en sucesión rítmica tienen que alternar.*

La forma y la configuración, propias del cuerpo físico humano, sólo pueden mantenerse gracias al cuerpo etéreo humano. Pero esa forma humana del cuerpo físico sólo la puede mantener un cuerpo etéreo, el que, a su vez, recibe del cuerpo astral las fuerzas correspondientes. El cuerpo etéreo es el escultor, el arquitecto del cuerpo físico. Pero sólo lo puede formar en el justo sentido si el cuerpo astral recibe el impulso de cómo tiene que realizarlo. En este último se hallan los *modelos*, según los cuales el cuerpo etéreo da al cuerpo físico su forma. Durante el estado de vigilia, el cuerpo astral no está lleno de estas imágenes modelos para el cuerpo físico, o por lo menos no lo está hasta un determinado grado. Pues, durante el estado de vigilia, el alma coloca sus propias imágenes en el lugar de aquéllas.

* Véase «Observaciones especiales», pág. 367

Dormir es gozar de nuestra corporalidad.

68

hechos verdaderos del sueño, se requiere la observación suprasensible; pero una vez enunciado lo que ésta puede encontrar, tal resultado será comprensible, sin ninguna dificultad, para un pensar realmente libre de prejuicios. Pues lo que ocurre en el mundo oculto, se manifiesta por sus efectos en el mundo de los sentidos. Cuando uno se da cuenta que aquello que la observación suprasensible expone, hace comprensible los hechos y procesos sensibles, tal confirmación por la vida misma, representa la prueba que para estas cosas se puede exigir. Quien no intente servirse de los medios, que más tarde se enunciarán, para adquirir la observación suprasensible, podrá hacer la siguiente experiencia. El puede primero informarse de lo que expone el conocimiento suprasensible y luego aplicarlo a los hechos manifiestos de su propia experiencia. De esta manera podrá encontrar que la vida en general resulta claramente comprensible; y tanto más llegará a tal convencimiento cuanto más exacta y detalladamente observe la vida común.

Si bien durante el sueño el cuerpo astral no experimenta ni representaciones, ni placer y pena, o cosas parecidas, no por ello queda inactivo. Por el contrario, precisamente durante el sueño, le incumbe una intensa actividad. Se trata de una actividad a la que el cuerpo astral debe dedicarse rítmicamente cada vez que por cierto tiempo ha sido activo conjuntamente con el cuerpo físico y el etéreo. Lo mismo que el péndulo de un reloj, después de oscilar hacia un lado, y una vez vuelto al centro, debe, por la fuerza de tal oscilación, seguir oscilando hacia el lado opuesto, así también el cuerpo astral y el Yo que se halla en su seno, después de haber sido activos, durante un tiempo, en los cuerpos físico y etéreo, deben, durante un nuevo tiempo, y en virtud de lo que resulta de aquella actividad, entregarse a un obrar, libres de dichos cuerpos, en un mundo anímico-espiritual. Dentro de este estado de encontrarse libres el cuerpo astral y el Yo, aparece la inconscien-

67

Cuando el hombre se dirige por los sentidos hacia el mundo circundante, se forma, precisamente, por la percepción y en sus representaciones, imágenes, que son copia del mundo entorno de él. Estas copias perturban, en principio, aquellas imágenes que orientan al cuerpo etéreo para el mantenimiento del cuerpo físico. Únicamente no existiría tal perturbación si el hombre por su propio obrar pudiera dar al cuerpo astral las imágenes para dar al cuerpo etéreo el impulso adecuado. Pero para la existencia humana, justamente dicha perturbación es de suma importancia, la que encuentra su expresión en que durante el estado de vigilia las imágenes arquetípicas no influyen con toda su fuerza sobre el cuerpo etéreo. El cuerpo astral cumple, dentro del cuerpo físico, la función que durante la vigilia le incumbe; durante el sueño obra sobre aquél, desde afuera.*

Como, por ejemplo, al cuerpo físico le es necesario recibir su alimentación proveniente del mundo externo, con el cual es de igual naturaleza, así también ocurre algo análogo para el cuerpo astral. Un cuerpo físico humano, sacado del mundo al que pertenece, tendría que perecer; lo que nos muestra que su existencia no es posible sin todo lo que físicamente le circunda. Efectivamente, es imprescindible que toda la Tierra sea justamente así como es, para que en ella puedan existir cuerpos físicos humanos. Pues, en verdad, este cuerpo humano no es sino una parte de la Tierra, y en sentido más amplio, una parte de todo el universo físico. A ese respecto existe para él la misma relación, como por ejemplo, para el dedo de una mano con todo el cuerpo humano. El dedo separado de la mano, no puede continuar siendo un dedo, pues se seca. Lo mismo ocurriría con el cuerpo humano, si fuese sacado del cuerpo al que pertenece como un miembro, es decir, de las

* En cuanto a la naturaleza del cansancio, véase lo que a este respecto se explica en «Aspectos Particulares», al final del libro.

69

condiciones vitales que la Tierra le da. Levantándolo a suficiente altura sobre la superficie terrestre, tendrá que perecer al igual que el dedo cortado de la mano. Si el hombre, con respecto a su cuerpo físico no advierte este hecho tan fácilmente como la relación entre el dedo y el cuerpo, esto se debe a que el dedo no puede pasearse por el cuerpo, tal como el hombre sobre la Tierra, de modo que la dependencia de aquél se nota más fácilmente.

Lo mismo que el cuerpo físico se halla englobado dentro del mundo físico, el cuerpo astral también pertenece a su mundo propio; sólo que la vida humana en su estado de vigilia lo arranca de ese, su mundo. Para ilustrarlo, podemos partir de una comparación. Imaginémonos un recipiente lleno de agua. Una gota dentro de toda la cantidad de agua no es una cosa apartada, pero mediante una esponjita podemos extraer de toda la masa de agua, una gota. Algo parecido ocurre con el cuerpo astral, al despertarse el hombre. Durante el sueño, él se halla en un mundo con el cual es de igual naturaleza; en cierto modo forma parte de ese mundo, pertenece a él. Al despertarse el hombre, el cuerpo físico y el etéreo aspiran, reabsorben al cuerpo astral. Ellos contienen los órganos por medio de los cuales el cuerpo astral percibe el mundo externo; pero para realizar esta percepción, él tiene que abandonar, separarse, de su mundo propio. Pero únicamente de éste puede recibir las imágenes arquetípicas que él necesita para el cuerpo etéreo.

Así como, por ejemplo, el cuerpo físico recibe del mundo circundante los alimentos, así también de su mundo propio, recibe el cuerpo astral, durante el sueño, las imágenes; él vive entonces, efectivamente, fuera de los cuerpos físico y etéreo, en el universo; en el mismo universo del que proviene el hombre, al nacer, y en que se halla la fuente de las imágenes que conducen a dar al hombre su forma. El ser humano forma armoniosamente parte del universo; y durante el estado de vigilia se aparta de esa armonía universal para entrar en el

70

explicarse según las leyes puramente mecánicas. Pero, para que la casa pueda hacerse, lo primero son los pensamientos del arquitecto, y éstos no se descubren si únicamente se tienen en cuenta las leyes físicas. Lo mismo que los pensamientos del arquitecto se hallan detrás de las leyes físicas que explican la construcción de la casa; se halla, detrás de lo que la ciencia física acertadamente aduce, aquello que el conocimiento suprasensible expone. Es cierto que frecuentemente se presenta esta comparación cuando se trata de justificar los fundamentos espirituales del mundo. Se la puede considerar como trivial; mas en semejantes casos no es cuestión de conocer determinados conceptos, sino de atribuirles la importancia que tienen para fundamentar una cosa. Pero puede suceder que conceptos opuestos ejerzan demasiado poder sobre el discernimiento como para juzgar debidamente esa importancia.

El soñar es un estado intermedio entre el estar despierto y el estar durmiendo. Lo que los sueños ofrecen a una juiciosa observación, es un mundo de imágenes en que se confunden los más variados hechos y sucesos, imágenes en que se esconden, no obstante, ciertas reglas y leyes; un mundo donde ocurre un intensificarse y calmarse, frecuentemente en confusa sucesión. En sus sueños, el hombre se halla desligado de las leyes de la conciencia diurna que es la que le ata a la percepción de los sentidos y las reglas del discernimiento. A pesar de todo, el ensueño tiene algo de las leyes enigmáticas que para el sentimiento humano encierran encanto y atracción, y que en verdad son la causa por la que se suele comparar con el «soñar», el bello juego de la fantasía que surge del sentimiento artístico. Para corroborarlo, basta con recordar algunos sueños típicos. Un hombre sueña, por ejemplo, que repele a un perro que arremete contra él; se despierta y advierte que inconscientemente está quitándose una parte de la frazada que le molestaba. ¿Qué es lo que el sueño hace del suceso físicamente perceptible? Para el hombre que está durmiendo queda en lo inconsciente lo que los

estado de la percepción exterior. Durante el sueño, su cuerpo astral vuelve a entrar en dicha armonía del universo, trayendo de esta armonía, al despertarse el hombre, tanta fuerza a los otros dos cuerpos, como para poder prescindir por un nuevo tiempo de su estar en aquella armonía; durante el sueño, el cuerpo astral vuelve a su patria, y al despertar trae a la vida nuevas fuerzas. La posesión de estas fuerzas, al despertar, encuentra su expresión exterior en la sensación de encontrarse restaurado, la que por el profundo sueño se adquiere. Las ulteriores explicaciones de la ciencia oculta mostrarán que la patria del cuerpo astral abarca un mundo más amplio que aquél que en sentido inmediato como mundo físico circunda al cuerpo físico. Pues, mientras que el hombre como ser físico forma parte de la Tierra, su cuerpo astral pertenece a mundos que aparte de nuestra Tierra comprenden otros cuerpos cósmicos. Por lo tanto entra durante el sueño -lo que, como queda dicho, sólo se verá por las ulteriores explicaciones- en un mundo al que pertenecen otros mundos además de la Tierra.

Si bien pareciera superfluo señalar un malentendido que con respecto a estos hechos fácilmente puede surgir, es necesario hacerlo en nuestro tiempo en que existen ciertas concepciones materialistas. Por parte de éstas se objetará, naturalmente, que según métodos científicos, un fenómeno como lo es el sueño, únicamente debería investigarse por sus condiciones físicas; y se arguye que, si bien los científicos aún no llegaron a un entendimiento acerca de las causas físicas del sueño: consta que hay que partir de determinados procesos físicos en que se basa dicho fenómeno. ¡Pero ante todo habría que reconocer que el conocimiento suprasensible no está en contradicción con esa afirmación! Admite todo lo que esos hombres de ciencia dicen, de la misma manera como se admite que para la construcción de una casa, en cuanto al aspecto físico, hay que colocar un ladrillo sobre el otro, y que, una vez terminada, la forma y la solidez de la construcción pueden

71

sentidos percibirán en el estado de vigilia; pero de ello se mantiene el hecho esencial de que el hombre quiere librarse de algo, y para darle expresión teje la imagen de un suceso. Las imágenes como tales son reflejos de la vida diurna, pero en la manera de configurarse, hay algo arbitrario. Se siente que, con el mismo motivo exterior, el ensueño podría evocar otras imágenes, pero estas siempre expresan simbólicamente el que el hombre trata de librarse de algo. El ensueño crea símbolos; esto le es propio. Procesos interiores también pueden transformarse en semejantes símbolos de los sueños. Alguien sueña que a su lado arde un fuego; soñando ve las llamas. Despierta y siente calor porque se ha cubierto demasiado. La sensación del exceso de calor se expresa simbólicamente en aquella imagen. En el sueño también pueden desarrollarse sucesos dramáticos. Por ejemplo, uno sueña que se encuentra al borde de un precipicio; ve que un niño se acerca corriendo. El sueño le hace vivir toda la angustia de pensar que el niño, descuidado, podría precipitarse al abismo. Lo ve caer y oye el sordo golpe que da el cuerpo allí abajo. Despierta y se entera de que un objeto se ha desprendido de la pared y caído al suelo, con un sordo ruido. El sueño expresa este simple suceso a través de un accidente que se produce en emocionantes imágenes. No es preciso, por de pronto, reflexionar sobre la cuestión de por qué, en este último ejemplo, el instante de golpear un objeto, se divide en una serie de sucesos, los que parecen extenderse por cierto tiempo; sólo hay que tomar en consideración que el sueño transforma en una imagen lo que se presentaría a la despierta percepción sensoria.

Vemos que inmediatamente que cesa la actividad de los sentidos, se hace notar, para el hombre, una fuerza creadora. Es el mismo elemento creador que también existe en el profundo sueño, libre de ensueños, y que representa aquel estado del alma que aparece como contraste con el estado anímico de vigilia. Para que tenga lugar ese sueño, libre de ensueños, es

72

73

preciso que el cuerpo astral se halle fuera de los cuerpos etéreo y físico. Durante el soñar está separado del cuerpo físico en cuanto se queda desvinculado de los órganos sensorios, pero mantiene entonces un determinado vínculo con el cuerpo etéreo. El que se perciba en imágenes lo que sucede en el cuerpo astral, se debe a su vínculo con el cuerpo etéreo. En el instante en que este vínculo también se corta, las imágenes se pierden en la obscuridad de la inconsciencia, y se produce el sueño, libre de ensueños. Lo arbitrario y, a veces absurdo de los ensueños se debe a que el cuerpo astral, a causa de su estar separado de los órganos sensorios del cuerpo físico, no puede relacionar sus imágenes con los correspondientes objetos y sucesos del mundo físico circundante. Para este hecho resulta particularmente ilustrativo la consideración de un sueño en que, en cierto sentido, el Yo se divide. Cuando, por ejemplo, alguien sueña que, como alumno, no encuentra la contestación a una pregunta del maestro, mientras que inmediatamente después la da el maestro mismo. Puesto que el que sueña no puede servirse de los órganos de percepción de su cuerpo físico, no le es posible relacionar consigo mismo, como la misma persona, ambos sucesos. Esto significa que, también para reconocerse a sí mismo como un Yo constante, ante todo es necesario para el hombre el estar provisto de órganos de percepción físicos. Únicamente si el hombre hubiese adquirido, de otra manera que por tales órganos de percepción, la facultad de ser consciente de su Yo, este Yo constante le sería perceptible fuera de su cuerpo físico. La conciencia suprasensible tiene que adquirir tales facultades, y en este libro se hablará, más adelante, de los medios para adquirirlas.

También la muerte se produce por un cambio en el nexo de los miembros constitutivos del ser humano. Lo que a este respecto resulta de la observación suprasensible, igualmente puede percibirse por sus efectos en el mundo de lo manifestado y también en este caso, el discernimiento libre de prejuicios

74

de algunos días; pero de este hecho hablaremos, por ahora, sólo en forma informativa.

Más tarde, el cuerpo astral se desliga también de su cuerpo etéreo y sigue su rumbo sin éste. Mientras los dos cuerpos se encuentran unidos, el hombre se halla en un estado que le permite percibir lo que vive su cuerpo astral. Cuando todavía existe la unión con el cuerpo físico, el cuerpo astral tiene que comenzar, inmediatamente después de desligarse de aquél, el obrar desde afuera para restaurar los órganos desgastados. Una vez desprendido el cuerpo físico, cesa ese trabajo, mas la fuerza que para el se emplea durante el sueño, permanece activa después de la muerte y puede ahora utilizarse para otro fin. Se la emplea para hacer perceptibles los sucesos propios del cuerpo astral.

La observación que se apeg a lo externo de la vida dirá: esas afirmaciones convencen a quien esté dotado de la visión suprasensible; pero para otros no hay ninguna posibilidad de percibir su verdad. Pero el caso es otro. Lo que el conocimiento suprasensible observa, incluso en este dominio tan ajeno a la concepción corriente: lo puede comprender, *una vez investigado*, el juicio común; sólo que éste debe examinar de la justa manera lo que la vida ofrece en lo manifestado. El pensar, sentir y querer guardan entre sí y con las experiencias que el hombre hace en el mundo externo, una relación de tal índole que esas facultades quedan enigmáticas si su actividad *manifiesta* no se toma como expresión de lo oculto. Este obrar manifiesto sólo resulta comprensible para el juicio común si su desarrollo en la vida humana física se considera como resultado de lo que el conocimiento suprasensible verifica en lo no-físico: sin el conocimiento suprasensorial nos encontramos frente a dicha actividad, como en una habitación sin luz. Al igual que los objetos físicos sólo con luz se hacen visibles, así también lo que tiene lugar por la vida analítica del hombre, sólo resulta comprensible por lo que dice el conocimiento suprasensible.

76

encontrará que la observación de la vida exterior confirma lo que expone el conocimiento suprasensible. Sin embargo, para estos hechos, la expresión de lo invisible en lo físicamente perceptible resulta menos evidente, y es más difícil sentir plenamente la importancia de lo que en los sucesos de la vida exterior da la confirmación de lo que el conocimiento suprasensible expone en este campo. Pues en él es más fácil que en algunos aspectos de los ya tratados en este libro, calificar simplemente como producto de la fantasía lo que aquí se comunica, cuando se rehuye el entendimiento de *cómo* lo sensible contiene el evidente indicio de lo suprasensible.

Mientras que al dormirse el hombre sólo desliga el cuerpo astral de su unión con los cuerpos etéreo y físico, quedando unidos estos últimos, con la muerte se produce el desprendimiento del cuerpo físico del etéreo. El cuerpo físico queda entonces abandonado a sus propias fuerzas y, por lo tanto, tiene que desintegrarse, como cadáver. Pero con ello, el cuerpo etéreo entra en un estado en que durante el tiempo entre el nacimiento y la muerte jamás se encontró, si dejamos de considerar determinados estados excepcionales de los cuales hablaremos más adelante. Resulta que el cuerpo etéreo se halla ahora unido con su cuerpo astral, sin que el cuerpo físico los acompañe. Pues, el cuerpo etéreo y el astral no se separan inmediatamente al producirse la muerte, sino que se mantienen unidos durante un tiempo, gracias a una fuerza de la cual fácilmente se comprende que tiene que existir, puesto que, si no existiera, el cuerpo etéreo no podría desprenderse del físico. Con él está ligado: lo muestra el sueño durante el cual el cuerpo astral no es capaz de desunir estos dos miembros constitutivos del ser humano. La fuerza que conduce a ello actúa al sobrevenir la muerte; debido a ella el cuerpo etéreo se desliga del físico, de modo que aquél queda ahora unido con el cuerpo astral. La observación suprasensible enseña que esta unión, después de la muerte, es distinta en las distintas personas. La duración es

75

Cuando el hombre está unido con el cuerpo físico, es consciente del mundo externo en imágenes-reflejo; después de desprenderse de ese cuerpo se hace perceptible lo que el cuerpo astral experimenta cuando con dicho mundo externo ya no tiene ningún vínculo mediante órganos sensorios físicos. Al principio no tiene experiencias nuevas, porque la unión con el cuerpo etéreo le impide experimentar algo nuevo. Pero él posee la memoria de la vida que acaba de terminar; y el cuerpo etéreo con que aún está unido, hace aparecer el *recuerdo* de dicha vida como un extenso cuadro viviente. En ello consiste la primera experiencia del hombre, después de la muerte; él percibe la vida entre el nacimiento y la muerte en una serie de *imágenes* que ante él se extiende. Durante la vida terrenal, el recuerdo únicamente existe en el estado de vigilia, cuando el hombre está unido con su cuerpo físico, y sólo existe en tanto que dicho cuerpo lo permita. No se pierde nada de lo que durante la vida causa impresión sobre el alma. Si para ello el cuerpo físico fuese un instrumento perfecto, daría la posibilidad de hacer aparecer en todo momento de la vida, como por encanto, todo lo pasado en ella. Con la muerte deja de existir tal impedimento. Mientras el cuerpo etéreo del hombre queda unido con el cuerpo astral, existe una cierta perfección del recuerdo; pero ella va desvaneciéndose a medida que el cuerpo etéreo pierde la forma que le fue propia durante su unión con el cuerpo físico y parecida a éste. He aquí la causa por la que, después de un tiempo, el cuerpo astral se separa del etéreo: pues sólo puede quedar unido con el cuerpo etéreo en tanto perdure la forma de éste, correspondiente a la del cuerpo físico.

Durante la vida entre el nacimiento y la muerte, un desprenderse del cuerpo etéreo sólo ocurre en casos excepcionales y por breve tiempo. Por ejemplo, cuando sobre uno de los miembros corporales algo ejerce una fuerte presión, puede suceder que una parte del cuerpo etéreo se separe del físico. En tales casos, se suele decir que ese miembro se ha «adormecido»

77

y la sensación extraña que entonces se produce, se debe a que el cuerpo etéreo se ha separado. (Naturalmente, también en este caso, un pensar materialista puede negar lo invisible dentro de lo visible, diciendo que todo se debe al estorbo causado por la presión.) Pero la observación suprasensible percibe que la parte correspondiente del cuerpo etéreo se eleva sobre el físico. Cuando una persona experimenta un susto descomunal o algo parecido, puede suceder que por un breve tiempo una gran parte del cuerpo etéreo se desprenda. Esto ocurre cuando el hombre por alguna causa repentinamente se ve frente a la muerte; por ejemplo, cuando está a punto de ahogarse, o bien, cuando en una excursión por la montaña está en inminente peligro de despeñarse. Lo que relatan las personas que experimentaron tal suceso, efectivamente no está lejos de la verdad; y la observación suprasensible lo puede confirmar. Ellas dicen que en tales instantes tuvieron ante el alma el extenso cuadro recordativo de toda su vida. Entre muchos ejemplos posibles, basta con reproducir uno sólo, porque proviene de un hombre para cuyo modo de pensar, todo cuanto aquí se expone, ha de aparecer como vana fantasía. Ciertamente, para el que da algunos pasos en la observación suprasensible, siempre resulta muy útil informarse sobre lo que dicen aquellos que tienen esta ciencia por pura fantasía; pues a tal opinión no se le puede fácilmente atribuir la parcialidad del observador. (Al representante de la ciencia oculta le conviene aprender todo lo posible de los que consideran su trabajo como insensato, sin desconcertarse si ellos no corresponden a la atención que se les confiere. Por otra parte, la observación suprasensible no necesita de tal cosa para la confirmación de sus resultados, ni tampoco quiere probar, sino simplemente ilustrar.) El eminente antropólogo de lo criminal e importante investigador de las ciencias naturales, *Moritz Benedikt* (1835- 1920) relata, en su autobiografía el suceso vivido por él mismo de que en un balneario, en el instante de estar a punto de ahogarse, percibió

del Espíritu vital y del Hombre-Espíritu? Tal percepción no existe porque entre el nacimiento y la muerte el Yo está atado al cuerpo físico. Aunque durante el sueño el Yo se encuentra, junto con el cuerpo astral, fuera del cuerpo físico, permanece, no obstante, estrechamente unido con éste, puesto que la actividad del cuerpo astral está orientada hacia este cuerpo físico. Debido a ello, el Yo, en cuanto a la percepción, está vinculado al mundo exterior sensible, por lo cual no puede recibir las revelaciones de lo espiritual en su forma inmediata. Sólo con la muerte recibe el Yo esta revelación, porque entonces queda librado de sus vínculos con el cuerpo físico y el etéreo. Cuando el alma se halla fuera del mundo físico al que su actividad está ligada durante la vida, puede aparecer para ella la luz de otro mundo.

Pero hay motivos por los cuales tampoco en ese momento cesa el vínculo con el mundo sensible exterior; pues restan apetencias que mantienen ese vínculo. Se trata de apetencias que el hombre adquiere por el hecho de que él es consciente de su Yo como el cuarto principio de su ser. Aquellos apetitos y deseos que se originan en la naturaleza de los tres miembros constitutivos inferiores, sólo pueden desenvolverse dentro del mundo externo, y cesan cuando estos miembros constitutivos son desprendidos. El hambre se produce en el cuerpo exterior; deja de existir desde el momento en que el cuerpo exterior queda desligado del Yo. Si entonces el Yo no tuviera otras apetencias que las que se originan en su propio ser espiritual, podría, al producirse la muerte, obtener plena satisfacción del mundo espiritual en que ahora se encuentra. Pero la vida también le ha dado otras apetencias; ha encendido en él un deseo de goces que sólo por órganos físicos pueden satisfacerse, aunque los goces mismos no tienen su origen en la naturaleza de esos órganos. No solamente los tres cuerpos ansían su satisfacción en el mundo físico, sino que el Yo mismo encuentra en este mundo gozos para cuya satisfacción no existe

ante sí mismo, como en un solo cuadro, la recordación de toda su vida. Otros describen de otra manera las imágenes vividas en ocasiones similares, e incluso de tal manera que aparentemente tienen poco que ver con las propias experiencias del pasado. Pero esto no contradice lo expuesto, ya que las imágenes que en el desacostumbrado estado de la separación del cuerpo físico se forman, no siempre son fácilmente comprensibles en su relación con la vida. Mas una acertada observación siempre reconocerá en qué consiste tal relación. Tampoco puede considerarse como una objeción el que alguien, en el instante de encontrarse a punto de ahogarse, no haya experimentado lo que hemos descrito pues hay que tener en cuenta que ello únicamente puede tener lugar si el cuerpo etéreo se halla realmente separado del físico, y si, además, aquél permanece unido con el cuerpo astral. En cambio, si a raíz del susto también sobreviene un principio de desprendimiento entre los cuerpos etéreo y astral, no se producirá dicha experiencia, porque en tal caso existe plena inconsciencia al igual que durante el sueño, libre de ensueños.

Comprendido en un cuadro recordativo aparece inmediatamente después de la muerte lo vivido en el pasado. Después de separarse el cuerpo etéreo, el cuerpo astral se halla sólo en su ulterior camino. Fácilmente se comprenderá que el cuerpo astral sigue conteniendo todo aquello que él, por su propia actividad durante su permanencia en el cuerpo físico, ha hecho suyo. Hasta cierto grado el Yo ha elaborado el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu. En cuanto estos miembros están desarrollados, reciben su existencia, no de aquello que como órganos existe en los distintos cuerpos, sino del Yo. Y el Yo es precisamente el ser que para la percepción de sí mismo no tiene necesidad de órganos exteriores, ni tampoco le hacen falta órganos para quedar en posesión de lo que ha reunido consigo. Se podría objetar: ¿por qué no se percibe durante el sueño nada del ya desarrollado Yo espiritual,

en el mundo espiritual absolutamente ningún objeto. Para el Yo hay en la vida dos clases de deseos: aquellos que se originan en los cuerpos, de modo que deben satisfacerse dentro de éstos, pero que también cesan con el deshacerse de los cuerpos. Además, hay aquellos que provienen de la naturaleza espiritual del Yo, los que, en tanto el Yo se halla en los cuerpos, también se satisfacen por medio de ellos. Pues en las manifestaciones de los órganos del cuerpo se expresa lo espiritual oculto. Y en todo lo que los sentidos perciben, les llega, a la vez, lo espiritual que, si bien en otra forma, subsiste después de la muerte. Todo lo espiritual al que el Yo, dentro del mundo de los sentidos, aspira, lo posee también cuando los sentidos ya no están. Ahora bien, si a estas dos clases de deseos no se sumara una tercera, la muerte sólo significaría una transición de apetitos que se satisfacen por los sentidos, a deseos que encuentran satisfacción en la revelación del mundo espiritual. Aquella tercera clase de deseos es la que el Yo engendra durante su vida en el mundo sensorio, porque resultan de su agrado, incluso en cuanto a que en esta clase no se manifieste lo espiritual.

Los goces más bajos pueden ser manifestaciones del espíritu. La satisfacción que la alimentación le brinda al ser hambriento, es una manifestación del espíritu, pues por la alimentación se alcanza aquello sin lo cual lo espiritual, en cierto sentido, no podría encontrar su desarrollo. Pero el Yo puede ir más allá del goce que por este hecho se le brinda necesariamente. Puede tener el deseo de la sabrosa comida, sin que ello tenga que ver con el servicio que por la alimentación se le presta al espíritu. Lo mismo ocurre para con otras cosas del mundo sensible. De esta manera se generan los deseos que jamás habrían aparecido en este mundo si en él no hubiera entrado el Yo. Pero semejantes deseos tampoco tienen su origen en la naturaleza espiritual del Yo. El Yo, incluso en cuanto él es de naturaleza espiritual, necesariamente tiene que experimentar goces sensorios, mientras vive en el cuerpo.

Pues en lo sensible se manifiesta el espíritu; y no es sino el espíritu lo que da al Yo el gozo cuando en el mundo sensible él se abandona a aquello a través de lo cual se manifiesta la luz del espíritu; y el Yo seguirá gozando de esta luz incluso cuando lo sensible ya no sea el medio a través del cual le llegan los rayos del espíritu. Pero en el mundo espiritual no puede haber satisfacción para aquellos deseos en que, ya en lo sensible, no se manifiesta el espíritu. Al producirse la muerte, cesa toda posibilidad de satisfacer *estos* deseos. El goce que brinda una comida sabrosa sólo es posible por medio de los órganos físicos que se utilizan para ingerir los alimentos: el paladar, la lengua, etc.; y éstos ya no los posee el hombre después de haber abandonado el cuerpo físico. Pero si al Yo le ha quedado el deseo de tal gozo, ya no lo podrá satisfacer. Por cuanto que este gozo corresponde a la naturaleza del espíritu; sólo existe mientras estén los órganos físicos; pero si lo ha generado el Yo sin servir con ello al espíritu, subsistirá después de la muerte como un deseo, que vanamente ansía la satisfacción. Lo que entonces sucede en el hombre, sólo es concebible si nos imaginamos que alguien sufre sed ardiente en una región en que, hasta donde la vista alcanza, no hay agua. Esto es lo que ocurre cuando el Yo, después de la muerte, sigue teniendo deseos de goces del mundo físico, sin tener los órganos para satisfacerlos. Se entiende que tenemos que representarnos ilimitadamente intensificada la sed ardiente con que hemos comparado el estado del Yo después de la muerte, y que hay que extenderla sobre todos los demás deseos que aún se mantienen, y para cuya satisfacción falta *toda* posibilidad. El próximo estado del Yo consiste en el librarse de tal ligazón que le ata al mundo exterior, pues en este sentido el Yo tiene que llevar a cabo una purificación y una liberación. En él deben extinguirse todos los deseos generados por él en el cuerpo, y que son ajenos a la condición del mundo espiritual.

Yo no lo percibe. Es por esta razón que en la vida el gozo que sigue al deseo, puede generar nuevos deseos similares; y el hombre no se da cuenta de que él, por sí mismo, se envuelve en un «fuego devorador». Después de la muerte, se torna visible lo que ya en la vida envuelve al hombre; y, al quedar perceptible, este hecho mismo aparece con su efecto benéfico y saludable. Quien ama a alguien, no sólo es atraído hacia él por lo que siente a través de los órganos físicos. Pero sólo de esto puede decirse que con la muerte desaparece para la percepción. Se torna entonces perceptible, justamente aquello de la persona amada, para cuya percepción, los órganos físicos, meramente habían sido el medio. Además, lo único que impide la plena perceptibilidad, es entonces la existencia del deseo que sólo por órganos físicos es posible satisfacer. Pero si este deseo no quedara extirpado, sería imposible, después de la muerte, llegar a la percepción de la persona amada. Considerándolo de este modo, el pensamiento de lo horrendo y desolador que pudieran ser los sucesos después de la muerte para el hombre, según los relatos del conocimiento suprasensible, se convierte en satisfactorio y confortante.

Las experiencias inmediatas después de la muerte, se diferencian en otro sentido más de las de la vida terrenal. Durante la purificación el hombre vive, en cierto modo, hacia atrás, experimentando una vez más lo vivido desde el nacimiento. Comienza con lo sucedido inmediatamente antes de la muerte y vuelve a vivir, en orden retrógrado, todo hasta su infancia. Ante sus ojos espirituales aparece entonces todo aquello que durante la vida terrenal no provenía de la naturaleza espiritual del Yo; pero esto también lo vive en sentido inverso. Por ejemplo, un hombre que haya muerto a la edad de sesenta años, y que a los cuarenta haya causado a otro un dolor físico o anímico, volverá a vivir este hecho cuando, después de la muerte, durante su vida retrógrada, llegue al momento correspondiente a sus cuarenta años terrenales; sólo que no

De un modo similar a cómo un objeto queda preso y consumido por el fuego, aquel mundo de los deseos será extinguido y destruido después de la muerte. Con esta descripción se abre la vista a aquel mundo que el conocimiento suprasensible puede denominar el «devorador fuego del espíritu». Queda preso en este «fuego» el deseo de índole sensorial pero de tal característica que lo sensorio *no* es expresión del espíritu. Podrían considerarse como desconsoladoras y horrendas las descripciones que el conocimiento suprasensible tiene que dar con respecto a estos hechos. Podría parecer espantoso que el ansia para cuya satisfacción hacen falta órganos sensorios tenga que transformarse, después de la muerte, en absoluta falta de esperanza; que el deseo que sólo puede satisfacerse en el mundo físico, tenga que convertirse en una insatisfacción ardiente. Se puede pensar de esta manera, únicamente si no se tiene presente que todos aquellos deseos y ansias que después de la muerte son consumidos por el «fuego devorador», no representan, en un sentido superior, fuerzas benéficas, sino fuerzas destructivas, en la vida humana. Pues, mediante semejantes fuerzas el Yo establece con el mundo sensible lazos más estrechos de lo necesario como para acoger de dicho mundo lo que resulte en beneficio propio. El mundo sensible es una manifestación de lo espiritual, que detrás de él está oculto; y el Yo no podría, de modo alguno, sentir lo que le brinda el espíritu en la forma de su manifestación de los sentidos físicos, si éstos no los utilizara para gozar del espíritu en lo sensible. Por otra parte, cuanto codicia del mundo sensorio sin que en ella se manifieste el espíritu, tanto se priva el Yo de la verdadera realidad espiritual. Si por un lado el gozo sensorio como expresión del espíritu significa *elevación*, desarrollo del Yo, el gozo que carece de tal expresión significa, en cambio, empobrecimiento, vaciamiento del Yo. Cuando tal deseo se satisface en el mundo sensible, el efecto empobrecedor sobre el Yo, no obstante persiste; sólo que antes de la muerte el

experimentará la satisfacción que aquel impulso le había causado, sino al contrario: el dolor sufrido por el otro. Lo descrito también hace evidente que después de la muerte, solamente se experimenta como penoso aquello de tales sucesos que provenía de un deseo del Yo, que sólo se generaba en el mundo físico externo. Por la satisfacción del deseo, el Yo, en verdad, daña no solamente al otro, sino a sí mismo; pero durante la vida el propio daño le queda imperceptible. Después de la muerte, el Yo llega a percibir lo dañoso de este mundo de los deseos, en su totalidad, y se siente atraído por cada ser y cada cosa que había encendido en él tal deseo; para que ahora éste pueda extinguirse en el «fuego devorador», como antes se había generado.

Sólo cuando por su vida retrógrada el hombre ha arribado al momento de su nacimiento, todos los deseos de tal índole han pasado por el fuego purificador, y a partir de entonces nada le impide abandonarse enteramente al mundo espiritual. Entra en una nueva esfera de existencia. Así como al morir ha dejado el cuerpo físico, poco después el cuerpo etéreo, así se descompone ahora aquella parte del cuerpo astral que sólo puede vivir con la conciencia del mundo físico exterior. Resulta pues que para el conocimiento suprasensible hay tres «cadáveres», el físico, el etéreo y el astral. Cuando quedará desprendido este último, se determina por el hecho de que el período de la purificación dura aproximadamente un tercio del tiempo transcurrido entre el nacimiento y la muerte. Más adelante, cuando en este libro, con fundamento en la ciencia oculta, hablemos del curso de la vida humana, se comprenderá el porqué de este hecho. Para la observación suprasensible existen constantemente, en el mundo en que vive el hombre, cadáveres astrales desprendidos de seres humanos que del estado de purificación pasan a una existencia superior; exactamente como, para la observación física, aparecen cadáveres físicos, donde viven hombres.

Después de la purificación el Yo entra en un estado de conciencia totalmente nuevo. Mientras que antes de la muerte tenían que fluir en él las percepciones externas para que sobre estas se proyecte la luz de la conciencia, fluye ahora, en cierto modo, del interior, un mundo como contenido de su conciencia. Entre el nacimiento y la muerte, el Yo también vive en ese mundo, sólo que éste aparece entonces en forma de revelaciones de los sentidos; y únicamente cuando el Yo, omitiendo toda percepción sensoria se percibe a sí mismo en su «más íntimo santuario», se le manifiesta en su forma inmediata lo que comúnmente sólo aparece tras el velo de lo sensible. De la misma manera como antes de la muerte se realiza la percepción del Yo en lo íntimo del propio ser, así también desde lo interior se revela, después de la muerte y la purificación, el mundo espiritual en su plenitud. En realidad, esta revelación ya existe inmediatamente después del desprendimiento del cuerpo etéreo; pero se coloca ante ella, cual una nube oscurecedora, el mundo de los deseos, los que todavía se dirigen hacia el mundo externo. Es entonces como si con un dichoso mundo de espiritualidad se mezclasen las negras sombras demoníacas que se forman de los deseos que «en el fuego se devoran». Es más, estos deseos son ahora no solamente sombras, sino seres reales, lo que inmediatamente se pone de manifiesto cuando los órganos físicos no están más con el Yo, de modo que éste percibe lo que es de índole espiritual. Dichos seres aparecen como caricaturas de lo que antes el hombre conoció por la percepción sensoria. La observación suprasensible ha de caracterizar este mundo del fuego purificador como habitado por seres que al ojo espiritual pueden presentarse horriblos y dolorosos, cuyo placer parece tender al exterminio, y cuya pasión se dirige hacia un mal, comparado con el cual, el mal del mundo sensible parecería insignificante. Lo que de los deseos caracterizados el hombre trae consigo a ese mundo, aparece para dichos seres como un alimento que siempre de nuevo

índole más baja que todas las animales, porque no se circunscriben a lo sensorial, sino que aprehenden lo espiritual y lo hacen bajar al campo sensual. Por esta razón, las figuras de tales seres son, para la visión espiritual, más feas y horribles que las de las fieras más feroces, en que sólo se incorporan pasiones que tienen su fundamento en lo sensorial; y las fuerzas destructoras de esos seres sobrepasan inmensamente todo el furor de destrucción que existe en el mundo animal físicamente visible. De esta manera, el conocimiento suprasensible tiene que ampliar la mirada del hombre hacia un mundo de seres, que en cierta relación es inferior al reino visible de los animales que traen destrucción.

Cuando después de la muerte, el hombre ha pasado por ese mundo, se halla frente a un mundo espiritual que en él sólo suscita un anhelo que encuentra su satisfacción en lo espiritual. Pero también ahora hace distinción entre lo que pertenece a su Yo y lo que circunda a este Yo; igualmente se puede decir: lo que forma su mundo espiritual circundante. Con la diferencia de que lo que el hombre experimenta en este mundo circundante, fluye a él de un modo análogo a como durante su vida en el cuerpo, le fluía la percepción del propio Yo. Esto quiere decir, mientras que en la vida entre el nacimiento y la muerte, el mundo circundante le habla al hombre a través de los órganos de su cuerpo, el lenguaje de su entorno después del desprendimiento de todos los cuerpos fluye directamente en el «santuario más recóndito» del Yo. Todo este contorno está ahora colmado de entidades de igual naturaleza que su Yo, pues sólo un Yo tiene acceso a un Yo. Como en el mundo sensible le circundan al hombre, formando parte de aquel, los minerales, vegetales y animales, así también se halla en torno a él, después de la muerte, un mundo compuesto de entidades de naturaleza espiritual.

Pero el hombre lleva consigo a ese mundo algo que en el mismo no pertenece a su contorno: esto es, aquello que el Yo

fortalece y vigoriza su poder. El cuadro que de un mundo imperceptible para los sentidos, se proyecta de esta manera, aparecerá menos increíble, si el hombre observara desasosadamente una parte del mundo animal. ¿Qué es para la mirada espiritual el lobo que ávida y cruelmente busca su presa? ¿Qué se manifiesta a través de lo que en él perciben los sentidos? No es otra cosa que un alma que vive en avidez y que por ésta actúa; y a la figura exterior del lobo, la podemos llamar la incorporación de esta avidez. Y si el hombre no tuviera los órganos para percibir esa figura, tendría que reconocer, no obstante, la existencia del ser correspondiente, si los deseos de éste, imperceptibles, se evidenciaran en sus efectos, es decir, si una potencia, invisible para el ojo, anduviese por ahí, haciendo todo aquello que hace el lobo perceptible. Los seres del fuego purificador no existen, por cierto, para la conciencia física, sino únicamente para la suprasensible; mas sus efectos se evidencian: consisten en la destrucción del Yo, si éste les da alimentos. Estos efectos se hacen claramente visibles cuando el gozo justificado se incrementa a exceso y desenfreno. Pues lo perceptible para los sentidos no despertaría los deseos del Yo, sino hasta donde el gozo se fundamenta en la naturaleza de aquél. La apetencia del animal sólo se incita por aquello del mundo externo que es codiciado por sus tres cuerpos. El hombre busca gozos más elevados porque aparte de los tres miembros corporales posee el cuarto que es el Yo. Pero si el Yo codicia una satisfacción que no contribuye al mantenimiento y el favorecimiento de su naturaleza, sino a su destrucción, semejante deseo no puede originarse ni en sus tres cuerpos, ni en su propia naturaleza, sino únicamente en seres, cuya verdadera configuración queda oculta para los sentidos, pero seres que precisamente pueden dirigirse contra la naturaleza superior del Yo, incitando a éste a deseos no vinculados a la sensualidad, pero que sólo por ésta pueden satisfacerse. Existen ciertamente seres que se nutren de pasiones y apetencias de

ha experimentado dentro del mundo sensible. Primero, inmediatamente después de la muerte, mientras el cuerpo etéreo seguía a vinculado al Yo, la suma de esas experiencias aparecía como un vasto cuadro recordativo. Si bien el cuerpo etéreo mismo es entonces desprendido, queda algo como posesión imperecedera del Yo; y esto se presenta como si de todo lo que el hombre ha vivido y experimentado entre el nacimiento y la muerte se hiciese un extracto una esencia, la que constituye el resultado espiritual, el fruto de la vida. Este resultado es de naturaleza espiritual, pues contiene todo lo espiritual que se manifiesta por medio de los sentidos, pero que no hubiera podido producirse sin la vida en el mundo sensible. Este fruto espiritual del mundo de los sentidos, lo siente el Yo, después de la muerte, como su mundo propio, su mundo interior con el cual entra en el mundo que consiste de seres que se revelan de tal manera como sólo el Yo del hombre puede revelarse a sí mismo en su más profundo interior. Análogamente a como una semilla que es el extracto de la planta toda, pero que sólo se desenvuelve si se la coloca en otro medio, en la tierra, así se desenvuelve ahora lo que el Yo trae consigo del mundo sensible, como un germen sobre el cual influye el contorno espiritual que lo ha acogido. La ciencia de lo suprasensible, en verdad, sólo puede dar imágenes con el fin de relatar lo que sucede en este «mundo de los espíritus»; pero imágenes que para la conciencia suprasensible se presentan como verdadera realidad, si observa los acontecimientos, invisibles para el ojo físico. Se puede ilustrar mediante comparaciones con el mundo sensible, lo que al respecto ha de describirse. Pues, aunque ello es totalmente de naturaleza espiritual, tiene en cierto sentido, semejanza con el mundo de los sentidos. Como, por ejemplo, en éste aparece un color, cuando este o aquel objeto se presenta ante el ojo, así también aparece ante el Yo en el «mundo de los espíritus» un acontecimiento como expresado por un color, cuando sobre él influye un ser; sólo que tal experiencia se

produce de un modo análogo a como en la vida entre el nacimiento y la muerte puede producirse la percepción del Yo en lo interior. No es como si desde afuera cayese una luz sobre el hombre, sino de tal manera como si otro ser influyese directamente sobre el Yo, induciéndole a representarse tal influencia como una imagen en colores. Todos los seres de este mundo espiritual circundante del Yo, encuentran de ese modo su expresión en un mundo irradiante de colores. Se entiende que, como estas impresiones de colores en el mundo espiritual son de origen distinto, ellas son también de otra característica que las que corresponden a los colores sensibles. Algo análogo ha de decirse con respecto a otras impresiones que el hombre recibe del mundo sensible; pero resulta que los sonidos del mundo espiritual son las impresiones que más se parecen a las del mundo de los sentidos. Y cuanto más se adapte a aquel mundo, tanto más será para él una vida en constante movimiento, comparable con los sonidos y su armonía en la realidad sensible. Pero el hombre no siente entonces los tonos como algo que desde afuera toca a un órgano, sino como una potencia que por su Yo fluye en el mundo. Siente el tono como siente en el mundo sensible su propio hablar o cantar; pero en el mundo espiritual sabe que los sonidos que de él fluyen son, al mismo tiempo, expresiones de otras entidades que por él fluyen en el mundo. Una expresión aún superior tiene lugar cuando el sonido se convierte en el «verbo espiritual»; pues en este caso fluye a través del Yo, no solamente la *expresión de la vida* de otro ser espiritual, sino que un ser así comunica su interior a dicho Yo. Y sin aquello que separa necesariamente toda comunión en el mundo sensible, viven entonces, cuando el «verbo espiritual» fluye en el Yo, dos seres juntos, el uno en el otro. Realmente de esta manera están juntos el Yo con otros seres espirituales, después de la muerte.

Ante la conciencia suprasensible se presentan tres regiones del mundo de los espíritus, regiones que pueden

sentimiento, existe en el mundo espiritual, compenetrándolo todo, lo mismo que sobre la tierra existe el aire. Hay que representárselo como un mar de sentimiento fluente. Pena y dolor, alegría y encanto, corren allí como el viento y la tempestad en la atmósfera del mundo de los sentidos. Imaginémonos una batalla que se libra en Tierra, en que no sólo se enfrentan los hombres perceptibles para el ojo físico, sino sentimientos contra sentimientos, pasiones contra pasiones, dolores llenan el campo de batalla, lo mismo que los hombres físicos. Todo esto, las pasiones, los dolores, el triunfo por la victoria, no sólo existe en cuanto se manifiesta por sus efectos físicamente perceptibles, sino que la visión espiritual también tiene conciencia de ello, como suceso en la atmósfera del mundo de los espíritus. En lo espiritual, semejante acontecer es como una tempestad en el mundo físico; y la percepción de tales sucesos puede compararse con el oír de palabras en el mundo físico. Por lo tanto se dice: así como el aire envuelve y penetra los seres terrestres, el «soplo de las palabras espirituales» hace lo mismo con los seres y sucesos del mundo de los espíritus.

Otras percepciones más son posibles en dicho mundo espiritual, pues, también existe lo que se puede comparar con el calor y con la luz del mundo físico. Lo que todo lo penetra en el mundo de los espíritus, al igual que el calor penetra las cosas y seres terrestres, es el mundo de los pensamientos mismos; sólo que allí los pensamientos hay que representárselos como seres vivientes independientes. Lo que en el mundo manifiesto el hombre concibe como un pensamiento, es como una sombra de aquello que en el mundo de los espíritus vive como un ser-pensamiento. Si nos imaginamos un pensamiento, tal como existe en el hombre, pero sacado fuera de él y, como ser activo, dotado de una vida interior propia, esto nos da una débil imagen de lo que existe en la cuarta región del mundo de los espíritus. Lo que como pensamiento el hombre concibe en su mundo físico entre el nacimiento y la muerte, es meramente la

compararse con tres componentes del mundo físico-sensorio. La primera región es, en cierto sentido, la «tierra firme» del mundo espiritual; la segunda, los «mares y ríos»; y la tercera, la «atmósfera». Lo que sobre la Tierra adquiere formas físicas, haciéndolo perceptible por órganos físicos, se percibe en la expresión de su naturaleza espiritual, en la primera región del «mundo de los espíritus». De un cristal, por ejemplo, se percibe allí la fuerza que le da su forma. Pero lo que así se manifiesta se ofrece como en contraste con lo que aparece en el mundo sensible: el espacio que en este ocupa la masa mineral, aparece para la visión espiritual como un hueco; y alrededor de este hueco se observa la fuerza que da la forma a la piedra. El color que la piedra tiene en el mundo sensible, da en el espiritual la impresión del color complementario; de modo que una piedra de color rojo se ve desde el mundo de los espíritus, como de color verdoso; una piedra verde da la impresión de rojizo, etc. Las demás cualidades igualmente aparecen en sus contrastes. Como las rocas, las masas de tierra, etc. forman la tierra firme, esto es, la parte continental del mundo de los sentidos, lo ahora descrito a su vez, constituye la «tierra firme» del espiritual.

Todo cuanto en el mundo sensible es vida, constituye los mares en lo espiritual. A la mirada sensoria se presenta la vida por sus efectos en los vegetales, animales y seres humanos. Para el ojo espiritual, la vida es un ser fluente que como mares y ríos se extiende por el mundo de los espíritus. Todavía mejor es la comparación con la circulación sanguínea en el cuerpo humano. Pues, mientras que los mares y ríos del mundo sensible se presentan irregularmente distribuidos, rige cierta regularidad en cuanto a la distribución de la vida fluente del mundo de los espíritus, al igual que en la circulación sanguínea. Precisamente, esa «vida fluente» se percibe como un resonar espiritual.

La tercera región del mundo de los espíritus la constituye su «atmósfera». Lo que en el mundo sensible aparece como

manifestación del mundo de los pensamientos, como ésta puede formarse por los instrumentos de los cuerpos. Pero todos los pensamientos que para el mundo físico importan un enriquecimiento, tienen su origen en aquella región. En cuanto a semejantes pensamientos no hay que pensar solamente en las ideas de los grandes inventores, las personas ingeniosas, sino que todo hombre puede tener «ocurrencias», ideas que él no solamente las debe al mundo externo, sino que mediante ellas él transforma este mundo. En cuanto se trate de sentimientos y pasiones motivados por el mundo externo, estos radican en la tercera región del mundo de los espíritus; en cambio todo lo que en el alma humana puede vivir de tal manera que el hombre llega a ser creador, quiere decir que por su actuación conduce a transformar y fecundar su mundo circundante, de todo esto se revela su forma primitiva y esencial en la cuarta región del mundo espiritual.

Lo que existe en la quinta región, puede compararse con la luz física, y en su forma primitiva es *sabiduría* que se manifiesta. Seres que hacen fluir su sabiduría en el mundo que les circunda, al igual que el Sol derrama luz sobre seres físicos, pertenecen a esta región. Lo que es alumbrado por esta *sabiduría*, aparece, en su verdadero sentido y significado para el mundo espiritual, al igual que un ser físico hace ver su color cuando es alumbrado por la luz.

Existen, además, regiones superiores del mundo de los espíritus; su descripción se dará más adelante, en este libro.

A este mundo, se incorpora el Yo, después de la muerte, con el fruto que de la vida física trae consigo; y este fruto está aún unido con aquella parte del cuerpo astral que al final del período de purificación no se ha desprendido, ya que sólo se desprende la parte que, con sus apetencias y deseos, sigue vinculada después de la muerte, a la vida física. La incorporación del Yo en el mundo espiritual, con lo adquirido en el mundo sensible, puede compararse con la colocación de una

semilla en la fecundidad de la tierra. Al igual que la semilla atrae de su alrededor las substancias y fuerzas necesarias para formar una planta nueva, el ser del Yo, colocado en el mundo espiritual, se caracteriza por su desarrollo y crecimiento.

En lo que un órgano percibe, también se halla oculta la fuerza por la cual este órgano mismo se forma. El ojo percibe la luz; pero sin la luz no existiría el ojo. Seres que viven en la obscuridad no generan en sí mismos instrumentos para la vista. De esta misma manera todo el cuerpo humano está creado por las fuerzas ocultas de aquello que los órganos de los cuerpos perciben; el cuerpo físico está construido por las fuerzas del mundo físico, el cuerpo etéreo por la del mundo de la vida, y la configuración del cuerpo astral está creada por el mundo astral. Y cuando el Yo es trasladado al mundo de los espíritus, se le presentan precisamente aquellas fuerzas que se ocultan a la percepción física. En la primera región del mundo de los espíritus se perciben, ante todo, las entidades espirituales que siempre están en torno del hombre y que han construido su cuerpo físico. Por lo tanto, en el mundo físico el hombre no percibe sino las manifestaciones de las fuerzas espirituales que también han forjado su propio cuerpo físico. Después de la muerte se halla pues en medio de esas mismas fuerzas creadoras las que entonces se le hacen perceptibles en su forma antes oculta. De un modo análogo, el hombre se halla, en la segunda región, en medio de las fuerzas que constituyen su cuerpo etéreo; en la tercera región afluyen hacia él las potencias gracias a las cuales se ha estructurado su cuerpo astral. Las regiones del mundo de los espíritus hacen fluir en él aquello de lo cual el mismo está construido en su vida entre el nacimiento y la muerte.

Estas entidades del mundo espiritual obran ahora conjuntamente con lo que el hombre ha traído consigo como fruto de la vida presente, y que ahora se convierte en germen. Y a través de este obrar en conjunto resulta que por de pronto el

hombre es formado de nuevo como ser espiritual. Hemos visto que durante el sueño permanecen juntos el cuerpo físico y el etéreo; el cuerpo astral y el Yo si bien se hallan fuera de aquellos, siguen, no obstante, vinculados a ellos; y lo que en tal estado ambos reciben como influjo desde el mundo espiritual, sólo puede servir para restaurar las fuerzas agotadas durante el estado de vigilia. Pero después de haber dejado los cuerpos físico y etéreo, como asimismo, a cabo del tiempo purificador, aquellas partes del cuerpo astral que por sus apetencias todavía estaban ligadas al mundo físico, resulta que todo cuanto del mundo espiritual fluye en el Yo, sirve ahora, no solamente para mejorar, sino para forjar lo nuevo; y después de un determinado tiempo, del cual hablaremos en otro capítulo, se habrá formado, junto al Yo, un cuerpo astral que nuevamente podrá vivir en un cuerpo etéreo y cuerpo físico como los posee el hombre entre el nacimiento y la muerte: él podrá volver a pasar por un nacimiento y aparecer en una nueva existencia terrenal, en la que estará incluido el fruto de la vida anterior. Hasta que se haya formado el nuevo cuerpo astral, el hombre será testigo de su re-estructuración. Puesto que las potencias del mundo de los espíritus se le revelan, no por órganos externos sino desde lo interior, al igual que el Yo en la conciencia de sí mismo, el hombre podrá percibir tal revelación, en tanto su sentido aún no esté dirigido hacia la percepción exterior; pero desde el momento en que el cuerpo astral esté formado de nuevo, el sentido se dirige hacia afuera. El cuerpo astral demanda entonces un cuerpo etéreo exterior y un cuerpo físico; debido a ello deja de recibir las revelaciones del interior. A causa de eso se produce un estado intermedio en que el hombre se sumerge en la inconsciencia. No resurgirá la conciencia sino cuando, en el mundo físico, se hayan formado los órganos necesarios para la percepción física. En este tiempo en que cesa la conciencia iluminada por la percepción interior, el nuevo cuerpo etéreo comienza a agregarse al cuerpo astral, y el hombre puede

entonces volver a penetrar en un cuerpo físico. De esas dos agregaciones sólo podría participar conscientemente un Yo que en virtud de su propio obrar hubiese generado las fuerzas creadoras ocultas en los cuerpos etéreo y físico, es decir, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu. Hasta que el hombre no se haya desarrollado a tal punto, es preciso que entidades más evolucionadas que él mismo, dirijan dichas agregaciones. Tales entidades conducen el cuerpo astral a una pareja de padres, de modo que pueda ser dotado de los respectivos cuerpos etéreo y físico.

Antes de agregarse el cuerpo etéreo tiene lugar un hecho sumamente importante para el hombre que vuelve a entrar en la existencia física. En su vida anterior el hombre había creado potencias perturbadoras, las que se evidenciaron durante la retrospectión después de la muerte. Recordemos el ejemplo ya mencionado: el que el hombre a los cuarenta años de su vida anterior, en un acceso de cólera, haya causado un dolor a alguien. Después de la muerte, este dolor del otro le pareció como una fuerza perturbadora para el desarrollo del propio Yo. Algo similar ocurre con todos los sucesos de esta índole, de la vida anterior. Al entrar nuevamente en la vida física, esos obstáculos de su evolución vuelven a presentarse ante el Yo. De un modo análogo a como con la muerte había aparecido ante el Yo humano una suerte de cuadro recordativo, se le presenta ahora una visión de su vida futura. El hombre vuelve a ver un cuadro que le muestra todos los obstáculos que él tiene que remover si ha de continuar su evolución. Y lo que él ve, se convierte en el punto de partida de fuerzas que el hombre tiene que llevar consigo a la nueva vida. La imagen del dolor causado al otro, se convierte en la fuerza que incita al Yo a reparar ese dolor, cuando vuelve a entrar en la vida. De esta manera, la vida precedente condiciona la nueva. Las acciones de esta nueva vida son, en cierto sentido, causadas por las de la anterior. Esta relación, según una ley natural, de una existencia anterior con

otra posterior, ha de considerarse como la ley del destino; y se la suele denominar el «karma», expresión tomada de la sabiduría oriental.

Pero la elaboración de una nueva configuración de su cuerpo no es la única actividad que al hombre le incumbe entre la muerte y un nuevo nacimiento. Mientras esta elaboración se lleva a cabo, el hombre vive fuera del mundo físico, mas éste continúa su evolución durante ese tiempo. La faz de la Tierra cambia dentro de relativamente breves períodos. ¿Qué aspecto presentaron, hace algunos milenios, las regiones que Alemania ocupa actualmente? Cuando el hombre en una nueva existencia vuelve a aparecer sobre la Tierra, ésta, por regla, jamás tiene el mismo aspecto que en la época de su vida anterior; pues, mientras él se hallaba fuera de la Tierra, se han producido muchísimos cambios. Pero en este cambio de la faz de la Tierra también actúan fuerzas ocultas, las que provienen del mismo mundo en que el hombre se halla después de la muerte; y él mismo tiene que participar en esa transformación. Pero no lo puede hacer sino guiado por entidades superiores, en tanto que no haya adquirido, por la creación del Espíritu vital y el Hombre-Espíritu, la clara conciencia de la relación que existe entre lo espiritual y su expresión en lo físico. De todos modos él participa en la transformación de las condiciones terrestres. Se puede decir que durante el tiempo desde la muerte hasta un nuevo nacimiento los hombres transforman la Tierra de tal manera que las condiciones de ella concuerden con lo que en ellos mismos se ha desarrollado. Si en una determinada época observamos un territorio, y nuevamente, después de mucho tiempo, en su estado totalmente cambiado, hemos de buscar en los difuntos, las fuerzas que condujeron a tal transformación, quiere decir que de esta manera ellos continúan vinculados a la Tierra, entre la muerte y un nuevo nacimiento. En toda existencia física, la conciencia suprasensible ve la manifestación de lo espiritual oculto. Para la observación física, la luz y el sol,

como asimismo los cambios climáticos, influyen en la transformación de la Tierra; para la observación suprasensible impera en el rayo de luz que del sol cae sobre la planta, la fuerza de los difuntos; esta observación es consciente de que almas humanas se hallan en torno de las plantas, que transforman el suelo y que realizan otras cosas parecidas. Después de la muerte, el hombre no solamente se dedica a la preparación de su propia nueva existencia terrenal, sino que está llamado a influir, actuando espiritualmente, sobre el mundo exterior, al igual que en la vida entre el nacimiento y la muerte le incumbe trabajar físicamente.

Pero no solamente influye el hombre, durante su vida en el mundo de los espíritus, sobre las condiciones del mundo físico, sino que, en sentido inverso, también la actividad en la existencia física produce sus efectos en el mundo espiritual. Un ejemplo puede ilustrar lo que a este respecto ocurre: existen lazos de amor entre madre e hijo; este amor emana del afecto entre ambos, el que tiene sus raíces en fuerzas del mundo sensible. Pero en el curso del tiempo el amor se transforma, y el lazo sensorial va convirtiéndose en espiritual. Y este lazo espiritual no se teje solamente para el mundo físico, sino también para el mundo de los espíritus. Lo mismo ocurre con respecto a otras condiciones. Lo que seres espirituales tejen en el mundo físico, subsiste en el mundo espiritual. Íntimas amistades contraladas en la vida, son lazos que también existen en el mundo de los espíritus, y después de haber dejado los cuerpos, la relación entre tales amigos es aún más íntima que en la vida física. Pues como espíritus se comunican mutuamente, de la misma manera como mas arriba lo hemos descrito en cuanto a las revelaciones interiores de seres espirituales hacia otros. Y un lazo tejido entre dos hombres, volverá a unirlos en una nueva vida terrenal. En la verdadera acepción de la palabra hay que hablar, por consiguiente, de un volver a encontrarse de los hombres, después de la muerte.

sólo que se trata de encontrar el adecuado punto de vista para observar los efectos de la vida. Por ejemplo, ¿dónde encontramos los efectos de lo que el conocimiento suprasensible describe como los sucesos del período de purificación? ¿Cómo se evidencia el efecto de lo que, según los relatos de la investigación espiritual, el hombre ha de experimentar después del período de purificación, en la región puramente espiritual?

Son muchísimos los enigmas que en este campo se presentan a la seria y profunda consideración de la vida humana. Se observa, por ejemplo, que un hombre nace en la miseria, dotado de escasas aptitudes, de modo que, debido a tales hechos, desde su nacimiento parece predestinado a una pobre existencia. A otro se le cuida con todo cariño desde el instante de su nacimiento; en él se desenvuelven magníficas facultades, y parece predispuesto a una existencia fructífera y satisfactoria. Frente a semejantes cuestiones pueden surgir dos modos de pensar contrarios. Uno querrá atenerse a lo que se percibe con los sentidos y que se comprende por la razón basada en ellos. Tal modo de pensar no verá ningún problema en que uno, por su nacimiento, sea favorecido por la suerte, mientras que al otro le toque la desgracia; y aunque no emplee la palabra «casualidad», tampoco tondará en cuenta que pudiese haber alguna concatenación por una ley causante de lo referido. Y con respecto a las predisposiciones y aptitudes, semejante modo de pensar se referirá a lo «heredado» de padres, abuelos y otros antepasados, pero se negará a buscar las causas en sucesos espirituales vividos por el hombre mismo, antes de su nacimiento -fuera de la línea hereditaria de sus antepasados- y por los cuales él mismo se ha creado sus predisposiciones y aptitudes.

Otro modo de juzgar no se conformará con tal opinión. Acaso dirá: Nada ocurre en un determinado punto del mundo físico sin que se suponga que existen causas para ello. Aunque en muchos casos el hombre no haya averiguado las causas,

Para el ser humano, lo realizado una vez en la vida desde el nacimiento hasta la muerte, y de aquí, hasta un nuevo nacimiento, se repite; el hombre, siempre de nuevo, vuelve a la Tierra, cuando el fruto adquirido en una vida física ha llegado a su madurez en el mundo de los espíritus. Sin embargo, no se trata de una repetición sin comienzo y sin fin, sino que una vez el hombre, dejando atrás otras formas de existencia, ha entrado en las que transcurren de la manera caracterizada; y en el futuro pasará a nuevas formas de existencia. La perspectiva de estos escalones de transición se presentará cuando en sentido del conocimiento suprasensible, se describa, en el siguiente capítulo, la evolución del universo en su relación con el ser humano.

Naturalmente los sucesos entre la muerte y un nuevo nacimiento resultan para la observación física exterior aún más ocultos que aquello que como lo espiritual constituye la base de la existencia manifiesta entre el nacimiento y la muerte. Para esta parte del mundo oculto, la observación física sólo puede percibir los efectos, donde éstos aparecen en la existencia física. Para dicha observación surge la pregunta de si el hombre que al nacer entra en la existencia, trae consigo algo de aquello que el conocimiento suprasensible describe como sucesos entre la muerte pasada y el nacimiento. Cuando alguien encuentra una concha de caracol, sin ningún contenido, reconocerá, no obstante, que ella ha sido creada por la actividad de un animal, y no ha de creer que meras fuerzas físicas le hayan dado su forma. En el mismo sentido, si alguien observa la vida de un hombre y encuentra algo que no puede tener su origen en esta vida, razonablemente podrá admitir que tal origen radica en lo que describe la ciencia de lo suprasensible, si con ello se proyecta una luz esclarecedora sobre lo que, de otro modo, sería inexplicable. Por los efectos visibles, la sensata observación sensorial también podría encontrar comprensibles las causas invisibles; y quien, enteramente sin prejuicios, observe la vida, igualmente llegará, cada vez más, al resultado de que esto es lo correcto;

éstas existen. Una flor de los Alpes no crece en la llanura, pues su naturaleza la une a los Alpes. Del mismo modo tiene que haber algo en el hombre que le hace nacer dentro de un determinado ambiente, y esto no se explica con causas del mundo físico únicamente. Pues para quien lo piense más profundamente, esto sería análogo a que el hecho de propinar a uno una bofetada encuentre su explicación, no en los sentimientos sino en el mecanismo de la mano del autor de este acto. Tampoco satisfará este modo de pensar toda explicación de las predisposiciones y aptitudes, con arreglo a la mera «herencia». Con referencia a ésta se podrá decir: observad de qué modo dentro de un linaje siguen transmitiéndose por herencia determinadas aptitudes. En el curso de dos siglos y medio se transmitieron las dotes musicales dentro de la descendencia de la familia *Bach*. De la familia *Bernoulli* salieron ocho matemáticos, de los cuales en su infancia algunos habían sido destinados para otras profesiones, pero las aptitudes «heredadas» los llevaron a todos a la profesión de la familia. Igualmente se podría señalar que por medio de una exacta investigación del linaje de una personalidad se puede mostrar que de una u otra manera sus aptitudes habían aparecido en los antepasados, y que el talento de ella misma representa la suma de las predisposiciones heredadas.

Quien posee el modo de pensar al que en segundo lugar nos hemos referido, ciertamente no dejará de considerar semejantes hechos, mas para él no tienen la misma importancia que para aquel que apoya sus explicaciones exclusivamente en los hechos del mundo sensible. El primero llamará la atención a que las aptitudes heredadas no pueden sumarse por sí mismas para formar la personalidad como un todo, como tampoco las distintas partes metálicas pueden por sí solas formar un reloj. Y si se arguye que, sin embargo, lo que los padres conjuntamente contribuyen, podría conducir a la combinación de las aptitudes, quiere decir que en cierto modo esto ocuparía el lugar del

relojero, aquél respondería: Observad, libre de prejuicios, lo totalmente nuevo que aparece con la personalidad de cada niño, algo que no puede venir de los padres, puesto que en ellos no existe.

En este campo, un pensar poco claro puede causar mucha confusión. Lo peor consiste en que los exponentes de la opinión citada en primer lugar hagan aparecer a los de la otra opinión como adversarios de algo -según dicen- que obviamente se funda en «hechos ciertos». Pero estos últimos no tienen por qué negar la verdad o el valor de estos hechos, pues ellos mismos también ven, por ejemplo, que una determinada disposición espiritual, e incluso orientación espiritual, sigue transmitiéndose por herencia, y que determinadas aptitudes, sumadas y combinadas en un descendiente, dan por resultado una importante personalidad. También pueden admitir el hecho de que el hombre más célebre raras veces aparece al principio sino al final de un linaje consanguíneo. Por otra parte, no habría que interpretar mal el que ellos se vean precisados a formarse, a consecuencia de ello, pensamientos bien distintos de los que insisten en limitarse a los hechos sensibles. Pues, a estos últimos se podrá responder: en un hombre indudablemente aparecen los rasgos de sus antepasados, puesto que lo espiritual-anímico que con el nacimiento entra en la existencia física, toma su corporalidad de lo que la herencia le da. Pero con esto únicamente se dice que un ser posee las peculiaridades del medio en que se ha sumergido. Es seguramente un parangón raro y trivial -pero quien lo considere imparcialmente no negará lo justificado de usarlo- si se dice: el que un ser humano aparezca envuelto en las cualidades de sus antepasados, no prueba nada con respecto a la procedencia de las cualidades personales de dicho ser, como tampoco prueba nada en cuanto a la íntima naturaleza de un hombre, el hecho de encontrarse mojado porque cayó al agua. Y se puede agregar: si el nombre más prestigioso aparece al final del linaje consanguíneo, esto es

indicio de que el portador necesitó esta misma línea consanguínea con el fin de formarse el cuerpo necesario para el desenvolvimiento de su personalidad como un todo. En cambio, no prueba absolutamente nada con respecto a la «transmisión hereditaria» de lo personal mismo; es más: para una lógica sana, este hecho demuestra justamente lo contrario. Pues, si se transmitieran por herencia las dotes personales, éstas tendrían que hallarse al principio de la línea consanguínea y, partiendo de aquí, transmitirse a los descendientes. Pero el hecho de aparecer al final, precisamente, prueba de que no se deben a la herencia.*

Por otra parte, no se puede negar que aquellos que hablan de causas espirituales en la vida humana, contribuyen, no en menor grado, a crear confusión, ya que ellos suelen expresarse de una manera general, sin especificar cosa alguna, y de un modo poco preciso. Afirmar que de los distintos atributos se suma la personalidad humana, es ciertamente comparable con la aseveración de que las partes metálicas por sí solas hayan formado el reloj. Pero también hay que admitir que mucho de lo que se expone con relación a un mundo espiritual, no tiene más fundamento que cuando se dice lo siguiente: las partes metálicas del reloj, no pueden por sí solas combinarse de tal manera que con esta composición las manecillas avancen; por lo tanto tiene que existir algo espiritual que las empuje. No hay duda de que frente a semejante afirmación se apoya en mejor fundamento el que diga: poco me importan seres «místicos» que hacen avanzar las manecillas; antes bien, trato de conocer la construcción mecánica que las hace avanzar. Pero lo que importa no es saber que detrás de lo mecánico, como por ejemplo del reloj, se halla lo espiritual (el relojero), sino que lo único que tiene importancia reside en los pensamientos que en la mente del relojero existían antes de la construcción del reloj. Y estos pensamientos pueden después encontrarse en el mecanismo.

* Véase: «Observaciones especiales» pág. 367

El mero soñar y fantasear acerca de lo suprasensible no da más que confusión, porque es impropio para satisfacer a los adversarios. Ellos tienen razón al decir que semejante hablar de seres suprasensibles en general no conduce de manera alguna a la comprensión de los hechos. Ciertamente estos adversarios podrán decir lo mismo contra los datos *precisos* de la ciencia espiritual. Pero en tales casos se puede señalar el hecho de que en la vida física se ponen de manifiesto los efectos de las causas espirituales ocultas. Se puede decir: supóngase que sea correcto lo que la investigación espiritual dice haber encontrado a través de la observación: el que el hombre después de la muerte ha pasado por un período de purificación, y que durante éste *ha vivido* anímicamente el obstáculo que para su evolución progresiva constituye una determinada acción ejecutada en una vida precedente. Al experimentarlo, surgió en él el impulso de reparar las consecuencias de esa acción. Trae consigo este impulso a una nueva vida; y la existencia de este mismo impulso crea aquel rasgo de su naturaleza que le coloca en el lugar que le permite realizar la reparación. Si se considera la totalidad de tales impulsos, se percibe la causa del ambiente en que, de acuerdo con su destino, llega a nacer un hombre.

Análogamente puede considerarse otro caso. Supóngase que sea cierto lo que dice la ciencia espiritual: el que los frutos de una vida cumplida se incorporan al germen espiritual del hombre, y que el mundo de los espíritus en que él se halla entre la muerte y una nueva vida, es la región en que esos frutos maduran, con el fin de aparecer, transformados en predisposiciones y facultades, en una nueva vida, formando la personalidad de tal manera que ella aparezca como resultado de lo conquistado en una vida precedente.

Quien parta de tales suposiciones, considerando la vida libre de prejuicios, llegará a ver que ellas permiten reconocer plenamente la importancia y la verdad de todo lo físico-efectivo; pero que, al mismo tiempo, resulta comprensible todo

aquello que, considerándolo meramente sobre la base de los hechos sensibles, siempre ha de quedar incomprensible para aquel cuyo modo de pensar tiende hacia el mundo espiritual. Ante todo desaparecerá lo ilógico a que hemos aludido, esto es: del hecho de que el nombre más célebre aparece al final de la línea consanguínea, inferir que su portador tiene que haber heredado sus aptitudes. La vida humana resulta lógicamente comprensible sobre la base de los hechos suprasensibles encontrados por la ciencia espiritual.

El que concienzudamente busca la verdad y trata de orientarse en los hechos sin experiencia propia en el mundo suprasensible, podrá hacer otra importante objeción. Pues se podrá argüir que es inadmisibile suponer la existencia de ciertos hechos, simplemente porque ello permite explicar algo que de otro modo sería inexplicable. Pero semejante objeción carece, por cierto, totalmente de importancia para quien conoce, por experiencia suprasensible, los respectivos hechos. Y más adelante, en este libro, se indicará el camino a tomar para llegar a conocer, como experiencia propia, no solamente otros hechos espirituales que aquí se describen, sino igualmente la referida ley de la causalidad espiritual. Pero para todo aquel que no quiere emprender dicho camino, la citada objeción puede tener importancia. Y lo que se puede aducir contra tal objeción tiene valor incluso para aquel que se decida a tomar, él mismo, el camino aludido. Pues, para quien acoja de la justa manera lo que a este respecto exponemos, esto mismo será el *mejor* primer paso que por ese camino se puede dar.

Es absolutamente verdad: no se debería dar por seguro algo de cuya existencia no se tenga, de otro modo, conocimiento. Pero en el caso que se basa en los hechos a que nos hemos referido, se trata de algo diferente. Si se admiten estos hechos, resulta no solamente el aspecto intelectual de que ellos permiten comprender la vida, sino que al acoger en los pensamientos las aludidas premisas, se experimenta, además, algo bien dis-

tinto. Imaginémoslo el siguiente caso: a una persona le sucede algo que le causa sentimientos muy penosos. Ella podrá entonces actuar de doble manera. Puede experimentar tal suceso como algo que le afecta íntimamente; puede abandonarse a tal sentimiento, e incluso sumirse en el dolor. Pero también podrá adoptar otra actitud, diciéndose: en verdad, yo mismo, en una vida anterior me he formado la fuerza que ahora me ha colocado ante este suceso; en realidad, yo mismo me he causado este hecho. Y podrá suscitar en sí todos los sentimientos que de este último pensamiento puedan resultar. Se entiende que este pensamiento debe vivir en el alma con la más profunda seriedad y con toda la fuerza posible para suscitar dichos sentimientos. Quien llegue a realizarlo, alcanzará una experiencia que se puede ilustrar mediante una comparación. Supongamos que dos hombres lleguen a tener en la mano una barrita de lacre, y que uno de ellos se dedique a contemplaciones intelectuales acerca de la «naturaleza interior» de tal barrita. Pueden ser consideraciones muy inteligentes, pero si esta «naturaleza interior» no se pone de manifiesto en algo, se le podrá responder que simplemente está soñando. El otro, en cambio, frota su barrita con una franela y hace ver que aquella atrae pequeños corpúsculos. Existe una significativa diferencia entre los pensamientos surgidos en la cabeza del primero de estos hombres, con las reflexiones aludidas, y los del segundo. Los pensamientos del primero no conducen a nada efectivo, mientras que los del segundo provocaron una fuerza, antes oculta, es decir un hecho efectivo. Algo análogo ocurre con los pensamientos de un hombre que piensa que él mismo ha enraizado en sí, por una vida anterior, la fuerza de encontrarse con un acontecimiento. Esta mera idea suscita en él una fuerza real que le permite encontrarse con un acontecer de una manera bien distinta, que de no haberlo pensado. Debido a ello, llega a comprender el carácter necesario del acontecimiento, a que, de otro modo, sólo lo hubiera considerado como una casuali-

suprasensible, naturalmente- la prueba ahora mencionada la que consiste en la potente fuerza producida por los respectivos pensamientos, es la única que resiste la lógica sin prejuicios. Todas las demás consideraciones, por más importantes que sean, siempre ofrecerán a los adversarios algún punto de ataque. Por otra parte, quien haya adquirido un criterio imparcial, no dejará de encontrar ya en la posibilidad y en el hecho mismo de la educación del hombre, algo que posee fuerza probatoria, con fundamento lógico, de que en el miembro constitutivo del cuerpo humano el ser espiritual se esfuerza por manifestarse como tal. Hará una comparación del animal con el ser humano, diciéndose: en aquel aparecen con el nacimiento las correspondientes cualidades y aptitudes como algo determinado en sí mismo, haciendo ver claramente que esto viene prefijado por la herencia y que se desenvuelve dentro del mundo externo. Obsérvese, por ejemplo, que el poliuolo efectúa desde el instante del nacimiento funciones vitales bien determinadas. En el hombre, en cambio, por su educación, se relaciona con su vida interior algo que nada tiene que ver con la transmisión hereditaria, y él puede apropiarse los efectos de semejantes influjos exteriores. El que educa sabe que del interior del ser humano tienen que venir fuerzas al encuentro de tales influjos; y cuando esto no es el caso, toda instrucción y educación resulta sin importancia. Es más, para el educador imparcial se muestra con toda precisión el límite entre las aptitudes heredadas y las fuerzas interiores del hombre, las que lucen a través de estas aptitudes y que provienen de vidas terrenales anteriores. Ciertamente, para estas cosas no pueden darse pruebas de tanto «peso» como «con la balanza» para ciertos hechos físicos; pero por esta misma razón los aspectos indicados representan lo más íntimo de la vida. Y para el entendido, semejantes pruebas, aunque no contundentes, son bien demostrativas, e incluso más que la realidad efectiva. El que también sea posible adiestrar animales, o sea, que por

dad. Espontáneamente comprenderá: he pensado lo justo, pues mi pensamiento suscitó la fuerza de revelarme la realidad. Para el que repita semejantes procesos interiores, éstos se convierten en un medio que proporciona fuerza interior, de modo que por su fecundidad dan prueba de su acierto. Este acierto se evidenciará, paso a paso, bien claramente, pues semejantes procesos resultan saludables en sentido espiritual, anímico, e incluso físico y, en todo sentido, favorable para la vida. El hombre percibe que de esta manera se sitúa adecuadamente en el conjunto de la vida, mientras que si únicamente toma en consideración la vida entre el nacimiento y la muerte, se abandona a una ilusión. En cambio, será anímicamente más fuerte si se basa en el referido conocimiento.

Ciertamente, semejante prueba puramente interior de la causalidad espiritual sólo la puede obtener uno por sí mismo, en su vida interior; pero también es cierto que cada uno puede obtenerla. Quien no la produce para sí mismo, tampoco puede juzgar su fuerza probatoria; mas el que sí la haya producido, difícilmente podrá después ponerla en duda. Tampoco hay que asombrarse de que realmente sea así; pues en cuanto a lo que tan enteramente se vincula con la íntima naturaleza del ser humano, con su personalidad misma, es lo más natural que la prueba de ello sólo pueda experimentarse suficientemente en lo más íntimo del propio ser. En contra de ello no se puede aducir que, tratándose de algo que se refiere a una experiencia interior, ha de considerarse cuestión particular de cada cual y que, por lo tanto, no puede ser asunto de la ciencia espiritual. Es cierto que cada cual por sí mismo tiene que experimentar lo referido, lo mismo que cada uno personalmente tiene que convencerse de la prueba de un teorema matemático; mas el camino que conduce a dicha experiencia es el indicado para todos, al igual que el método de demostrar una proposición matemática rige para todos.

Con todo, hay que admitir que -aparte de la observación

educación ellos adopten, en cierto modo, cualidades y capacidades, esto no constituye ningún argumento en contra, para quien sepa fijarse en lo esencial; pues, aparte de que por doquier en el mundo se encuentran matices de transición, resulta que los resultados del adiestramiento de un animal, jamás se confunden con su ser individual de la misma manera como esto ocurre en la educación del hombre. Es más, se suele destacar que las capacidades adquiridas por adiestramiento de los animales, en su convivencia con el hombre, se transmiten por herencia, quiere decir que toman un carácter genérico y no personal. Darwin describe a perros que saben alcanzar cosas sin que se les haya adiestrado, o que ellos lo hayan visto. ¿Quién podrá afirmar algo similar con respecto a la educación humana?

Ahora bien, existen pensadores quienes, por resultado de sus observaciones, van más allá de la opinión de que el ser humano es integrado desde fuera, puramente por las fuerzas hereditarias. Ellos se elevan al pensamiento de que un ser espiritual, una individualidad precede a la existencia corporal y le da su forma. Pero muchos de ellos no encuentran la posibilidad de comprender que existen vidas terrenales repetidas, y que en la existencia entre una vida y otra, los frutos de la anterior son fuerzas que contribuyen a la formación. Hagamos mención de uno de la serie de tales pensadores: Immanuel Hermann Fichte (1797-1879), hijo del gran Fichte, en su libro «Antropología» describe sus observaciones que le conducen al siguiente juicio sintético: «Los padres no son, en pleno sentido, los procreadores: ofrecen la substancia orgánica, pero no solamente ésta, sino al mismo tiempo aquel elemento del medio, lo sensible-anímico que encuentra su expresión en el temperamento, en lo peculiar del ánimo, en lo específico de los instintos y pormenores similares, cuya fuente común se ha evidenciado como la fantasía, en el amplio sentido como lo hemos demostrado. En todos estos elementos de la personalidad se manifiesta

inequívocamente la mezcla y peculiar unión de las almas de los padres; por lo tanto resulta plenamente justificado calificar dichos elementos como mero producto de la procreación; más aún si, como nos hemos decidido a considerarlo, se entiende la procreación como real suceso anímico. Empero, aquí falta justamente el verdadero, definitivo centro de la personalidad; pues, observándolo más profunda y detenidamente resulta que inclusive aquellas peculiaridades del ánimo no son sino una envoltura y lo *instrumental*, con el fin de dar cabida a las verdaderas e ideales aptitudes espirituales del hombre, con propiedad de favorecer o de retardar su desarrollo, pero de ningún modo capaz de originarlas por sí mismas». Y sigue diciendo: «Cada ser humano preexiste según su forma espiritual fundamental; pues, considerándolo espiritualmente, ningún individuo humano es igual a otro, como tampoco ninguna especie animal es igual a cualquier otra». Estos pensamientos solamente llegan al punto que, según ellos, una entidad espiritual entra en la corporalidad física del hombre. Pero en vista de que las fuerzas formativas de aquélla no se explican como provenientes de causas de vidas anteriores, resulta que cada vez que surge una personalidad, tal entidad espiritual tendría que provenir de un origen divino primario. Pero bajo estas condiciones no sería posible explicar la afinidad que ciertamente existe entre las aptitudes que quieren manifestarse en la interioridad humana y aquello que en el curso de la vida, proveniente del mundo exterior circundante, viene a unirse con, esa misma interioridad. Lo interior humano que para cada individuo provendría de una fuente divina primaria, se hallaría con sentimiento de total extrañeza frente a lo que le parecería en la vida terrenal. Esto no sucederá únicamente si -como en verdad ha sido- ese interior humano ya había sido vinculado con el mundo exterior, quiere decir, si en éste no vive por primera vez. El educador libre de prejuicios puede percibir claramente: de los resultados de la vida humana en la Tierra

doy algo a mi discípulo que, si bien es ajeno a sus cualidades meramente heredadas, le impresiona, no obstante, como si él ya hubiera tomado parte en el trabajo del cual provienen esos resultados. Sólo las vidas terrenales repetidas en conexión con lo que la investigación espiritual expone con respecto a los hechos que en las regiones espirituales se producen entre dichas vidas, únicamente todo esto puede dar una explicación satisfactoria de todos los aspectos de la vida de la humanidad del presente.

Explícitamente se dice aquí: de la humanidad «del presente». Pues, de la investigación espiritual resulta que, por cierto, una vez en el pasado comenzó el ciclo de las vidas terrenales, y que entonces existían otras condiciones que las de ahora para el ser espiritual del hombre que entró en la envoltura corpórea. En los capítulos siguientes nos remontaremos a ese primitivo estado del ser humano. Cuando por este camino, de acuerdo con los resultados de la ciencia espiritual, se haya explicado cómo este ser humano ha recibido, a través de la evolución terrestre, su configuración actual, también se podrá señalar más exactamente cómo el núcleo espiritual del ser humano, desde los mundos suprasensibles, penetra en las envolturas corporales, y cómo la ley de causalidad espiritual, el «destino humano», va desenvolviéndose.

LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO Y EL HOMBRE

Por las consideraciones precedentes nos hemos enterado de que la entidad humana está constituida por cuatro principios: el cuerpo físico, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral y el portador del Yo. El «Yo» actúa dentro de los otros tres principios y los transforma. A través de tal transformación se generan en un nivel inferior: el alma sensible, el alma racional y el alma consciente. En un nivel superior de la existencia humana, se forman: el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu. Estos miembros de la naturaleza humana se hallan relacionados de la más variada manera con todo el universo, y su desarrollo está en relación con la evolución de este universo. Por la contemplación de esta evolución se adquiere una visión de los profundos misterios de la naturaleza del ser humano.

Se entiende que, en las más variadas direcciones, la vida del hombre se halla en relación con el mundo circundante, con el escenario de la morada en que él se desarrolla; y la ciencia común, basándose en los hechos a su alcance, ha tenido que formarse la opinión de que la Tierra misma, como morada del hombre en el sentido más amplio, ha pasado por una evolución. Dicha ciencia habla de estados de la existencia terrestre, dentro de los cuales todavía no existía sobre nuestro planeta el hombre en su forma actual; y ella muestra que la humanidad, partiendo de primitivos estados culturales, lenta y paulatinamente se ha desarrollado hasta las condiciones del presente. Quiere decir

que también la ciencia común llega a la opinión de que existe una relación entre la evolución del hombre y la de su cuerpo celeste, la Tierra.

La ciencia espiritual^{*} investiga esta relación por medio del conocimiento cuyos resultados se obtienen por la percepción agudizada mediante los órganos espirituales. Siguiendo la evolución del hombre en sentido inverso -hacia atrás- esta ciencia encuentra que el genuino ser espiritual-interior del hombre ha pasado por una serie de vidas en la Tierra. De esta manera, la investigación espiritual se remonta a un momento de un pasado remoto en que dicho ser interior del hombre entró por primera vez en una vida exterior, en sentido actual. Fue en esa primera encarnación que el «Yo» comenzó a obrar dentro de los tres cuerpos, el astral, el vital y el físico, para llevar consigo los frutos de este trabajo a la vida terrena siguiente.

Cuando de la manera aludida nos remontamos con nuestra consideración hasta dicho momento, nos percatamos de que el «Yo» da con un estado terrestre en que los tres cuerpos, el cuerpo físico, el cuerpo vital y el cuerpo astral, ya se hallan desarrollados y que ya poseen un determinado enlazamiento entre sí. El «Yo» se une, por primera vez, con la entidad que consiste de esos tres cuerpos; y a partir de entonces participa del ulterior desarrollo de ellos. Antes, éstos se habían desarrollado, sin el Yo humano, hasta el nivel en que entonces este Yo los encontró.

La investigación de la ciencia espiritual tiene que remontarse hasta más atrás, para poder contestar las preguntas: ¿Cómo se habían desarrollado los tres cuerpos hasta llegar al grado evolutivo en que pudieron acoger en sí mismos a un «Yo»?

^{*}El término «ciencia espiritual» se emplea aquí, como se desprende del texto, como sinónimo de «ciencia oculta», o sea, de conocimiento suprasensible.

proceso que -en un nivel más elevado- se lleva a cabo, de un modo similar a cómo en un recipiente con agua, poco a poco por refrigeración artificialmente guiada, van formándose trozos de hielo. Lo mismo que, de lo que antes era agua, se ve aparecer, por densificación, el hielo, así también se percibe, por la observación espiritual, que de lo antes efectivamente espiritual, en cierto modo vienen densificándose las cosas, los procesos y seres materiales. Así ha venido desarrollándose de un ser espiritual del universo, el físico planeta Tierra; y todo lo que materialmente se relaciona con este planeta Tierra, ha venido densificándose de lo que antes le pertenecía espiritualmente. Pero no hemos de imaginarnos que jamás llegue a transformarse en estado material *todo* lo espiritual, sino que lo material siempre se trata sólo de partes transformadas de lo originariamente espiritual. Además, lo espiritual sigue siendo el principio conductor dominante, incluso durante el período evolutivo material.

Es obvio que al modo de pensar que sólo se atiene a los procesos físico-sensoriales y lo que el intelecto puede de ellos deducir, no le es posible decir cosa alguna acerca de lo espiritual a que nos referimos. Imaginémosnos un ser que sólo tenga sentidos capaces de percibir el hielo, pero no el estado menos denso del agua, de la que el hielo se desprende por efecto de la refrigeración. Para tal ser no existiría el agua, y sólo percibiría algo de ésta, cuando partes de ella se hayan transformado en hielo. De un modo análogo, para el hombre que sólo admira lo que existe para los sentidos físicos, permanece oculto lo espiritual que se halla detrás de los sucesos terrestres. Y si, partiendo de los hechos físicos que él percibe en el presente, este hombre se forma conclusiones correctas acerca de estados anteriores del planeta Tierra, sólo llegará al punto evolutivo en que lo espiritual de antes se densificó parcialmente en lo material. Pero semejante modo de considerar las cosas, no será capaz de percibir lo espiritual de antes, ni tampoco lo espiritual que, invisible, impera actualmente detrás de lo material.

¿Cómo se ha desenvuelto este Yo mismo, para adquirir la capacidad de poder obrar dentro de dichos cuerpos?

Sólo es posible contestar estas preguntas si se sigue, en el sentido de la ciencia espiritual, la evolución del planeta Tierra mismo; y tal investigación nos conduce al comienzo de este planeta Tierra. Las consideraciones que sólo se fundamentan en los hechos de los sentidos físicos, jamás llegarán a conclusiones que tengan que ver con el comienzo terrestre. Cierta opinión que se sirve de semejantes conclusiones llega al resultado de que todo lo substancial de la Tierra se ha formado partiendo de una nebulosa primitiva. No ha de considerarse objeto de este libro entrar en pormenores acerca de semejantes ideas, porque para la investigación espiritual se trata de tomar en consideración, no solamente los procesos materiales de la evolución terrestre, sino ante todo las causas espirituales detrás de lo substancial. Cuando una persona levanta una mano, este levantar la mano puede dar motivo para considerarlo de dos maneras diferentes: se puede estudiar el mecanismo del brazo y del resto del organismo y describir el suceso tal como puramente en lo físico se produce; pero también se puede dirigir la mirada espiritual sobre lo que ocurre en el alma del hombre y cuál es el motivo anímico para levantar la mano. De un modo análogo, el investigador ejercitado por la percepción espiritual, ve procesos espirituales detrás de todos los procesos del mundo físico-sensible. Todas las transformaciones en lo material del planeta Tierra son, para él, manifestaciones de fuerzas espirituales que se hallan detrás de lo material. Empero, cuando semejante observación espiritual se remonta cada vez más atrás en la vida de la Tierra, llega a un punto de la evolución en que todo lo material tiene su principio de existir. De lo espiritual va formándose lo material. Antes, sólo existe lo espiritual. Por la observación espiritual se percibe lo espiritual y se ve que en el curso ulterior lo espiritual en cierto modo parcialmente se densifica en lo material. Se nos presenta un

Sólo en los últimos capítulos de este libro se podrá hablar de los caminos por los que el hombre adquiere la facultad de dirigir la mirada espiritual retrospectiva sobre los estados terrestres del pasado a que estamos refiriéndonos. De paso no mas mencionaremos por ahora que para la investigación espiritual no son inalcanzables, los hechos de tiempos pasados, ni de los más remotos. Cuando un ser adquiere existencia corpórea, desvanecerá lo material al producirse la muerte corporal; pero no de la misma manera «desaparecen» las fuerzas espirituales generadoras de esa existencia corpórea, sino que estas fuerzas dejan sus vestigios, sus exactos reflejos, en el fondo espiritual del mundo. Y quien, a través del mundo perceptible, sea capaz de elevar la percepción a lo invisible, llegará finalmente a tener ante sí algo que se puede comparar con un inmenso panorama espiritual en que figuran todos los sucesos del pasado, ocurridos en el mundo. A estos vestigios inborrables de todo lo espiritual los podemos llamar la «Crónica del Akasha», denominando Naturaleza-Akasha lo espiritual permanente de los sucesos universales, en contraste con las formas temporales del acontecer. Aquí tenemos que volver a afirmar que la investigación en el dominio suprasensible de la existencia, sólo puede hacerse mediante la percepción espiritual, es decir, tratándose del campo que aquí consideramos, sólo por medio de la lectura de dicha «Crónica del Akasha». No obstante, también aquí es válido lo dicho anteriormente con respecto a cosas similares: *investigar* los hechos suprasensibles únicamente es posible mediante la percepción suprasensible; pero una vez encontrados y comunicados por la ciencia espiritual, pueden ser comprendidos por el pensar común siempre que esté realmente libre de prejuicios. A continuación se comunicarán, en sentido del conocimiento suprasensible, los estados evolutivos de la Tierra, siguiendo las transformaciones de nuestro planeta hasta el estado de vida en que éste se halla actualmente. Si alguien considera lo que ahora se le presenta a

la mera percepción sensible, y luego acoge lo que el conocimiento suprasensible dice con respecto a cómo desde el pasado remoto todo se ha desenvuelto, podrá decirse, sobre la base de un pensamiento realmente imparcial: en primer lugar resulta absolutamente lógico lo que dicho conocimiento comunica; en segundo lugar, encuentro comprensible que las cosas hayan llegado al estado en que ahora se me presentan, si supongo que es correcto lo que la investigación suprasensible expone. Naturalmente, hablando de lo «lógico», no queremos decir que dentro de lo que expone la investigación suprasensible no puede haber errores en cuanto a la lógica. Aquí también, sólo queremos hablar de lo «lógico» como suele hacerlo el hombre en la vida corriente del mundo físico. Como allí se exige la exposición lógica, aunque individualmente en cualquier campo pueden deslizarse errores de lógica, lo mismo ocurre en la investigación suprasensible. Y hasta puede suceder que un investigador, capaz de tener percepciones en el campo suprasensible, incurra en errores en cuanto a la exposición lógica, y que otra persona, incapaz de la percepción suprasensible, pero con la facultad de un sano pensar, pueda corregirle. Pero esencialmente no se puede oponer reparo alguno a la lógica que se emplea en la investigación suprasensible; y huelga decir que no hace falta destacar que nada puede aducirse, por razones meramente lógicas, contra los hechos mismos de dicha investigación. Como en el mundo físico jamás puede probarse lógicamente si existe o no la ballena, sino únicamente por la apariencia exterior, así también sólo es posible conocer los hechos espirituales por la percepción espiritual.

Jamás se puede subrayar lo suficiente que para la consideración del campo suprasensible, antes de acercarse por la percepción propia a los mundos espirituales, es necesario adquirir en primer lugar una idea, a través de la lógica aludida, y no menos por el entendimiento de que el mundo físico-

118

bajo la luz que la ciencia oculta pueda proyectar. Solamente en algunos pasajes característicos insertaremos, como prueba, verificaciones de lo oculto, por lo manifiesto, con el fin de mostrar cómo se puede hacer en todas partes, donde uno quiera, en el curso de la vida práctica.

Siguiendo la evolución terrestre hacia atrás, en sentido de la referida investigación de la ciencia espiritual, se llega a un estado puramente espiritual de nuestro planeta. Pero siguiendo el camino de nuestra investigación hacia más atrás todavía, encontramos que antes, este estado espiritual ya había estado en una especie de incorporación. Quiere decir que se llega a un anterior estado físico-planetario, el que más tarde se espiritualiza, para volver a la materialización, al transformarse en nuestra Tierra. Por consiguiente, ésta se nos presenta como la reincorporación de un antiquísimo planeta. Pero la ciencia espiritual puede remontarse aún más. Haciéndolo, encuentra repetido dos veces más todo el proceso. Vale decir que nuestra Tierra ha pasado por tres estados planetarios anteriores, entre los cuales se repitieron estados intermedios de espiritualización. Ciertamente, lo físico resulta cada vez más sutil, a medida que, yendo hacia atrás, sigamos observando la incorporación.

Frente a la descripción que sigue, fácilmente se objetará: ¿Cómo es posible que el sano juicio tome en consideración estados de nuestro mundo tan inmensamente remotos como los aquí aludidos? Al respecto, habrá que responder que aquel que con la debida comprensión sepa ver cómo lo oculto espiritual del presente se manifiesta en lo físicamente sensible, también reconocerá que no es imposible llegar al entendimiento de los estados evolutivos del pasado, por más remotos que éstos se hallen. Pero todo hablar sobre tal evolución pierde sentido para quien en el mundo del presente no reconozca lo espiritual oculto. Al que lo reconozca se presentará el estado anterior a través del aspecto del estado actual, de un modo análogo a

120

sensible por doquier aparece comprensible, si se supone que es correcto lo que la ciencia oculta comunica. Pues, toda experiencia en el mundo suprasensible permanece como un dudoso y hasta peligroso andar a tientas, si se rehúsa el referido camino preparatorio. Por la misma razón, primero se expone en este libro lo suprasensible efectivo de la evolución terrestre, antes de hablar del camino que conduce al conocimiento suprasensible mismo.

También es de suma importancia que aquel que puramente por el pensar acoge lo que dice el conocimiento suprasensible, de ninguna manera se halla en la misma situación que la persona que se entera de un suceso físico, sin que ella misma lo haya visto. Es que el puro pensar de por sí ya constituye una actividad suprasensible. El pensar sensorial por sí mismo no puede conducir a sucesos suprasensibles, pero si este pensar se aplica a los sucesos suprasensibles, relatados por la visión espiritual, llegará a elevarse por sí mismo al mundo suprasensible; es más: uno de los mejores caminos para alcanzar la propia percepción en el campo suprasensible, consiste en que uno, por el pensar sobre lo que el conocimiento suprasensible comunica, vaya elevándose al mundo superior. Semejante elevarse lleva en sí mismo, por cierto, la más diáfana claridad. Es por esta razón que una determinada tendencia de la investigación espiritual considera este pensar como el más adecuado primer escalón de toda disciplina científico-espiritual.

Por otra parte, ha de ser bien comprensible que en este libro no se exponga, con respecto a todos los pormenores de la evolución terrestre, investigada espiritualmente, cómo lo suprasensible encuentra su expresión y confirmación en el mundo manifiesto; tampoco ha sido la intención de hacerlo, cuando hemos dicho que por doquier lo oculto puede verificarse a través de sus efectos en lo manifiesto. Antes bien, opinamos que por donde uno vaya todo puede aparecer lleno de luz y bien comprensible para el hombre, cuando el mira los sucesos físicos

119

como el niño de un año está presente cuando se mira al hombre de cincuenta años. Se responderá: está bien, pero al lado de hombres de cincuenta y niños de un año, también existen hombres de todas las edades intermedias. Esto es cierto, pero lo análogo ocurre en cuanto a la referida evolución de lo espiritual. Cuando en este campo se llega a juzgar adecuadamente, se verá que la plena observación de lo actual, incluyendo lo espiritual, muestra que realmente se conservan, conjuntamente con el nivel de existencia que la perfección evolutiva del presente ha alcanzado, los estados evolutivos del pasado, al igual que al lado de los hombres de cincuenta años, existen niños de un año. Dentro del devenir de la Tierra del presente, es posible percibir el acontecer del principio, con tal que se sepa distinguir entre sí los diferentes estados evolutivos sucesivos.

Empero resulta que el hombre, en la forma en que en el presente está desenvolviéndose, aparece sólo en la cuarta de las caracterizadas incorporaciones planetarias, o sea, en la Tierra como tal. Lo esencial de esta forma consiste en que el ser humano está constituido por los cuatro principios: el cuerpo físico, el cuerpo vital, el cuerpo astral y el Yo. Pero tal forma no habría podido aparecer, si no hubiera sido preparada a través de los anteriores estados evolutivos. Esta evolución se llevó a cabo de tal manera que dentro de la anterior incorporación planetaria se desarrollaron seres que ya poseían tres de los actuales cuatro principios del ser humano: el cuerpo físico, el cuerpo vital y el cuerpo astral. Estos seres, a los que en cierto sentido podemos llamar los antecesores del ser humano, aún no tenían el «Yo», pero ellos desarrollaron los otros tres principios y su enlazamiento a tal punto que alcanzaron la madurez para acoger en sí mismos, más tarde, el «Yo». Quiere decir que el antecesor del hombre alcanzó, en la incorporación planetaria anterior, un determinado grado de madurez de sus tres miembros. Este estado evolutivo se transmutó en un estado espiritual. Y de este estado espiritual se formó a su tiempo un nuevo

121

estado planetario físico, el de la Tierra, y éste contenía, como gérmenes, los maduros antecesores del ser humano. Por el hecho de que todo el planeta había pasado por la espiritualización y reaparecido en una forma nueva, se ofreció a dichos gérmenes, con los cuerpos físico, vital y astral, no solamente la oportunidad de volver a desarrollarse a la altura en que ya se habían encontrado, sino también esta otra posibilidad: después de haber alcanzado esta altura, la de llegar más allá de sí mismos, por medio de la incorporación del «Yo». Por este hecho, la evolución terrestre se divide en dos partes. En el primer período, la Tierra misma aparece como reincorporación del anterior estado planetario. Pero a consecuencia de la espiritualización que en el ínterin había tenido lugar, dicho estado de repetición es de superior característica que aquel de la anterior incorporación. La Tierra contiene entonces los gérmenes de los antecesores humanos del planeta precedente. Estos antecesores se desarrollan al principio hasta la altura en que ya se habían encontrado y al haberlo cumplido, termina el primer período. Mas, debido a su propio nivel evolutivo superior, la Tierra puede ahora elevar los gérmenes a un nivel aún superior, es decir, capacitarlos para acoger en sí mismos el «Yo». El segundo período de la evolución terrestre es aquel del desenvolvimiento del Yo en los cuerpos físico, vital y astral.

De la misma manera que por la evolución de la Tierra el ser humano se eleva a un nivel superior, también había sido el caso en las anteriores incorporaciones planetarias, pues ya en la primera de ellas existió algo del ser humano. Por consiguiente, obtendremos claridad sobre la entidad humana del presente, si seguimos su evolución remontándonos hasta el pasado remoto de la primera de las referidas incorporaciones planetarias.

Según la investigación suprasensible podemos designar como Saturno, esa primera incorporación planetaria; la segunda, como Sol; la tercera, como Luna; la cuarta, como Tierra. Con ello hay que tener bien presente que estas designa-

ciones *por ahora* no deben relacionarse de modo alguno con las idénticas que se usan para los componentes de nuestro actual sistema solar. Saturno, Sol y Luna, han de entenderse como nombres para formas evolutivas del pasado de nuestra Tierra. En el curso de las consideraciones que siguen se verá cuál es la relación de esos mundos de tiempos pasados con los cuerpos celestes que forman el actual sistema solar; también se comprenderá entonces porque se utilizan estos nombres. *

Si ahora se describen las condiciones de las cuatro incorporaciones planetarias, sólo es posible hacerlo en forma de un bosquejo, puesto que los sucesos, las entidades y sus destinos son, verdaderamente, en Saturno, Sol y Luna, tan múltiples como en la Tierra misma. Por esta razón sólo podemos describir con respecto a esas condiciones, ciertos pormenores característicos, propios para ilustrar cómo de los estados anteriores han venido desenvolviéndose los de la Tierra. Con ello, también hay que tener en cuenta que aquellos estados se presentan, cuando más nos remontamos, cada vez menos semejantes a los actuales. A pesar de ello, sólo es posible describirlos, caracterizándolos por medio de los conceptos tomados de las actuales condiciones terrestres. Cuando, en relación con los estados anteriores, se habla, por ejemplo, de luz, de calor, o cosas similares, es preciso tomar en consideración que con tales términos no se alude a lo que ahora se llama luz y calor. No obstante, es correcta semejante manera de expresarse, porque para el observador de lo suprasensible aparece en los anteriores niveles evolutivos, algo que en el presente se ha convertido en luz, calor, etc. Y quien contemple las descripciones de tal índole, bien podrá desprender, del relato en su conjunto, las ideas que pueden adquirirse para tener imágenes y metáforas características de los hechos que en el pasado se han producido.

* Véase: «Observaciones especiales», pag. 367

Por otra parte, las respectivas dificultades son bastante grandes para los estados planetarios que preceden a la incorporación lunar. Durante esta última ya imperaban condiciones de cierta semejanza con las terrestres. Quien trate de describirlas encontrará en las semejanzas con las condiciones del presente, puntos de apoyo que le permitan expresar claramente las percepciones suprasensibles. Pero esto cambia cuando se describen la evolución saturnal y la solar, porque en estos casos, la observación clarividente se diferencia en máximo grado de los hechos y seres que en el presente pertenecen a las condiciones de la vida humana. Y esta diferencia hace que en realidad resulte sumamente difícil traer al alcance de la conciencia suprasensible los respectivos hechos de los tiempos remotos. A pesar de ello, es preciso dar la correspondiente descripción, puesto que no es posible comprender la naturaleza humana del presente, si no nos remontamos hasta el estado de Saturno. Y es seguro que no dejará de comprender semejante descripción quien tenga presente que tales dificultades existen y que, debido a ellas, se dará un relato que más bien ha de representar una alusión, un indicio, de los respectivos hechos, en vez de una exacta descripción de los mismos.

Esto y lo que sigue podrá considerarse contradictorio con lo que más arriba (pág. 119) se ha dicho con respecto a que en el estado actual sigue existiendo lo pasado; pues podría parecer que en ninguna parte subsistiesen estados remanentes de Saturno, del Sol, o de la Luna, de los tiempos remotos, o bien un ser humano como más adelante éste se describe para aquellos estados del pasado. Ciertamente, no andan ahora sobre la Tierra hombres de Saturno, Sol y Luna, al lado de los terrestres, como los niños de tres años, al lado de las personas de cincuenta. Pero *dentro* del hombre terrestre son perceptibles los estados de la humanidad del pasado. Para reconocerlo, sólo es preciso haber adquirido el discernimiento capaz de juzgar las condiciones de la vida humana, en toda su amplitud. Como al

lado del hombre de cincuenta años está el niño de tres años, así también existen, al lado del hombre terrestre vivo y en vela, el cadáver, el hombre durmiente y el hombre soñante. Si bien estas distintas formas en que se nos presenta el ser humano no resultan ser, *directamente*, la expresión de los distintos escalones evolutivos, la percepción adecuada ve, no obstante, estos escalones en aquellas formas.

De los cuatro principios de la entidad humana del presente, el cuerpo físico es el más antiguo y, a la vez, el que, a su manera, ha alcanzado la mayor perfección. La investigación suprasensible nos muestra que este miembro de la entidad humana ya existió durante la evolución de Saturno. Pero la presente descripción también nos hará ver que la forma que este cuerpo físico tuvo en Saturno, fue algo absolutamente distinto del actual cuerpo físico humano. Este cuerpo físico terrestre del hombre, según su naturaleza, sólo puede existir porque se halla en conexión con el cuerpo vital, el cuerpo astral y el Yo, de la manera descrita en párrafos precedentes de este libro. Semejante conexión todavía no existía en Saturno, cuando el cuerpo físico cumplió su primer escalón evolutivo, sin tener en sí mismo un cuerpo vital humano, ni un cuerpo astral, o un Yo. Durante la evolución saturnal, el cuerpo físico adquirió la madurez para acoger en sí mismo un cuerpo etéreo; pero para realizar esto, Saturno debió primero espiritualizarse, y más tarde, reincorporarse como Sol. Dentro de la incorporación solar, volvió a desenvolverse, como de un germen que había permanecido, aquello a que el cuerpo físico había llegado en Saturno; y sólo entonces pudo compenetrarse de un cuerpo etéreo. Debido a esta inclusión de un cuerpo etéreo, el cuerpo físico transformó su naturaleza; fue elevado a un segundo grado de perfección. Algo similar tuvo lugar durante la evolución lunar. Al antecesor humano, tal como se había desarrollado, desde el estado solar hasta su arribo al

lunar, se le incorporó entonces el cuerpo astral, por lo que el cuerpo físico se transformó una vez más, para elevarse al tercer grado de perfección. Paralelamente se transformó también el cuerpo vital, el que entonces alcanzó el segundo grado de perfección. Sobre la Tierra, al antecesor humano, constituido por los cuerpos físico, vital y astral, le fue incorporado el Yo, por lo cual el cuerpo físico alcanzó el cuarto grado de perfección; el cuerpo vital, el tercero; el cuerpo astral, el segundo; el Yo se halla ahora en el primer grado de su existencia.

Quien se deje guiar por una natural observación sin prejuicios, del ser humano, no tendrá ninguna dificultad de representarse los distintos grados de perfección de cada uno de los miembros constitutivos. Basta con comparar, a este respecto, el cuerpo físico con el astral. Es indudable que, como miembro anímico, el cuerpo astral se halla en un más alto grado de evolución que el físico. Y cuando aquél, en el futuro, haya llegado a su perfección, tendrá para el ser humano en su totalidad mucho más importancia que el actual cuerpo físico. Mas, a su manera, éste ha alcanzado un determinado alto grado de desarrollo. Téngase presente la gran sabiduría de la estructura del corazón, la maravilla del cerebro, etc., y hasta la parte de un hueso; por ejemplo, la parte superior del fémur, en que se halla una estructura de finas varillitas orgánicamente ordenadas. Todo está dispuesto de tal manera que con el empleo de la menor cantidad de material se obtiene el más eficaz efecto en las articulaciones, como por ejemplo, la más favorable distribución del rozamiento, y con ello la correcta movilidad. De tal suerte se descubren sabios ordenamientos en las distintas partes del cuerpo físico. Además, considerando la armonía que rige para las funciones de las partes en su conjunto, se verá justificado el que se hable de la perfección de este miembro de la entidad humana. Al lado de ello, no tiene importancia el que en ciertas partes aparezcan fenómenos aparentemente inadecuados, o que puedan producirse estorbos en la estructura y sus

sino sólo en una vida posterior. Es por esta razón que las leyes que aquí entran en consideración, no tienen importancia sino para quien esté dispuesto a reconocer la repetición de la vida terrenal humana. Pero aunque se nieguen tales conocimientos más profundos, resulta ya de la observación corriente de la vida, que el hombre se abandona con exceso a gozos y apetencias que socavan la armonía del cuerpo físico. Precisamente, el gozo, la apetencia y las pasiones tienen su foco no en el cuerpo físico sino en el astral; y este último es, en muchos respectos, todavía tan poco perfecto que puede llegar a destruir la perfección del cuerpo físico.

También aquí hemos de señalar que con lo expuesto no queremos demostrar lo que la ciencia espiritual comunica con respecto al desarrollo de los cuatro principios de la entidad humana. Las pruebas resultan de la investigación espiritual misma, la que hace ver que el cuerpo físico ha pasado por una cuádruple transformación hacia superiores niveles de perfección, y que en los otros principios humanos la transformación ha sido menor, como lo hemos descrito. Sólo hemos querido indicar que estas consideraciones de la investigación espiritual se refieren a hechos cuyos efectos se evidencian por los grados de perfección, incluso perceptibles exteriormente, del cuerpo físico, cuerpo vital, etc.

Si queremos formarnos una imagen que se aproxime a la realidad, de las condiciones reinantes durante la evolución saturnal, hemos de tomar en consideración que en ella —en cuanto a lo esencial— aún no existía nada de las cosas y seres que actualmente pertenecen a la Tierra y que forman parte de los reinos mineral, vegetal y animal. Los seres de estos tres reinos no se formaron sino en períodos posteriores de la evolución. De los seres terrestres, que en el presente son físicamente visibles, sólo existía el hombre, y de él solamente el cuerpo físico, de la

funciones; antes bien, se podrá verificar que en cierto sentido semejantes estorbos no son sino el necesario revés de la medalla, la sombra de la luz llena de sabiduría que fluye en todo el organismo físico. Compárese ahora con esto el cuerpo astral como vehículo de placer y pena, de apetencias y pasiones. ¡Cuánta incertidumbre reina en él con respecto al placer y la pena; qué apetencias y pasiones, contrarias al designio superior del ser humano, se producen en él! Es que el cuerpo astral sólo está en camino de adquirir la armonía y la firmeza interior, las que en el cuerpo físico ya existen. Análogamente se podría mostrar que el cuerpo etéreo, dentro de su género, es más perfecto que el cuerpo astral, pero menos perfecto que el físico. Y no menos evidente resultará, para la correspondiente observación, que en el presente el verdadero centro del ser humano, el «Yo», sólo se halla en el comienzo de sus actividades evolutivas. Pues, ¡cuánto de su tarea de transformar los demás principios de la entidad humana ha realizado, hasta ahora, el Yo, para que en aquellos se manifieste la propia naturaleza de éste?

Lo que de esta manera ya se evidencia para la observación externa resulta aún más contundente para el conocedor de la ciencia espiritual, a través de otra cosa. Alguien podrá alegar que el cuerpo físico es susceptible de enfermarse. A este respecto, la ciencia espiritual puede mostrar que gran parte de todas las enfermedades tiene su origen en que los equívocos y desvaríos en el cuerpo astral se propagan al cuerpo etéreo y, a través de éste, destruyen la normalmente perfecta armonía del cuerpo físico. Es que el nexo más profundo, al que aquí sólo podemos aludir, y la verdadera causa de muchos procesos patológicos se substraen a la observación científica que se limita a los hechos físico-sensibles únicamente. La concatenación en la mayoría de los casos se produce de tal manera que un daño del cuerpo astral conduce a fenómenos patológicos del cuerpo físico, no en el curso de la vida misma en que el daño sobrevino,

Saturno

manera descripta. Empero, a la Tierra pertenecen, también en el presente, no solamente los seres de los reinos mineral, animal, vegetal y humano, sino igualmente, otros seres, los que no aparecen dotados de una corporeidad física. Semejantes entidades también existían en la evolución saturnal; y su actividad en el escenario de Saturno dio por resultado la posterior evolución del ser humano.

Si los órganos de la percepción espiritual se dirigen no hacia el principio y el fin, sino hacia el período evolutivo del medio de la incorporación saturnal, se presenta en ella un estado que, en lo esencial, sólo consiste en «calor». No se encuentra nada de elementos gaseosos, nada de elementos líquidos, ni mucho menos sólidos; todos estos últimos estados sólo aparecen en incorporaciones posteriores. Supongamos que un ser humano, dotado de los actuales órganos sensorios, se acercase, como observador, a este estado saturnal: no se le presentaría, fuera de la sensación de calor, ninguna de las impresiones sensorias que le son posibles. Suponiendo que tal ser se acercase a Saturno: al entrar en el espacio por él ocupado, sólo percibiría que el mismo posee un grado de calor distinto del que tiene el ulterior espacio circundante. Pero ese espacio no le daría la sensación de un calor uniforme, sino que regiones más calientes alternarían con otras más frías, de la manera más variada. Se notarían determinadas líneas de calor radiante; pero acaso no solamente líneas rectas, sino también formas irregulares debido a la diferencia de calor. A tal observador se le presentaría algo así como un ser cósmico, ordenado y estructurado en sí mismo, de estados cambiantes y que sólo consiste de calor.

Para el hombre de nuestro tiempo ha de ser difícil representarse algo que sólo consiste de calor, porque está acostumbrado a considerar el calor no como algo absoluto, sino como algo propio de los cuerpos gaseosos, líquidos, o sólidos, calientes o fríos. Principalmente, para el que ha hecho suyas las

ideas de la física de nuestro tiempo, parecerá insensato hablar de «calor» de la referida manera. Quizá dirá: existen cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos; pero el calor tan sólo expresa el estado en que se halla una de las tres formas corpóreas. Cuando las partículas de un gas están en movimiento, éste se percibe como calor. Donde no hay gas, no puede haber tal movimiento y, por lo tanto, tampoco calor.

Para el investigador de la ciencia espiritual, esto es distinto. El habla de calor en el mismo sentido en que habla de un gas, de un líquido o de un cuerpo sólido, pero para él es una substancia más sutil aún que un gas; y este último no es, para él, otra cosa que calor densificado en el mismo sentido que el líquido es vapor densificado, o el cuerpo sólido, líquido densificado. De tal suerte, la ciencia espiritual habla de cuerpos de calor, lo mismo que de cuerpos gaseosos y vaporosos.

Sólo es necesario admitir que existe la percepción anímica, para entenderse, en este campo, con el investigador espiritual. En el mundo, tal como lo experimentan los sentidos físicos, el calor aparece, efectivamente, como un estado de lo sólido, líquido o gaseoso; pero tal estado es meramente la apariencia del calor, o bien su efecto; y los físicos hablan tan sólo de este efecto, y no de la naturaleza interior del calor. Hágase una vez la prueba de hacer caso omiso de todo efecto del calor que de cuerpos exteriores se recibe, y de tener presente meramente la experiencia interior que se suscita al decirse: «siento calor», «tengo frío». Únicamente tal experiencia interior puede darnos una idea de lo que fue Saturno en el período evolutivo descrito. Se podría haber atravesado todo el espacio por él ocupado; no se hubiera encontrado ningún gas capaz de ejercer una presión, ningún cuerpo sólido o líquido capaz de proporcionar una impresión de luz; pero en cualquier punto de dicho espacio, sin ninguna impresión exterior, se hubiera tenido la sensación: aquí reina este o aquel grado de calor.

130

esos seres poseen otro miembro más; y entre el cuerpo etéreo y el Hombre-Espíritu, tienen todos los miembros -los que también tiene el hombre- descritos en este libro: cuerpo astral, Yo, Yo espiritual y Espíritu vital. Así como nuestra Tierra está envuelta por la atmósfera, así también Saturno; sólo que tal «atmósfera» era de naturaleza espiritual.* En realidad Saturno era la suma de las nombradas, más otras entidades. Hubo entonces un constante obrar recíproco entre los cuerpos de calor de Saturno y los seres caracterizados. Estos sumergieron sus principios constitutivos (Wesensglieder - miembros de su ser) en los cuerpos de calor físicos de Saturno. Y mientras que en estos mismos no había vida, se expresaba en ellos la vida de los seres que vivían en torno suyo. Podríamos compararlos con espejos, pero espejos que reflejaban, no las imágenes de dichos seres, sino sus estados de vida. Resulta pues que en Saturno mismo no se hubiera encontrado nada viviente; no obstante ejercía un efecto vivificante sobre el espacio celeste circundante, porque hacia éste reflejaba, cual un eco, la vida que se le hacía llegar. Saturno era como un espejo de la vida celeste. Llamaremos «Espíritus de la Sabiduría» a las entidades sublimes, cuya vida reflejaba Saturno. (En la ciencia espiritual del cristianismo se les da el nombre «Kiriótetes», esto es, «Dominaciones».) Su actividad en Saturno no empieza en el referido período medio de su evolución, sino en cierto sentido ya se halla entonces concluida. Para llegar a ser conscientes del reflejo de su vida propia, desde los cuerpos de calor de Saturno, debían previamente dar a éstos la capacidad para ejercer este reflejo,

* Para expresar la sensación interior de la investigación espiritual, en vez de: «Saturno le envió una atmósfera», habría que decir: «Cuando el conocimiento suprasensible es consciente de la existencia de Saturno, también aparece ante la conciencia envuelto en una atmósfera», o bien, «aparecen otros seres de cierta naturaleza». Se justifica decir: «existe esto o aquello», pues en el fondo tal alteración también se usa al expresarse la experiencia anímica de la percepción sensoria. Esto corresponde también a lo que sigue. Pero lo mismo se evidencia por el contexto mismo.

132

En un cuerpo cósmico de semejante naturaleza no existen las condiciones adecuadas a los seres animales, vegetales y minerales de nuestro tiempo. (Por lo tanto huelga advertir que lo aludido no podría tener lugar, pues un hombre del presente no podría, como tal, situarse como observador frente al antiguo Saturno. Lo dicho sólo debió servir de ilustración). Las entidades de las cuales el conocimiento suprasensible es consciente, al observar Saturno, poseían un grado evolutivo totalmente distinto del de los actuales seres terrestres físicamente perceptibles. En primer lugar, el conocimiento tiene ante sí seres que no tenían un cuerpo físico como el ser humano del presente. Pero cuando aquí se habla del «cuerpo físico», no hay que pensar en la actual corporeidad física del hombre. Antes bien, hay que hacer cuidadosa distinción entre cuerpo físico y cuerpo mineral. El cuerpo físico es aquel en que rigen las leyes físicas, las que en el presente observamos en el reino mineral. Y en el actual cuerpo humano no solamente rigen tales leyes físicas sino que además contiene substancias minerales. En semejante cuerpo físico-mineral no hay que pensar, con respecto a Saturno. En él, sólo se trata de una corporeidad física en que rigen leyes físicas; pero éstas sólo se ponen de manifiesto a través del obrar del calor. Quiere decir que este cuerpo físico es un fino, sutil, etéreo, cuerpo de calor. Saturno se compone totalmente de tales cuerpos de calor; y éstos son el germen, la forma primitiva, del actual cuerpo humano físico-mineral, el que se ha constituido, partiendo de aquel germen, por incorporación de las substancias gaseosas, líquidas y sólidas que sólo mas tarde se formaron. Entre los seres que aparecen ante la conciencia suprasensible en el momento en que ésta tiene ante sí el estado saturnal, están, por ejemplo, los que no tenían necesidad, en absoluto, de un cuerpo físico. El principio inferior de su naturaleza era el cuerpo etéreo; en cambio, poseían un principio constitutivo más que el ser humano, el que tiene, como miembro superior, el Hombre-Espíritu. Superior a éste,

131

por cuyo motivo su actividad había comenzado poco después del principio de la evolución saturnal, cuando la corporeidad de Saturno todavía era substancialidad caótica, la que nada hubiera podido reflejar.

Al fijarse en esta substancialidad caótica, la observación espiritual se sitúa al comienzo de la evolución saturnal. Lo que entonces se observa, aún no tiene el futuro carácter cálorico. Para caracterizarlo, se puede hablar de una cualidad comparable con la voluntad humana. En su totalidad, no es otra cosa que voluntad. Quiere decir que se trata de un estado enteramente anímico. Si se averigua de dónde venía esta «voluntad», se la ve fluir de seres sublimes, los que, a través de grados que sólo podemos tratar de imaginarnos, se habían desarrollado hasta la altura que, al comenzar la evolución saturnal, los capacitaba para hacer fluir de su propio ser, la «voluntad». Después de un tiempo de este fluir, se une con la voluntad la actividad de los ya caracterizados «Espíritus de la Sabiduría». Como resultado de ello, la voluntad, antes totalmente exenta de cualidades, paulatinamente adquiere la propiedad de reflejar vida hacia afuera, al espacio celeste.

A los seres que sienten su bienaventuranza en la irradiación de voluntad, al principio de la evolución saturnal, los podemos llamar «Espíritus de la Voluntad», (la ciencia esotérica cristiana los llama «Tronos»).

Después de haber alcanzado, por el obrar en conjunto de la voluntad y la vida, un determinado nivel de la evolución saturnal, comienza la actuación de otros seres, los que también se hallan en torno a Saturno. Los podemos llamar «Espíritus del Movimiento». (En el cristianismo: «Dinamís», «Virtudes»). Ellos no poseen ni cuerpo físico, ni cuerpo vital; su principio inferior es el cuerpo astral. Cuando los cuerpos de Saturno ya poseen la facultad de reflejar la vida, esta vida reflejada es capaz de compenetrarse de las cualidades pertenecientes al cuerpo astral de los «Espíritus del Movimiento».

133

Como resultado de ello, parece como si sensaciones, sentimientos y fuerzas anímicas similares fuesen arrojadas de Saturno al espacio celeste: todo Saturno aparece como un Ser animado (beseelt), el que exterioriza simpatías y antipatías. Pero estas exteriorizaciones no son, de modo alguno, las suyas propias, sino meramente la reflejada actividad anímica de los «Espíritus del Movimiento».

Después de cierto tiempo de duración de este otro período, se inicia la actividad de seres a los cuales llamaremos «Espíritus de la Forma». También ellos tienen el cuerpo astral como principio inferior; pero éste se halla en otro nivel de evolución que el de los «Espíritus del Movimiento». Mientras que éstos, a la vida reflejada sólo le transmiten sensaciones exteriores generales, el cuerpo astral de los «Espíritus de la Forma» (en el cristianismo: «Exusiai», «Potestades») hace que las exteriorizaciones de sensaciones sean arrojadas al espacio cósmico como si procedieran de seres individuales. Se podría decir: por la actividad de los «Espíritus del Movimiento», todo Saturno aparece como un ser animado; los «Espíritus de la Forma», en cambio, dividen esta vida en seres vivientes individuales, de modo que Saturno aparece ahora como el conjunto de tales seres anímicos. Para tener una imagen de ello, representémosnos una mora, o una zarzamora, formada por la agregación de globulillos. De un modo parecido, Saturno, para el conocimiento suprasensible, aparece entonces como el conjunto de seres individuales, los que, sin embargo, no poseen vida, ni alma propia, sino que reflejan la vida y el alma de sus moradores.

Dentro de este estado saturnal intervienen ahora otros seres mas, los que igualmente tienen el cuerpo astral como principio inferior, pero evolucionado a tal grado que actúa de un modo igual al «Yo» humano del presente. Por el obrar de estos seres, el «Yo», desde el espacio circundante, mira a Saturno y traspaasa su naturaleza a los seres vivientes indivi-

duales de allí; y así, desde Saturno, se envía al espacio cósmico, algo que aparece como la actitud de la personalidad humana en la vida de nuestro tiempo. A los seres por cuyo obrar se realiza esto, los llamaremos «Espíritus de la Personalidad» (en el cristianismo «Arkai», «Principados»). Ellos confieren a los cuerpos individuales de Saturno el aspecto del carácter personal. Pero hay que tener en cuenta que en Saturno mismo no existe la personalidad, sino únicamente, en cierto modo, su imagen reflejada, la apariencia de la personalidad. Su verdadera personalidad la tienen los «Espíritus de la Personalidad» en el espacio que circunda a Saturno. Precisamente, debido a que estos «Espíritus de la Personalidad» hacen que de la manera relatada se les refleje su propia naturaleza a través de los cuerpos de Saturno, se les confiere a éstos aquella sutil substancialidad que ha sido descrita como «calor». En todo Saturno no hay interioridad; pero los «Espíritus de la Personalidad» perciben la imagen de su propio interior, porque ella les fluye como calor, desde Saturno.

Al realizarse todo esto, los «Espíritus de la Personalidad» se hallan en el nivel evolutivo en que el hombre está en el presente. Ellos pasan por su período de humanidad. Para considerar este hecho imparcialmente, hay que representarse que un ser puede ser «hombre» no solamente en la forma del hombre actual. Los «Espíritus de la Personalidad» son «hombres» en Saturno, y como principio inferior no tienen el cuerpo físico sino el cuerpo astral, con el Yo. Debido a ello no pueden expresar las experiencias de dicho cuerpo astral mediante un cuerpo físico y un cuerpo etéreo como los tiene el hombre del presente; pero no solamente tienen un «Yo», sino que también lo saben, porque el calor de Saturno, por su reflejo, les da la conciencia de este «Yo». Ellos son, efectivamente, «hombres», bajo otras condiciones que las terrestres.

En el curso ulterior de la evolución saturnal se producen hechos de otra naturaleza que los descriptos hasta ahora.

Mientras que hasta el momento todo ha sido reflexión de vida y de sentimientos exteriores, comienza ahora una especie de vida interior. Aquí y allá dentro del mundo saturnal comienza a manifestarse vida luminosa, encendiéndose y volviendo a oscurecerse. Se produce, un vibrante brillar en estos o aquellos sitios; o también, algo parecido a destellantes relámpagos, en otros. Los cuerpos de calor de Saturno empiezan a vibrar, a brillar, a irradiar. Al haberse alcanzado tal estado evolutivo, se da la posibilidad, para determinadas entidades, de desplegar su actividad. Se trata de aquellas que pueden llamarse «Espíritus del Fuego» (en el cristianismo: «Arcángeles»). Estas entidades, si bien poseen un cuerpo astral, no pueden, en el caracterizado nivel de su existencia influir sobre su propio cuerpo astral; no les sería posible suscitar sentimientos o sensaciones, si no pudiesen ejercer influencia sobre los cuerpos de calor que han alcanzado el descripto grado evolutivo saturnal. Tal influencia les da la posibilidad de conocer, por el efecto que ellas ejercen, su propia existencia. No pueden decir de sí mismas: «Yo existo», sino más bien: «lo que está en torno mío, hace que exista». Ellas perciben de un modo tal que sus percepciones consisten en los descriptos efectos luminosos en Saturno; y éstos son, en cierto sentido, su «Yo». Este hecho les confiere una conciencia de naturaleza particular, la que puede designarse como conciencia imaginativa. Podemos representárnosla como de la índole de los sueños humanos, pero de un grado de vivacidad mucho más pronunciada que la del sueño humano; además no se trata de imágenes oníricas insubstanciales, sino de naturaleza tal que ellas guardan una relación real con el juego luminoso de Saturno.

A través de este influjo recíproco entre los Espíritus del Fuego y los cuerpos de calor de Saturno se incorporan en la evolución los gérmenes de los órganos sensorios humanos. Los primeros sutiles gérmenes etéreos de los órganos, por los que el hombre ahora percibe el mundo físico, aparecen lucientes.

Fantasmas humanos que aparecen como meros arquetipos luminosos de los órganos sensorios llegan a ser reconocibles para la percepción clarividente, dentro de Saturno.

Estos órganos sensorios aparecen, pues, como fruto de la actividad de los «Espíritus del Fuego»; pero éstos no son los únicos que toman parte en su formación. Junto con estos «Espíritus del Fuego» aparecen otros seres en el escenario saturnal, seres cuya evolución ha llegado a tal punto que ellos pueden servir de esos gérmenes sensorios para la visión de los sucesos cósmicos en la vida de Saturno. Se trata de seres que pueden denominarse «Espíritus del Amor» (en el cristianismo: «Serafines»). Sin ellos, los «Espíritus del Fuego» no podrían tener la conciencia descripta. Los «Espíritus del Amor» perciben los sucesos saturnales, a través de una conciencia que les da la posibilidad de transmitir esos sucesos, en forma de imágenes, a los Espíritus del Fuego; pero ellos mismos renuncian a todas las ventajas que podrían obtener por la visión de los sucesos saturnales, como asimismo a todo goce, a todo placer; lo donan todo, para que los Espíritus del Fuego puedan tenerlo.

A este acontecer sigue un nuevo período de la existencia de Saturno. Al juego luminoso se agregan otros hechos. Podría parecer un desvarío si expresamos lo que percibe el conocimiento suprasensible. En el interior de Saturno se nota algo parecido a una diversidad de sensaciones fluctuantes de sabor. En los más diversos puntos del interior saturnal se observan impresiones de las calidades dulce, amargo, agrio, etc., y hacia afuera, en el espacio celeste, se percibe todo esto como sonido, como una especie de música. Dentro de estos sucesos ocurre nuevamente que ciertas entidades encuentran la posibilidad de desplegar su actividad en Saturno. Los llamaremos «Hijos del Crepúsculo o de la Vida» (en el cristianismo: «Ángeles»). Ellas emprenden, juntamente con las fluctuantes fuerzas del sabor, un obrar recíproco, en el interior de Saturno. Debido a ello, su cuerpo etéreo o cuerpo vital, ejecuta una actividad de tal

manera que se la puede designar como una especie de metabolismo. Estos seres traen vida al interior de Saturno, y como resultado de ello se producen en Saturno procesos de nutrición y de secreción. No son ellos quienes causan directamente estos procesos, sino que a través de su actuar tales procesos se generan indirectamente. Esta vida interior posibilita la entrada al cuerpo cósmico de otros seres más; los llamaremos «Espíritus de las Armonías» (en el cristianismo: «Querubines»). Ellos proporcionan a los «Hijos de la Vida» una conciencia de índole opaca, una conciencia más apagada y más oscurecida que la onírica del hombre actual, o bien, la que corresponde al sueño profundo, libre de ensueños. Es una conciencia tan débil que, por decirlo así, el hombre «no llega a ser consciente» de ella. Sin embargo, existe, y se diferencia de la conciencia diurna, tanto por el grado como por su naturaleza. Esta «conciencia del sueño sin ensueños» la tienen, en el presente, también las plantas. Si bien ella, en sentido humano, no conduce a percepciones de un mundo exterior, regula, no obstante, los procesos de la vida y hace que éstos estén en armonía con los sucesos del universo externo. En el referido estado evolutivo de Saturno, los «Hijos de la Vida» no perciben dicha regulación; pero la perciben los «Espíritus de las Armonías», y ellos son, por consiguiente, los verdaderos reguladores. Toda esta vida es propia de los caracterizados hombres-fantasma; por lo tanto, la visión espiritual los percibe dotados de vida; pero su vida no es sino una vida aparente. Es la vida de los «Hijos de la Vida», los que, en cierto modo, se sirven de los hombres-fantasma para experimentar su propia vida.

Ahora hemos de dirigir la atención sobre los hombres-fantasma con vida aparente. Durante el período saturnal descripto su forma va cambiando: ora se parecen a esta figura, ora a aquella. En el curso de la evolución van tomando formas más definidas, manteniéndose firmes temporalmente. Esto se debe a que ahora los penetra el obrar de los seres espirituales

que ya hemos considerado al principio de la evolución saturnal, a saber, los «Espíritus de la Voluntad» (los «Tronos»). Esto da por resultado que el hombre-fantasma mismo aparece dotado de la más sencilla, más opaca conciencia. Hemos de imaginarnos esta forma de conciencia como todavía más apagada que la del sueño exento de ensueños. En el presente la poseen los minerales. Es la conciencia que armoniza al ser interior con el mundo físico exterior. En Saturno, los «Espíritus de la Voluntad» son los reguladores de tal armonía; y debido a ello, el hombre aparece como la impresión de la propia vida de Saturno. A esta altura de la evolución, el hombre es, en lo particular, lo que es la vida de Saturno, en general. Y con ello se nos presenta el primer germen de lo que también en el hombre del presente sólo existe como germen: el «Hombre-Espíritu» (Atma). Hacia adentro (en Saturno) esta opaca voluntad humana se revela a la percepción suprasensible a través de fenómenos que podemos comparar con los «olores». Hacia afuera, en el espacio celeste, aparece una manifestación como la de una personalidad, la que es dirigida, no por un «Yo» interior, sino regulada desde afuera, como una máquina. Los reguladores son los «Espíritus de la Voluntad».

Si nos formamos una idea global de lo que precede, resulta que, partiendo del antes mencionado estado medio de la evolución saturnal, hemos caracterizado los distintos niveles de ella, comparando sus efectos con sensaciones sensorias del presente. Hemos dicho: la evolución de Saturno se pone de manifiesto como calor, luego se agrega un juego luminoso, después otro de sabor y sonido; finalmente sobreviene algo que hacia lo interior de Saturno se manifiesta como sensaciones olfativas, hacia afuera, como Yo humano, cuya función se parece a la de una máquina. ¿Cómo podemos caracterizar las manifestaciones de la evolución de Saturno anterior al estado calórico? No es posible compararla con algo que sea accesible a la sensación sensoria exterior. Al estado de calor le precede

un estado como aquel que el hombre del presente sólo experimenta en su ser interior. Cuando profundiza representaciones que él mismo se forma en el alma, sin que una impresión exterior haya provocado el motivo, tiene algo en sí mismo que para los sentidos físicos es imperceptible, y que, como percepción, sólo está al alcance de la visión superior. Es que al estado de calor de Saturno preceden manifestaciones que sólo existen para quien posea la percepción suprasensible. Podemos enumerar tres estados de tal naturaleza: calor puramente anímico, no perceptible exteriormente; luz puramente espiritual la que exteriormente es oscuridad; finalmente, esencialidad espiritual, la que en sí misma es perfecta y no tiene necesidad de naturaleza exterior para ser consciente de sí misma. Calor puramente interior acompaña a la aparición de los «Espíritus del Movimiento»; luz puramente espiritual, a la de los «Espíritus de la Sabiduría»; ser puramente interior se vincula con el primer efluvio que emana de los «Espíritus de la Voluntad».

Resulta, pues, que con la aparición del calor de Saturno, nuestra evolución, partiendo de la vida interior, de la pura espiritualidad, entra por primera vez en una existencia que se manifiesta exteriormente. Para la conciencia de nuestro tiempo resulta particularmente difícil conformarse con que también tengamos que decir que paralelamente con el estado calórico de Saturno aparece por primera vez lo que llamamos el «tiempo», puesto que los estados anteriores no son temporales, sino que pertenecen a la esfera que en la ciencia espiritual puede llamarse «perpetuidad». Es por esta razón que todo cuanto en este libro se comunica con respecto a tales estados de la «región de la perpetuidad» ha de entenderse en el sentido de que las expresiones que se refieren a condiciones temporales sólo se emplean comparativamente y para la ilustración. Es que en el lenguaje humano no es posible caracterizar aquello que, en cierto modo, antecede al «tiempo», sino mediante expresiones que contienen la idea del tiempo. Lo mismo hay que tener

presente que, si bien el primero, el segundo y el tercer estado saturnal no se llevaron a cabo «sucesivamente», en el sentido actual, no podemos sino describirlos uno tras otro. Además, a pesar de su «perpetuidad», o bien simultaneidad, dependen uno de otro de tal manera que esta dependencia puede compararse con una sucesión en el tiempo.

Con esta alusión a los primeros estados evolutivos de Saturno, también se elucida cualquier ulterior pregunta con respecto al origen de esos estados. Por supuesto, intelectualmente siempre es posible preguntar «tratándose del origen de una cosa: ¿cuál es el origen de este origen? Sin embargo, frente a los hechos, esto no es factible. Basta con ilustrarlo mediante una comparación. Cuando en un camino se notan huellas, se puede preguntar: ¿a qué se deben? La respuesta puede ser: a un vehículo que pasó. Después se puede preguntar: ¿de dónde venía, a dónde se dirigía? La respuesta estará de acuerdo con los hechos. Luego se podría preguntar: ¿quién viajaba en el vehículo? ¿con qué intenciones, y qué hacía? Pero se llegará a un punto en que las preguntas encontrarán, por los hechos mismos, un fin natural; y quien siga preguntando se apartará de la intención de la primitiva pregunta; en cierto modo continúa preguntando simplemente porque sí. En cuestiones como la de esta comparación se advierte fácilmente dónde los hechos condicionan el fin de las preguntas; mas en los grandes enigmas del mundo es más difícil elucidarlos. Pero contemplándolo exactamente se percibirá que todo preguntar con respecto al origen (¿de dónde viene?) ha de encontrar su fin en los estados saturnales que hemos descripto. Pues con ellos hemos llegado a un dominio en que los seres y sucesos ya no se justifican por su origen, sino por sí mismos.

Como resultado de la evolución de Saturno vemos que el germen del hombre se ha desarrollado hasta un determinado grado: ha adquirido la primitiva, opaca conciencia de que hemos hablado. No hay que pensar que su desarrollo sólo se

inicia en el último estado saturnal. Los «Espíritus de la Voluntad» actúan a través de todos los estados, pero para la percepción suprasensible el éxito se evidencia principalmente en el último período. Sobre todo, no hay un deslinde firme entre el actuar en los distintos grupos de seres. Cuando decimos: primero actúan los «Espíritus de la Voluntad», después, los «Espíritus de la Sabiduría», etc., esto no quiere decir que actúan solamente entonces. Su actividad se extiende por toda la evolución de Saturno; pero en los períodos mencionados su actuar se observa más exactamente, pues los distintos seres, en cierto modo, ejercen entonces la conducción.

Toda la evolución de Saturno se presenta como un desarrollo de aquello que emanó de los «Espíritus de la Voluntad», por la actividad de los «Espíritus de la Sabiduría, del Movimiento, de la Forma», etc. Con ello, estas entidades espirituales pasan por una evolución propia. Los «Espíritus de la Sabiduría», por ejemplo, después de haber recibido el reflejo de su vida desde Saturno, se hallan en un nivel evolutivo distinto del de antes: el fruto de tal actividad aumenta las capacidades de su propio ser. Esto da por resultado que para ellos, una vez cumplida dicha actividad, sobreviene algo parecido a lo que ocurre para el hombre al dormirse: a sus períodos de actividad relacionada con Saturno siguen otros en que ellos viven, por decirlo así, en otros mundos. Su actividad se ejerce entonces apartada de Saturno. Debido a ello, la percepción clarividente observa en la evolución saturnal descripta un ascender y un descender. El ascender se extiende hasta la formación del estado de calor. Con el juego luminoso ya empieza un descender. Y cuando, por el obrar de los «Espíritus de la Voluntad», los hombres-fantasma ya terminan de adoptar su forma, los seres espirituales paulatinamente se han retirado: la evolución de Saturno va desvaneciéndose, desaparece como tal, y sobreviene una suerte de reposo. Con ello, el germen del hombre entra como en un estado de

142

SOL

El segundo de los aludidos grandes períodos evolutivos, la «escala Sol», conduce a la elevación del ser humano a un estado de conciencia superior al alcanzado en Saturno. Si lo comparamos con la conciencia humana del presente, podríamos, por cierto, calificar este estado solar como «inconsciencia», pues, aproximadamente es igual a aquel en que ahora el hombre se halla durante el sueño totalmente libre de ensueños. También lo podríamos comparar con el bajo grado de conciencia con que en el presente dormita nuestro mundo vegetal. Para la concepción suprasensible no existe la «inconsciencia» sino distintos grados de ser consciente. Todo en el mundo es consciente.

En el curso de la evolución solar, el ser humano adquiere un grado más elevado de conciencia porque le es incorporado el cuerpo etéreo o cuerpo vital. Para que esto pueda realizarse es preciso que previamente se repitan los estados saturnales, de la manera descripta. Esta repetición tiene un sentido bien definido, pues, al término del intervalo de reposo a que nos hemos referido más arriba, acontece que del «sueño cósmico», lo que antes había sido Saturno, reaparece como nuevo ser del universo, como Sol. Pero con ello han cambiado las condiciones de la evolución. Los seres espirituales cuyo obrar en Saturno hemos descripto han progresado a distintos estados. Pero en el Sol que ahora se ha formado, el germen del hombre primero aparece como lo que había alcanzado en Saturno. Ante todo, los distintos estados evolutivos, desarrollados en Saturno, los tiene que transformar de tal manera que resulten adecuados a las condiciones en el Sol. Por lo tanto, el período solar comienza con la repetición de los hechos de Saturno, pero con adaptación a las cambiadas condiciones de la vida solar. Cuando, finalmente, el ser humano ha terminado de adecuar a las condiciones solares, su nivel evolutivo alcanzado en Saturno, los ya nombrados «Espíritus de la Sabiduría» comienzan a hacer fluir el

144

disolución, pero no en un estado que le haría desaparecer, sino de índole parecida a la semilla de una planta que se halla en la tierra, para desenvolverse en una nueva planta. Así reposa el germen humano en el seno del universo, a la espera de un nuevo despertar. Y al haber llegado el momento de su despertar, los seres espirituales que hemos descripto también han adquirido las capacidades para seguir en otras condiciones su trabajo con el germen del hombre. Los «Espíritus de la Sabiduría» en su cuerpo etéreo han adquirido la capacidad, no solamente de gozar del reflejo de la vida, como en Saturno, sino que ahora son capaces de hacer fluir vida de sí mismos y de dotar de ella a otros seres. Los «Espíritus del Movimiento» han alcanzado el mismo grado evolutivo que los «Espíritus de la Sabiduría» en Saturno. Allí, su principio inferior había sido el cuerpo astral; ahora les es propio un cuerpo etéreo o cuerpo vital. De un modo enteramente correspondiente, los otros seres espirituales han alcanzado un nuevo nivel evolutivo. Por consiguiente, todos ellos pueden influir, de otra manera que en Saturno, sobre el desenvolvimiento ulterior del germen humano. Pero éste había quedado disuelto al término de la evolución saturnal. Para que los seres espirituales en su nuevo nivel evolutivo puedan continuar su trabajo a partir del punto en que ellos habían cesado, es preciso que el germen humano repita brevemente los grados por los que había pasado en Saturno. Estos, precisamente, lo que se revela a la percepción suprasensible. El germen del hombre sale de su ocultación y, por su propia capacidad y con las fuerzas que en Saturno le fueron infundidas, empieza a desenvolverse. Como ser volitivo viene a aparecer desde la obscuridad, se eleva a la vida y al estado anímico aparentes, etc., hasta llegar a la referida manifestación de personalidad mecánica, la que al final de la evolución saturnal había poseído.

143

cuerpo etéreo o cuerpo vital, en el cuerpo físico. Esto significa que el mayor nivel que el hombre alcanza en el Sol puede caracterizarse por el hecho de que el cuerpo físico, ya formado, como primer germen, en Saturno, es elevado al segundo grado de perfección, llegando a ser portador de un cuerpo etéreo o cuerpo vital. Este último, a su vez, adquiere durante la evolución solar el primer grado de perfección. Empero, para alcanzar el segundo grado de perfección del cuerpo físico, y el primer grado del cuerpo vital, deben intervenir, en el ulterior curso de la vida solar, otros seres espirituales más, de un modo análogo al ya descripto para el estado saturnal.

Cuando los «Espíritus de la Sabiduría» comienzan a hacer fluir el cuerpo vital en el físico, el ser solar, antes obscuro, empieza a lucir. Al mismo tiempo se producen en el germen del hombre los primeros fenómenos de actividad interior: la vida comienza. Lo que para Saturno hemos caracterizado como vida aparente, se convierte ahora en vida efectiva. El hacer fluir el cuerpo etéreo se realiza durante un determinado tiempo. Una vez concluido, tiene lugar para el germen humano un importante cambio; pues el mismo se estructura, formando dos partes. Mientras que antes los cuerpos físico y vital, íntimamente unidos, formaban un todo, el cuerpo físico comienza ahora a apartarse como miembro particular. No obstante, este apartado cuerpo físico permanece compenetrado del cuerpo vital. Por lo tanto, se trata entonces de un ser humano de dos miembros constitutivos; una parte es el cuerpo físico impregnado y conformado por un cuerpo vital, la otra es meramente cuerpo vital. Pero esta separación se lleva a cabo durante un período de reposo de la vida solar, durante el cual vuelve a apagarse el resplandor que se había producido, de modo que la separación sobreviene —digamos— durante una «noche cósmica». Pero este intervalo de reposo es mucho más breve que aquel entre la evolución de Saturno y la del Sol a que nos hemos referido. Después del período de reposo, los «Espíritus de la

145

Sabiduría» continúan, durante algún tiempo, su trabajo en cuanto al ser humano bimoto, del mismo modo que antes lo hacían para un solo miembro. Luego comienza la actividad de los «Espíritus del Movimiento». Con su propio cuerpo astral penetran el cuerpo vital del ser humano, por lo que éste adquiere la capacidad para ejecutar ciertos movimientos dentro del cuerpo físico, movimientos comparables con los de la savia de una planta de nuestro tiempo.

El cuerpo de Saturno meramente consistía de substancia calórica. Durante la evolución solar esta substancia calórica se densifica hasta llegar al estado que podemos comparar con el actual estado gaseoso o vaporoso, al que podemos calificar como «aire». Los primeros indicios de tal estado aparecen después de haber iniciado su actividad los «Espíritus del Movimiento». Al conocimiento suprasensible se ofrece el siguiente aspecto. Dentro de la substancia de calor surge algo como formas sutiles, a las que las fuerzas del cuerpo vital imprimen un bien ordenado movimiento. Estas formas dan el aspecto del cuerpo físico del ser humano, correspondiente al nivel evolutivo de entonces. Ellas están enteramente compenetradas de calor, como asimismo dentro de una envoltura de calor. En sentido físico podemos decir que este ser humano es una formación de calor con estructuras de aire; estas últimas en movimiento regulado. Para mantener la comparación con la planta de ahora, hay que tener presente que no se trata de la palpable forma de una planta, sino de una configuración de aire, o de gas*, cuyos movimientos podemos comparar con los de la savia de los vegetales del presente.

La evolución que de tal manera caracterizamos, sigue progresando. Después de un tiempo se produce un nuevo

* Para la conciencia suprasensible el gas aparece por el efecto de la luz que el emana. De modo que también podríamos hablar de formaciones de luz, las que se presentan a la visión espiritual.

físicos. En nuestro tiempo, el hombre sólo puede elevarse a tal visión por medio del discipulado de la ciencia espiritual. De este camino discipular se hablará más adelante, en este libro.

La referida visión la adquieren, como su normal don evolutivo, los Espíritus de la Personalidad, en el período medio del escalón solar. Y ello precisamente los capacita para influir, durante la evolución solar, sobre el ahora formado cuerpo vital del ser humano, de un modo parecido a como, en Saturno, influían sobre el cuerpo físico. Como entonces el calor les había reflejado su propia personalidad, así también las formas gaseosas les reflejan ahora, en el resplandor luminoso, las imágenes de su conciencia vidente. Por visión suprasensible perciben lo que en el Sol sucede; y tal percepción no es, en modo alguno, un mero observar. Es como si en las imágenes que emanan del Sol se manifestase algo de la fuerza que el hombre terrenal llama amor. Observándolo anímicamente con más exactitud, se descubre la razón de tal fenómeno: A la luz que irradia el Sol se ha añadido la actividad de sublimes entidades, los ya mencionados «Espíritus del Amor» (en el cristianismo: «Serafines»). Ellos obran a partir de ahora, influyendo sobre el cuerpo etéreo o cuerpo vital humano, conjuntamente con los Espíritus de la Personalidad. Como resultado de esta actividad, la evolución de dicho cuerpo vital mismo va progresando, elevándose a un grado más alto: adquiere la capacidad, no solamente para transformar las configuraciones gaseosas que en él se hallan, sino para influir sobre ellas de manera tal que van apareciendo los primeros indicios de procreación de los seres humanos vivientes. En cierto modo, de las formas gaseosas, se expelen (como si fuera sudando) segregaciones que van tomando formas parecidas a las formas maternas.

Para caracterizar la ulterior evolución solar es preciso señalar un hecho del devenir cósmico de la mayor importancia. Consiste en que en el curso de un período evolutivo no todos los seres alcanzan el grado de desarrollo correspondiente, sino que

intervalo de reposo; al cabo del mismo siguen obrando los Espíritus del Movimiento, hasta que a su actividad se une la de los Espíritus de la Forma, con el resultado de que las constantemente cambiantes formas de gas adquieren configuración estable. También esto se realiza de tal manera que los Espíritus de la Forma hacen penetrar y salir sus fuerzas en el cuerpo vital del ser humano. Antes, cuando solamente los Espíritus del Movimiento influían sobre las formas gaseosas, éstas se encontraban en incesante movimiento; sólo por instantes mantenían su configuración. Pero ahora adoptan temporariamente distintas formas.

Nuevamente, después de cierto tiempo, tiene lugar otro intervalo de reposo; y otra vez más, después del mismo, los Espíritus de la Forma continúan su actividad. Pero entonces se producen, dentro de la evolución solar, condiciones totalmente nuevas.

Con lo descrito se ha alcanzado el punto medio de la evolución solar. Este es el momento en que los Espíritus de la Personalidad, que en Saturno habían alcanzado el grado evolutivo de humanidad, ascienden a un grado más alto de perfección. Trascendiendo aquel grado, adquieren una conciencia que el hombre actual de nuestra Tierra, en la regular prosecución de su desarrollo, todavía no posee. La alcanzará cuando la Tierra, o sea la cuarta de las escalas evolutivas planetarias, haya llegado a su fin, cuando haya entrado en el siguiente período planetario. El hombre percibirá entonces, no solamente aquello en torno suyo que los actuales sentidos físicos le permiten ver, sino que será capaz de observar, en imágenes, los estados anímicos internos de los seres que le circundan; tendrá una conciencia de imágenes, pero manteniendo la plena conciencia de sí mismo. Nada de onírico, ni de opaco, habrá en su visión de imágenes, antes bien, percibirá lo anímico en imágenes, por cierto, pero de tal manera que éstas serán la expresión de realidades, al igual que ahora lo son los colores y sonidos

hay seres que quedan retrasados en cuanto a tal logro. Así, por ejemplo, durante la evolución saturnal, no todos los Espíritus de la Personalidad alcanzaron verdaderamente el arriba descrito predeterminado grado evolutivo de humanidad. Tampoco todos los cuerpos físicos humanos formados en Saturno alcanzaron el grado de madurez que los hubiera capacitado para hacerse, en el Sol, portador de un cuerpo vital independiente. Esto dio por resultado que en el Sol existan seres y formas no adecuados a las condiciones respectivas. Tales seres deben recuperar durante la evolución solar lo perdido en Saturno. Debido a ello, durante el ciclo solar se puede observar lo siguiente.

Cuando los Espíritus de la Sabiduría comienzan a hacer fluir el cuerpo vital, en cierto modo el cuerpo del Sol se enturbia; se entremezcla con formaciones que en realidad todavía pertenecerían a Saturno. Se trata de formas de calor que no poseen la capacidad de densificarse en aire, de la manera respectiva; son los seres humanos retrasados en el nivel evolutivo de Saturno; no les es posible ser portadores de un cuerpo vital regular o normalmente desarrollado.

La substancia de calor de Saturno que de esa manera ha quedado retrasada, se divide en el Sol en dos partes. Una parte, en cierto modo la absorben los cuerpos humanos, y de entonces en adelante, forma una especie de naturaleza inferior dentro del ser humano; de modo que en el Sol el ser humano incorpora a sí mismo algo que en realidad corresponde al nivel evolutivo de Saturno. Y así como el cuerpo humano de Saturno dio a los Espíritus de la Personalidad la posibilidad de elevarse al grado de humanidad, así también en el Sol la referida parte saturnal del hombre presta el mismo servicio a los Espíritus del Fuego. Ellos se elevan ahora al grado de humanidad, haciendo fluir y volver a salir sus fuerzas de dicha parte saturnal del ser humano, al igual que los Espíritus de la Personalidad lo hacían en Saturno. También esto sucede en el período medio de la

evolución solar, pues la parte saturnal del ser humano ha llegado a tal punto de madurez que con su ayuda los Espíritus del Fuego (Arcángeles) pueden pasar por el grado evolutivo de humanidad.

Otra parte de la substancia calórica de Saturno se aparta y adquiere existencia independiente al lado y entre los seres humanos del Sol. Esta parte se convierte en un segundo reino al lado del reino de los seres humanos: un reino que en el Sol desarrolla un cuerpo de calor, totalmente independiente, pero meramente físico. Esto tiene por resultado que los «Espíritus de la Personalidad» no pueden dirigir su actividad, de la manera descrita, hacia un cuerpo vital independiente. Además, hemos de tener presente que ciertos «Espíritus de la Personalidad» han quedado retrasados en el nivel evolutivo de Saturno, pues no alcanzaron el grado de humanidad. Entre ellos y el segundo reino solar independizado, existe un lazo de atracción. Estos seres tienen que actuar ahora frente a dicho reino retrasado de la misma manera como sus semejantes que ya han progresado, lo hicieron en Saturno, para los seres humanos, los que allí no habían desarrollado más que el cuerpo físico. Pero en el Sol mismo no hay ninguna posibilidad para tal trabajo de los retrasados Espíritus de la Personalidad. Debido a ello, salen del cuerpo solar para formar, fuera de éste, un cuerpo cósmico independiente; quiere decir que este último se aparta del Sol. Desde este cuerpo cósmico, los retrasados «Espíritus de la Personalidad» influyen sobre los caracterizados seres del segundo reino solar. De esta manera, la anteriormente única configuración cósmica de Saturno, se ha dividido en dos: alrededor del Sol existe ahora un segundo cuerpo cósmico, el que representa algo así como un Saturno renacido, un nuevo Saturno. Desde este Saturno se le confiere el carácter de personalidad al segundo reino solar. Quiere decir que dentro de este reino hay seres que no poseen personalidad en el Sol mismo; pero ellos reflejan a los «Espíritus de la Personalidad»

Todo lo aquí relatado para el período medio de la evolución solar se extiende por cierto tiempo. A su término vuelve a producirse un intervalo de reposo; y después de éste, todo prosigue durante un tiempo, de la misma manera, hasta el punto evolutivo en que el cuerpo etéreo humano llega a la madurez que permite empezar un trabajo en común de los «Hijos de la Vida» (Ángeles) con los «Espíritus de la Armonía» (Querubines). Para la conciencia suprasensible se producen ahora, dentro del ser humano, manifestaciones que pueden compararse con sensaciones de sabor y que, hacia afuera, aparecen como sonidos. Algo similar ya hemos dicho para la evolución saturnal, sólo que aquí en el Sol todo esto se manifiesta en el ser humano de un modo más íntimo, más lleno de vida independiente.

Esto permite a los «Hijos de la Vida» adquirir aquella opaca conciencia en imágenes, la que los «Espíritus del Fuego» habían alcanzado en Saturno. A los «Hijos de la Vida» les ayudan los «Espíritus de la Armonía» (Querubines). Son ellos quienes en realidad observan espiritualmente lo que ahora tiene lugar dentro de la evolución solar; pero ellos renuncian a todos los frutos de tal observación, a la sensación de las imágenes llenas de sabiduría, a todo cuanto allí se produce, y hacen que esto fluya, cual maravillosos fenómenos mágicos en la conciencia onírica de los «Hijos de la Vida». Estos, a su vez, hacen penetrar lo que por su visión se forma, en el cuerpo etéreo del hombre, de modo que éste llegue a grados evolutivos cada vez más elevados.

Nuevamente se produce un intervalo de reposo; nuevamente, más tarde, todo resurge del «sueño cósmico». Y, después de haber proseguido la evolución durante un tiempo, el ser humano ha llegado a la madurez que le capacita para usar fuerzas propias. Son las mismas fuerzas que por el obrar de los «Tronos», habían fluído en dicho ser durante el último tiempo del período saturnal. Este ser humano desarrolla ahora una

en el nuevo Saturno, su propia personalidad. Entre los seres humanos en el Sol, la conciencia suprasensible observa fuerzas de calor que con su obrar se introducen en la regular evolución solar, fuerzas que dan expresión al actuar de los caracterizados Espíritus del nuevo Saturno.

En el ser humano del período medio de la evolución solar se advierte lo siguiente. Está constituido por un cuerpo físico y un cuerpo vital; y en éstos tiene lugar la actividad de los ya progresados «Espíritus de la Personalidad», conjuntamente con la de los «Espíritus del Amor». Con el cuerpo físico hallase mezclada una parte de la naturaleza saturnal retrasada. En ella tiene lugar la actividad de los «Espíritus del Fuego». Todo lo que hacen los «Espíritus del Fuego» en la naturaleza saturnal retrasada, lo hemos de considerar como precursores de los actuales órganos sensorios del hombre terrestre. Hemos descrito que ya en Saturno los «Espíritus del Fuego» se habían dedicado a la elaboración de los gérmenes de los sentidos. En aquello que los «Espíritus de la Personalidad» realizan, conjuntamente con los «Espíritus del Amor» (los Serafines), ha de reconocerse el primer germen de los actuales órganos glandulares humanos.

Pero el trabajo de los Espíritus de la Personalidad que moran en el nuevo Saturno no se agota con lo expresado más arriba. Pues su actividad abarca no solamente el referido segundo reino solar, sino que ellos establecen un cierto vínculo entre este reino y los sentidos humanos: las substancias de calor de dicho reino fluyen en los gérmenes de los sentidos humanos y vuelven a salir de éstos. Debido a ello, el ser humano en el Sol adquiere una suerte de percepción del reino inferior que se halla fuera de sí mismo. Naturalmente, se trata de una percepción opaca, según la conciencia saturnal apagada, de que hemos hablado. Esencialmente consiste de diversos efectos de calor.

vida interior, cuya manifestación, para la conciencia suprasensible, puede compararse con una íntima sensación de olor. Hacia afuera, hacia el espacio celeste, el mismo ser humano se manifiesta como personalidad, pero no dirigida por un «Yo» interior; antes bien, aparece como una planta de la característica de una personalidad. Para el fin de la evolución saturnal se ha mostrado que la personalidad se ponía de manifiesto cual una máquina. Y como allí se ha desarrollado el primer germen de lo que también en el hombre actual no existe sino como germen, o sea, el «Hombre-Espíritu» (Atma), así también se forma ahora un primer germen análogo, el «Espíritu vital» (Buddhi).

Después de haberse realizado todo esto, durante algún tiempo, vuelve a producirse un intervalo de reposo. Y como en los parecidos casos anteriores, continúa luego, durante un tiempo, la actividad del ser humano. Después rigen condiciones que se presentan como una nueva intervención de los «Espíritus de la Sabiduría», por la que el ser humano llega a ser capaz de sentir los primeros indicios de simpatía y antipatía hacia lo que le rodea. Todavía no hay, en todo ello, nada de verdadero sentimiento, pero sí un precursor de sentimiento. Pues la actividad de vida interior, la que en su manifestación podía caracterizarse como sensaciones de olor, se manifiesta hacia afuera como por una especie de lenguaje primitivo: cuando internamente se percibe un olor simpático -o bien un sabor, un centelleo, etc.- el ser humano lo exterioriza como un sonido; y lo respectivo ocurre cuando hay una percepción interna antipática. Resulta que con todo lo descrito se ha alcanzado lo que representa el verdadero sentido de la evolución solar, en cuanto al ser humano, el que ahora ha adquirido un grado de conciencia más elevado, en comparación con la conciencia saturnal; ha adquirido la conciencia del sueño profundo.

Después de cierto tiempo se llega finalmente al punto evolutivo en que los seres superiores vinculados con el escalón solar tienen que pasar a otras esferas, con el fin de elaborar y transformar lo fundamentado en sí mismos. Por su actividad con respecto al ser humano. Comienza entonces un gran intervalo de reposo, en forma análoga a cómo lo hubo entre la evolución de Saturno y la del Sol. Todo lo formado en el Sol pasa a adquirir un estado que se puede comparar con aquel de una planta, cuando sus fuerzas de crecimiento quedan latentes en la semilla. Al igual que estas fuerzas de crecimiento vuelven a salir a la luz en la nueva planta, todo lo que fue vida en el Sol vuelve a aparecer del seno cósmico, después del intervalo de reposo, para iniciar una nueva existencia planetaria. Se comprenderá perfectamente el sentido de semejante intervalo, de un «sueño cósmico», si se dirige la mirada espiritual sobre una de las nombradas entidades, como por ejemplo, los «Espíritus de la Sabiduría». En Saturno, éstos no habían llegado al grado evolutivo de hacer fluir de sí mismos un cuerpo etéreo. Las experiencias en Saturno les sirvieron de preparación, y durante el intervalo transformaron lo preparado en facultad efectiva de modo que en el Sol llegaron al punto de hacer fluir de sí mismos la vida para dotar al ser humano de un cuerpo vital propio.

Después del intervalo de reposo, lo que antes era el Sol, vuelve a aparecer del «sueño cósmico», quiere decir, vuelve a ser perceptible para las fuerzas espirituales videntes que antes pudieron observarlo, y para las cuales había desaparecido durante dicho intervalo. Pero en el nuevo ser planetario que denominaremos «Luna» (y que no debe confundirse con la parte del mismo que actualmente es la luna de la Tierra) se evidencian dos hechos distintos. Primero, lo que durante el período solar se había apartado como un «nuevo Saturno», hallase nuevamente integrado al nuevo ser planetario, vale decir que durante el intervalo de reposo, aquel Saturno ha

154

te la segunda de estas etapas, el ser humano llega a adaptarse a las nuevas condiciones lunares a tal punto que los «Espíritus del Movimiento» pueden llevar a efecto la capacidad por ellos adquirida y que, de su propia naturaleza, les posibilita hacer fluir el cuerpo astral en los seres humanos. Durante la evolución solar se habían preparado para realizar este trabajo, y en el intervalo de reposo entre el Sol y la Luna transformaron lo preparado en la referida capacidad. Ese fluir igualmente se extiende por cierto tiempo, hasta que vuelve a producirse otro de los breves intervalos. Después continúa el afluir hasta el comienzo de la actividad de los «Espíritus de la Forma». Por la actividad de los «Espíritus del Movimiento» de hacer fluir el cuerpo astral en el ser humano, éste adquiere las primeras cualidades anímicas, pues empieza a experimentar sensaciones, a sentir placer y desplacer con relación a los sucesos que en él tienen lugar porque posee un cuerpo etéreo, sucesos que durante la evolución solar todavía fueron de índole vegetal. Pero tal placer y desplacer queda limitado a un alternativo crecer y decrecer interior, hasta que los «Espíritus de la Forma» comienzan a intervenir. Los sentimientos cambiantes se transforman entonces de tal manera que en el ser humano se produce lo que se puede considerar como primer indicio del deseo, de la apetencia. Dicho ser aspira a la repetición de lo que una vez ha causado placer, y trata de evitar lo que ha suscitado una sensación antipática. Pero debido a que los «Espíritus de la Forma» no dan su propia naturaleza al ser humano, sino que meramente hacen fluir hacia y salir de él sus fuerzas, la apetencia carece de carácter interno y autónomo. Los «Espíritus de la Forma» la dirigen y ella se manifiesta con carácter instintivo.

En Saturno el cuerpo físico del ser humano fue un cuerpo de calor, en el Sol se densificó al estado gaseoso, o de «aire». Ahora, por el afluir de lo astral durante la evolución lunar, lo físico llega en un determinado momento a un nuevo grado de densidad, adquiere un estado comparable con un

156

LUNA

vuelto a unirse con el Sol. Todo lo que el primer Saturno contenía, reaparece, por ahora, como un solo cuerpo cósmico. Segundo, durante el intervalo de reposo, los cuerpos vitales del ser humano, generados en el Sol, fueron absorbidos por aquello que en cierto modo forma la envoltura espiritual del planeta. Por lo tanto, no aparecen entonces unidos con los respectivos cuerpos físicos humanos, sino que, al principio, éstos aparecen apartados, por sí solos. A aquéllos les es propio todo cuanto en Saturno y en el Sol adquirieron, pero carecen del cuerpo etéreo o cuerpo vital. Tampoco pueden, inmediatamente, acoger en sí mismos este cuerpo etéreo, pues este mismo, durante el intervalo de reposo, realizó un desarrollo al que aquéllos aún no se hallan adaptados.

Lo que al comienzo de la evolución lunar tiene lugar para que tal adaptación pueda lograrse, es, en primer lugar, una nueva repetición de los hechos del período saturnal. Con ello, el ser humano físico pasa, repitiéndolos, por las etapas de la evolución saturnal, pero bajo condiciones totalmente cambiadas. En Saturno, solamente obraban en él las fuerzas de un cuerpo de calor; ahora, en cambio, contiene también las del ya desarrollado cuerpo gaseoso. Pero éstas últimas fuerzas no actúan desde el principio de la evolución lunar, cuando todo se desenvuelve como si el ser humano sólo consistiese de substancia calórica y que dentro de ella dormitasen las fuerzas gaseosas. Luego llega el tiempo en que de éstas se manifiestan los primeros indicios. En la última parte de la repetición de los sucesos saturnales, el ser humano ya se presenta como durante su estado viviente en el Sol. Pero toda la vida aún se evidencia como vida aparente. Primeramente tiene lugar un intervalo de reposo parecido a los breves intervalos durante la evolución solar. Después empieza nuevamente el fluir del cuerpo vital en el físico, el que ahora ha adquirido la correspondiente madurez.

Este fluir se realiza, lo mismo que la repetición de los hechos saturnales, en tres etapas, distintas una de otra. Duran-

155

líquido del presente. A este estado lo podemos denominar «agua». Pero con esta denominación no nos referimos al agua de nuestro tiempo, sino a toda forma líquida de existencia. El cuerpo físico humano, paso a paso, va tomando una forma integrada por tres clases de substancias. La más densa es un «cuerpo de agua»; éste es compenetrado de corrientes de aire; y a través de todo esto se extienden efectos de calor.

También durante la evolución solar, no todas las formaciones alcanzaron la plena madurez correspondiente. Debido a ello arriban a la Luna formas que están al nivel de Saturno, y otras que solamente han alcanzado el nivel del Sol. A raíz de ello se forman dos distintos reinos al lado del reino humano regularmente desarrollado: uno constituido por seres que han quedado retrasados sobre el nivel de Saturno y que a causa de ello únicamente tienen un cuerpo físico, el que, tampoco en la Luna, puede ser portador de un cuerpo vital independiente. Este reino es el más bajo de la Luna. Un segundo reino consiste de seres que han quedado retrasados sobre el nivel del Sol, y que debido a ello no llegan a la madurez para incorporarse en la Luna un cuerpo astral independiente. Estos seres forman un reino entre el recién nombrado y el reino humano regularmente desarrollado.

Otra cosa más tiene lugar: las substancias meramente constituidas por fuerzas de calor, y aquellas de puras fuerzas de aire, impregnan también a los seres humanos, por lo que en la Luna éstos tienen en sí mismos una naturaleza saturnal y otra, solar. Debido a ello se ha generado en la naturaleza humana una suerte de discrepancia; y a causa de ésta se suscita dentro de la evolución lunar, después de iniciarse la actividad de los «Espíritus de la Forma», algo sumamente importante. En el cuerpo cósmico lunar va preparándose una separación: una parte de sus substancias y entidades se desprende de las demás. De un sólo cuerpo cósmico se hacen dos. A uno lo eligen como su morada ciertas entidades superiores que antes

157

estaban íntimamente vinculadas con el cuerpo cósmico de conjunto; el otro, en cambio, es habitado por el ser humano, por los dos reinos inferiores caracterizados, y ciertas entidades superiores, las que no han pasado al primer cuerpo cósmico. Uno de los cuerpos cósmicos, aquel de las entidades superiores, aparece como un renacido, pero más refinado Sol; el otro es, ahora, la verdadera nueva formación, la «Luna antigua», como tercera incorporación planetaria de nuestra Tierra, después de las incorporaciones de Saturno y Sol. De las substancias generadas en la Luna, el renacido Sol, al desprenderse, sólo lleva consigo el «calor» y el «aire»; en la parte remanente la que, como Luna, ha quedado, además de esas dos substancias, existe el estado acuoso. Por la referida separación se logra que las entidades lunares más densas no refrenen, por ahora la ulterior evolución de las entidades que se han ido con el Sol resurgido. Estas últimas pueden, de tal manera, proseguir libremente su propio desarrollo. En virtud de ello, adquieren igualmente una fuerza tanto más vigorosa, para influir desde afuera, desde su Sol, sobre los seres lunares; y a raíz de ello, estos mismos ganan nuevas posibilidades evolutivas. Con ellos ante todo han quedado unidos los «Espíritus de la Forma»; y éstos fortalecen la naturaleza de las apetencias y los deseos, lo que incluso va expresándose en la ulterior densificación del cuerpo físico de los seres humanos. Lo antes meramente acuoso de este cuerpo, adquiere cierta viscosidad y adecuadamente se densifican las formas aéreas y las calónicas. Sucesos similares tienen lugar en los dos reinos inferiores.

El que el cuerpo lunar haya quedado apartado del cuerpo solar, da por resultado que la relación de aquél con éste sea similar a la del cuerpo del primitivo Saturno con toda la circundante evolución cósmica. El cuerpo saturnal se había generado por lo proveniente del cuerpo de los «Espíritus de la Voluntad» (los Tronos). Desde su substancia se reflejaba hacia el universo la vida de todas las arriba nombradas entidades

158

y otra que se ha «rebelado» contra ésta y que emprende caminos independientes. A partir de entonces, esta división en vida de doble aspecto encuentra su expresión en todos los procesos de la incorporación lunar.

Las siguientes imágenes pueden caracterizar lo que para este período evolutivo se presenta a la conciencia suprasensible. Toda la masa principal de la Luna está formada por una substancia semi-viviente que se halla en movimiento, ora lento, ora vivaz. Todavía no se trata de una masa mineral, como las rocas y componentes terrestres sobre los cuales deambula el hombre actual. Antes bien, se podría hablar de un reino de minerales-vegetales. Pero hay que representarse que en lo principal todo el cuerpo de la Luna consiste de tal substancia mineral-vegetal, lo mismo que en el presente la Tierra consiste de rocas, tierra laborable, etc. Así como ahora se elevan masas rocosas, había en la masa lunar formaciones duras comparables con formas duras de madera o córneas. Y como ahora en el suelo mineral crecen los vegetales, el suelo lunar estaba cubierto y compenetrado del segundo reino integrado por una especie de animales-vegetales, de substancia más blanda que la masa básica, y en sí misma más móvil. Como un mar espeso se extendió este reino sobre el otro. Y al hombre mismo lo podemos designar como hombre-animal. Las partes integrantes de su naturaleza eran análogas a las de los otros dos reinos; pero su ser estaba totalmente compenetrado de un cuerpo vital y un cuerpo astral, sobre los cuales influyeron, desde el Sol apartado, las fuerzas de las entidades superiores; y en virtud de ello su forma resultó ennoblecida. Los «Espíritus de la Forma» le dieron una configuración adecuada a la vida lunar, en tanto que los seres espirituales del Sol formaron de él un ser elevado a un nivel más alto que aquella vida. Poseía la fuerza para ennoblecir su propia naturaleza mediante las capacidades que le donaron dichos seres espirituales, e incluso para elevar a un grado evolutivo mayor lo afín con los reinos inferiores.

160 "los espíritus laboran más en la posibilidad de seguir evolucionar"

Cambio o curso de la evolución.
*1 no se produce por *2
Potenciales se relacionan entre Potenciales

espirituales que se hallaban en su derredor. Y a través de los sucesos subsiguientes la irradiación de reflejo adquirió vida autónoma. Toda evolución se basa precisamente en el hecho de que de la vida circundante, primero se aparta esencialidad autónoma; que después lo circundante se imprime en el ser apartado, como por reflejo, y que, finalmente ese ser apartado continúa desarrollándose independientemente.

Así también el cuerpo lunar se apartó del cuerpo solar, *1 y al principio reflejó la vida de este cuerpo. Si entonces no hubiera sucedido nada más, tendríamos el siguiente proceso cósmico. Existiría un cuerpo solar en que entidades espirituales adaptadas a este cuerpo vivirían y actuarían en los elementos calor y aire. Frente a este cuerpo solar existiría un cuerpo lunar en que se desenvolverían otros seres con la vida en los elementos calor, aire y agua. El progreso realizado desde la incorporación solar hasta la lunar consistiría en que los seres del Sol tendrían ante sí mismos la vida propia como imagen reflejada a través de los sucesos lunares, pudiendo gozarla de esta manera, lo que durante la incorporación solar no les había sido posible.

Pero la evolución no continuó de acuerdo con tal proceso, sino que sucedió algo de la más profunda significación para la ulterior evolución. Determinadas entidades, adaptadas al cuerpo lunar, se apoderaron del elemento volitivo (heredado de los Tronos) y como resultado de ello desarrollaron una vida propia, independiente de la vida solar. Al lado de la vida lunar que sólo se desenvuelve bajo la influencia del Sol, se produce una vida lunar independiente; se trata de experiencias que en cierto modo representan estados de rebelión y oposición contra los seres del Sol. Y estos estados se extendieron sobre los distintos reinos del Sol y de la Luna, ante todo sobre el reino de los precursores del hombre. Debido a ello, el cuerpo lunar tiene en sí mismo, en sentido espiritual y material, dos formas de vida: una que se halla íntimamente vinculada con la vida solar,

159

161: Los seres Potenciales en la forma de seres materiales

Los sucesos que aquí entran en consideración, espiritualmente contemplados, pueden describirse de la siguiente manera. La naturaleza del antecesor del hombre ha sido ennoblecida por entidades que se habían rebelado contra el reino solar. Dicho ennoblecimiento se extendió principalmente sobre todo lo experimentado en el elemento acuoso. Sobre este elemento, los seres solares, como soberanos en los elementos calor y aire ejercían menos influencia, con el resultado de que sobre la organización del antecesor del hombre influyeron dos clases de entidades: una parte de esta organización estaba totalmente compenetrada de los efectos del obrar de los seres solares. Sobre la otra parte influyeron los seres lunares que se habían rebelado. Debido a ello, esta última parte era más independiente que aquélla, en que sólo podían formarse estados de conciencia como expresión de los seres solares; en tanto que en la segunda parte había una especie de conciencia cósmica, al igual que la propia del estado saturnal, pero a un nivel evolutivo más elevado. En virtud de ello, el antecesor del hombre tenía la sensación de ser un «reflejo del mundo», mientras que su «parte solar» sólo se sentía como «reflejo del Sol».

Dentro de la naturaleza humana las dos esencialidades sostuvieron entonces una suerte de lucha; y por influjo de las entidades solares se creó en esta lucha un correctivo de tal modo que se hacía frágil y perecedera la organización de la substancia que posibilitaba la conciencia cósmica independiente. Esta parte de la organización debió entonces, de tiempo en tiempo, segregarse. Durante y después de esta segregación, el antecesor del hombre era un ser que meramente dependía del influjo solar. Su conciencia se hacía menos independiente, enteramente abandonada a la vida del Sol. Luego volvía a renovarse la parte lunar independiente y después de cierto tiempo se repetía, siempre de nuevo, este proceso. De tal suerte, el antecesor del hombre vivía en la Luna con estados alternantes de conciencia.

161

* El fin de la vida, hacia un fin que no
puede ser el fin de la vida

cia, ora más clara, ora más opaca; y tal cambio implicaba una mutación en lo substancial de su naturaleza. De tiempo en tiempo, él se desprendía de su cuerpo lunar, para volver a adoptarlo, más tarde.

Considerándolo físicamente, los reinos de la Luna presentan una gran diversidad. De los vegetales-minerales, los animales-vegetales y los hombres-animales existen distintos grupos. Eso resultará comprensible si se tiene en cuenta que por haberse retrasado distintas entidades en cada uno de los anteriores escalones evolutivos, se han incorporado formas de las más variadas calidades. Las hay que todavía muestran particularidades del principio de Saturno, otras del período medio de este cuerpo cósmico, y otras más, del fin. Lo análogo vale para todas las etapas de la evolución del Sol.

Así como las distintas formas relacionadas con la evolución del cuerpo cósmico han quedado retrasadas, hay que decir lo mismo con respecto a ciertas entidades vinculadas con esta evolución. A través del devenir evolutivo hasta la Luna, ya se ha generado cierta cantidad de grados de desarrollo de tales entidades. Hay «Espíritus de la Personalidad» que ni siquiera en el Sol han alcanzado el grado de humanidad, pero existen otros que entonces ascendieron. De los «Espíritus del Fuego» que en el Sol deberían haber ascendido al grado de hombre, también han quedado retrasados unos cuantos. Como durante la evolución solar, retrasados «Espíritus de la Personalidad» se apartaron del cuerpo Sol, haciendo resurgir Saturno como cuerpo cósmico particular, así también ocurre que en el curso de la evolución lunar se apartan, hacia los cuerpos cósmicos propios, las arriba caracterizadas entidades. Hasta ahora sólo hemos hablado de la división en Sol y Luna, pero, a raíz de los citados motivos, se desprenden, además, del cuerpo lunar aparecido después del gran intervalo Sol-Luna, otras formaciones cósmicas, de modo que después de cierto tiempo existe un sistema de cuerpos celestes, de los cuales -como fácilmente se

sonidos espirituales, lo interior mismo de tales seres. Los «Espíritus del Fuego», a su vez, han alcanzado la misma altura de conciencia que los «Espíritus de la Personalidad» en el Sol. En virtud de ello, ambas categorías de seres espirituales pueden influir sobre la madurada vida del ser humano. Los «Espíritus de la Personalidad» obran sobre el cuerpo astral; los «Espíritus del Fuego», sobre el cuerpo etéreo del ser humano. Debido a ello, el cuerpo astral adquiere el carácter de personalidad; no solamente experimenta ahora en sí mismo placer y dolor, sino que incluso sabe que le pertenecen. Todavía no llega a la plena conciencia del Yo, como para decirse «yo estoy aquí»; pero tiene la sensación de hallarse sostenido y cobijado por otras entidades, a su alrededor. Elevando la mirada hacia ellas, puede decirse: este mundo que me circunda me da existencia.

Los «Espíritus del Fuego» ejercen ahora efecto sobre el cuerpo etéreo. Bajo su influencia el movimiento de las fuerzas en este cuerpo se convierte, cada vez más, en actividad vital interior. Lo que así se genera, encuentra su expresión física en un fluir de humores y en fenómenos de crecimiento. Las sustancias gaseosas se han densificado en acuosas; puede hablarse de una nutrición en el sentido de que lo acogido de afuera se transforma y se elabora internamente. Si nos imaginamos un proceso intermedio entre la nutrición y la respiración en el sentido actual, tenemos una idea de lo que entonces, en lo aludido, ha tenido lugar. El ser humano recibía las sustancias alimenticias del reino de los vegetales-animales. Hemos de imaginarnos estos últimos como suspendidos-flotantes, o bien, levemente arraigados en un elemento circundante, de un modo comparable a cómo actualmente los animales inferiores viven en el agua, o los animales terrestres, en el aire. Mas aquel elemento no es ni agua, ni aire, en el sentido actual, sino algo intermedio, una especie de vapor muy denso, en que las sustancias más variadas oscilan en múltiples corrientes. Los vegetales-animales meramente aparecen como densificadas

comprenderá - el nuevo Sol ha de considerarse como el más adelantado. Entre cada uno de estos cuerpos celestes y los respectivos seres lunares se produce un lazo de atracción como aquél que para la evolución solar se ha descrito con respecto a los Espíritus de la Personalidad y el reino retrasado en el nuevo Saturno. Describirlo para cada uno de dichos cuerpos celestes, nos llevaría demasiado lejos; será suficiente haber señalado la causa por la que de la única configuración cósmica aparecida al principio de la evolución de la humanidad como Saturno, han venido apartándose una serie de cuerpos cósmicos.

Después que los «Espíritus de la Forma» comenzaron su actividad en la Luna, la evolución continúa por cierto tiempo, de la manera descrita. Luego vuelve a producirse un intervalo durante el cual las partes más densas de los tres reinos lunares quedan como en un estado de inacción; las partes más sutiles, en cambio, principalmente el cuerpo astral de los seres humanos, se desligan de aquellas formas más densas, para adquirir un estado en que las fuerzas superiores de los sublimes seres del Sol pueden influir sobre ellas de un modo particularmente intenso. Después del intervalo de reposo, estas formas sutiles vuelven a penetrar las partes del ser humano que consisten en las substancias más densas. Debido a que durante el intervalo - en su estado libre - han recibido las fuerzas intensas, aquellas formas son ahora capaces de dar a las substancias densas la madurez necesaria para someterse a la influencia que al cabo de cierto tiempo deberán ejercer sobre ellas los regularmente evolucionados: «Espíritus de la Personalidad» y los «Espíritus del Fuego».

Entretanto, estos «Espíritus de la Personalidad» han ascendido a un grado en que poseen la «conciencia de la inspiración», lo que les permite no solamente - como mediante la anterior conciencia imaginativa - percibir en imágenes los estados internos de otros seres, sino, como un lenguaje de

formas regulares, formando parte del elemento mismo; físicamente, muchas veces muy poco diferentes del ambiente en que se hallan. El proceso respiratorio existe al lado del proceso de la nutrición; pero no como ahora en la Tierra, sino como un aspirar y emanar de calor. Para la observación suprasensible da la impresión de que en estos procesos se abren y se cierran órganos, los que dejan salir y entrar una corriente de calor, y que, asimismo, las sustancias aéreas y acuosas entran y salen. Y puesto que en este grado de su evolución el ser humano ya posee un cuerpo astral, se suscitan sentimientos que acompañan la respiración y la nutrición, de modo que se genera una especie de placer cuando desde afuera se reciben sustancias que favorecen la estructuración del ser humano. Cuando entran, o simplemente se acercan sustancias nocivas, se produce desagrado.

Del mismo modo que durante la evolución lunar - según lo descrito - existía afinidad entre el proceso de la respiración y el de la nutrición, también había afinidad entre el proceso de la representación y el de la procreación. Las cosas y los seres circundantes del hombre lunar no ejercían un efecto directo sobre algún órgano sensorio, sino que la representación era de tal índole que la presencia de cosas y seres suscitaba imágenes en la conciencia opaca. Pero estas imágenes guardaban una relación mucho más íntima con la verdadera naturaleza del mundo circundante que las percepciones sensorias del presente, las que a través de los colores, sonidos, aromas, etc. muestran, en cierto modo, nada más que el aspecto externo de los seres. Con el fin de tener un preciso concepto de la conciencia de los hombres lunares, imaginémoslos que ellos se hallaban envueltos en el caracterizado ambiente vaporoso. En este elemento vaporoso tienen lugar los sucesos más variados. Substancias se combinan, o se separan unas de otras; hay partes que se densifican, otras que se utilizan. Todo se lleva a cabo de tal manera que acaso los seres humanos ni lo oyen o ven directa-

mente, mas ello suscita imágenes en la conciencia del hombre, imágenes comparables con las de los sueños del presente: por ejemplo, un hombre durmiente, al caerse un objeto, no percibe lo que realmente sucede, sino alguna imagen; cree, quizás, haber oído un disparo. Sólo que las imágenes de la conciencia lunar no son arbitrarias como semejantes ensueños; son símbolos, por cierto, no reflejos, pero adecuados a los sucesos exteriores. Con un determinado suceso exterior aparece una imagen bien definida. Esto le permite al hombre de la Luna adecuar su actividad a dichas imágenes, al igual que el hombre de ahora lo hace, de acuerdo con sus percepciones. Pero hay que tomar en consideración que esta última actitud obedece a la arbitrariedad, en tanto que el actuar bajo la influencia de aquellas imágenes responde a un nebuloso impulso.

Empero, esta conciencia en imágenes no es, de modo alguno, de tal característica que ella sólo simbolice sucesos físicos exteriores, sino que las imágenes también representan seres espirituales y sus actividades, existentes detrás de los hechos físicos. De esta manera, en los hechos del reino vegetal-animal en cierto modo se hacen perceptibles los «Espíritus de la Personalidad»; y en los seres minerales-vegetales aparecen detrás los «Espíritus del Fuego»; y aparecen como seres que el hombre puede representarse sin relación con lo físico, y que él percibe, digamos, como formas etéreo-anímicas: «Los Hijos de la Vida».

Si bien estas representaciones de la conciencia lunar no eran, como se ha dicho reflejos, sino meramente símbolos de lo externo; eran, por otra parte, un efecto sobre lo interior del ser humano, mucho más significativo que las actuales representaciones que el hombre obtiene por la percepción. Aquellas tenían el poder de poner en movimiento y actividad todo el interior; y según ellas se desenvolvían los sucesos interiores; eran verdaderas fuerzas formativas. Y el ser humano tenía la configuración que estas fuerzas formativas le daban; en cierto modo llegaba a ser un reflejo del contenido de su conciencia.

166

una relación entre el Sol y la Luna en concordancia con los fines de esta evolución.

En un pasaje anterior (pág. 162) ya nos hemos referido a que los seres, al progresar a través de sus grados evolutivos, apartan de la masa cósmica general, sus propios cuerpos celestes. De estos seres irradian, en cierto modo, las fuerzas que determinan la estructuración de las substancias. El Sol y la Luna se han separado según las condiciones necesarias para crear las moradas adecuadas a los seres respectivos. Pero esta determinación de las substancias y sus fuerzas por el espíritu se extiende aún más; los seres mismos condicionan determinados movimientos de los cuerpos cósmicos; revolucionan unos alrededor de otros, y esto conduce a variables posiciones recíprocas de esos cuerpos; y con el cambio de la posición de un cuerpo celeste frente a otro, cambian igualmente los efectos recíprocos de los seres respectivos. Esto sucedió con el Sol y la Luna. Por el movimiento que surgió de la Luna alrededor del Sol, los seres humanos, alternativamente, una vez quedan más bien expuestos a la influencia solar, otra vez pueden substraerse a él, y dependen entonces de sí mismos. El referido movimiento es consecuencia de el caracterizado «descenso» de ciertos seres lunares y de la compensación por la lucha correspondiente. El movimiento es la expresión física para la relación de fuerzas espirituales, creado por esta caída. El que un cuerpo gire alrededor de otro, da por resultado que en los seres que los habitan se produzcan los alternantes estados de conciencia como los hemos descrito. Se puede decir que la Luna alternativamente orienta su vida hacia el Sol, y la independiza de él. Hay un tiempo solar y otro planetario, durante el cual los seres lunares se desarrollan en el lado opuesto al Sol. Pero para la Luna, aparte del movimiento de los cuerpos celestes, tiene importancia algo más. La mirada retrospectiva de la conciencia suprasensible observa que dentro de períodos totalmente regulares los seres lunares mismos circulan alrededor de su cuerpo

168

Cuanto más la evolución prosigue de esta manera, tanto más da por resultado que en el ser humano se produce un decisivo cambio: ocurre que, paso a paso, el poder que emana de las imágenes de la conciencia, ya no puede extenderse sobre toda la corporeidad humana. Esta última se divide en dos partes, en dos naturalezas. Se forman miembros que dependen de la actividad formativa de la conciencia en imágenes; y que en alto grado se convierten en reflejo de las representaciones, en sentido de lo descripto. Otros órganos, en cambio, se substraen a tal influencia. En una parte de su naturaleza, el hombre, en cierto modo, demasiado denso, demasiado condicionado por otras leyes, como para guiarse por las imágenes de la conciencia, las que se substraen al influjo del ser humano; pero llegan a someterse a otra influencia: a la de los sublimes seres solares mismos. Mas la visión suprasensible observa que a esta etapa evolutiva precede un intervalo de reposo, en que los seres espirituales del Sol cobran fuerza para poder influir bajo nuevas condiciones sobre los seres de la Luna.

Después de este intervalo de reposo, el ser humano se halla claramente dividido en dos naturalezas. Una de ellas queda substraída del obrar independiente de la conciencia en imágenes; ella adopta una configuración más defruida, bajo la influencia de fuerzas, las que, si bien provienen del cuerpo lunar, sólo se forman en él por la influencia de los seres del Sol. Esta parte del ser humano vive cada vez más con la vida, que es estimulada a través del Sol. La otra parte, se eleva como una especie de cabeza de esta primera parte. La que en sí misma es móvil, plástica y se configura como expresión y portadora de la opaca conciencia humana. Con todo, ambas partes están profundamente unidas entre ellas; enviándose mutuamente sus humores; se estiran miembros de una hacia adentro de la otra.

A una importante armonía se llega por el hecho de que en el curso del tiempo en que todo esto sucedió, se ha creado

167

celeste. De tal manera se dirigen, en períodos determinados, a sitios en que pueden entregarse al influjo del Sol; en otros períodos se dirigen a sitios en los que no están sometidos a tal influencia, lo que en cierto modo les permite reflexionar sobre sí mismos.

Para completar el cuadro que hemos de dibujar de estos sucesos, también hay que tomar en consideración que dentro de esta etapa los «Hijos de la Vida» alcanzan el grado evolutivo de hombre. En la Luna, el ser humano mismo aún no es capaz de utilizar sus sentidos, cuyos gérmenes ya se generaron en Saturno para la percepción propia de objetos exteriores; pero por la evolución lunar, estos sentidos se hacen instrumentos de los «Hijos de la Vida», quienes se sirven de ellos para percibir; y de ello resulta que los sentidos, que pertenecen al cuerpo físico humano entren en interrelación con los «Hijos de la Vida»: éstos, no solamente se sirven de los mismos, sino que asimismo los perfeccionan.

Debido a las alternantes relaciones con el Sol, como ya lo hemos relatado, se produce un cambio en el ser humano mismo, en cuanto a las condiciones de la vida. Cada vez que se halla sometido a la influencia del Sol, el ser humano vive abandonado a la vida solar y sus fenómenos, mucho más que a sí mismo. En los respectivos períodos siente la grandiosidad y la majestuosidad del universo, como la existencia del Sol lo expresa. El ser humano se compenetra de ello, aspirándolo en sí mismo, en cierto sentido. Es que en ello los seres sublimes, cuya morada es el Sol, influyen sobre la Luna, y ésta a su vez, sobre el ser humano. Pero tal obrar no influye sobre todo el hombre, sino principalmente sobre las partes del mismo que quedan substraídas a la influencia de las imágenes de la propia conciencia; y esto conduce a que particularmente el cuerpo físico y el cuerpo vital adquieran volumen y configuración de cierta importancia; pero por otra parte disminuye el cuidado de los fenómenos de la conciencia. En cambio, cuando la vida del

169

*La colmena f.s. en su vida, como una
una independencia de los Dos Solares.*

ser humano queda enajenado del Sol, el hombre se dedica a su propia naturaleza; se suscita entonces una actividad interior, principalmente en el cuerpo astral, mientras que la configuración exterior se vuelve menos vistosa, menos perfecta.

De este modo rigen durante la evolución lunar los caracterizados dos estados de conciencia que se distinguen claramente el uno del otro: una conciencia más opaca durante el período solar, y otra más clara durante el período en que la vida depende más de sí misma. El primero de estos estados, si bien es más apagado, también es, por otra parte, más abnegado: el hombre vive entonces más consagrado al mundo externo, al universo que se refleja en el Sol. Se trata de un cambio de los estados de conciencia comparable tanto con el cambio del sueño a la vigilia en el hombre actual, como asimismo con respecto a la vida entre el nacimiento y la muerte, por un lado, y la existencia espiritual entre la muerte y un nuevo nacimiento, por el otro. El despertar en la Luna, al aproximarse el fin del tiempo solar, podría caracterizarse como una cosa intermedia entre el despertar a la mañana del hombre de ahora y su nacimiento. La misma semejanza existe entre el paulatino apagarse de la conciencia, al acercarse el tiempo solar, por un lado, y el dormirse o fallecer, por el otro. La conciencia del nacimiento y de la muerte como ahora la posee el hombre, aún no existía en la antigua Luna. En una vida solar digamos el hombre se entregaba al gozo de ella. Durante el tiempo respectivo se hallaba enajenado de la vida propia; vivía, más bien, espiritualmente. Sólo aproximada y comparativamente se puede tratar de describir lo que en tales tiempos el hombre experimentaba. Tenía la sensación de que las fuerzas activas del universo le penetraban e impulsaban; se sentía como embriagado de las armonías del universo, las que él vivía en sí mismo. Durante esos tiempos su cuerpo astral estaba como liberado del cuerpo físico; e incluso una parte del cuerpo vital se hallaba como sacada afuera del cuerpo físico. El conjunto de los cuerpos

170

en que se hallaba abandonado al mundo externo, a otra, en que se dirigía más al propio interior. Habla «mudado de piel». Había echado el cuerpo viejo, ya inapto, y lo había renovado. Con ello, también hemos caracterizado más exactamente lo que más arriba hemos calificado como una suerte de procreación, diciendo que ésta es afín a las representaciones como la siguiente: el ser humano ha engendrado un ser igual a sí mismo con respecto a ciertas partes de los cuerpos físico y etéreo. Pero no se genera un descendiente totalmente diferente del ser paterno, sino que el núcleo esencial de éste se transmite a aquél. El núcleo esencial no crea un ser nuevo, sino a sí mismo en una nueva forma. De la manera descripta, el hombre lunar experimenta un cambio de su conciencia. Cuando se aproxima el tiempo solar, sus imágenes van apagándose, la felicidad del abandonarse le penetra, y en la quietud de su interior resuenan las armonías de los mundos. Hacia el fin de este período se vivifican las imágenes en el cuerpo astral, el que comienza a sentirse y percibirse más intensamente: el hombre experimenta algo así como un despertar de la felicidad y quietud que él había vivido durante el tiempo solar. Pero con ello surge otro acontecimiento importante. Al renovarse la claridad de las imágenes de la conciencia, el ser humano se ve como envuelto en una nube, la que ha descendido sobre él cual una entidad proveniente del universo. Y el ser humano siente que esta entidad es algo que le pertenece, cual una parte integrante de su propia naturaleza. La siente como aquello que le dona la existencia, como su «Yo». Esta entidad es uno de los «Hijos de la Vida». Frente a él, el hombre siente aproximadamente lo que sigue: «en este ser he vivido, incluso durante el tiempo solar en que me hallaba abandonado a la majestuosidad del universo; pero entonces no me era perceptible, mas ahora llego a percibirlo». Y de este «Hijo de la Vida» también emana la fuerza que, durante el tiempo en que no hay Sol, le capacita al hombre para ejercer aquel efecto sobre su propia corporalidad. Y luego, al

172

astral y vital era como un fino, maravilloso instrumento musical, en cuyas cuerdas resonaban los misterios del universo. Los miembros de aquella parte del ser humano sobre la cual la conciencia ejercía poca influencia, se estructuraban según las armonías del universo; pues en éstas se expresaban los seres del Sol. De esta manera, dicha parte del hombre recibía su forma por los sonidos espirituales de los mundos. Con todo, el cambio que se producía entre el estado de conciencia más clara y aquel de conciencia más opaca, durante el tiempo solar, era menos brusco que entre la vigilia y el sueño totalmente libre de ensueños, del hombre de ahora. Ciertamente, la conciencia en imágenes no era tan clara como la actual de vigilia; pero la otra conciencia era, a su vez, no tan apagada como la del sueño sin ensueños de ahora. De tal suerte, el ser humano tenía una visión, si bien apagada, de la expresión de las armonías de los mundos, en su cuerpo físico y la parte del etéreo ligada con aquél. Durante el tiempo en que para el ser humano «no había sol», las imágenes vivían en la conciencia, en lugar de las armonías, y principalmente recuperaban fuerzas aquellas partes de los cuerpos físico y etéreo que directamente dependían del poder de la conciencia, mientras que las otras partes del ser humano, sobre las que entonces no influían las fuerzas formativas provenientes del Sol, pasaban por un cierto proceso de endurecimiento y desecamiento. Y al acercarse nuevamente el tiempo solar, los cuerpos viejos decaían, se desprendían del ser humano, y como de la tumba de su vieja corporalidad, resurgía el interiormente reconstituido hombre, si bien — en esa forma — aún de aspecto poco vistoso. Había tenido lugar una renovación del proceso vital. Por el obrar de los seres del Sol y de sus armonías, el tenacido cuerpo volvía a formarse en su perfección, y el suceso ya descrito se repetía. El hombre sentía esta renovación como el ponerse un nuevo ropaje. El núcleo de su ser no había pasado, realmente, por un nacimiento, o una muerte; antes bien, de una conciencia de sonidos espirituales,

171

aproximarse nuevamente el tiempo solar, el hombre se siente como unificado con el «Hijo de la Vida». Si bien no lo ve, se siente, no obstante, íntimamente unido con él.

El vínculo con los «Hijos de la Vida» era de tal índole que cada ser humano no tenía para sí, individualmente, a un «Hijo de la Vida», sino que todo un grupo de hombres sentía que uno de esos seres le pertenecía. Los hombres vivían en la Luna divididos en semejantes grupos, y cada grupo sentía su «yo grupal» colectivo en un «Hijo de la Vida». La diferencia entre los grupos se ponía de manifiesto por el hecho de que principalmente los cuerpos etéreos de cada grupo poseían una configuración particular. Y como los cuerpos físicos se forman según los etéreos, las diferencias de éstos se impregnaban también en aquellos, de modo que los distintos grupos de hombres aparecían como igual número de especies humanas. Cuando los «Hijos de la Vida» contemplaban desde lo alto a los grupos pertenecientes a ellos, se veían, en cierto modo, multiplicados en cada uno de los seres humanos. Y esto les permitía sentir su propia yoidad; se miraban, diríamos, en los hombres como en un espejo. En ello también consistía la función de los sentidos humanos en aquel tiempo. Hemos mostrado que éstos aún no servían de medio para tener percepciones de objetos exteriores, pero reflejaban la esencia de los «Hijos de la Vida». Lo que los «Hijos de la Vida» percibían a través de tal reflejo, les daba su «conciencia de Yo». Y lo que por este reflejo se suscitaba en el cuerpo astral humano, son, precisamente, las imágenes de la apagada, opaca conciencia lunar.

El efecto de esta actividad humana, realizada a través de la recíproca relación con los «Hijos de la Vida», se traducía en el germen del sistema nervioso del cuerpo físico. Los nervios aparecen, en cierto sentido, como continuación de los sentidos, hacia el interior del cuerpo humano.

De lo expuesto se evidencia cómo las tres categorías de seres espirituales, los «Espíritus de la Personalidad», los «Espí-

173

ritus del Fuego» y los «Hijos de la Vida», influyen sobre el hombre lunar. Si tomamos en consideración el período principal de la evolución lunar, o sea, el período medio, podemos decir: los «Espíritus de la Personalidad» implantan la independencia, el carácter personal, en el cuerpo astral humano. A este hecho se atribuye el que en los tiempos en que para el hombre «no hay Sol», él pueda estar ensimismado y ser capaz de formarse a sí mismo. Los «Espíritus del Fuego» actúan en el cuerpo etéreo, en cuanto éste impregna a sí mismo la configuración independiente del ser humano. Ellos hacen que el hombre, después de cada renovación del cuerpo, pueda sentirse como él mismo. Quiere decir que por los «Espíritus del Fuego» se da al cuerpo etéreo una especie de recuerdo. Los «Hijos de la Vida» influyen sobre el cuerpo físico de tal manera que éste puede convertirse en la expresión del cuerpo astral independiente. Por lo tanto, ellos hacen que el cuerpo físico llegue a ser un trasunto fisonómico de su cuerpo astral. Por otra parte cuando en los tiempos solares, el cuerpo físico y el etéreo se desarrollan independientes del cuerpo astral autónomo, influyen sobre ambas entidades espirituales superiores, principalmente los «Espíritus de la Forma» y los «del Movimiento». Su obra se realiza, de la manera descrita, desde el Sol.

Bajo la influencia de semejantes hechos, el ser humano va llegando a la madurez para formar en sí mismo el germen del «Yo espiritual», de un modo parecido a como en la segunda parte de la evolución saturnal formó el germen del Hombre-Espíritu, y en el Sol, el germen del Espíritu Vital. Debido a ello cambian todas las condiciones en la Luna. A través de las sucesivas transformaciones y renovaciones, los seres humanos se han hecho cada vez más nobles y más refinados; pero también han ganado en fuerza. Gracias a ello se mantenía, cada vez más, la conciencia en imágenes, inclusive durante los tiempos solares; asimismo ella se hacía capaz de influir sobre la configuración de los cuerpos físico y etéreo,

174

** La Tierra no podía unirse con el Sol, convertirse en Sol a su vez para estar en un nivel superior.*

suprasensible, capaz de observarlo, dirige su atención hacia semejante cuerpo que ostenta la forma etérea, tal cuerpo le aparece, no compenetrado de las leyes de lo etéreo, sino de las leyes físicas. En tal caso, lo físico se halla acogido en lo etéreo, para reposar en él, y para ser cuidado como en su seno materno. Más tarde, volverá a aparecer en la forma física, pero a un nivel superior. La Luna jamás podrá unirse con el Sol, si los seres humanos de aquella siguiesen manteniendo su cuerpo físico en la forma groseramente física. Adoptando la forma etérea, el cuerpo físico se torna más afín al etéreo, lo que también le capacita para volver a compenetrarse más íntimamente de aquellas partes de los cuerpos etéreo y astral que en los tiempos solares de la evolución lunar debían desprenderse de él. El hombre que durante la separación del Sol de la Luna había aparecido como un ser doble, vuelve a ser una unidad. Lo físico llega a ser más anímico; por otra parte, lo anímico resulta más íntimamente unido con lo físico.

Los seres espirituales del Sol, dentro de cuyo dominio inmediatamente se halla ahora dicha unidad del ser humano, pueden, por lo tanto, influir sobre ella de un modo totalmente diferente de su actuar anterior, cuando lo hacían desde afuera, hacia la Luna. El hombre se encuentra ahora dentro de un contorno más espiritual-anímico; y esto les permite a los «Espíritus de la Sabiduría» ejercer una influencia más significativa. Impregnan al hombre de sabiduría, le «enaniman» con sabiduría; y en virtud de ello, él se convierte, en cierto sentido, en un alma independiente. A la influencia de dichas entidades, se añade la de los «Espíritus del Movimiento», los que principalmente influyen sobre el cuerpo astral, de manera tal que éste, bajo la influencia de dichas entidades, produce en sí mismo una actividad anímica y un cuerpo vital lleno de sabiduría. Este último es la primera disposición de lo que en un capítulo anterior se ha descrito como alma racional del hombre actual, mientras que el cuerpo astral estimulado por los «Espíritus del

176

** El cuerpo astral (anímico y sensible) produce el cuerpo físico (vida, salud).*

El proceso de evolución en el cuerpo físico del hombre.

lo que antes dependía enteramente del obrar de los seres del Sol. Lo que entonces se realizaba en la Luna por los seres humanos y los Espíritus vinculados con ellos, resultó cada vez más parecido a lo que antes se hacía por el Sol con sus entidades superiores. Esto dio por resultado que estas entidades del Sol podían emplear sus fuerzas, cada vez más para su propio desarrollo; y en virtud de ello la Luna alcanzó la madurez para volver a unirse, después de algún tiempo, con el Sol.

Considerándolo espiritualmente, los sucesos descriptos se presentan de la siguiente manera: Paulatinamente, los «seres lunares rebeldes» han quedado superados por los seres del Sol, y ahora deben someterse a éstos de tal manera que sus actividades concuerden con las de los seres solares, subordinándose a ellos.

Pero esto sólo aconteció después de haber precedido largas épocas en que los tiempos lunares habían quedado cada vez más breves, los tiempos solares, en cambio, cada vez más extensos. Ahora se inicia un nuevo ciclo evolutivo, durante el cual el Sol y la Luna forman un solo, cuerpo cósmico. El cuerpo físico humano ha llegado a ser totalmente etéreo.

Pero si decimos que el cuerpo físico se ha hecho etéreo, no hay que imaginarse que con respecto a tales estados no se justifique hablar de un cuerpo físico. Lo que durante los tiempos saturnal, solar y lunar se ha generado como un cuerpo físico, perdura. Lo que importa es que lo físico se reconozca como tal, no solamente donde se manifiesta exteriormente como físico. Pues, lo físico igualmente puede existir de tal manera que hacia afuera muestre la forma de lo etéreo, y hasta la de lo astral. Corresponde, precisamente, distinguir entre la apariencia exterior y las leyes immanentes. Lo físico puede eterizarse como asimismo astralizarse, obedeciendo, no obstante, a leyes físicas. Esto ocurre cuando en la Luna el cuerpo físico del hombre ha alcanzado un determinado grado de perfección: toma la forma etérea. Cuando la conciencia

175

Tierra

Movimiento» constituye el germen del alma sensible. Además, puesto que todo esto se produce en el ser humano en su estado de independencia más elevada, esos gérmenes del alma racional y del alma sensible, aparecen como la expresión del «Yo espiritual». Pero frente a tal afirmación, no hay que abandonarse al error de que en este período evolutivo el «Yo espiritual» podría ser un miembro aparte, al lado del alma racional y del alma sensible. Estas últimas no son sino la expresión del «Yo espiritual», y este mismo representa la unidad superior de aquellas y su armonía.

Es de singular importancia que en este período los «Espíritus de la Sabiduría» intervienen de la manera descrita. Es que lo hacen no solamente con respecto a los seres humanos, sino asimismo para los demás reinos que en la Luna se han generado. Al unirse nuevamente el Sol y la Luna, esos reinos inferiores quedan incorporados al dominio del Sol; y todo cuanto en ellos había sido físico, se eteriza. De modo que ahora se hallan en el Sol vegetales-minerales y animales-vegetales, juntamente con el ser humano. Sin embargo, aquellos otros seres permanecen obedeciendo a sus leyes propias. Debido a ello, se sienten extraños dentro de su mundo circundante. Aparecen con una naturaleza poco concordante con lo que los rodea. Pero como se hallan eterizados, el obrar de los «Espíritus de la Sabiduría» puede extenderse sobre ellos. Lo cierto es que ahora queda compenetrado de las fuerzas de los «Espíritus de la Sabiduría», todo lo que de la Luna ha venido al Sol. En virtud de ello puede llamarse «Cosmos de la Sabiduría» lo que dentro de este período evolutivo llega a ser el cuerpo cósmico Sol-Luna.

Cuando, después de un intervalo de reposo, finalmente aparece nuestro sistema terrestre como descendiente de aquel «Cosmos de la Sabiduría», resulta que todos los seres que de sus gérmenes lunares resurgen en la Tierra, se evidencian como compenetrados de sabiduría. En ello se manifiesta la causa por

177

Resumen: La Luna

la que el hombre terrestre, cuando contempla las cosas a su alrededor, va descubriendo sabiduría en su naturaleza esencial. Cabe admirar la sabiduría que se expresa en cada hoja de una planta, en cada hueso animal o humano, en la estructura maravillosa del cerebro y el corazón. Si el hombre emplea sabiduría para comprender las cosas, es decir, que de ellas extrae sabiduría, es evidente que ésta se halla en las cosas. Pues, por más que el hombre se esfuerce en comprender las cosas mediante representaciones llenas de sabiduría, no la podría sacar de ellas, si antes no hubiese sido depositada en las mismas. Quien mediante la sabiduría quiere comprender alguna cosa, creyendo que ésta no la ha recibido previamente, también puede creer que puede sacar agua de un vaso que previamente no ha sido llenado con ella. La Tierra es, como más adelante hemos de mostrar, la «antigua Luna» resurgida. Y aquella aparece como una formación llena de sabiduría, porque en el período descrito ha sido impregnada de las fuerzas de ésta, por el obrar de los «Espíritus de la Sabiduría».

Aparecerá comprensible que en el relato de las condiciones en la Luna no ha sido posible escoger sino determinadas formas pasajeras de la evolución. En la sucesión de los hechos debíamos fijar la atención en ciertas cosas y escogerlas para la exposición. Ciertamente, esta manera de relatar no da sino aspectos aislados. Por consiguiente, podría ser que en la exposición precedente se eche de menos un relato de la evolución mediante un esquema de conceptos bien definidos. Frente a semejante objeción nos permitimos hacer notar que deliberadamente hemos dado la exposición mediante conceptos menos explícitos. Pues lo que importa no reside tanto en dar conceptos especulativos y asociaciones de ideas, sino más bien una representación de lo que para la visión suprasensible, dirigida hacia estos hechos, realmente puede aparecer ante el ojo espiritual. Pero esto no es, en cuanto a la evolución lunar, algo de perfiles tan firmes y definidos como los de las percepciones terrestres.

178

Durante la separación del Sol de la Luna, él había sentido, al enajenarse del Sol, una mayor independencia; pero también había sentido que el «Yo», perteneciente a él, que en los tiempos solares había desaparecido de la conciencia en imágenes, volvía a ser perceptible. Con respecto a lo que se puede caracterizar como alternación de los estados de conciencia, el hombre lunar había sentido: «durante el tiempo solar, mi Yo se eleva conmigo hacia regiones superiores, a seres sublimes, y cuando el Sol desaparece, desciendo conmigo a mundos más bajos».

Un tiempo preparatorio había precedido a la evolución lunar como tal: en cierto modo había tenido lugar una repetición de las evoluciones saturnal y solar. Se puede diferenciar después de la reunión del Sol y la Luna de la misma manera como en el tiempo del decaer, dos épocas. En el curso de ellas llegan a producirse densificaciones hasta un cierto grado. Alternar, pues, estados espiritual-anímicos del cuerpo Sol-Luna, con estados físicos. En los períodos físicos, los seres humanos como asimismo los de los reinos inferiores aparecen de una característica como si en figuras duras, dependientes, preformasen lo que más tarde, en el tiempo de la Tierra, en forma independiente, llegarían a ser. Por lo tanto, podemos hablar de dos etapas preparatorias de la evolución lunar, y de otras dos, durante el último tiempo, del refluir. A semejantes etapas las podemos llamar «períodos». En la etapa formada por lo que sigue a las dos épocas preparatorias, y lo que precede a la última, o sea, tiempo del desprendimiento lunar, también podemos distinguir tres épocas. La del medio es el tiempo en que los «Hijos de la Vida» llegan al grado de humanidad. A ella precede una en que todas las condiciones se orientan hacia ese acontecer principal; y le sigue otra, la que podemos calificar como un adaptarse y ulterior desenvolverse de las nuevas creaciones. De este modo, la parte media de la evolución lunar también se divide en tres períodos. Esto da, sumando los dos preparatorios y los dos últimos, siete períodos lunares; y esto

180

Los Angeles 11/25/1910. O sea, cuando se
está en la Luna, se está en los cuerpos físicos, se
está en los cuerpos y en los cuerpos de la vida
y en los cuerpos de los sentidos.

En la época lunar se trata singularmente de impresiones variables y cambiantes, de imágenes fluctuantes y móviles, con las transiciones correspondientes. Además, hay que tomar en consideración que se trata de una evolución a través de larguísima períodos de tiempo y que de ella sólo pueden escogerse cuadros momentáneos.

El esencial punto culminante de la evolución lunar ha sido alcanzado en el momento en que el cuerpo astral implantado en el ser humano ha hecho progresar el desarrollo de éste a tal punto que su cuerpo físico da a los «Hijos de la Vida» la posibilidad de alcanzar su grado evolutivo de humanidad. Es el momento en que también el ser humano ha adquirido todo aquello, lo que para sí mismo, para su interioridad, en su camino hacia adelante, dicha evolución le puede dar. Lo que continúa o sea la segunda mitad de la evolución lunar se podría denominar como un decaer. Sin embargo, vemos que, con respecto a lo que al hombre circunda, y también para él mismo, a través de este decaer, por ello, entonces sucede algo importantísimo: se implanta a los cuerpos solares-lunares sabiduría. También hemos visto que en aquel período se generan los gérmenes del alma racional y del alma sensible, si bien su desenvolvimiento como asimismo el del alma consciente, y con ello el nacimiento del «Yo», de la libre conciencia de sí mismo, sólo se producen en el tiempo de la Tierra. En el escalón lunar, el alma racional y el alma sensible aún no aparecen de manera tal que el ser humano pudiese exteriorizarse mediante ellas, sino como si fueran instrumentos, para los «Hijos de la Vida», pertenecientes al ser humano. Para caracterizar el respectivo sentimiento del hombre en la Luna, habría que decir que él siente así: «en mí y a través mío vive el «Hijo de la Vida»; a través de mí él ve lo que circunda la Luna; en mí ser él piensa sobre las cosas y seres de este escenario». El hombre lunar se siente cubierto de la sombra del «Hijo de la Vida»; tiene la sensación de ser el instrumento de este ser superior.

Habría que llegar al período en que se
está en el Yo.

179

nos permite decir que toda la evolución lunar transcurre en siete períodos. Entre ellos tenemos los intervalos de reposo, a los que repetidas veces nos hemos referido en la exposición que hemos dado. Pero nuestra representación sólo se aproxima a la verdad si no nos imaginamos transiciones bruscas entre períodos de actividad e intervalos de reposo. Los seres del Sol, por ejemplo, se retiran de su actividad en la Luna, paso a paso; para ellos comienza un tiempo que hacia afuera aparece como su reposo, mientras que en la Luna misma sigue imperando actividad autónoma. De esta manera resulta que el período de actividad de una clase de seres, frecuentemente se extiende dentro del reposo de la otra. Teniéndolo en cuenta, podemos hablar de un rítmico acrecentar y decrecer de las fuerzas, dentro de períodos. Es más, similares divisiones pueden observarse dentro de los siete períodos lunares a que hemos aludido. Esto nos permite llamar a toda la evolución lunar un «gran» período, un período planetario; luego a las siete secciones dentro de semejante período: «pequeños» períodos, y a las partes de éstos: períodos «más pequeños». Esta división en siete veces siete secciones ya se advierte en la evolución solar y se alude a ella durante el período saturnal. Pero hay que tomar en consideración que ya en el Sol, y aún más en Saturno, los límites son imprecisos. Estos límites van haciéndose cada vez más marcados, cuanto más la evolución progresa hacia el período terrestre.

* Tierra.

Al término de la evolución lunar, que hemos descrito en bosquejo, todas las respectivas entidades y fuerzas pasan a adoptar una forma de existencia más espiritual. Esta forma de existencia es de una característica y de un nivel totalmente diferentes de los del período lunar, y asimismo de los de la evolución terrestre que le sigue. Un ser con facultades cognoscitivas tan altamente desarrolladas que sería capaz de percibir todos los pormenores de la evolución lunar y de la

181

terrestre, no por eso sería necesariamente capaz de percibir igualmente lo que sucede entre esos dos períodos de evolución. Para semejante ser, al final de la evolución lunar, los seres y las fuerzas en cierto modo desaparecerían como en la nada, y al término de un interín volverían a aparecer de la penumbra del seno cósmico. Únicamente un ser con facultades mucho más elevadas sería capaz de observar los hechos espirituales que tienen lugar durante el tiempo intermedio.

Al final del intervalo, las entidades que han tomado parte en los sucesos evolutivos en Saturno, el Sol y la Luna, vuelven a aparecer con nuevas facultades. Por sus acciones precedentes, los seres superiores al hombre han adquirido la capacidad para continuar el desarrollo de éste de tal manera que durante el tiempo terrestre, el que sigue al tiempo lunar, el hombre pueda desenvolver en sí mismo una forma de conciencia en un grado mayor que la conciencia en imágenes que él poseía durante el período de la Luna. Con todo, es preciso que al hombre se le prepare para poder recibir lo que ha de dársele. Durante la evolución en Saturno, en el Sol y en la Luna, él ha incorporado a su naturaleza el cuerpo físico, el cuerpo vital y el cuerpo astral. Pero estos principios de su ser sólo han recibido las facultades y fuerzas que los capacitan para la vida con la conciencia en imágenes; todavía les faltan los órganos y la conformación aptos para poder percibir un mundo de objetos físicos exteriores, como esto corresponde al nivel terrestre. Así como la nueva planta no desenvuelve sino lo predispuesto en el germen procedente de la anterior, así también, al principio del nuevo escalón evolutivo, los tres principios de la naturaleza humana aparecen con formas y órganos que sólo permiten desarrollar la conciencia en imágenes, y previamente deben ser preparados para desarrollar la conciencia de un grado superior.

Esto se realiza en tres etapas preparatorias. Dentro de la primera, el cuerpo físico es elevado a la altura que le capacita para adquirir la transformación en que pueda basarse la con-

como asimismo el cuerpo vital existen, no en forma física y etérea, respectivamente, sino, por cierto, en forma astral. Lo que allí al cuerpo físico le da la condición de lo físico, no reside en la forma física, sino en el hecho de que, si bien le es propia la forma astral, le son immanentes las leyes físicas. Es un ser de forma anímica, el que obedece a leyes físicas. Algo similar vale para el cuerpo vital.

A esta altura de la evolución, la Tierra aparece ante el ojo espiritual como un ser del universo que enteramente es alma y espíritu, de modo que también las fuerzas físicas y las vivientes todavía aparecen en forma anímica. Este cuerpo cósmico contiene, como predisposición, todo aquello que más tarde se transformará en los seres de la Tierra física. Es luminoso, pero su luz no es de tal índole que ojos físicos -si existiesen- podrían percibirla. Luce, pero solamente como luz anímica, para el ojo abierto del vidiente.

En este ser cósmico tiene ahora lugar lo que puede calificarse como densificación, con el resultado de que después de algún tiempo aparece, en medio de la formación anímica, una forma de fuego, igual a la de Saturno en su estado más denso. Esta forma de fuego se halla entretejida de los efectos del obrar de las distintas entidades que participan en la evolución. Lo que como una relación recíproca entre esas entidades y el cuerpo celeste puede observarse, es como un sumergirse en el globo terráqueo de fuego y emerger de él. Este globo terráqueo de fuego no es, por cierto, una substancia uniforme, sino algo como un organismo anímico y espiritual. Los seres destinados a ser en la Tierra hombres como los de ahora, se hallan todavía en la situación de que ellos participan menos del sumergirse en el cuerpo de fuego. Ellos aún permanecen casi totalmente en la esfera circundante, no densificada; se encuentran todavía en el seno de los seres espirituales superiores. En este grado evolutivo, ellos tocan a través de un punto solamente de su forma anímica, la Tierra de fuego, lo que conduce a que el calor vaya

ciencia objetiva. Esta etapa preparatoria de la evolución terrestre puede ser llamada una repetición, a un nivel superior, del período saturnal; pues, durante esta etapa, al igual que durante el tiempo saturnal, las entidades superiores solamente obran sobre el cuerpo físico. Cuando el desarrollo de éste haya progresado lo suficiente, todas las entidades deben pasar primero a una nueva forma de existencia superior, antes de que el cuerpo vital también pueda progresar. El cuerpo físico, en cierto modo, debe refundirse, para que, al desenvolverse nuevamente, pueda acoger en sí mismo el cuerpo vital más desarrollado. Después del intervalo dedicado a una superior forma de existencia, se inicia una suerte de repetición, a un nivel superior, de la evolución solar, para el desenvolvimiento del cuerpo vital. Y después de otro intervalo, en una repetición de la evolución lunar, tiene lugar un obrar similar sobre el cuerpo astral.

Nuestra atención ha de dirigirse ahora sobre los hechos de la evolución, después de cumplirse la tercera de las repeticiones descriptas. Todas las entidades y fuerzas volvieron entonces a espiritualizarse, y durante la espiritualización se elevaron a mundos sublimes. El más bajo de los mundos en que, durante dicha etapa de espiritualización, todavía es posible percibir algo de ellas, es el mismo en que ahora el hombre se halla entre la muerte y un nuevo nacimiento: se trata de las regiones del mundo de los espíritus. Después, esas entidades y fuerzas paulatinamente vuelven a descender a mundos más bajos. Antes de iniciarse la evolución física terrestre, ellas han descendido a tal punto que su manifestación más baja puede percibirse en el mundo astral, o anímico.

Todo lo que del hombre existe en ese período, aún tiene su forma astral. Para la comprensión de ese estado de la humanidad, debería prestarse especial atención al hecho de que el hombre posee el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral, pero que, en ese estado, tanto el cuerpo físico

densificando una parte de su forma astral; y a raíz de ello se enciende en su ser la vida terrenal. Quiere decir que con la mayor parte de su ser aún pertenecen a los mundos anímico-espirituales; sólo por el contacto con el fuego de la Tierra se hallan envueltos en calor de vida. Para formarse una imagen sensoria-suprasensible de este hombre al principio del tiempo terrestre-físico habría que imaginarse un ser oviforme anímico dentro de la esfera circundante de la Tierra, con su base, al igual que el fruto del roble, envuelta por un capullo; sólo que la substancia de éste consiste meramente de calor o fuego. El encontrarse envuelto de calor da por resultado, no solamente el que en el hombre se encienda la vida sino que al mismo tiempo tenga lugar una transformación del cuerpo astral: en él se forma el germen de lo que más tarde será el alma sensible. Por eso se puede decir que en esta etapa de su existencia el hombre esta constituido por alma sensible, cuerpo astral, cuerpo vital y cuerpo físico tejido de fuego. En el cuerpo astral ascienden y descienden las entidades espirituales que participan de la existencia del hombre, el que por medio del alma sensible se siente unido con el cuerpo terrestre. En este período predomina en el hombre la conciencia en imágenes por la que se revelan los seres espirituales en cuyo seno él se halla; y sólo como un punto dentro de esta conciencia se produce la sensación del cuerpo propio. En cierto sentido, desde el mundo espiritual él dirige la mirada sobre lo que en la Tierra le pertenece y de lo que él siente: «Esto es tuyo».

La densificación de la Tierra va progresando, y con ello la estructuración del hombre se evidencia cada vez más claramente. Llega un momento de la evolución en que la Tierra resulta densificada a tal punto que sólo una parte permanece fuego. Otra parte ha adoptado una forma cuya substancia puede considerarse como «gas» o «aire». También en el hombre se produce ahora un cambio: no solamente le toca el calor terrestre, sino que a su cuerpo de fuego se incorpora la substan-

cia aérea. Y como el calor encendió en él la vida, así también el aire que le envuelve provoca en él un efecto que se puede calificar de sonido (espiritual): su cuerpo vital resuena. Al mismo tiempo se separa del cuerpo astral una parte que es el germen del alma racional, la que aparece más tarde.

Para tener presente lo que en esa etapa tiene lugar en el alma del hombre, hay que prestar atención a que en el cuerpo terrestre de aire y fuego ascienden y descienden los seres superiores al hombre. En la Tierra de fuego se trata en primer lugar de los «Espíritus de la Personalidad» cuyo obrar tiene importancia para el hombre; y cuando el calor terrestre suscita en él la vida, su alma sensible dice a sí misma: estos seres son los «Espíritus de la Personalidad». Además, en el cuerpo de aire se anuncian los seres a los que más arriba hemos llamado «Arcángeles» (en sentido del esoterismo cristiano). Los efectos de su obrar los percibe el hombre como sonido, cuando el aire le envuelve; y con ello, el alma racional dice a sí misma: «estos seres son los Arcángeles». Vemos pues: lo que en aquella etapa el hombre percibe a través de lo que le vincula con la Tierra, todavía no es una suma de objetos físicos, sino que él vive en la sensación de calor que hacia él asciende, y en sonidos; mas en estas corrientes de calor y en este ondear de los sonidos, él percibe los «Espíritus de la Personalidad» y los «Arcángeles». Sin embargo, no es capaz de percibir a estos seres directamente, sino como a través del velo del calor y del sonido. Mientras desde la Tierra esas percepciones penetran en su alma, siguen ascendiendo y descendiendo en ellas las imágenes de las entidades superiores en cuyo seno el hombre siente hallarse.

La evolución de la Tierra prosigue, y el progreso vuelve a expresarse en una densificación: al cuerpo terrestre va añadiéndose la substancia acuosa, de modo que ahora consiste de tres elementos, el fuego, el elemento aeriforme y el acuoso. Antes de realizarse esto, tiene lugar un importante acontecer: de la Tierra de fuego y aire se separa un cuerpo cósmico

independiente, el que por su ulterior evolución se convierte en el Sol de ahora. Antes, la Tierra y el Sol habían sido un solo cuerpo. Después de la separación del Sol, la Tierra sigue teniendo en sí misma todo cuanto se halla en y sobre la Luna actual. La separación del Sol se produce porque para su propia evolución y para su tarea relacionada con la Tierra, determinadas entidades superiores no soportan más la materia densificada hasta el estado acuoso. Del conjunto de la masa terrestre, ellas apartan para sí mismas aquellas substancias que les son aptas, y se retiran de ella para formarse en el Sol una nueva morada. De afuera, desde el Sol, influyen ahora sobre la Tierra. Al hombre, le es necesario para su ulterior desarrollo un escenario en que la substancia siga densificándose.

Con la incorporación de la substancia acuosa en el cuerpo terrestre también tiene lugar una transformación del hombre. Ahora, no solamente fluye en él el fuego y le envuelve el aire, sino que la substancia acuosa va formando parte de su cuerpo físico. Al mismo tiempo se produce un cambio en su parte etérea: el hombre la percibe ahora como un fino cuerpo luminoso. Antes él sentía corrientes de calor fluyendo de la Tierra hacia él, tenía la sensación de que a través de sonidos, le envolvía el aire; ahora, también el elemento acuoso penetra su cuerpo de fuego y aire, y él percibe el afuir y salir de dicho elemento como un resplandecer y un opacarse. Pero en su alma igualmente se ha producido un cambio, pues a los gérmenes del alma sensible y el alma racional se ha agregado el del alma consciente. En el elemento agua actúan los «Ángeles»; ellos también son en realidad los generadores de la luz. El hombre tiene la impresión de que ellos le aparecen en la luz.

Determinadas entidades superiores que antes se hallaban en el cuerpo terrestre mismo, influyen ahora sobre éste desde el Sol; y de ello resulta un cambio de todos los efectos que se ejercen sobre la Tierra. El hombre atado a la Tierra ya no podría sentir los efectos del obrar de los seres del Sol, si su alma

estuviera constantemente orientada hacia la Tierra de la que proviene su cuerpo físico. Se produce entonces un cambio con respecto a los estados de conciencia del hombre; en ciertos tiempos, los seres del Sol arrancan del cuerpo físico el alma del hombre, de modo que ahora el ser humano se halla, alternadamente, en el seno de los seres solares en una forma puramente anímica y, en otros tiempos, en un estado en que está ligado al cuerpo y recibe la influencia de la Tierra. Cuando el hombre está en el cuerpo físico, fluyen hacia él, desde la Tierra, las corrientes de calor; le envuelven, resonando, las masas de aire; las aguas salen de él y penetran en él. Cuando el hombre se halla fuera de su cuerpo, las imágenes de los seres superiores en cuyo seno él se halla, fluctúan a través de su alma.

A esta altura de su evolución la Tierra vive alternando dos tiempos. Dentro de uno, ella puede con sus substancias envolver a las almas humanas y cubrirlas con cuerpos; dentro del otro, las almas se han retirado de ella; sólo los cuerpos le han quedado. Juntamente con los seres humanos, la Tierra se halla en un estado de sueño. Objetivamente podemos decir que en estos tiempos remotos transcurren en la Tierra un período diurno y otro nocturno. (En sentido físico-espacial esto es la expresión del hecho de que debido al obrar recíproco de los seres del Sol y de la Tierra, ésta ejecuta un movimiento en relación con el Sol, lo que conduce a que alternen los caracterizados estados de día y noche. El tiempo diurno transcurre cuando la superficie terrestre donde el hombre se desarrolla, está frente a frente con el Sol; el tiempo nocturno, o sea, cuando el hombre lleva una existencia puramente anímica, transcurre cuando dicha superficie se halla del lado opuesto. Pero no hay que pensar que en aquel tiempo remoto el movimiento de la Tierra alrededor del Sol hubiera sido similar al de ahora, ya que las condiciones eran todavía totalmente diferentes. Con todo, desde ya, es oportuno figurarnos que los movimientos de los cuerpos celestes se producen a consecuencia de las relaciones

recíprocas entre los seres espirituales que los habitan. A raíz de causas espiritual-anímicas, se les da a los cuerpos celestes las posiciones y movimientos que conducen a que en lo físico se expresen los estados espirituales).

Si durante el tiempo nocturno se dirigiera la mirada hacia la Tierra, se percibiría su cuerpo parecido a un cadáver, puesto que ella, en gran parte, consiste de los cuerpos humanos decadentes, cuyas almas se hallan en otra forma de existencia. Van decayendo las formaciones estructuradas, acuosas y aeriformes, las que constituyen los cuerpos humanos; y esas formas se disuelven en la restante masa terrestre. Únicamente subsiste, cual un germen de aspecto tosco, aquella parte del cuerpo humano que desde el principio de la evolución terrestre se había formado por el obrar en conjunto del fuego y el alma humana, y que después había venido densificándose. Por lo tanto, lo que se describe acerca de los tiempos diurno y nocturno no hay que imaginario como muy parecido a lo que esos términos significan con respecto a la Tierra actual. Cuando, al comenzar el tiempo diurno, la Tierra vuelve a participar del directo obrar del Sol, las almas humanas penetran en el ámbito de la vida física, van tocándose con los referidos gérmenes y los hacen brotar, de modo que éstos adoptan una configuración exterior, la que aparece como un trasunto del ser anímico humano. Lo que así tiene lugar entre el alma humana y el germen del cuerpo, es algo parecido a una sutil fecundación. Las así incorporadas almas empiezan entonces a atraer nuevamente las masas de aire y agua, para sumarlas a su cuerpo. Del cuerpo estructurado se despide el aire y se vuelve a aspirarlo: la primera disposición del futuro proceso respiratorio. Igualmente el agua es acogida y despedida: comienza una primitiva forma del proceso de nutrición. Pero todos estos sucesos todavía no se los percibe como algo exterior. Una suerte de percepción exterior por el alma, sólo tiene lugar en la caracterizada manera de fecundación. En ella, el alma siente débilmente

su despertar a la existencia física, al tocar el germen que desde la Tierra se le ofrece. Oye algo que aproximadamente podría expresarse con las palabras: «esta es mi figura». Y semejante sentimiento, que también podría llamarse un opaco surgir de un sentimiento del Yo, perdura en el alma durante todo el tiempo en que está unida al cuerpo físico. Pero el proceso de acoger el aire aún lo experimenta el alma, absolutamente, como anímico-espiritual, en forma de imagen. Aparece expresándose en fluctuantes imágenes sonoras, las que dan la forma al germen que se estructura. El alma se siente como envuelta en una esfera de sonidos y tiene la sensación de que según estas fuerzas de los sonidos va formándose su cuerpo. De esta manera se generaron en aquel período figuras humanas que la conciencia actual no puede encontrar en ninguna parte del mundo exterior circundante. Se trata de formas parecidas a plantas y flores, de sutil substancia, pero móviles en sí mismas, de modo que se parecen a flores aleteantes. Y durante su tiempo terrestre, el hombre vive el dichoso sentimiento del plasmar de semejantes formas. La absorción de las partes acuosas, la siente el alma como provisión de fuerzas, como fortalecimiento interior. Hacia afuera aparece como un crecer de la forma física humana. Al disminuirse el directo influjo del Sol, el alma humana también pierde la fuerza de dominar estos procesos, los que, poco a poco, se desprenden.

Únicamente quedan las partes que hacen madurar el germen que hemos caracterizado. El hombre abandona entonces su cuerpo y vuelve a la existencia espiritual. (Puesto que no todas las partes del cuerpo de la Tierra se emplean para la formación de cuerpos humanos, tampoco hemos de pensar que durante el tiempo nocturno la Tierra exclusivamente consiste de cadáveres que se desintegran y gérmenes que aguardan ser despertados. Todo esto se halla dentro de otras formaciones, las que se constituyen por medio de las substancias de la Tierra. Más tarde volveremos a hablar sobre éstas).

190

circundaba. Réplicas independientes del ser humano anímico-espiritual se encontraban ahora en la Tierra. Comparadas con el cuerpo humano actual, se trataba de formaciones de fina substancialidad. Pues las partes terreas sólo se mezclaban con ellas en su estado más sutil; aproximadamente como el hombre de ahora acoge con su órgano del olfato las finamente expandidas substancias de un objeto. Igual a sombras eran los cuerpos humanos. Pero se encontraban repartidos por toda la Tierra, caían bajo la influencia de ésta, influencia de diferente característica en las distintas partes de su superficie. Mientras que antes las réplicas corpóreas correspondían a los hombres anímicos que las vivificaban, por lo cual eran esencialmente iguales en todas partes de la Tierra, se producían ahora diferencias entre las formas humanas. Con ello se preparaba lo que más tarde se presentaría como diferencia de razas.

Empero, al independizarse el hombre corporal, resultó desligado hasta cierto grado el estrecho vínculo anterior entre el hombre terrenal y el mundo espiritual-anímico. Cuando entonces el alma abandonaba el cuerpo, éste seguía viviendo, como si fuera una continuación de la vida.

Si la evolución hubiera proseguido de esta manera, la Tierra tendría que haberse endurecido bajo la influencia de su elemento sólido. A la mirada retrospectiva del conocimiento suprasensible sobre estas condiciones se revela que los cuerpos humanos, al ser abandonados por sus almas, van solidificándose cada vez más. Y después de algún tiempo, las almas humanas, al volver a la Tierra, no habrían encontrado el material apropiado para unirse con él. Todas las substancias utilizables por el hombre habríanse empleado para llenar la Tierra con los remanentes leñosos de incorporaciones.

Sobrevino entonces un acontecimiento que condujo a un cambio de toda la evolución. Fue separado todo lo que en la substancia terrestre sólida propendía a contribuir a un permanente endurecimiento. Nuestra Luna actual abandonó la

Pero ahora prosigue el proceso de densificación de la substancia terrestre. Al elemento acuoso se añade el sólido, al que podemos llamar «térreo»; y con ello el hombre también empieza a incorporarse, durante su tiempo terrestre, el elemento térreo. Al iniciarse esta incorporación, resulta que las fuerzas que de su tiempo de estar libre del cuerpo, el alma trae consigo, ya no tienen el mismo poder de antes. Antes, el alma formaba el cuerpo de los elementos fuego, aire y agua, según los sonidos que resonaban a su alrededor y las imágenes luminosas que la envolvían. Esto ya no lo puede hacer frente a la forma más densificada. Para la configuración del cuerpo intervienen entonces otras potencias en lo que subsiste cuando el alma humana abandona el cuerpo. Se presenta ahora no solamente un germen que hace resurgir la vida en el alma que vuelve; sino una configuración que incluso tiene en sí misma la fuerza vivificadora. Al retirarse, el alma no solamente deja en la Tierra la imagen de sí misma, sino que en ésta también sumerge una parte de su poder vivificador. Cuando vuelve a aparecer en la Tierra, ella misma ya no puede hacer resurgir la vida de esa imagen reflejo, sino que la vivificación tiene que generarse dentro de la imagen misma. Los seres espirituales que desde el Sol influyen sobre la Tierra siguen manteniendo en el cuerpo humano la fuerza vivificadora durante el tiempo en que el hombre mismo no está en la Tierra. De esta manera, al incorporarse el alma, ella no solamente tiene la sensación de los sonidos e imágenes luminosas a su derredor, en que ella siente los seres inmediatamente superiores a sí misma, sino que, por el acogimiento del elemento térreo, ella experimenta el influjo de los seres más sublimes que en el Sol establecieron su morada. Antes, el hombre se había sentido como perteneciente a los seres espiritual-anímicos con los que estaba unido en su estado libre del cuerpo. En el seno de ellos había estado su «Yo». Ahora se le presenta este «Yo» durante la incorporación física, de igual manera que lo demás que durante este tiempo le

191

Hm. 110 y 111

Tierra. Lo que antes en la Tierra de un modo inmediato había contribuido a crear formas permanentes, actuaba ahora indirectamente desde la Luna de una manera atenuada. Los seres superiores de los cuales depende esta creación de las formas, habían decidido hacer llegar a la Tierra los efectos de su obrar, no desde el interior de ella, como antes, sino desde afuera. A raíz de ello se generó en las formas corpóreas humanas una diferenciación que hemos de considerar como el principio de la separación en sexo masculino y otro femenino. Las figuras humanas de tenue substancia, que antes habían morado en la Tierra, hacían surgir, por el común actuar de las dos fuerzas en sí mismas, o sea, del germen y la fuerza vivificante, la nueva forma humana, su descendiente. Ahora, los descendientes se transformaban. En un grupo de ellos actuaba principalmente la fuerza germinativa de lo espiritual-anímico, en el otro, más bien la fuerza germinativa vivificante. Este obrar se debía a que al desprenderse la Luna de la Tierra, la fuerza del elemento térreo resultó disminuida. El mutuo obrar de aquellas dos fuerzas llegó a realizarse de un modo más sutil de lo que antes había sido, cuando se hacía en una forma de vida; y en virtud de ello el descendiente también resultó más tenue. Entraba en la Tierra en un fino estado, y sólo paulatinamente se incorporaba las partes más densas, lo que para el alma que volvía a la Tierra hacía nuevamente posible el unirse con el cuerpo. Ya no lo vivificaba desde afuera, pues la vivificación se hacía sobre la Tierra misma; pero se unía con el cuerpo y lo hacía crecer; si bien este crecimiento no pasaba de cierto límite. A raíz de la separación de la Luna el cuerpo humano quedó más flexible durante algún tiempo; pero cuanto más crecía sobre la Tierra, tanto más se incrementaban las fuerzas solidificantes. Al final, el alma cada vez menos podía tomar parte en la estructuración del cuerpo; éste decaía, al elevarse el alma a formas de existencia espiritual-anímica.

193

192

Se puede observar que durante la formación de la Tierra que hemos descrito, las fuerzas que el hombre, paso a paso, adquirió durante los periodos evolutivos de Saturno, Sol y Luna, paulatinamente van participando en su progreso. Primero existe el cuerpo astral, el que, además, tiene en sí mismo, disueltos, el cuerpo vital y el cuerpo físico, y es encendido por el fuego terrestre. Después, este cuerpo astral se subdivide en una parte astral más fina, el alma sensible, y otra parte más densa, etérea, a la que entonces toca el elemento téreo. Con ello aparece el ya preformado cuerpo etéreo, o cuerpo vital. Y mientras en el hombre astral se generan el alma racional y el alma consciente, se apartan en el cuerpo etéreo las partes más densas, las que son sensibles al sonido y a la luz. En la etapa en que el cuerpo etéreo llega a ser más denso, de modo que de un cuerpo luminoso se convierte en un cuerpo de fuego, o calor, también se ha alcanzado el nivel evolutivo en que, como lo hemos caracterizado, se incorporan al hombre las partes de elemento téreo sólido. El cuerpo etéreo, puesto que él ha venido densificándose hasta el estado de fuego, es ahora capaz, sirviéndose de las fuerzas del cuerpo físico, las que anteriormente le han sido implantadas, de unirse con las sustancias de la Tierra física, sutilizadas al estado ígneo. Pero por sí solo ya no le sería posible hacer entrar también las sustancias aéreas en el cuerpo, el que entretanto se ha densificado más. Concurren entonces, como ya lo hemos indicado, los seres superiores que moran en el Sol, y le insuflan el aire. Vemos que, si bien el hombre mismo, gracias a lo adquirido en el pasado, posee la fuerza de compenetrarse del fuego terrestre, seres superiores conducen el aliento en su cuerpo. Antes de la solidificación, el cuerpo vital del hombre, como receptor del sonido, había dirigido la corriente aérea. Impregnando el cuerpo físico, le dio a éste la vida. Ahora, el cuerpo físico del hombre recibe la vida desde afuera; y de ello resulta que esta vida se independiza de la parte anímica del hombre. Al abandonar la Tierra, él no

conexión con el mundo circundante de la Tierra por medio del calor y del aire.

En cambio, no sentía nada de la agregación del elemento téreo sólido; éste contribuía al proceso de su incorporación sobre la Tierra, pero él no era capaz de percibir directamente el acogerlo, sino únicamente por medio de una conciencia opaca, como imagen de las entidades superiores que en ello obraban. En semejantes imágenes, como expresión de seres superiores, el hombre había percibido, también antes, la agregación de los elementos líquidos de la Tierra. A raíz de la densificación de la figura terrestre del hombre, esas imágenes sufrieron para su conciencia, un cambio. Con el elemento líquido se ha mezclado el sólido; de modo que esta adición también debe sentirse como proveniente de los seres superiores que obran desde afuera. En su alma, el hombre ya no puede tener la fuerza de dirigir, él mismo, la agregación, pues ésta debe ahora servir a su cuerpo constituido desde afuera; él dañaría la forma de éste, si él mismo quisiera dirigir la adición. Vemos pues que aquello que él acoge desde afuera, le aparece como dirigido por el mandato de los seres superiores que actúan en la configuración de su cuerpo. El hombre se siente como un Yo tiene en sí, como parte de su cuerpo astral, su alma racional, por medio de la cual percibe en su interior, como imágenes, lo que sucede afuera, y con cuya fuerza él impregna su fino sistema nervioso. En virtud de la vida que fluye por las generaciones, se siente como descendiente de antepasados. Respira, y lo siente como efecto del obrar de los caracterizados seres superiores: los «Espíritus de la Forma». Y se somete a éstos, incluso en aquello que por los impulsos de ellos se le da (para su nutrición) desde afuera. El sentimiento más vago lo tiene acerca de su origen como individuo. Únicamente siente que a este respecto hubo una influencia de parte de los «Espíritus de la Forma», cuyo ser encontraba su expresión en las fuerzas terrestres. En su relación con el mundo exterior, el hombre fue dirigido y guiado.

solamente deja en ella el germen de su forma, sino un trasunto viviente de sí mismo. Los «Espíritus de la Forma» quedan unidos con esta imagen-reflejo, y transmiten la vida por ellos conferida a los descendientes, cuando el alma humana ha dejado el cuerpo. De esta manera va formándose lo que podemos llamar la transmisión hereditaria. Y cuando el alma del hombre vuelve a aparecer en la Tierra, siente hallarse en un cuerpo, cuya vida le ha sido transmitida de los antepasados. Ella se siente atraída precisamente a semejante cuerpo. En virtud de ello se crea algo como una recordación del antepasado, con quien el alma se siente idéntica. Esta memoria se extiende a través de la sucesión de los descendientes, como una conciencia común. El «Yo» fluye descendiendo a través de las generaciones.

A esta altura evolutiva, el hombre se sentía a sí mismo, durante su tiempo terrenal, como un ser independiente. El fuego interior de su cuerpo vital lo sentía unido con el fuego externo de la Tierra, pudiendo sentir como su «Yo», el calor que fluía por él. En estas corrientes de calor entrelazadas con vida, hemos de reconocer el origen de la circulación sanguínea. Mas en aquello que como aire fluía en él, el hombre no sentía plenamente su propio ser, ya que en este aire obraban las fuerzas de los caracterizados seres superiores. No obstante, seguía dotado, dentro del aire que fluía por él, de aquella parte de las fuerzas activas que él poseía en virtud de sus anteriormente generadas fuerzas etéreas: era soberano en una parte de estas corrientes aéreas. Debido a ello, participaban en su configuración, no solamente los seres superiores, sino también él mismo, estructurando en sí las partes aéreas según las imágenes de su cuerpo astral. Mientras de esta manera fluía aire, desde afuera en su cuerpo, lo que constituía la base de su respiración, una parte del aire se estructuraba en el interior, impregnando en el hombre un organismo, como base del futuro sistema nervioso. De este modo, el hombre se hallaba en

Esto encuentra su expresión en el hecho de que él es consciente de las actividades espiritual-anímicas detrás de su mundo físico. Si bien no percibe los seres espirituales propiamente, experimenta no obstante, en su alma, sonidos, colores, etc., y sabe que en este mundo de sus representaciones viven las acciones de los seres espirituales. Resuena hacia él lo que esos seres le comunican; las manifestaciones de ellos le aparecen en imágenes luminosas. Los sentimientos más íntimos los experimenta el hombre terrestre por las representaciones que recibe del elemento fuego, o calor. Ya sabe distinguir entre el calor de su propio interior y las corrientes de calor del mundo terrestre circundante, por medio de las cuales se manifiestan los «Espíritus de la Personalidad». Sin embargo, no tiene sino una conciencia opaca de lo que se halla detrás de las corrientes del calor externo. Precisamente en ellas siente la influencia de los «Espíritus de la Forma». Cuando en torno del hombre aparecen poderosos efectos de calor, el alma siente: los seres espirituales encienden ahora la esfera terrestre, y un destello desprendido de ellos da calor a mi interior.

En los efectos de la luz, el hombre todavía no distingue de la misma manera lo externo y lo interno. Cuando a su alrededor aparecen imágenes luminosas, éstas no siempre producen el mismo sentimiento en el alma del hombre terrestre. Hubo tiempos en que el hombre sentía esas imágenes luminosas como algo exterior. Esto había sido justo en el tiempo después que él, de su estado libre de cuerpo, había descendido a la incorporación: en el período de su crecimiento sobre la Tierra. Cuando entonces se aproximaba el tiempo en que se formaba el germen del nuevo hombre terrestre, esas imágenes palidecían; y el hombre sólo retenía en su interior algo así como representaciones de recordación. En dichas imágenes luminosas se expresaban las acciones de los «Espíritus de Fuego» (Arcángeles). Ellos aparecían al hombre como los servidores de los seres del calor quienes hacían penetrar un destello en su

interior. Cuando las manifestaciones exteriores de aquéllos se desvanecían, el hombre los experimentaba en su interior como representaciones (recordaciones), se sentía unido con sus fuerzas. Efectivamente era así, pues por medio de lo recibido de ellos, era capaz de influir sobre la atmósfera a su alrededor. Bajo tal influencia, ésta comenzó a resplandecer. En aquel tiempo, las fuerzas de la naturaleza y las del ser humano no estaban separadas las unas de las otras del mismo modo que más tarde. Lo que sucedía sobre la Tierra, todavía emanaba en alto grado de las fuerzas del hombre. Quien en aquel tiempo, desde fuera de la Tierra, hubiera observado los sucesos naturales sobre ella, habría descubierto en ellos, no solamente algo independiente del hombre, sino que en los mismos habría percibido los efectos del obrar humano. De un modo distinto se engendraban para el hombre terrestre las percepciones de los sonidos, los que, desde el comienzo de la vida terrenal se percibían como sonidos exteriores. Mientras que las imágenes aéreas se percibían desde afuera, hasta el tiempo medio de la existencia terrenal humana, los sonidos exteriores se oían hasta después del tiempo medio. Sólo hacia el fin de la vida, el hombre terrenal quedaba insensible para ellos. Y como recuerdo perduraban en él las representaciones de esos sonidos. Ellos contenían las manifestaciones de los «Hijos de la Vida» (los Ángeles). Cuando el hombre, hacia el fin de su vida, se sentía interiormente vinculado con esas fuerzas, era capaz, por imitación de las mismas, de provocar poderosos efectos en el elemento agua de la Tierra. Bajo la influencia del hombre se agitaban las aguas dentro y sobre la Tierra. Las impresiones gustativas, las experimentaba el hombre sólo en la primera cuarta parte de su vida terrenal, y aún entonces aparecían para el alma como una recordación de lo vivido en su estado libre del cuerpo. En tanto el hombre tenía esas impresiones, continuaba la densificación de su cuerpo a raíz de la incorporación de sustancias exteriores. En el segundo cuarto de su vida terrenal, si bien seguía el

mundo espiritual principalmente por los efectos de la luz de los «Espíritus del Fuego» (Arcángeles). Los hombres de una tercera categoría se hallaban aún más enredados en la existencia terrestre; eran aquellos cuyo contacto con el elemento fuego sólo había sido posible cuando el Sol se había separado de la Tierra, y ésta había incorporado en sí misma el elemento acuoso. Estos hombres tenían un débil sentimiento de unidad con el mundo espiritual, principalmente al comienzo de la vida terrenal. Sólo sentían esta unidad cuando en la íntima vida de las representaciones se hacían valer los efectos del obrar de los Arcángeles, y principalmente los de los Ángeles. En cambio, al principio del tiempo terrenal, vivían en la plenitud de intensos impulsos para las acciones, que pueden realizarse en el marco de las condiciones terrestres mismas. Ellos tenían los órganos apéndices especialmente bien desarrollados.

Cuando antes de la separación de la Luna de la Tierra, las fuerzas lunares habían conducido, cada vez más, a la densificación terrestre, sucedió que entre los descendientes de los gérones que los hombres habían dejado sobre la Tierra, había formaciones en que, a causa de esas fuerzas, las almas humanas que regresaban de su estado libre de cuerpo, ya no podían incorporarse. La configuración de tales descendientes era demasiado densa y, por influencia de las fuerzas lunares, demasiado desemejante a la forma humana, como para acoger tal ser. Bajo tales condiciones, ciertas almas humanas ya no encontraban la posibilidad de regresar a la Tierra. Únicamente las almas más maduras y más fuertes podían sentirse capaces de transformar, durante su crecimiento, el cuerpo terrestre, de manera tal que éste llegara a florecer como figura humana. Sólo una parte de los descendientes físicos humanos se convertían en portadores de hombres terrestres. Otra parte, debido a la figura densificada, sólo podía acoger almas inferiores a las de los hombres. Una parte de las almas humanas forzosamente tuvo que dejar de tomar parte en la evolución de la Tierra de

crecimiento, el desarrollo de la figura ya estaba concluido. En aquel tiempo, le era posible percibir a otros seres a su lado, sólo por medio de los efectos de calor, de luz y sonidos que emanaban de ellos. Pues aún no era capaz de representarse el elemento sólido. Las impresiones gustativas sólo las recibía de lo acuoso en el primer cuarto de su vida.

La forma exterior de su cuerpo reflejaba el estado interior anímico del hombre. Las partes que contenían la predisposición de la futura forma cefálica había alcanzado el desarrollo más perfecto. Los demás órganos aparecían como apéndices solamente, de aspecto vago e indefinido. Pero los hombres terrenales eran diferentes en cuanto a su configuración. Según las condiciones terrestres en que vivían, había hombres con los apéndices más o menos desarrollados. Estas diferencias aparecían según los lugares terrestres en que los hombres vivían. Los apéndices adquirían más importancia donde los hombres se hallaban más enredados en el mundo terrestre. Aquellos hombres que al comienzo de la evolución física terrestre, debido a su anterior desarrollo, habían alcanzado la mayor madurez, de modo que ya al principio, cuando la Tierra aún no se había densificado en aire, habían experimentado el contacto con el elemento fuego, eran ahora capaces de generar lo más perfectamente posible las disposiciones cefálicas. Ellos eran los hombres más armoniosos en sí mismos. Otros estaban dispuestos a realizar el contacto con el elemento fuego, sólo cuando la Tierra en sí misma ya había formado el elemento aire. Estos eran hombres que dependían más que aquéllos de las condiciones exteriores. Los primeros, por medio del calor, experimentaban un bien definido sentimiento de los «Espíritus de la Forma», y en su vida terrenal tenían la sensación de guardar el recuerdo de pertenecer a dichos Espíritus y que con ellos habían estado unidos en su estado libre del cuerpo. Los hombres de la segunda categoría tenían el recuerdo del estado libre del cuerpo en menor grado; ellos sentían su unidad con el

entonces, y con ello fueron obligadas a seguir otro curso en su vida. Hubo almas que ya en el momento de la separación del Sol de la Tierra no encontraban lugar en ésta, y que para su ulterior evolución fueron trasladadas a un planeta que bajo la conducción de entidades cósmicas se desprendió de la substancia cósmica general, la que al comienzo de la evolución física terrestre había estado unida con esta última, y de la cual también el Sol se había apartado. Dicho planeta es aquel a cuya expresión física la ciencia corriente conoce como «Júpiter». (Aquí hablamos de cuerpos celestes, planetas y de sus nombres, exactamente en el sentido en que aún lo hacía una ciencia antigua. El significado de las cosas se infiere del conjunto. Como la Tierra física no es sino la expresión física de un organismo espiritual-anímico, ocurre lo mismo con respecto a cualquier otro cuerpo celeste. Y así como con el nombre «Tierra», el observador de lo suprasensible no habla simplemente del planeta físico, y con «Sol», simplemente de la estrella fija física, así igualmente se refiere a vastos aspectos espirituales, cuando habla de «Júpiter», «Marte», etc. Se entiende que la configuración y la misión de los cuerpos celestes han cambiado esencialmente desde los tiempos de que aquí hablamos y, en cierto sentido hasta su lugar en el espacio celeste. Únicamente quien, con la visión del conocimiento suprasensible, estudie la evolución de esos cuerpos celestes, remontándose al pasado remoto, será capaz de conocer la relación de los planetas actuales, con sus antecesores). Por de pronto, las almas caracterizadas siguieron desarrollándose en el planeta «Júpiter». Más tarde, cuando la Tierra cada vez más tendía a lo sólido, hubo que crear otro escenario más para las almas que, si bien tenían la posibilidad de seguir habitando durante un tiempo los cuerpos solidificados, ya no pudieron hacerlo cuando la densificación había progresado demasiado. Para ellas surgió en «Marte» un lugar adecuado a su ulterior evolución. Ya en el período en que la Tierra todavía estaba unida con el Sol y se

incorporaban sus elementos aéreos, se evidenciaba que había almas no aptas para seguir participando de la evolución terrestre, puesto que la figura del cuerpo terrestre las afectaba demasiado. Debido a ello, ya en aquél período debieron quedar substraídas al influjo directo de las fuerzas del Sol, las que debieron influir sobre ellas, desde afuera. Para estas almas, «Saturno» resultó ser un lugar adecuado para su ulterior evolución. Así en el curso de la evolución terrestre disminuía la cantidad de figuras humanas; aparecían figuras sin incorporación de almas humanas, figuras en que no podían incorporarse sino cuerpos astrales, así como los que en la antigua Luna los habían tenido en sí los cuerpos físicos y los etéreos del hombre. Mientras, en cuanto a sus moradores humanos la Tierra iba desolándose, esos seres la poblaban. Finalmente, todas las almas humanas habrían tenido que abandonar la Tierra, si por el desprendimiento de la Luna, para las figuras humanas a que entonces aún se les podían dar almas, no se hubiera creado la posibilidad de substraer - durante la vida terrenal - a las fuerzas lunares que emanaban directamente de la Tierra, el germen del hombre, y hacerlo madurar en sí mismas hasta el punto en que él pudiera volver a ser entregado a estas fuerzas. Y en tanto el germen en el interior del hombre tomaba forma, se hallaba al cuidado de los seres que bajo la dirección del más poderoso entre ellos, habían desprendido la Luna de la Tierra, con el fin de conducir su evolución hasta que pasase un punto crítico.

Cuando la Tierra había incorporado en sí el elemento aire, existían, en el sentido arriba descripto, seres astrales, como remanentes de la antigua Luna, de evolución más retrasada que las almas humanas menos desarrolladas. Ellos se convirtieron en las almas de aquellas configuraciones a las que el hombre había tenido que abandonar ya antes de la separación del Sol. Estos seres son predecesores del reino animal. En el ulterior curso del tiempo, ellos desarrollaron principalmente los órganos que en el hombre sólo existían como apéndices. El cuerpo

202

El Ser Humano abandona su Yo en la Tierra para ir a los Esferas

vida terrenal, un cuerpo con las propiedades necesarias, los «Espíritus de la Forma», le dotaron del destello de su fuego; el «Yo» se encendió en él. Ahora, cada vez que el hombre abandonó el cuerpo físico, vivió en el mundo espiritual, juntamente con los seres que durante su evolución a través de Saturno, Sol y Luna, le habían dado y luego desarrollado hasta la altura terrestre, su cuerpo físico, su cuerpo vital y su cuerpo astral. Desde que en la vida terrestre se había encendido el destello del «Yo», también se había producido un cambio con respecto a la vida en su estado libre del cuerpo. Antes de este punto de la evolución de su ser, el hombre no poseía independencia frente al mundo espiritual. En el mundo espiritual, él se sentía, no como un ser individual, sino como miembro perteneciente al sublime organismo constituido por los seres superiores a él. Pero ahora el «sentirse como un Yo» sobre la Tierra, sigue ejerciendo su efecto en el mundo espiritual. De cierto grado, el hombre también se siente ahora como una unidad en dicho mundo. Pero igualmente siente que se halla incesantemente unido a él. En su estado libre de cuerpo vuelve a encontrar, en una expresión más elevada, a los «Espíritus de la Forma» a los cuales había percibido, por el destello de su «Yo», a través de su manifestación terrenal.

Con la separación de la Luna de la Tierra, se efectuaron, también para el alma en su estado libre del cuerpo en el mundo espiritual, experiencias relacionadas con esta separación. Hemos visto que sólo por el hecho de que una parte de las fuerzas formativas ha sido trasladada de la Tierra a la Luna, se ha hecho posible desarrollar sobre la Tierra, las formas humanas aptas para acoger en sí la individualidad del alma. Y debido a ello, la individualidad humana ha entrado bajo la influencia de los seres lunares. Y la reminiscencia de la individualidad terrenal, en el estado libre de cuerpo, sólo podía hacerse efectiva porque también para este estado el alma permanecía bajo la influencia de los poderosos seres espirituales que habían causado la

204

astral de esos seres debió influir sobre el cuerpo físico y el cuerpo vital; así como esto había ocurrido en el hombre de la antigua Luna. Resulta que los animales generados de esta manera poseían almas que no podían habitar en un animal individualmente, sino que el alma extendía su ser hasta en el descendiente de la figura física del ascendiente. Todos los animales que - en cuanto a lo esencial - descienden de un ascendiente de determinada característica, tienen una alma en común. Únicamente cuando, debido a influencias especiales, la figura del descendiente se aleja de la del ascendiente, se incorpora una nueva alma animal. En este sentido, la ciencia espiritual puede hablar con respecto al reino animal, del alma de la especie, o bien, del alma grupal.

Algo parecido tuvo lugar en el tiempo de la separación del Sol de la Tierra. Partiendo del elemento acuoso aparecían formaciones cuyo desarrollo no había progresado mas que el del hombre antes de la evolución lunar, formaciones que sólo podían ser influidas por lo astral, cuando esta influencia se hacía desde afuera. Pero esto no podía hacerse sino después de la separación del Sol. Cada vez, al iniciarse el tiempo solar de la Tierra, lo astral del Sol influía sobre estas formaciones de tal manera que de lo etéreo de la Tierra, ellas se formaban su cuerpo vital. Cuando después el obrar del Sol se apartaba de la Tierra, ese cuerpo vital volvía a disolverse en el cuerpo terrestre en general. Y como resultado del obrar de lo astral desde el Sol, conjuntamente con lo etéreo desde la Tierra, emergieron del elemento acuoso las figuras físicas que fueron los predecesores del actual reino vegetal.

Sobre la Tierra, el hombre ha llegado a ser un ser armónico individualizado. Su cuerpo astral que en la antigua Luna le ha sido influido por los «Espíritus del Movimiento» ha quedado subdividido sobre la Tierra en alma sensible, alma racional y alma consciente. Y cuando su alma consciente había progresado a tal grado que era capaz de formarse, durante la

203

La Tierra, después de la separación del Sol, se halla en un estado de desarrollo más avanzado

separación de la Luna. El suceso se desarrollaba de tal manera que inmediatamente después de haber dejado el cuerpo terrestre, el alma no podía ver a los sublimes seres del Sol, sino como a través de un esplendor reflejado por los seres de la Luna; y sólo llegaba a percibir a los sublimes seres solares mismos, una vez suficientemente preparado por la visión de ese reflejo.

El reino mineral igualmente se ha formado por desligamiento de la evolución de la humanidad en general. Sus formaciones son aquello que ha quedado solidificado, al separarse la Luna de la Tierra. Únicamente aquella parte de lo anímico cuya evolución había quedado detenida en el nivel de Saturno, es decir, lo que sólo es apto para tomar formas físicas, se sentía atraído a estas formaciones. Todo lo acontecido de que se habla aquí y en las páginas siguientes, tuvo lugar en el curso de poderosos y extensos espacios de tiempo; pero aquí no se puede incursionar en lo referente a cronología.

Con los sucesos descriptos se da el aspecto exterior de la evolución terrestre; considerados espiritualmente, resulta lo que sigue. Las entidades espirituales que de la Tierra sacaron la Luna y que con ésta unieron su propia existencia - convirtiéndose así en seres terrestre-lunares - provocaron, por medio de las fuerzas que de la Luna enviaron a la Tierra, una determinada configuración de la organización humana. Su obrar se dirigía sobre el «Yo» que el hombre había adquirido; y el efecto correspondiente se expresaba en la manifestación del «Yo», conjuntamente con los cuerpos astral, etéreo y físico. Esto le dio al hombre la posibilidad de reflejar conscientemente en sí mismo la creación del mundo, lleno de sabiduría, de representarla como por un reflejo en el conocimiento. Recordemos el haber relatado que durante el período de la antigua Luna, a raíz de la separación del Sol, el hombre adquirió entonces cierta independencia en cuanto a su organización, una conciencia más libre que aquella que podía recibir directamente de los seres del Sol. Como herencia de la antigua evolución lunar

205

volvió a manifestarse, durante la caracterizada etapa de la evolución terrestre, dicha conciencia libre e independiente. Precisamente esta conciencia, armonizándola nuevamente con el universo, por influencia de los ya caracterizados seres terrestre-lunares, podía llegar a ser un reflejo del universo. Eso habría sucedido si no se hubiera hecho sentir otra influencia. Sin ésta, el hombre habría adquirido una conciencia cuyo contenido, como por necesidad natural, no por su libre actuar, habría reflejado el mundo a través de las imágenes de la vida cognoscitiva. La evolución tomó otro camino. Pues justo en el tiempo del desprendimiento de la Luna entraron a actuar, con respecto a la evolución del hombre, determinadas entidades espirituales, las que de su propia naturaleza lunar habían retenido tanto que no pudieron tomar parte en la salida del Sol de la Tierra, y que, además, quedaron excluidas de los efectos del obrar de los seres que desde la Luna como satélite de la Tierra ejecutaban su actividad hacia ésta. Estos seres, poseedores de la naturaleza de la antigua Luna, quedaron, en su evolución irregular, en cierto modo retenidos en la Tierra. Precisamente, su naturaleza había sido la causa de haberse rebelado contra los seres espirituales del Sol, durante la evolución de la antigua Luna, lo que entonces había sido en beneficio del hombre, por cuanto que a raíz de ello se le había conducido a un estado de libre conciencia independiente. La peculiar evolución de estos seres durante la evolución terrestre tuvo por resultado que en su curso ellos se convirtieron en adversarios de los seres que desde la Luna quisieron hacer de la conciencia humana un espejo absoluto para el conocimiento del mundo. Lo que en la antigua Luna había conferido al hombre un estado superior, se transformó en fuerza antagonista frente a las posibilidades dentro de lo establecido por la evolución terrestre. En virtud de su naturaleza lunar, las potencias antagonistas habían traído consigo la fuerza para influir sobre el cuerpo astral humano, es decir en sentido de lo expuesto más arriba para

*Los luciferos...
...dentro del yo porque allí ellos
quedan... y se vuelven al ser humano*

dependencia del mismo; y esto condujo a que en adelante el hombre quedó expuesto a continuas influencias por parte de un elemento inferior de su naturaleza. En su vida podía caer a un nivel más bajo que aquel en que dentro de la evolución del mundo él había estado colocado por los seres terrestre-lunares. En lo sucesivo mantúvose la continua influencia de los caracterizados seres lunares de irregular desarrollo sobre su naturaleza. En contraste a aquellos seres que desde la Luna, satélite de la Tierra, habían dado a la conciencia humana el carácter de un espejo del mundo, pero sin darle al hombre la libre voluntad, podemos llamar Espíritus lucíficos a los ahora caracterizados seres lunares. Ellos dieron al hombre la posibilidad de desplegar en su conciencia la libre actividad, pero con ello también la posibilidad del error y del mal.

A consecuencia de estos sucesos la relación del hombre con los seres espirituales del Sol llegó a tomar un carácter distinto de lo predestinado por el obrar, de los seres espirituales terrestre-lunares. La intención de éstos había sido desarrollar en el hombre el espejo de su conciencia de tal manera que en toda la vida anímica humana la influencia de los seres espirituales del Sol hubiera sido el factor dominante. Tales procesos fueron desbaratados, creándose en el ser humano el contraste entre la influencia de los seres espirituales del Sol y la de los seres espirituales de irregular evolución lunar. Debido a este contraste también se formó en el hombre la incapacidad para conocer los efectos físicos de la actividad del Sol, los que le quedaron ocultos detrás de las impresiones terrestres del mundo exterior. Lo astral del ser humano compenetrado de esas impresiones fue atraído a la esfera del «Yo». Este «Yo» que, de otro modo, sólo hubiera sentido el destello de fuego que le fuera conferido por los «Espíritus de la Forma», subordinándose a sus mandatos en todo lo relacionado con el fuego exterior, ejerció ahora efecto, incluso a través del elemento inculcado a sí mismo, sobre los exteriores fenómenos de calor. De esta

*"Cristo a su vez...
descompensación... Activo..."*

*...la vida...
...el hombre...
...la vida...*

independizarlo. Hicieron uso de esta fuerza, dando al cuerpo astral una cierta autonomía -ahora también para el período terrestre- opuesta al necesario (no libre) estado de conciencia, el que había sido provocado por los seres de la Luna, satélite de la Tierra. Resulta difícil expresar con palabras de uso corriente, cómo en el tiempo remoto arriba descripto había sido el efecto del obrar sobre el hombre, de las caracterizadas entidades espirituales. Ese obrar no hay que imaginárselo como similar a las actuales influencias de la naturaleza, ni tampoco parecido al influir de un hombre sobre otro, cuando aquél, mediante palabras suscita en éste, fuerzas mentales que le incitan a una comprensión, o bien al ejercicio de una virtud, o de algo contrario. Aquel obrar en el tiempo remoto no había sido el efecto de la naturaleza, sino el de una influencia espiritual, que además obraba espiritualmente y que, como espiritual, se transmitía de los seres espirituales superiores al hombre, en conformidad con el estado de conciencia del hombre de aquél entonces. Si uno se lo imagina como parecido al obrar de un efecto natural, no acierta, en absoluto, su verdadero ser. En cambio, si decimos que las entidades de la antigua naturaleza lunar se acercaban al hombre para conquistarlo para sí mismas, «seduciéndolo», con el fin de lograr sus propios fines, empleamos una expresión simbólica, que es correcta, si somos conscientes de su carácter simbólico, teniendo también presente que detrás del símbolo se halla una realidad espiritual.

El obrar sobre el hombre de los seres espirituales de evolución retrasada en el estado lunar, tuvo como consecuencia un estado de doble aspecto. Debido a ello, su conciencia perdió el carácter de un mero espejo del universo, porque en el cuerpo astral humano se suscitó la posibilidad de regular y de dominar, por la fuerza propia, las imágenes de la conciencia. El hombre se convirtió en soberano de su cognición. Pero, por otra parte, tal soberanía procedía precisamente del cuerpo astral; y en virtud de ello, el «Yo», superior a aquél, cayó en constante

*...esta...
...desarrollo...
...esto... se impuso al Activo.*

manera creó un lazo de atracción entre sí y el fuego terrestre; y, debido a ello, se enredó en la substancialidad terrestre, en grado mayor de lo predestinado.

Mientras que antes poseía un cuerpo físico el que en sus partes principales consistía de fuego, aire y agua, y al que sólo se le había agregado algo así como una sombra de substancia terrea, resultó que ahora el cuerpo de tierra se densificó. Y mientras que antes el hombre, como un ser tenuemente organizado, se hallaba, elevado sobre el suelo firme de la tierra, mas bien en cierto movimiento nadante-flotante, debió ahora, «desde el derredor terrestre», descender sobre partes de la Tierra, las que ya estaban más o menos solidificadas.

El hecho de que pudiesen producirse semejantes efectos de las influencias espirituales descriptas, se explica, puesto que estas influencias precisamente eran de la índole más arriba caracterizada. En efecto, no se debían a influencias naturales, ni a aquello que arámicamente actúa de hombre a hombre. Esta última actividad no extiende sus efectos tan hondamente en lo corpóreo como las fuerzas espirituales que aquí entran en consideración.

Sobrevino la posibilidad de las enfermedades, porque el hombre se expuso a las influencias del mundo exterior según sus propias ideas susceptibles de error, puesto que vivió conforme a apetencias y pasiones, las que no hacía ordenar con arreglo a influjos superiores espirituales. Pero un efecto singular de la influencia luciférica consistía en que ahora el hombre ya no pudo sentir su actual vida terrenal como una continuación de su existencia libre del cuerpo. Acogió ahora impresiones terrenales, las que llegaban a experimentarse a través del inculcado elemento astral, y que se vinculaban con las fuerzas destructivas del cuerpo físico, lo que al hombre le dio la sensación de un perecer de su vida terrenal. A raíz de ello apareció la «muerte», causada por la naturaleza humana misma. Con lo expuesto se alude a un singular misterio de la

* El humano que vivió en el mundo de la Tierra y
 no pudo pasar a la esfera superior.

naturaleza humana, a la relación que existe entre el cuerpo astral humano y las enfermedades y la muerte.

Para el cuerpo vital humano se crearon ahora condiciones especiales: quedó situado en una relación entre el cuerpo físico y el astral de tal manera que en cierto sentido resultó substraído a las capacidades que el hombre había adquirido por la influencia luciférica. Una parte del cuerpo vital quedó fuera del cuerpo físico de tal suerte que pudo ser dominado solamente por entidades superiores, no por el Yo humano. Estas entidades superiores eran aquellas que, al separarse el Sol, habían dejado la Tierra para retirarse bajo la sublime conducción de una de ellas, a una nueva morada. Si la caracterizada parte del cuerpo vital hubiera quedado unida con el cuerpo astral, el hombre habría servido para sí mismo de fuerzas suprasensibles, las que él había poseído: el obrar de la influencia luciférica lo habría extendido sobre dichas fuerzas; paulatinamente el hombre se habría desligado totalmente de las entidades del Sol, y su Yo se habría convertido en un Yo puramente terrenal. Necesariamente, se habría llegado a que, después de la muerte del cuerpo físico (o bien, ya con su decaimiento), dicho Yo terrenal habría habitado otro cuerpo físico, el cuerpo de un descendiente, sin antes haber pasado, en el estado libre del cuerpo, por una vinculación con entidades espirituales superiores. De tal manera el hombre habría adquirido la conciencia de su Yo, pero tan sólo de un «Yo terrenal». Esto se ha prevenido por medio del proceso con el cuerpo vital, realizado por los seres terrestres-lunares. En virtud de ello, el verdadero Yo individual quedó separado del mero Yo terrenal de tal manera que durante la vida terrenal el hombre, si bien sólo sentía parcialmente su propio Yo, sentía, al mismo tiempo, que su Yo terrenal era una continuación del Yo terrenal de sus ascendientes, a través de las generaciones. En la vida terrenal el alma tenía la sensación de un cierto «Yo grupal», hasta los lejanos antepasados; y el hombre se sentía como miembro del

210

Al aumentarse de nuevo la cantidad de hombres sobre la Tierra, ya no había motivo para que en los descendientes no volvieran a incorporarse almas humanas. Según el obrar de las fuerzas terrestre-lunares, los cuerpos humanos se configuraban ahora, bajo la influencia de aquéllas, absolutamente aptos para la incorporación de almas humanas, de modo que las almas, anteriormente alejadas a Marte, Júpiter, etc., fueron entonces dirigidas hacia la Tierra. Gracias a ello había un alma para cada descendiente humano que nacía en la línea de las generaciones. Esto perduró a través de largo tiempo, de modo que la afluencia de las almas concordaba con la multiplicación de los hombres. Las almas que, al producirse la muerte terrenal, abandonaban el cuerpo, retenían en sí, cual un recuerdo, la reminiscencia de la individualidad terrenal, y este recuerdo hacía que, al nacer nuevamente un cuerpo adecuado sobre la Tierra, ellas volvieran a incorporarse en él. En lo sucesivo hubo, dentro de la descendencia humana, hombres con almas provenientes de afuera, las que volvieron a aparecer sobre la Tierra, después de los primeros tiempos terrestres, al lado de otros con almas reincorporadas, de procedencia terrestre. En los tiempos posteriores de la evolución terrestre, va disminuyendo el número de almas jóvenes, es decir de las aparecidas por primera vez; por otra parte, aumenta el número de las almas reincarnadas. No obstante, durante largos períodos el género humano consistía de las dos clases de hombres, condicionadas por estos hechos. En la Tierra, el hombre se sentía entonces vinculado con sus ascendientes principalmente por el Yo grupal común, mientras que la experiencia del Yo individual la tenía tanto más que en el estado libre de cuerpo, entre la muerte y un nuevo nacimiento. Las almas que, provenientes del espacio celeste, entraron en cuerpos humanos, hallábanse en otra situación que aquellas que antes habían pasado por una o más vidas terrenales. Para la vida física terrenal, las primeras, como almas, trajeron consigo únicamente las condiciones a que esta-

212

grupo. El Yo no era capaz de sentirse como un ser individual, sino durante el estado libre del cuerpo. Pero este estado de individuación sufría el menoscabo de que el Yo seguía manteniendo el recuerdo de la conciencia terrenal (del Yo terrenal); y este hecho ofuscaba la visión del mundo espiritual, el que, entre la muerte y el nacimiento, empezaba a cubrirse de un velo, de un modo similar a lo que ocurría para la mirada física en la Tierra.

Todos los cambios producidos en el mundo espiritual mientras la evolución del hombre pasaba por los hechos descritos, encontraron su expresión en la paulatina regulación de las relaciones recíprocas entre el Sol, la Luna y la Tierra (y, por extensión, otros cuerpos celestes). Como una de las consecuencias de esas relaciones destacamos la alternación de día y noche. (Los movimientos de los cuerpos celestes se regulan por los seres que los habitan. El movimiento de la Tierra, causante del día y la noche, fue provocado por la relación recíproca de los distintos seres espirituales superiores al hombre. Análogamente se había causado el movimiento de la Luna, para que, después de la separación de la Luna de la Tierra, por la revolución de aquélla alrededor de ésta, los «Espíritus de la Forma» pudiesen obrar de la justa manera y en el justo ritmo, sobre el cuerpo físico humano). Durante el día actuaban ahora el Yo y el cuerpo astral del hombre en el cuerpo físico y el cuerpo vital. Esta actividad cesaba en la noche, cuando el Yo y el cuerpo astral se desprendían del cuerpo físico y el etéreo. Aquéllos entraban entonces enteramente en las esferas de los «Hijos de la Vida» (Ángeles), de los «Espíritus del Fuego» (Arcángeles), de los «Espíritus de la Personalidad» y de los «Espíritus de la Forma». Durante el mismo tiempo, los «Espíritus de la Forma» y, además, los «Espíritus del Movimiento», los «Espíritus de la Sabiduría» y los «Tronos» incluían en su campo de acción al cuerpo físico con el cuerpo vital, lo que hace posible reparar los efectos dañinos que, debido a los errores del cuerpo astral, se habían ejercido sobre el hombre durante el día.

211

ban sujetas por el mundo espiritual superior y por lo vivido fuera de la esfera terrestre. Las otras habían agregado, ellas mismas, otras condiciones, en vidas anteriores. El destino de aquellas almas dependía tan sólo de los hechos ajenos a las nuevas condiciones terrestres; en cambio, el destino de las almas reincarnadas, lo determina también lo que ellas mismas hicieron en vidas anteriores, bajo las condiciones terrestres. Con la reencarnación se puso de manifiesto, al mismo tiempo, el karma humano individual.

En virtud de que, de la manera aludida, el cuerpo vital humano había quedado substraído a la influencia del cuerpo astral, resultó que también las funciones de la procreación quedaban fuera de la esfera de la conciencia humana; se hallaban en cambio, bajo el dominio del mundo espiritual. Cuando un alma debía descender a la Tierra, surgían en el hombre terrenal los impulsos de la procreación, mas para la conciencia terrenal todo el proceso se encontraba, hasta cierto grado, misteriosamente envuelto en oscuridad.

Pero también durante la vida terrenal se hacían notar las consecuencias de la separación parcial del cuerpo vital del cuerpo físico. Por la influencia espiritual podían aumentarse especialmente las capacidades del cuerpo vital, lo que para la vida anímica se manifestaba en que la memoria adquirió un particular desarrollo. En aquella etapa el independiente pensar lógico humano apenas se hallaba en sus primeros comienzos; en cambio, la facultad de acordarse era casi ilimitada. Hacía afuera se evidenciaba que el hombre poseía, por su modo de sentir, un espontáneo conocimiento de las fuerzas activas de todo lo viviente. Era capaz de poner a su servicio las fuerzas de la vida y las de la procreación de la naturaleza animal, y particularmente de la vegetal. Era capaz, por ejemplo, de extraer y de emplear las fuerzas que provocan el crecimiento de la planta, al igual que ahora se extraen las fuerzas de la naturaleza inánime, como, por ejemplo la fuerza latente en el

213

carbón de piedra, con el fin de emplearlo para mover máquinas. (Mas detalles sobre este tema se encuentran en mi opúsculo «Nuestros antepasados del período atlante»: Unser atlantische Vorfahren (GA 11)).

La íntima vida anímica del hombre cambió de la más diversa manera, debido al influjo lucíferico. Podrían enumerarse muchas maneras del sentir que surgieron a causa de él. Nos referimos a algunos puntos solamente. Antes de producirse ese influjo, el alma humana había actuado en el sentido de los fines de entidades espirituales superiores, en cuanto a lo que tenía que desarrollar y hacer. Desde un principio estaba determinado el plan de todo cuanto había que realizar. Y en la medida en que se había desarrollado la conciencia humana como tal, ella también podía prever cómo tenían que desenvolverse las cosas en el futuro, según el plan prefijado. Esta conciencia visionaria se perdió cuando ante la revelación de las entidades espirituales superiores se tejió el velo de las percepciones terrestres, escondiéndose tras éstas las verdaderas fuerzas de los seres del Sol. El porvenir se tornó incierto; y con ello se implantó en el alma la posibilidad de sentir miedo. El miedo es un resultado inmediato del error.

Pero también se ve que a raíz del influjo lucíferico el hombre se independizó de determinadas fuerzas a las cuales antes se había abandonado carente de voluntad. Ahora pudo tomar decisiones por su propia iniciativa. La libertad es el resultado de dicho influjo. Y el miedo, como asimismo otros sentimientos, no son sino fenómenos concomitantes del desarrollo del hombre hacia la libertad.

Considerándolo espiritualmente, la aparición del miedo tiene que ver con que entre las fuerzas terrestres, bajo cuya influencia el hombre había caído por el obrar de las potencias lucífericas, también había otras potencias, cuya evolución, mucho antes que la de las lucífericas, había adoptado irregularidades. Conjuntamente con las fuerzas terrestres, el hombre

fuera de los que se llama
a los seres a. G. F. Ing

habían permanecido en la Tierra con aquellos que, de la manera descripta más arriba, primero habían aparecido en la Tierra en el período del elemento aire y luego habían pasado a Júpiter. A semejanza de los hombres, en sentido de la ciencia espiritual, los podemos llamar «hombres jupiterianos». Eran descendientes humanos que en aquel tiempo remoto aún habían recibido en sí mismos a almas humanas; pero almas que en el comienzo de la evolución terrestre no habían alcanzado la madurez como para participar del contacto con el fuego. Eran almas entre el reino anímico humano y el animal. También existen seres que, bajo la conducción de una entidad sublime habían apartado para sí mismos, de la substancia cósmica común, al planeta Marte como su morada. Bajo su influencia quedó una tercera categoría de hombres, los que se habían formado a raíz de otra mezcla: los «hombres marcianos». (Estos conocimientos ponen de relieve las causas primitivas de la aparición de los planetas de nuestro sistema solar. Pues todos los cuerpos de este sistema se generaron por los distintos grados de madurez de los seres que los habitan. Naturalmente, aquí no podemos entrar en todos los pormenores del ordenamiento cósmico). A los hombres que en su cuerpo vital percibían la presencia del sublime Ser Solar mismo, los podemos llamar «hombres solares». El Ser que en ellos vivía como «Yo superior» -solamente en las generaciones, por supuesto, no en el individuo- es el mismo al que más tarde, cuando acerca de él los hombres adquirieron un conocimiento consciente, le fueron dados distintos nombres, y que para el hombre de nuestro tiempo es la entidad en que se le revela la relación del Cristo con el cosmos. Todavía, podemos diferenciar a los «hombres saturnales». En ellos se manifestó como «Yo superior» un ser, que con sus semejantes debió dejar la común substancia cósmica, antes de la separación del Sol. Fue una categoría de hombres que no solamente en el cuerpo vital sino también en el cuerpo físico, poseían una parte que quedaba sustraída al influjo lucíferico.

dejó penetrar en su ser la influencia de aquellas potencias. Ellas dieron el carácter de miedo a sentimientos que sin su influencia se hubieran manifestado de una manera totalmente distinta. Podemos llamar alhrimánicas a estas entidades; son las mismas que, según Goethe, tienen el nombre de mefitofélicas.

Si bien el influjo lucíferico al principio sólo se había hecho notar en los hombres más evolucionados, pronto se extendió también sobre otros. Los descendientes de los que más habían progresado se mezclaban con los arriba caracterizados menos evolucionados, esto condujo a que la fuerza lucíferica también se extendiera sobre estos últimos. Pero no fue posible proteger del mismo modo al cuerpo vital de las almas que volvían de los planetas, como a aquel de los descendientes de las almas que habían permanecido sobre la Tierra. La protección de este último provenía de un Ser sublime, el que tenía a su cargo la conducción del cosmos, cuando el Sol se separó de la Tierra. Dentro del campo que aquí se trata, dicho Ser aparece como el soberano en el reino del Sol. Con él se habían retirado a la morada en el Sol, los seres espirituales que a través de su evolución cósmica, habían alcanzado la respectiva madurez. Pero también había seres que, al separarse el Sol, no habían ascendido a tal altura evolutiva. Ellos debieron buscar para sí mismos otros escenarios; fueron precisamente ellos los causantes de que de la común substancia cósmica que al principio había existido en el organismo físico terrestre, se separaran Júpiter y otros planetas. El planeta Júpiter se convirtió en la morada de tales seres que no habían madurado hasta la altura del Sol. El más avanzado de ellos llegó a ser la entidad conductora de Júpiter. Tal como el conductor de la evolución del Sol fue el «Yo superior» que actuó en el cuerpo vital de los descendientes de los hombres que habían permanecido sobre la Tierra, así también el Ser conductor de Júpiter fue el «Yo superior» que, como una conciencia común actuó en los hombres que descendían de una mezcla de los descendientes que

En las categorías de los hombres de inferior desarrollo el cuerpo vital no se hallaba suficientemente protegido como para resistir en la medida necesaria el influjo del ser lucíferico. Ellos eran capaces de extender arbitrariamente el poder del destello de fuego en su «Yo» hasta el punto de provocar a su alrededor poderosos estallidos de fuego de efecto pernicioso, lo que dio por resultado un horrendo cataclismo terrestre. A causa de las tormentas de fuego resultó destruida una gran parte de la Tierra entonces habitada y con ella perecieron los hombres que habían sucumbido al error. Sólo la parte más pequeña de aquellos parcialmente no afectados por el error pudo retirarse a una región terrestre que hasta entonces había quedado preservada del funesto influjo humano. La parte de la Tierra que ahora está cubierta por el Océano Atlántico se ofreció como lugar particularmente apropiado para servir de morada a la nueva humanidad. Hacia allí emigró la parte de los hombres que más libre del error había permanecido. Sólo sectores dispersos de la humanidad poblaron otras regiones. En sentido de la ciencia espiritual se puede llamar «Atlántida» a la parte continental que una vez existió entre los actuales continentes de Europa, África y América. (La literatura correspondiente se refiere, de cierta manera, a la etapa arriba mencionada -anterior a la atlante- de la evolución de la humanidad, y se le da el nombre de época lemuriana de la Tierra. A ella siguió la época atlante. Al período en que las fuerzas lunares aún no habían desplegado su actividad principal, lo podemos llamar la época hiperbórea. A ésta había precedido otra, la que, por lo tanto, coincide con el tiempo primitivo de la evolución física terrestre. En la tradición bíblica se describe como el tiempo paradisiaco, el anterior al influjo de los seres lucífericos, y como expulsión del paraíso, el descender a la Tierra, el enredarse del hombre en el mundo de los sentidos).

La evolución en el continente atlante fue el período de la efectiva separación en hombres saturnales, solares, jupiterianos

y marcianos. Antes, sólo se habían desenvuelto las respectivas predisposiciones. En la Atlántida, la diferencia entre los estados de vigilia y de sueño condujo a singulares consecuencias, las que principalmente se evidenciaron en la humanidad de ese continente. Durante la noche, el cuerpo astral y el Yo del hombre se hallaban en la esfera de los seres superiores a él, los «Espíritus de la Personalidad». Por la parte del cuerpo vital, no unida con el cuerpo físico, el hombre era capaz de percibir a los «Hijos de la Vida» (Ángeles) y a los «Espíritus del Fuego» (Arcángeles), porque durante el sueño quedaba unido con dicha parte del cuerpo vital. Pero, debido al influjo luciférico, la percepción de los «Espíritus de la Personalidad» era poco precisa. Con la percepción de los Ángeles y Arcángeles, dentro del estado que hemos descrito el hombre también percibía a los seres que, habiendo quedado retrasados durante la evolución solar, o bien, la lunar no pudieron en rar en la existencia terrestre, y que a raíz de ello, debieron permanecer en el mundo anímico-espiritual. Pero el hombre, por el obrar del ser luciférico, los atraía al ámbito de su alma, separada del cuerpo físico. De esta manera llegaba a tener contacto con seres que en alto grado influían sobre él, seduciéndolo. En su alma, ellos aumentaron la propensión al error; pero principalmente al uso impropio de las fuerzas del crecimiento y las de la procreación, fuerzas que estaban bajo su dominio, debido a la separación de los cuerpos físico y etéreo.

Empero, hubo hombres de la época atlante a quienes fue dado enredarse lo menos posible en el mundo de los sentidos. De un impedimento, dentro de la evolución de la humanidad, el influjo luciférico se convirtió para ellos en un medio para mayor progreso. Pues, debido a este influjo fueron capaces de desarrollar, antes que hubiera sido posible de otro modo, el conocimiento de las cosas terrestres. Al mismo tiempo, esos hombres trataron de excluir de su vida pensante el error, y de escudriñar, según los fenómenos universales, los propósitos

considera la aparición del Cristo en la Tierra como un acontecimiento que aquellos que ya antes conocían el sentido de la evolución terrestre, habían vaticinado como algo por realizarse en el futuro. Sería un error suponer que esos iniciados hubiesen tenido una relación con el Cristo de la característica que sólo se ha hecho posible por dicho acontecimiento. Pero sí pudieron entender proféticamente y explicarlo a sus discípulos: «El que en su interior es tocado por la potencia del Ser Solar, ve que el Cristo está acercándose a la Tierra».

Otros oráculos fueron instaurados por los hombres que pertenecían a la humanidad saturniana, la marciana y la jupiteriana. La visión de sus iniciados sólo conducía hasta las entidades que, como los respectivos «Yoes superiores», se revelaban en los cuerpos vitales de dichos iniciados.

De tal manera hubo adeptos a la sabiduría de Saturno, a la de Júpiter, y a la de Marte. Además de estos métodos de iniciación hubo otros para los hombres que del ser luciférico tenían en sí mismos demasiado como para que de su cuerpo físico pudiese estar separada una parte tan grande del cuerpo vital como en los hombres solares. En ellos el cuerpo astral retenía en el cuerpo físico una parte mayor del cuerpo vital que en los hombres solares. Tampoco se los podía conducir, por medio de los referidos estados, hasta la profética revelación del Cristo. Debido a que su cuerpo astral se hallaba más influido por el principio luciférico, debían dar pasos preparatorios más difíciles, lo que luego les permitía, en un estado no tan libre del cuerpo, obtener, aunque no la revelación del Cristo mismo, pero sí la de otros seres sublimes. Existían seres que, si bien habían dejado la Tierra, al separarse del Sol, no habían alcanzado el grado evolutivo como para continuar tomando parte en la evolución solar. Después de la separación de Sol y Tierra, esos seres apartaron del Sol, para sí mismos, un cuerpo, como su morada, el planeta Venus, cuyo ductor fue el ser que se convirtió en el «Yo superior» de los ahora descriptos iniciados y sus

primitivos de los seres espirituales. Se abstuvieron de obedecer a los impulsos y apetencias del cuerpo astral, meramente orientados hacia el mundo de los sentidos, lo que les permitió liberarse, cada vez más, de los errores de aquél. En virtud de ello se les suscitaban estados, por los cuales sólo percibían mediante aquella parte del cuerpo vital que de la manera descripta estaba separada del cuerpo físico. Durante tales estados, la facultad perceptiva del cuerpo físico estaba como extinguida y ese cuerpo mismo como muerto. Por su cuerpo vital estos hombres se hallaban entonces íntimamente unidos con el reino de los «Espíritus de la Forma», y de parte de ellos llegaron a saber cómo eran conducidos y dirigidos por aquel Ser sublime bajo cuya conducción se realizó la separación de Sol y Tierra, y por el cual, más tarde, los hombres obtuvieron la comprensión de la naturaleza del «Cristo». Semejantes hombres fueron los iniciados. Empero, debido a que la individualidad humana se hallaba entonces, de la manera descripta, dentro del ámbito de los seres lunares, resultó que, por regla, estos iniciados tampoco podían tener un contacto directo con el Ser del Sol, al que sólo podían percibir como reflejo a través de los seres lunares. De tal manera no vieron al Ser Solar directamente, sino tan sólo su reflejo. Ellos fueron los conductores de la otra parte de la humanidad a la que pudieron comunicar los secretos que percibían. Tuvieron discípulos a los cuales enseñaron los caminos para alcanzar el estado que conduce a la iniciación. Pero únicamente aquellos que en el sentido indicado pertenecían a los hombres solares, pudieron adquirir el conocimiento de lo que en tiempos pasados se reveló por el «Cristo». Ellos cultivaron el misterio de su saber y los procedimientos que a éste conducían, en un lugar peculiar, al que aquí llamaremos el Oráculo de Cristo, o del Sol. (Oraculum en sentido de un lugar donde se llega a conocer los propósitos de seres espirituales). Para no interpretar mal lo que aquí se comunica con respecto al Cristo, hay que tener presente que el conocimiento suprasensible

adeptos. Algo similar ocurrió con respecto al espíritu ductor del planeta Mercurio, para otra categoría de hombres. De tal manera surgieron el Oráculo de Venus y el de Mercurio. Una determinada categoría de hombres, los que en máximo grado habían estado bajo la influencia luciférica, sólo pudieron elevarse a un ser, el que primero, junto con sus semejantes, fue expulsado de la evolución solar. Este ser no tiene, como su morada, ningún planeta en el universo, sino que vive todavía en el espacio que circunda la Tierra misma, con la que ha vuelto a unirse después de su retorno del Sol. Podemos llamar adeptos al oráculo de Vulcano a los hombres a quienes este ser se reveló como Yo superior. La mirada de estos hombres se dirigía más a los fenómenos terrestres que la de los demás iniciados; y ellos colocaron los primeros fundamentos de lo que más tarde surgió en la humanidad como las ciencias y las artes. En cambio, los iniciados de Mercurio fundaron el saber acerca de lo concerniente a lo suprasensible; esto mismo también lo hicieron, en más alto grado, los iniciados de Venus. La diferencia entre los iniciados de Vulcano, Mercurio y Venus, por un lado, y los de Saturno, Júpiter y Marte, por el otro, consistía en que estos últimos recibían el contenido de sus misterios más bien como revelación desde las alturas, como algo ya hecho; mientras que a aquéllos se les revelaba su saber principalmente en la forma de pensamientos propios, de ideas. Los iniciados de Cristo se hallaban en el medio entre los dos grupos. Con la revelación inmediata ellos obtenían, al mismo tiempo, la facultad de expresar sus misterios en la forma de conceptos humanos. Los iniciados de Saturno, Júpiter y Marte, más bien tenían que expresarse por medio de símbolos; los iniciados de Cristo, los de Venus, Mercurio y Vulcano eran capaces de expresarse, ante todo, mediante representaciones.

Lo que de esta manera llegó a la humanidad atlante, vino indirectamente por el obrar de los iniciados. Pero también la otra humanidad alcanzó, debido al principio luciférico,

especiales facultades, puesto que las sublimes entidades cósmicas transformaron en beneficio lo que, de lo contrario, podría haber conducido a la decadencia. Una de estas facultades es la del habla. La obtuvo el hombre debido a su densificación en substancialidad física y a raíz de la separación de una parte de su cuerpo vital del cuerpo físico. En los tiempos posteriores al desprendimiento de la Luna, el hombre se sentía vinculado con los antepasados físicos, a través del Yo grupal; pero esta conciencia común, como vínculo entre descendientes y ascendientes, iba perdiéndose en el transcurso de las generaciones. Más tarde, los descendientes sólo tenían en su interior el recuerdo hasta un antepasado más bien cercano; pero ya no hasta más atrás. Únicamente durante los estados parecidos al sueño, en que el hombre entraba en contacto con el mundo espiritual, resurgía el recuerdo de algún antepasado. En tales casos, el hombre solía sentirse idéntico con aquél, creyendo que había reaparecido en él. Se trataba de una errónea idea de la reencarnación, la que surgió, principalmente en el último período atlante; sólo en las escuelas de los iniciados se conoció la verdadera doctrina de la reencarnación. Ellos tuvieron la visión de que en su estado libre del cuerpo el alma humana pasa de encarnación en encarnación. Y sólo ellos pudieron comunicar a sus discípulos la verdad correspondiente.

La figura física del hombre del pasado remoto del que aquí hablamos, se distingue muchísimo de la del presente. Dicha figura expresaba aún en alto grado las cualidades anímicas; y el ser humano consistía de una sustancialidad más tenue y más blanda que la adquirida más tarde. Lo que ahora se halla solidificado, era blando, flexible y moldeable en los miembros del cuerpo. Un hombre más anímico, más espiritual tenía el cuerpo expresivo, delicado y con movilidad; el espiritualmente menos desarrollado, tenía las formas de cuerpo groseras, inmóviles y poco moldeables. El progreso anímico contraía los miembros, y la figura se mantenía pequeña; el

desarrollo anímico retrasado y el enredarse en la sensualidad se manifestaba en una figura hercúlea. Durante el período de crecimiento el cuerpo del hombre se formaba, de un modo que para el pensar del presente ha de parecer fantástico y hasta increíble, según lo que en el alma se engendraba. La perversidad de las pasiones, los impulsos e instintos conducían a un gigantesco crecer de lo material en el hombre. El cuerpo físico humano ha llegado a tomar su forma actual a través de la contracción, densificación y solidificación del hombre atlante. Mientras que antes del tiempo atlante la figura del hombre había sido un fiel trasunto de su naturaleza anímica, resulta que justamente en los sucesos de la evolución atlante hemos de ver las causas que han conducido al aspecto del hombre postatlante, cuya configuración física es firme y depende relativamente poco de sus cualidades anímicas. (Las formas del reino animal se densificaron en tiempos terrestres mucho más remotos que las del hombre).

Las leyes en que actualmente se basa la creación de las formas en los reinos de la naturaleza, no deben entenderse, absolutamente, como válidas para lejanos tiempos pasados.

Hacia la mitad del tiempo evolutivo atlante paulatinamente se hizo notar en la humanidad un infortunio. Hubiera sido necesario preservar cuidadosamente los secretos de los iniciados, frente a los hombres que no habían purificado del error su cuerpo astral, a través de la respectiva preparación; y si éstos llegasen a enterarse de los conocimientos ocultos de las leyes según las cuales los seres superiores gobiernan las fuerzas de la naturaleza, pondrían esas fuerzas al servicio de sus perversas apetencias y pasiones. El peligro fue tanto mayor cuanto que los hombres, como lo hemos descrito se hallaban bajo la influencia de seres espirituales inferiores, los que, por no poder participar de la regular evolución terrestre, obraban contra ella. Estos seres influían constantemente sobre los hombres de tal manera que les infundían intereses que en

verdad se dirigían contra el bien de la humanidad. Y esto conjuntamente con el hecho de que los hombres todavía poseían la facultad de poner a su servicio las fuerzas del crecimiento y de la procreación de la naturaleza animal y de la humana.

No solamente hombres comunes caían en la tentación proveniente de seres espirituales inferiores, sino también una parte de los iniciados. Estos hasta llegaron a servirse de dichas fuerzas suprasensibles con fines contrarios a la evolución de la humanidad. Y para ello se servían de copartícipes no iniciados, los que empleaban en un sentido bajo, los secretos del obrar suprasensible de la naturaleza. Esto dio por resultado una gran depravación de la vida humana; y este mal se propagó cada vez más. Puesto que las fuerzas del crecimiento y de la procreación, cuando se las arranca de su función natural para utilizarlas separadamente entran en una relación misteriosa con ciertas fuerzas que actúan en el aire y el agua, resultó que por las acciones humanas se desencadenaron poderosas energías naturales destructoras. Con el tiempo, esto condujo a la destrucción del continente atlante a través de cataclismos terrestres, atmosféricos y de las aguas. La humanidad atlante, en cuanto no pereció por las tempestades, tuvo que emigrar. A causa de estos cataclismos, cambió la faz de la Tierra. Europa, Asia y África, por un lado, gradualmente obtuvieron la configuración actual; por el otro lado, América. Grandes migraciones se dirigieron hacia esos territorios. Para nuestro tiempo tiene singular importancia el éxodo desde la Atlántida hacia el Este. Paso a paso, los descendientes de la humanidad atlante poblaron Europa, Asia y África, donde distintos pueblos fueron a establecerse, pueblos de diverso nivel de evolución, pero igualmente de distintos grados de depravación. Y con ellos se trasladaron los iniciados, guardianes de los secretos de los oráculos, quienes fundaron en distintas regiones centros en que se cultivaron los servicios de Júpiter, de Venus y los demás en sentido genuino, pero también de un modo perjudicial.

Un influjo particularmente adverso ejerció la traición de los Misterios de Vulcano, pues la mirada de sus adeptos se dirigía en el mayor grado hacia las condiciones terrestres. A raíz de esta traición la humanidad llegó a depender de seres espirituales, los que, a causa de su evolución anterior, se oponían a todo cuanto provenía de aquel mundo espiritual que se había cristalizado debido a la separación de la Tierra del Sol. Conforme a la disposición que de la referida manera se había formado en ellos, esos seres actuaban precisamente en el elemento que en el hombre se generó porque tenía percepciones del mundo de los sentidos detrás de las cuales se ocultaba lo espiritual. Dichos seres alcanzaron una importante influencia sobre muchos hombres, habitantes de la Tierra, influencia que en primer lugar se expresaba en que al hombre se le arebát, cada vez más, el sentimiento de lo espiritual.

Debido a que en esos tiempos la estatura, la configuración y la plasticidad del cuerpo físico humano todavía se concentraba en alto grado conforme a las cualidades del alma, aquella traición también tuvo por resultado transformaciones del género humano en esa dirección. Donde la depravación de los hombres principalmente se hacía notar por el hecho de que fuerzas suprasensibles se utilizaban al servicio de bajos instintos, apetencias y pasiones, se engendraron grotescas figuras humanas en cuanto a su estatura y forma. Mas éstas no pudieron subsistir más allá del período atlante. Se extinguieron. La humanidad postatlante físicamente se ha formado partiendo de aquellos antepasados atlantes, cuya configuración física se había solidificado a tal punto que ya no cedían a las fuerzas del alma contrarias a la naturaleza.

En la evolución atlante hubo un determinado período en que, debido a las leyes reinantes dentro y alrededor de la Tierra, prevalecían para la forma del cuerpo humano precisamente las condiciones que determinaron su solidificación. Las formas de razas humanas que se habían solidificado antes de

aquel período si bien pudieron reproducirse durante un largo tiempo, poco a poco resultaron para las almas que en ellas se incorporaron, tan estrechas que esas razas se extinguieron. No obstante, precisamente algunas de esas formas raciales se conservaron hasta después de los tiempos atlantes; e incluso los que habían quedado suficientemente flexibles, durante mucho tiempo, pero como forma modificada. Aquellas formas humanas en que se había conservado la plasticidad hasta más allá del período caracterizado, principalmente resultaron ser cuerpos para almas que en gran medida sufrieron el efecto dañino de la caracterizada traición. Estaban destinadas a su pronta extinción.

Vemos pues que desde el período medio de la evolución atlante se hicieron sentir dentro de la evolución de la humanidad seres cuya actividad ha conducido a que el hombre llegase a vivir de una manera carente de lo espiritual, en el mundo físico-sensorio. Esto pudo llegar a tal punto que en lugar del verdadero aspecto de este mundo, le aparecían imágenes engañosas y visiones fantasma, ilusiones de toda clase. El hombre estaba expuesto no solamente al influjo lucíferico, sino también a esos otros seres a que ya nos hemos referido y a cuyo conductor le podemos llamar Ahimán, según la denominación que más tarde, en la cultura persa, se le ha dado. (Mefistófeles es ese mismo ser). Por este influjo, el hombre quedó sometido, después de la muerte, a potencias que incluso allí le hacían aparecer como un ser cuya atención meramente se dirige hacia las condiciones terrestre-sensorias. Se le privó cada vez más de la visión desembarazada de los sucesos del mundo espiritual. Tuvo que sentirse a merced de Ahimán, quedando excluido, en cierta medida, de la comunidad con el mundo espiritual.

Singular importancia tenía un oráculo que dentro de la decadencia general había mantenido más puramente el antiguo servicio. Pertenecía a los Oráculos de Cristo; en virtud de ello era capaz de guardar, no solamente el Misterio de Cristo

226

comenzó la vida humana en pensamientos. La parte del cuerpo vital unida con el físico, efectivamente transformó el cerebro físico en el instrumento del pensar; sólo desde entonces el hombre sintió su «Yo» como realmente dentro del cuerpo físico, y se despertó la conciencia de sí mismo. Pero al principio esto no tuvo lugar sino en una pequeña parte de la humanidad, especialmente en los adeptos del conductor del Oráculo de Cristo. La masa de los otros hombres, distribuidos por Europa, Asia y África, mantenía los restos de los antiguos estados de conciencia, de los más diversos grados, por lo que poseían una espontánea experiencia del mundo suprasensible.

Los adeptos del iniciado de Cristo eran hombres de intelecto altamente desarrollado, pero dentro de la humanidad de aquel tiempo poseían en el menor grado experiencias en el campo de lo suprasensible. Con ellos, dicho iniciado se trasladó desde el Oeste al Este, hacia una región en el Asia Central. Fue su intención preservarlos en lo posible del contacto con los hombres de conciencia menos evolucionada. A dichos adeptos, los ilustró en el sentido de los Misterios a él revelados; principalmente influyó de esta manera sobre los descendientes de aquéllos. Así formó un grupo de hombres, los que con el corazón abierto habían acogido los impulsos correspondientes a los misterios de la iniciación de Cristo. De este grupo escogió los siete mejores para que ellos pudiesen tener un cuerpo vital y un cuerpo astral concordantes con las improntas de los cuerpos vitales de los siete mejores iniciados atlantes. Así formó sendos sucesores de los iniciados de Cristo, de Saturno, de Júpiter, etc. Estos siete iniciados llegaron a ser los maestros y guías de los hombres que en el tiempo post-atlante habían poblado el Sur de Asia, principalmente la antigua India. Como, en verdad, esos grandes maestros estaban dotados de reflejos de los cuerpos vitales de sus antecesores espirituales, resultó que las fuerzas de su cuerpo astral, o sea, el saber y los conocimientos adquiridos por ellos mismos, no se hallaban a la

228

mismo, sino también los misterios de los demás oráculos. Pues, al revelarse el sublime Espíritu del Sol, igualmente se revelaron los ductores de Saturno, Júpiter, etc. En el Oráculo del Sol se conoció el secreto de producir en este o aquel hombre un cuerpo vital humano de igual naturaleza que los cuerpos vitales de los mejores iniciados de Júpiter, de Mercurio, etc. Mediante los recursos que al respecto se poseían, y que aquí no es preciso explicar, se hizo posible conservar las improntas de los mejores cuerpos vitales de los antiguos iniciados, e impregnarlas más tarde en hombres de naturaleza adecuada. Por los iniciados de Venus, Mercurio y Vulcano, semejantes procesos también pudieron realizarse para los cuerpos astrales.

En un determinado período sucedió que el guía de los iniciados de Cristo se vio en soledad con algunos adeptos: hombres a quienes sólo en forma muy limitada se les podía comunicar los misterios del mundo; puesto que ellos pertenecían a aquellos en que menos se hacía notar, como disposición natural, la separación de los cuerpos físico y vital. En aquel tiempo, semejantes hombres eran, en realidad, los mejores para el ulterior progreso de la humanidad. Cada vez menos se habían producido en ellos las experiencias durante el sueño; y cada vez más el mundo espiritual se les había cerrado. Por otra parte, carecían de la comprensión con respecto a todo lo que en tiempos antiguos se había revelado al hombre cuando él sólo se encontraba en su cuerpo vital, no en el físico. Los hombres inmediatamente vinculados con aquel guía del Oráculo de Cristo eran los que más habían progresado en cuanto al progreso de unirse nuevamente aquella parte del cuerpo vital con el físico del que antes había estado separado. Poco a poco, esta nueva unión tuvo entonces lugar en la humanidad, a consecuencia del cambio que se había producido en la Atlántida y en la Tierra en general. El cuerpo físico y el cuerpo vital del hombre volvían a coincidir más y más. De esto resultó que las facultades de la memoria, antes ilimitadas, se perdieron, mientras que

*) El cuerpo astral estaba menos desarrollado que el físico.

227

La parte del cuerpo astral de un iniciado en un tiempo y esto adquirió la forma del Oráculo.

altura de lo que por su propio cuerpo vital les fue revelado. En virtud de ello, debían acallar su propio saber y conocer, para que en ellos pudiesen hablar aquellas revelaciones. A través de ellos hablaban entonces las sublimes entidades que también habían hablado para sus antecesores espirituales. Fuera de los tiempos en que estas entidades hablaban a través de ellos, dichos maestros eran hombres sencillos, que poseían la cultura intelectual y del alma que por sus propios esfuerzos habían alcanzado.

En la India vivían entonces hombres que especialmente habían conservado un vivo recuerdo del antiguo estado anímico de la población atlante, un estado del alma que hacía posible las experiencias en el mundo espiritual. En muchos de esos hombres existía, además, un poderoso aspirar del corazón y del alma a la visión del mundo suprasensible. Sabiamente guiados por el destino, la parte principal de esa categoría de hombres, escogidos de lo mejor de la población atlante, había llegado al Sur de Asia. Otros grupos, además de esa parte principal, habíanse agregado en otros tiempos. El iniciado de Cristo designó a sus siete grandes discípulos como maestros de esa humanidad, a la que ellos dieron su sabiduría y sus mandatos. Con sólo una breve preparación muchos de esos antiguos indios supieron reactivar las apenas apagadas facultades que conducían a la observación en el mundo suprasensible, ya que el anhelo de penetrar en ese mundo era un estado anímico fundamental del indio; él sentía que dicho mundo era la patria primitiva del hombre, y que de allí él ha sido trasladado al mundo que se presenta a la percepción sensoria exterior y al intelecto ligado a tal percepción. Esa humanidad sentía el mundo suprasensible como el verdadero y el mundo de los sentidos como una ilusión de los sentidos humanos (maya). Empleando todos los medios se aspiraba a abrir la visión del verdadero mundo, sin interesarse por el ilusorio mundo de los sentidos, o simplemente en cuanto éste se evidencia como velo

229

ante el mundo suprasensible. Los siete grandes maestros ejercían un enorme poder sobre dichos hombres, y lo que por aquéllos pudo revelarse penetraba profundamente en las almas de éstos. Puesto que la posesión de los cuerpos vital y astral que dichos maestros habían recibido, les confería grandes fuerzas; eran también capaces de influir mágicamente sobre sus discípulos. En realidad, no enseñaban sino que actuaban como fuerzas mágicas, de personalidad a personalidad. Gracias a tales condiciones surgió una cultura totalmente compenetrada de sabiduría suprasensible. El contenido de los Libros Sagrados de los hindúes (los Vedas) no da la forma originaria de la sublime sabiduría, como los grandes maestros de los tiempos más antiguos la cultivaban, sino meramente una débil reminiscencia. Solamente la mirada suprasensible retrospectiva encontrará, detrás de los libros escritos, la no escrita sabiduría primitiva. Un rasgo que en ella predomina consiste en la armonía de las distintas sabidurías de los oráculos del tiempo atlante. Pues, cada uno de los grandes maestros revelaba la sabiduría de un determinado oráculo. Y los distintos aspectos producían una perfecta armonía, porque detrás de todas se hallaba la sabiduría fundamental de la profética iniciación de Cristo. Pero también hay que mencionar que el maestro que fue sucesor espiritual del iniciado de Cristo no enunciaba lo que éste mismo podía revelar. Pues el iniciado de Cristo de la Atlántida se había mantenido al margen de la evolución. Por de pronto no pudo transferir su sublime misión a ningún hombre post-atlante. La diferencia entre él y el iniciado de Cristo de los siete grandes maestros indios consistía en que era capaz de dar expresión a su visión del Misterio de Cristo plenamente mediante representaciones humanas, mientras que el iniciado de Cristo en la India sólo era capaz de dar un trasunto de este Misterio, mediante símbolos y signos, porque la facultad que como hombre había desarrollado, no alcanzaba para representar aquel Misterio. Pero los siete maestros conjuntamente

prensión de la enseñanza suprasensible se hacía más fácil porque en muchos hombres era posible despertar el ya caracterizado recuerdo interior de los antepasados, lo que, por cierto, fácilmente conducía a una idea errónea de la reencarnación. Como en el período atlante se había llegado a la verdadera idea de la reencarnación sólo por los iniciados, así también en la más antigua India, únicamente por el contacto directo con los grandes maestros. Pero también es verdad que la idea errónea de la reencarnación arriba mencionada, se propagó ampliamente entre los pueblos que a consecuencia de la destrucción del continente atlante se habían extendido sobre Europa, Asia y África. Y debido a que los iniciados que durante la evolución atlante se habían desviado de su desarrollo normal, también habían comunicado este Misterio a personas sin la debida madurez, resultó que los hombres llegaron a confundir, cada vez más, la verdadera idea con la errónea. Cual una herencia del tiempo atlante, muchos de esos hombres habían conservado una suerte de clarividencia opaca. Así como el hombre atlante había penetrado en el dominio del mundo espiritual durante el sueño, sus descendientes vivían en ese mundo en anómalos estados intermedios entre la vigilia y el sueño. En tales estados se suscitaban en ellos las imágenes del tiempo antiguo de sus antepasados; y ellos se tenían por reencarnaciones de hombres que habían vivido en aquel tiempo. Por todo el orbe se propagaron entonces doctrinas de reencarnación que contrastaban con las ideas genuinas de los iniciados.

En las regiones de Asia Occidental, como resultado de las migraciones que durante mucho tiempo, desde el comienzo de la destrucción atlante, se dirigían del Oeste hacia el Este, se había radicado un conjunto de pueblos cuyos descendientes la historia conoce como el pueblo persa y los grupos humanos que con él guardan afinidad. Pero el conocimiento suprasensible ha de remontarse, por cierto, a tiempos más antiguos que los históricos de esos pueblos. Al referirnos a la segunda gran

podían dar expresión, a través de una grandiosa imagen de sabiduría, al conocimiento del mundo suprasensible, mientras que en el antiguo Oráculo atlante sólo había sido posible enunciar las distintas partes de ese conocimiento. En la India se revelaban las grandes fuerzas conductoras del mundo cósmico; y se hacía alusión al gran Espíritu Solar, el Espíritu Oculto que reina sobre aquellos que por los siete maestros se revelaban.

Lo que aquí se entiende cuando hablamos de «antiguos indios», no coincide con lo que comúnmente se quiere decir con tal expresión. No existen documentos históricos del tiempo de que aquí se habla. El pueblo al que comúnmente se llama «indio» (o hindú) corresponde a una etapa evolutiva de la historia que surgió mucho tiempo después del período a que nos referimos. Hemos de reconocer la existencia de un primer período terrestre post-atlante, en que reinaba la cultura «india», la que aquí caracterizamos; después surgió el segundo período en que reinaba la cultura que más tarde en este libro llamaremos la «antigua persa», y aún más tarde se desarrolló la cultura «egipcio-caldea», la que también se describirá más adelante. Durante el desenvolvimiento de la segunda y tercera cultura post-atlante, el «antiguo» pueblo indio también pasó por una segunda y tercera época. Y a esta tercera época se refiere lo que generalmente se describe como la antigua India. Por consiguiente, lo que aquí se describe no hay que relacionarlo con lo que por lo común se llama la «antigua India».

Otro rasgo de la antigua cultura india es aquél que más tarde condujo a la división de los hombres en castas. Los habitantes de la India eran descendientes de los hombres atlantes, los que habían pertenecido a distintas categorías; hombres de Saturno, de Júpiter, etc. Las enseñanzas suprasensibles hacían comprender que no es por casualidad que un alma llega a colocarse dentro de una casta, sino debido a que ella misma había tomado tal decisión. Seteciente com-

época cultural de la evolución post-atlante, después de la cultura india, estamos hablando de antepasados muy antiguos del pueblo que más tarde fue el persa. Los pueblos de esta segunda época cultural tenían otra misión que los de la India. Pues, con sus anhelos y sus inclinaciones se dirigían no solamente hacia el mundo suprasensible, sino que propendían a ocuparse del mundo físico-sensible. Sentían afición a la Tierra; apreciaban lo que en ella el hombre puede conquistar, y lo que por las fuerzas de ella, puede ganar. Con esta peculiaridad de su ser se relaciona lo que ellos llevaron a cabo como pueblo guerrero, como asimismo los medios que idearon para ganarse los tesoros de la Tierra. No existía el peligro de que por su anhelo de lo suprasensible ellos pudieran enajenarse totalmente de la «ilusión» de lo físico-sensorio, sino antes bien aquel de que por su sentido a favor de éste, pudieran perder enteramente el vínculo del alma con el mundo suprasensible. También los oráculos del antiguo territorio atlante se habían trasplantado a este lado, habían adoptado, a su manera, el carácter general de este pueblo. En ellos, de las fuerzas adquiridas en el pasado por las experiencias del mundo suprasensible, las que en ciertas formas inferiores todavía se dominaban, se cultivaba lo que dirige los fenómenos de la naturaleza de manera tal que estos sirvan a los intereses individuales del hombre. (Este pueblo antiguo todavía poseía gran poder para dominar las fuerzas naturales que más tarde se substraeron a la voluntad humana. Los guardianes de los oráculos disponían de fuerzas interiores relacionadas con el fuego y otros elementos. Podemos llamar magos a estos hombres. Pero lo que ellos como herencia de los tiempos antiguos habían conservado del conocimiento y de las fuerzas suprasensibles, era débil, comparado con lo que en un pasado remoto había sido posible realizar. No obstante, aquello se manifestaba en todas las formas, desde las nobles artes que sólo tenían en cuenta el bien de la humanidad, hasta las prácticas más vituperables. En estos hombres imperaba de una

manera singular el ser lucífero, el que los había vinculado con todo cuanto al hombre le desvía de las intenciones de aquellos seres superiores, que por sí solos, sin la influencia lucífera, podrían haber dirigido el progreso de la evolución de la humanidad. Los miembros de este pueblo que aún estaban dotados de restos del antiguo estado clarividente, o sea, del arriba descrito estado intermedio entre la vigilia y el sueño, también se sentían atraídos a los seres inferiores del mundo espiritual. Hacía falta dar a este pueblo un impulso espiritual para contrarrestar esas particularidades de carácter. De la misma fuente de que provenía la vida espiritual de la antigua India, el guardián de los secretos del Oráculo del Sol, le dio entonces al pueblo persa un ductor.

Al conductor de la antigua cultura espiritual persa, el que fue dado a dicho pueblo por el guardián del Oráculo del Sol, le podemos dar el mismo nombre que la historia conoce como Zaratustra, o Zoroastro, sólo que hemos de hacer constar que la personalidad a que aquí nos referimos pertenece a un tiempo mucho más antiguo que aquel que la historia hace figurar como portador de este nombre. Con todo, lo que aquí importa, no es la investigación histórica exterior, sino la ciencia espiritual. Y quien, con respecto al portador del nombre Zaratustra, tenga que pensar en una época posterior, que busque entonces la concordancia con la ciencia espiritual, representándose a un sucesor del primitivo gran Zaratustra, una personalidad que adoptó su nombre, y que actuó en sentido de su doctrina.

El impulso que Zaratustra dio a su pueblo, consistía en que le enseñaba que el mundo físico-sensorio no es meramente lo carente de espíritu que al hombre se le presenta cuando él se coloca exclusivamente bajo la influencia del ser lucífero. A este ser el hombre le debe su independencia personal y el sentimiento de su libertad; pero este mismo ser debe de actuar en él, en armonía con el ser espiritual opuesto. En el antiguo pueblo persa fue de singular importancia mantener el sentido

Espíritu de la Luz (el Aura solar, Ahura-mazdao, Ormuzd). Este Espíritu de la Luz se revela para Zaratustra y sus adeptos, como el ser espiritual que desde el mundo espiritual vuelve su rostro hacia el hombre, y que dentro de la humanidad prepara el tiempo por venir. Es el espíritu que antes de su aparición sobre la Tierra da la señal de la Venida de Cristo, al que Zaratustra anuncia como el Espíritu de la Luz. Por el otro lado hace ver en Ahrimán (Angra mainyú) la potencia que por su influjo sobre la vida anímica humana conduce a la depravación, cuando a ella esta vida se abandona de un modo unilateral. Esta potencia no es otra que la ya caracterizada, la que desde la traición de los Misterios de Vulcano había alcanzado en la Tierra un peculiar dominio. Aparte de la anunciación del Dios de la Luz, Zaratustra daba enseñanzas acerca de las entidades espirituales que al purificado sentido del vidente se le revelaban como seres del ámbito del Espíritu de la Luz, en contraste con los cuales se hallaban los seres tentadores, los que aparecían ante el no purificado resto de la clarividencia, proveniente del tiempo atlante. Había que explicar al antiguo pueblo persa que en el alma humana, en cuanto ella se orienta hacia el actuar y aspirar dentro del mundo físico-sensorio, tiene lugar una lucha entre la potencia del Dios de la Luz y de su adversario; y qué actitud tiene que adoptar el hombre para evitar que este último le conduzca al abismo; y para que, por la fuerza del primero, la influencia del otro sea encauzada hacia el bien.

Una tercera época cultural del tiempo post-atlante nació entre los pueblos que por las migraciones finalmente habían confluído en Asia Occidental y en el Norte de África. Se desarrolló entre los caldeos, babilonios, asirios, por una parte, y los egipcios, por otra. En estos pueblos, el sentido que se dirige hacia el mundo físico-sensorio se había desarrollado de una manera distinta de la de los antiguos persas. Aquellos habían acogido en sí mismos, mucho más que otros, de la disposición espiritual que formaba la base de la facultad de

abierto con respecto a este último ser. Por su propensión al mundo físico-sensorio, este pueblo estaba en peligro de confundirse enteramente con el ser lucífero. Zaratustra, a su vez, había recibido del guardián del Oráculo del Sol una iniciación de tal índole que él podía recibir las revelaciones de los sublimes seres solares. En los estados especiales de su conciencia a que había llegado a través de su desarrollo espiritual, él era capaz de percibir al ductor de los seres del Sol, aquel Ser que de la manera descripta había protegido el cuerpo vital humano. Zaratustra sabía que ese Ser dirige la evolución de la humanidad, pero que sólo después de un determinado tiempo descendería del espacio cósmico a la Tierra. Para ello era necesario que dicho Ser pudiera vivir en el cuerpo astral de un hombre, al igual que actuaba en el cuerpo vital de los hombres desde que había ocurrido la influencia del ser lucífero. Para este fin debía aparecer un hombre que nuevamente hubiera transformado el cuerpo astral al grado que éste, sin la influencia de Lúclifer, habría podido alcanzar en una determinada época (a mediados de la evolución atlante). Si Lúclifer no hubiera venido, el hombre ciertamente habría alcanzado ese grado evolutivo, pero sin la independencia personal y sin la posibilidad de obtener la libertad. Pero ahora se hacía necesario que el hombre, a pesar de dichas calidades, volviese a alcanzar ese grado evolutivo. En sus estados de viciencia, Zaratustra preveía que en el futuro de la evolución de la humanidad sería posible la aparición de una personalidad con semejante cuerpo astral. Mas también sabía que antes de tal tiempo no podían encontrarse en la Tierra las fuerzas espirituales del Sol; pero que las percibe la visión suprasensible en la esfera espiritual del Sol; él percibía esas fuerzas, cuando con su vista espiritual se dirigía hacia el Sol. A su pueblo le anunciaba la naturaleza de esas fuerzas, las que primero únicamente podían encontrarse en el mundo espiritual, pero que más tarde descenderían a la Tierra. He ahí la anunciación del magno Espíritu Solar, o bien, del

pensar, de la aptitud intelectual, facultades que habían venido formándose desde los últimos tiempos atlantes. Desde un principio ha sido la misión de la humanidad post-atlante desenvolver en sí misma las facultades anímicas que se podían adquirir por medio de las ya surgidas fuerzas del pensar y del sentir; fuerzas que no son incitadas, en forma inmediata, por el mundo espiritual, sino que se generan por el hecho de que el hombre observa el mundo de los sentidos, se familiariza con él y lo transforma por su trabajo. Hemos de considerar como la misión de la humanidad post-atlante, conquistar este mundo físico-sensorio por medio de las citadas facultades humanas. Esta conquista va realizándose gradualmente. En la antigua India, si bien el hombre, gracias a su estado anímico, ya se orienta hacia dicho mundo, todavía lo considera como ilusión, y su espíritu dirige la atención hacia el mundo suprasensible. En el antiguo pueblo persa, en contraste con aquello, surge el afán de conquistar el mundo físico-sensorio, pero en gran parte aún se trata de lograrlo mediante las fuerzas del alma que se habían conservado como herencia proveniente de un tiempo en que el hombre había sido capaz de alcanzar directamente el mundo suprasensible. En los pueblos de la tercera época cultural, el alma en gran parte ha perdido las facultades suprasensibles; en el mundo sensible tiene que escudriñar las manifestaciones de lo espiritual, y dedicarse a su ulterior desarrollo a través del descubrimiento y la invención de los medios de cultura que este mundo físico puede dar. Debido a que, en el mundo físico-sensorio se investigaron las leyes de lo espiritual que se halla detrás de este mundo, surgieron las ciencias humanas; debido a que se conocieron y se utilizaron las fuerzas de este mismo mundo, aparecieron la técnica, el trabajo artístico, y los correspondientes instrumentos y otros medios. Para el hombre de los pueblos caldeo-babilonios, el mundo sensorio dejó de ser una ilusión; en sus distintos reinos, en montañas y mares, en el aire y en el agua, se le manifestaban las

acciones espirituales de las potencias detrás de este mundo; y él aspiraba a conocer las respectivas leyes. El hombre egipcio consideraba la Tierra como campo de su trabajo; campo cuyo estado él tenía que transformar por medio de sus fuerzas intelectuales de tal manera que llegase a aparecer como expresión del poderío humano. Del continente atlante se habían trasplantado a Egipto oráculos que principalmente tenían su origen en el Oráculo de Mercurio. Pero también había otros, como por ejemplo, los Oráculos de Venus. En lo que el pueblo egipcio cultivaba a través de tales oráculos, se implantó un nuevo germen cultural, el que provenía de un gran conductor que había recibido su enseñanza espiritual en los Misterios persas de Zaratustra. (Se trata de la reencarnada personalidad de un discípulo del gran Zaratustra mismo.) Basándonos en un nombre histórico, le llamamos «Hermes». El haber acogido los Misterios de Zaratustra, le permitía encontrar el correcto camino para la conducción del pueblo egipcio. En la vida terrenal entre el nacimiento y la muerte, ese pueblo dirigía el sentido hacia el mundo físico-sensorio de tal manera que, si bien sólo en medida limitada era capaz de percibir el mundo espiritual detrás del físico, llegaba, no obstante, a conocer en aquél, las leyes de éste. Debido a ello, no se le podía enseñar, el espiritual, como el mundo con que el hombre pudiera unirse durante la vida terrenal. En lugar de ello se le hacía ver cómo vivirá después de la muerte, en su estado libre del cuerpo, en el mundo de los seres espirituales que durante el tiempo terrenal aparecen, a través de su reflejo, en el reino de lo físico-sensorio. Hermes enseñaba: en la medida que sobre la Tierra el hombre emplee sus fuerzas, con el fin de actuar según los propósitos de las potencias espirituales, adquiere la capacidad para unirse con ellas después de la muerte. Principalmente los que en esta dirección, entre el nacimiento y la muerte, más intensamente hayan actuado, quedarán unidos con la sublime entidad del Sol, con Osiris. Del lado caldeo-babilonio de esta corriente

como expresión de lo espiritual. El templo griego es la «morada del espíritu». En sus formas se percibe lo que comúnmente sólo el ojo espiritual del clarividente reconoce. El templo de Zeus (o de Júpiter) está construido de tal manera que para el ojo sensorio representa una digna envoltura de lo que el guardián de la iniciación de Zeus, o Júpiter, percibía con el ojo espiritual. Lo mismo ocurre con todo lo demás del arte griego: por conductos misteriosos, la sabiduría de los iniciados fluyó en los poetas, en artistas y pensadores. Dicha sabiduría se descubre en forma de conceptos e ideas en la cosmovisión de los antiguos filósofos griegos; y lo proveniente de la vida espiritual, como asimismo los Misterios de los iniciados asiáticos y africanos, se transmitieron a los pueblos de la cuarta cultura y sus conductores. Los grandes maestros de la India, y adeptos de Zaratustra y de Hermes habían formado sus discípulos. Estos, o sus sucesores, fundaron los centros de iniciación, donde la antigua sabiduría volvió a surgir en una nueva forma. Estos centros fueron los Misterios de la Edad Antigua. En ellos se les daba a los discípulos la enseñanza preparatoria para después conducirlos a los estados de conciencia que les permitía llegar a la visión del mundo espiritual. (Más detalles acerca de los Misterios de la Edad Antigua se encuentran en mi libro «El cristianismo como hecho místico». Otros pormenores se darán en los últimos capítulos de este libro.) De estos centros de iniciación, la sabiduría fluyó en quienes cultivaban los secretos espirituales en el Asia Menor, en Grecia y en Italia. (En el mundo griego surgieron importantes centros de iniciación en los Misterios órficos y eleusinos. En la Escuela de Pitágoras siguieron influyendo las enseñanzas y los métodos de la sabiduría antigua. En sus extensos viajes, Pitágoras había sido iniciado en los secretos de los más variados Misterios).

La vida del hombre en el tiempo post-atlante, entre el nacimiento y la muerte, también influyó sobre el estado libre del

cultural, la orientación del sentido humano hacia lo físico sensorio, se hacía notar más que del lado egipcio. Se investigaban las leyes de este mundo; y de los reflejos sensibles se dirigía la mirada hacia los arquetipos espirituales. Sin embargo, en múltiple sentido el pueblo quedó apegado a lo sensorio: en lugar del Espíritu de un astro, y de otros seres espirituales se daba en primer lugar importancia al astro como tal y a los reflejos terrenos de aquellos seres. Únicamente los doctores adquirieron, verdaderos y profundos conocimientos con respecto a las leyes del mundo suprasensible y de su obrar en conexión con el mundo sensorio. Más notablemente que en cualquier otro lugar se ponía de manifiesto el contraste entre los conocimientos de los iniciados y la errada creencia del pueblo.

Condiciones totalmente distintas imperaban en las regiones del Sur de Europa y del Asia Occidental, donde comenzó a florecer la cuarta época cultural post-atlante. Podemos llamarla la cultura greco-latina. A esos países habían afluido los descendientes de los hombres provenientes de las regiones más variadas del mundo antiguo. Allí había oráculos que seguían ateniéndose a los cultos de los diversos Oráculos atlantes. Había hombres que como disposición natural poseían ciertas herencias de la antigua clarividencia, y otros que bastante fácilmente podían adquirirla a través de la enseñanza. En lugares destacados, no solamente se seguían observando las tradiciones de los antiguos iniciados, sino que allí surgieron dignos sucesores de éstos, los que formaron discípulos capaces de elevarse a altos grados de la vida espiritual. Además, en esos pueblos vivía el impulso de crear, dentro del mundo sensorio, un dagijuo que en lo físico expresa de una manera perfecta lo espiritual. El arte griego, al lado de muchos otros aspectos, es un resultado de dicho impulso. Basta con contemplar con el ojo espiritual el templo griego y se reconocerá que en semejante obra maravillosa del arte, el hombre ha elaborado lo sensorio-material de tal manera que éste en todas sus partes aparece

cuerpo, después de la muerte. Cuanto más el hombre orientaba sus intereses hacia el mundo físico-sensorio, tanto mayor era la posibilidad de que, durante la vida terrenal, Ahimán penetrara en el alma y que siguiese ejerciendo su poder, después de la muerte. Este peligro había sido de menor grado en los pueblos de la antigua India, debido a que durante la vida terrenal les había aparecido el mundo físico-sensorio como ilusión. A consecuencia de ello se sustraían después de la muerte, al poderío de Ahimán. Tanto mayor había sido el peligro para los antiguos pueblos persas. En el tiempo entre el nacimiento y la muerte, ellos, con todo interés, habían dirigido la mirada hacia el mundo físico-sensorio. En gran medida habían cedido a la seducción de Ahimán, si Zaratustra, por su enseñanza del Dios de la Luz, no les hubiera indicado impresionantemente que detrás del físico-sensorio se halla el mundo de los seres espirituales de la Luz. En la misma medida en que los hombres de esa cultura habían acogido en el alma las así suscitadas ideas, eran capaces de substraerse a las garras de Ahimán, tanto para la vida terrenal como asimismo para la vida después de la muerte, en la que debe prepararse la nueva vida terrenal. En la vida terrenal el poderío de Ahimán conduce a que el hombre considere la existencia físico-sensoria como la única y debido a ello se cierra toda perspectiva hacia un mundo espiritual. En éste, dicho poderío conduce al hombre a la total soledad, a dirigir todo interés únicamente hacia sí mismo. Los hombres que al morir se hallan bajo el dominio de Ahimán, vuelven a nacer como egoístas.

En el presente, dentro de la ciencia espiritual, se puede describir la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento, del modo como esta vida es cuando la influencia ahimánica ha sido vencida hasta un cierto grado. El autor de este libro la ha descrito así en otros escritos y en los primeros capítulos de éste; y hay que hacerlo de este modo para explicar claramente lo que en esa forma de su existencia el hombre puede experi-

mentar al haber conquistado la visión espiritual pura de lo realmente existente. La medida en que cada uno sea capaz de vivirlo, depende de su dominación de la influencia ahrimánica. El hombre va aproximándose a lo que él puede alcanzar a ser en el mundo espiritual. Aquí, al considerar el curso de la evolución de la humanidad, hemos de tener bien presente cómo otras influencias afectan lo que en dicho sentido el hombre puede llegar a ser.

En el pueblo egipcio Hermes procuraba que durante la vida terrenal el hombre se preparase para unirse con el Espíritu de la Luz. Empero, en vista de que en aquella época los intereses de los hombres, entre el nacimiento y la muerte, ya se habían formado de tal manera que sólo en limitado grado era posible penetrar a través del velo de lo físico-sensorio, resultó que también después de la muerte permanecía turbada la vista espiritual del alma; la percepción del mundo luminoso quedaba opaca.

Lo velado del mundo espiritual después de la muerte alcanzaba el máximo grado para las almas de la cultura greco-latina cuando de la existencia corporal pasaban al estado libre del cuerpo. En la vida terrenal, ellas habían cultivado en alto grado, la vida físico-sensoria; y debido a ello habíanse condenado a la existencia de mera sombra después de la muerte. Es por esta razón que el griego sentía la vida después de la muerte como una existencia de sombra, y no es un mero decir, sino el sentimiento de la verdad, cuando el héroe de aquella época, con su propensión a la vida sensorial, exclama: «Más vale ser mendigo en la Tierra, que rey en el reino de las sombras». Todo esto era aún más pronunciado en los pueblos asiáticos, los que inclusive en su veneración y adoración dirigían la mirada tan sólo hacia los reflejos sensibles en lugar de los arquetipos espirituales. En gran parte de la humanidad imperaban en los tiempos del período cultural greco-latino, las condiciones descritas. Se nota que la misión del hombre del tiempo post-

atlante, la que consistía en conquistar el mundo físico-sensorio, necesariamente hubo de conducir a enajenarse del mundo espiritual. De tal manera se relaciona, necesariamente, lo grandioso por un lado, con el decaimiento, por el otro.

En los Misterios se cultivaba la vinculación del hombre con el mundo espiritual. En estados especiales del alma, los iniciados eran capaces de recibir las revelaciones de ese mundo. Ellos eran, cuasi, los sucesores de los guardianes de los oráculos atlantes; y a ellos se les revelaba lo velado por la influencia de Lúcifer y Ahrimán. Para el hombre, Lúcifer cubrió con un velo lo que, hasta la mitad del tiempo atlante, proveniente del mundo espiritual, pasivamente había fluído en el cuerpo astral humano. Si una parte del cuerpo vital no se hubiera separado del físico, el hombre habría sido capaz de experimentar en sí mismo esa región del mundo espiritual como una revelación en lo íntimo del alma. A causa de la influencia luciférica sólo era capaz de experimentarlo en estados anímicos especiales, apareciéndole entonces un mundo espiritual en forma de lo astral. Los seres respectivos se revelaban a través de figuras que solamente poseían los miembros superiores de la naturaleza humana, y que en esos miembros ostentaban, visibles en forma astral, los símbolos de sus peculiares fuerzas espirituales. Figuras sobre humanas se revelaban de tal manera.

Después de producirse la influencia de Ahrimán, se agregó a esta clase de iniciación, otra más. Ahrimán cubrió con un velo todo aquello del mundo espiritual que detrás de la percepción físico-sensoria habría aparecido si a partir de la mitad de la época atlante su influencia no se hubiera producido. Para los iniciados, la revelación se hizo posible, gracias a que ellos, más intensamente de lo que es preciso para obtener las impresiones de la existencia físico-sensible, ejercitaban en el alma todas las facultades que el hombre había adquirido desde el citado tiempo. Como resultado de ello, se les revelaba lo que como potencias espirituales se halla detrás de las fuerzas naturales, de modo que podían hablar de las entidades espiri-

242
Lúcifer impide ver lo espiritual y ahrimán en el mundo físico.

Ahrimán: impide que veamos lo espiritual que se nos revela en las cosas de la naturaleza

tuales detrás de la Naturaleza. Se revelaban a ellos las potencias creadoras de las fuerzas que obran en aquello del mundo natural que es inferior al hombre. Lo que había venido actuando desde los períodos de Saturno, Sol y la antigua Luna para formar el cuerpo físico, el cuerpo vital y el cuerpo astral del hombre, como asimismo los reinos mineral, vegetal y animal; todo esto constituía el contenido de un determinado género de secretos de los Misterios. Eran los expuestos a la influencia de Ahrimán. En los Misterios de una segunda categoría se revelaban los secretos de lo que había conducido al desarrollo del alma sensible, el alma racional y el alma consciente. Pero lo que los Misterios meramente pudieron profetizar fue el anuncio de que en el curso de los tiempos aparecería un hombre con un cuerpo astral de tal característica que con él, a pesar de Lúcifer, mediante el cuerpo vital, sin estado especial del alma, se podría ser consciente del mundo luminoso del Espíritu del Sol. Y el cuerpo físico de ese ser humano debía ser de tal índole que para éste se revelaría todo aquello del mundo espiritual que Ahrimán puede cubrir con un velo, hasta el momento de la muerte física. Para este ser humano, la muerte física no puede cambiar nada dentro de la vida; quiere decir, no tiene poder sobre ella. En semejante ser humano el «Yo» viene a aparecer de tal manera que la vida física, al mismo tiempo, contiene plenamente la espiritual. Semejante ser es el portador del Espíritu de la Luz, al que el iniciado, a través de particulares estados del alma, se eleva desde dos lados, siendo conducido, o al Espíritu de lo sobre-humano, o al Ser de las potencias de la naturaleza. Vaticinando que semejante ser humano aparecería en el curso del tiempo, los iniciados de los Misterios fueron los profetas de la Venida de Cristo.

Como profeta en este sentido surgió principalmente una personalidad en el seno de un pueblo que por transmisión hereditaria natural poseía las cualidades de los pueblos del Asia Occidental, y por educación la sabiduría de los egipcios: Moisés, del pueblo israelita. Su alma había acogido tanto de las

influencias de la iniciación que a ella, en estados extraordinarios, se le reveló el Ser que en el pasado, dentro de la regular evolución terrestre había asumido la misión de formar, obrando desde la Luna, la conciencia humana. En el rayo y el trueno Moisés percibía no solamente los fenómenos físicos sino las revelaciones del caracterizado Ser espiritual. Pero al mismo tiempo había influido sobre su alma la otra categoría de secretos de los Misterios, de modo que en sus visiones astrales percibía cómo, por el «Yo», lo sobrehumano se convierte en lo humano. De esta manera se le reveló a Moisés, desde dos lados, como suprema forma del «Yo»: Aquel que debía venir. (Cristo)

Como «Cristo» apareció, en forma humana, aquello que el sublime Ser solar había preparado como el magno prototipo humano terrenal. Debido a este acontecer, toda la sabiduría de los Misterios debió, en cierto sentido, adoptar una forma nueva. Antes, la única misión de esta sabiduría había sido conducir al hombre a que llegase a ponerse en un estado anímico tal que pudiera percibir el reino del Espíritu del Sol, fuera de la evolución terrestre. Ahora, a la sabiduría de los Misterios se le dio la misión de capacitar al hombre para reconocer al Cristo hecho hombre, y de comprender, desde este punto central de toda sabiduría, el mundo natural y el espiritual.

En el momento de su vida en que el cuerpo astral de Cristo Jesús tenía en sí mismo todo aquello que por influjo luciférico puede cubrirse con un velo, comenzó su actuar como instructor de la humanidad. A partir de este momento quedó implantada en la evolución terrestre humana la disposición para acoger la sabiduría que hace posible alcanzar, paso a paso, la meta físico-terrestre. Y en aquel instante en que se cumplió el acontecimiento de Gólgota, quedó inculcada en la humanidad la otra disposición, la que hará posible encauzar hacia el bien la influencia de Ahrimán. Al terminar la vida el hombre podrá ahora llevar consigo, por el portal de la muerte, lo que le libera de la soledad en el mundo espiritual. El acontecimiento de Palestina constituye el punto central, no solamente para la

Evangelio - Jesús

Por la Venida de Cristo al interior del Yo, el hombre Cristo

de la evolución

El suprimiento en el mundo físico produce luz en el mundo espiritual.

evolución física de la humanidad, sino también para los demás mundos a los que el hombre pertenece. Y al haberse realizado el «Misterio de Gólgota» al haber sufrido la «muerte en la cruz», el Cristo apareció en aquel mundo en que las almas se hallan después de la muerte, y refrenó el poderío de Ahrimán. En la región que los griegos habían llamado el «reino de las sombras», había caído en ese momento una luz cual un relámpago, la que a sus seres mostró que volvería a haber luz en ese reino. Lo que por el «Misterio de Gólgota» se había alcanzado para el mundo físico, proyectó su luz en el mundo espiritual.

De la manera descripta, la evolución post-atlante de la humanidad fue, para el mundo físico-sensible, un ascender, pero también un descender, para el mundo espiritual. Todo cuanto había fluído en el mundo sensorial, había emanado de lo existente en el espiritual, desde tiempos remotos. Desde el Advenimiento de Cristo, los hombres que hasta el secreto de Cristo se elevan, pueden llevar al mundo espiritual lo conquistado en el físico; y de aquél vuelve a fluir a éste, cuando los hombres, al reencarnarse, traen consigo lo que para ellos, en el mundo espiritual, entre la muerte y un nuevo nacimiento, el impulso de Cristo ha llegado a ser.

Lo que por el Advenimiento de Cristo fluyó en la evolución de la humanidad, actuó en ella como simiente. Pero ésta no da fruto sino paulatinamente. Una ínfima parte de las profundidades de la nueva sabiduría se ha vertido, hasta el presente, en la existencia física, la que sólo se encuentra en el comienzo de la evolución del cristianismo. En las distintas épocas transcurridas desde el Advenimiento de Cristo, el cristianismo sólo pudo revelar, en cada etapa, lo que los hombres -los pueblos-, fueron capaces de recibir, de acogerlo por su facultad de comprender. La primera forma que este conocimiento pudo adquirir puede caracterizarse como un vasto ideal de la vida; y como tal estuvo en contraste, con las formas de vida que en la humanidad post-atlante se habían engendrado. En páginas anteriores hemos descripto las condiciones que en la

246

El suprimiento en el mundo físico produce luz en el mundo espiritual.

evolución física de la humanidad, sino también para los demás mundos a los que el hombre pertenece. Y al haberse realizado el «Misterio de Gólgota» al haber sufrido la «muerte en la cruz», el Cristo apareció en aquel mundo en que las almas se hallan después de la muerte, y refrenó el poderío de Ahrimán. En la región que los griegos habían llamado el «reino de las sombras», había caído en ese momento una luz cual un relámpago, la que a sus seres mostró que volvería a haber luz en ese reino. Lo que por el «Misterio de Gólgota» se había alcanzado para el mundo físico, proyectó su luz en el mundo espiritual.

De la manera descripta, la evolución post-atlante de la humanidad fue, para el mundo físico-sensible, un ascender, pero también un descender, para el mundo espiritual. Todo cuanto había fluído en el mundo sensorial, había emanado de lo existente en el espiritual, desde tiempos remotos. Desde el Advenimiento de Cristo, los hombres que hasta el secreto de Cristo se elevan, pueden llevar al mundo espiritual lo conquistado en el físico; y de aquél vuelve a fluir a éste, cuando los hombres, al reencarnarse, traen consigo lo que para ellos, en el mundo espiritual, entre la muerte y un nuevo nacimiento, el impulso de Cristo ha llegado a ser.

Lo que por el Advenimiento de Cristo fluyó en la evolución de la humanidad, actuó en ella como simiente. Pero ésta no da fruto sino paulatinamente. Una ínfima parte de las profundidades de la nueva sabiduría se ha vertido, hasta el presente, en la existencia física, la que sólo se encuentra en el comienzo de la evolución del cristianismo. En las distintas épocas transcurridas desde el Advenimiento de Cristo, el cristianismo sólo pudo revelar, en cada etapa, lo que los hombres -los pueblos-, fueron capaces de recibir, de acogerlo por su facultad de comprender. La primera forma que este conocimiento pudo adquirir puede caracterizarse como un vasto ideal de la vida; y como tal estuvo en contraste, con las formas de vida que en la humanidad post-atlante se habían engendrado. En páginas anteriores hemos descripto las condiciones que en la

246

El origen del Yo humano es el Ser solar.

evolución de la humanidad, a partir de la repoblación de la Tierra, reinaron en el período lemuriano. De ello resulta que anímicamente el origen de los hombres se remonta a distintos seres, los que, llegando de otros mundos, se incorporaron en los descendientes corporales de los antiguos lemurianos. Como resultado de este hecho surgieron las distintas razas humanas. Y en la vida de las almas que se reencarnaron, se formaron, a raíz de sus condiciones kármicas, los más variados intereses. En tanto todo esto seguía produciendo efectos, no pudo haber el ideal de un «carácter humanitario general». La humanidad partió de la uniformidad; mas la evolución terrestre hasta el presente ha conducido a la diversidad. En la idea basada en Cristo tenemos, por de pronto, un ideal contrario a toda separación, puesto que en el hombre que lleva el nombre de Cristo, viven también las fuerzas del sublime Ser Solar, fuerzas en que todo Yo humano ha de encontrar su origen. El pueblo israelita todavía se sentía como pueblo, y el individuo, como miembro de este pueblo. Al principio, cuando se concibió la idea de que en Cristo Jesús vive el ideal del ser humano, ideal que excluye las condiciones de la separación, el cristianismo se convirtió en el ideal de la fraternidad general. Por encima de los intereses y afinidades particulares se formó el sentimiento de que lo más íntimo del Yo humano es, en todos los hombres, del mismo origen. (Al lado de todos los antepasados terrestres aparece el padre común de todos los hombres: «Yo y el Padre somos Uno.»).

En el cuarto, quinto y sexto siglo de la era cristiana se preparó en Europa una época cultural que comenzó en el siglo XV, en la que vivimos todavía. Es la quinta época cultural post-atlante, la que vería preparándose para seguir inmediatamente a la cuarta, la greco-latina. Los pueblos que después de diversas transmigraciones y los más variados sucesos del destino, finalmente llegaron a ser los portadores de dicha época, eran descendientes de aquella parte de la población atlante que en el menor grado había sido afectada por lo que entretanto, en los

247

El origen del Yo humano es el Ser solar.

evolución de la humanidad, a partir de la repoblación de la Tierra, reinaron en el período lemuriano. De ello resulta que anímicamente el origen de los hombres se remonta a distintos seres, los que, llegando de otros mundos, se incorporaron en los descendientes corporales de los antiguos lemurianos. Como resultado de este hecho surgieron las distintas razas humanas. Y en la vida de las almas que se reencarnaron, se formaron, a raíz de sus condiciones kármicas, los más variados intereses. En tanto todo esto seguía produciendo efectos, no pudo haber el ideal de un «carácter humanitario general». La humanidad partió de la uniformidad; mas la evolución terrestre hasta el presente ha conducido a la diversidad. En la idea basada en Cristo tenemos, por de pronto, un ideal contrario a toda separación, puesto que en el hombre que lleva el nombre de Cristo, viven también las fuerzas del sublime Ser Solar, fuerzas en que todo Yo humano ha de encontrar su origen. El pueblo israelita todavía se sentía como pueblo, y el individuo, como miembro de este pueblo. Al principio, cuando se concibió la idea de que en Cristo Jesús vive el ideal del ser humano, ideal que excluye las condiciones de la separación, el cristianismo se convirtió en el ideal de la fraternidad general. Por encima de los intereses y afinidades particulares se formó el sentimiento de que lo más íntimo del Yo humano es, en todos los hombres, del mismo origen. (Al lado de todos los antepasados terrestres aparece el padre común de todos los hombres: «Yo y el Padre somos Uno.»).

En el cuarto, quinto y sexto siglo de la era cristiana se preparó en Europa una época cultural que comenzó en el siglo XV, en la que vivimos todavía. Es la quinta época cultural post-atlante, la que vería preparándose para seguir inmediatamente a la cuarta, la greco-latina. Los pueblos que después de diversas transmigraciones y los más variados sucesos del destino, finalmente llegaron a ser los portadores de dicha época, eran descendientes de aquella parte de la población atlante que en el menor grado había sido afectada por lo que entretanto, en los

247

facultades del hombre cuyo instrumento es el cerebro, se orientaron unilateralmente hacia la vida física, pudieron alcanzar el acrecentamiento que hizo posible la ciencia, la técnica y otros progresos similares del presente. Y esta cultura material únicamente pudo tener su origen en los pueblos de Europa, porque ellos son los descendientes de antepasados atlantes que habían desarrollado la inclinación hacia el mundo físico-sensorio, convirtiéndola en capacidades, cuando ya había alcanzado cierta madurez. Antes, la habían dejado adormilada y habían vivido de la herencia de la clarividencia atlante y de lo que sus iniciados les habían comunicado. Mientras exteriormente la cultura espiritual sólo se desarrolla bajo las influencias caracterizadas, iba madurando lentamente el sentido para el dominio material del mundo.

Peró en nuestro tiempo ya está preanunciándose la aurora de la sexta época cultural post-atlante. Pues, lo que ha de surgir en un tiempo determinado por la evolución de la humanidad, va madurando lentamente dentro del tiempo anterior. Lo que actualmente ya puede producirse en sus comienzos, consiste en descubrir el hilo que en el alma humana llegue a unir los dos aspectos, la cultura material y la vida en el mundo espiritual. Esto requiere que por un lado se comprendan los resultados de la visión espiritual, y que por el otro, en las observaciones y experiencias del mundo sensorio, se reconozcan las manifestaciones del espíritu. La sexta época cultural conducirá al pleno desarrollo de la armonía entre esas dos corrientes.

Con ello, las contemplaciones de este libro han llegado a un punto en que, de la descripción de lo pasado, pueden pasar a la perspectiva del futuro. Pero es preferible que a tal perspectiva preceda la contemplación con respecto al conocimiento del mundo superior y la iniciación. Después podemos dar brevemente, aquella perspectiva, en la medida que dentro del marco de este libro sea posible.

250

mún, como en el sueño; y sin embargo, no estaría durmiendo, sino que se encontraría, al igual que en el estado de vigilia, frente a un mundo real.

Semejante estado de conciencia puede crearse si el hombre produce en sí mismo las experiencias del alma que la ciencia espiritual hace posibles. Y todo lo que ella comunica sobre los mundos que se hallan más allá del mundo sensible, ha sido investigado a través de tal estado de conciencia.

En los capítulos precedentes se han dado algunas informaciones sobre los mundos superiores. En lo que sigue hablaremos, además -hasta donde en este libro es posible hacerlo- de los medios que permiten crear el estado de conciencia necesario para aquella investigación.

Este estado de conciencia se asemeja al sueño en un sólo sentido; esto es, durante el mismo cesan todas las funciones exteriores de los sentidos; y todos los pensamientos que por éstas se suscitan quedan extinguidos. Empero, mientras que en el sueño el alma no tiene ninguna fuerza para experimentar algo conscientemente, deberá obtener tal fuerza precisamente por dicho estado de conciencia. Quiere decir que por él se suscita en el alma la capacidad de un experimentar que en la existencia común sólo se provoca por las funciones de los sentidos. El despertar en el alma semejante estado de conciencia superior puede denominarse *iniciación*.

Los medios de la iniciación conducen al hombre del estado común de la conciencia diurna a una actividad del alma en la que él se sirve de instrumentos espirituales de observación. Estos instrumentos existen ya antes en el alma como gérmenes; y éstos han de desarrollarse.

Puede darse el caso que en un determinado momento de su vida, un hombre sin ninguna preparación especial, descubra que en su alma se han desarrollado semejantes instrumentos superiores. En tal caso se ha producido una suerte de despertar espontáneo. Semejante hombre tendrá la sensación

252

EL CONOCIMIENTO DE LOS MUNDOS SUPERIORES (DE LA INICIACION)

Entre el nacimiento y la muerte, el hombre experimenta en la vida común de la actual etapa evolutiva, tres estados de su alma: la vigilia, el sueño y, entre ambos, el ensueño. A este último volveremos a referirnos brevemente más adelante, en este libro. Aquí consideraremos, por ahora, la vida en sus principales estados alternantes, la vigilia y el sueño.

El hombre alcanzará conocimientos de los mundos superiores, si además del sueño y la vigilia, adquiere un tercer estado del alma. Durante la vigilia, el alma se halla entregada a las impresiones sensorias y a las representaciones suscitadas por ellas. Durante el sueño cesan las impresiones sensorias: pero el alma también queda inconsciente. Las experiencias del día se sumergen en el mar de la inconsciencia.

Imaginémonos ahora que durante el sueño el alma pudiese llegar a ser consciente, aunque las impresiones de los sentidos quedasen apagadas, al igual que, esto ocurre en todo sueño profundo. Y pensemos que *tampoco* existiese el recuerdo de las experiencias del día. ¿El alma se encontraría entonces en la nada? ¿No podría tener ninguna experiencia? Únicamente será posible contestar esta pregunta, si realmente se puede crear un estado igual o similar al descripto. Quiere decir, un estado en que el alma pueda experimentar algo a ún cuando no existan ni impresiones sensorias, ni un recuerdo de tales. El alma se encontraría entonces, con respecto al mundo circundante co-

251

de haber experimentado una transformación de todo su ser. Tiene lugar el ilimitado enriquecimiento de sus experiencias anímicas. Y él se dará cuenta de que ningún conocimiento del mundo de los sentidos, podrá darle semejante felicidad interior, igual estado satisfactorio del ánimo, y calor interior, como lo que le proporciona el conocimiento que al ojo físico no es asequible. Del mundo espiritual fluirá en su voluntad fuerza y firmeza de la vida.

Semejantes casos de iniciación espontánea existen; pero no deberían inducir a creer que únicamente habrá que aguardar tal iniciación espontánea, sin hacer nada para adquirirla a través del metódico discipulado. Aquí no hace falta hablar de la iniciación espontánea, ya que ella puede producirse sin observar regla alguna. En cambio, se describirá cómo es posible desenvolver, mediante la enseñanza, los órganos de percepción latentes en el alma. Las personas que en sí mismas no sienten ningún impulso peculiar para emprender algo en beneficio de su propio desarrollo, fácilmente dirán: la vida humana esta bajo la dirección de potencias espirituales en cuya conducción no hay que inmiscuirse, sino que corresponde aguardar con calma el momento en que esas potencias lo consideren oportuno abrirle al alma un nuevo mundo. Acaso semejantes hombres lo sentirán como cierto atrevimiento, o bien un deseo injustificado de penetrar en el dominio de la sabiduría de la conducción espiritual. Las personalidades que piensan de este modo sólo serán conducidas a cambiar de opinión, si una determinada idea llega a impresionarlas con suficiente fuerza. Esto es, cuando se dicen a sí mismas: aquella sabia conducción me ha dotado de ciertas capacidades; pero no me las ha conferido para que yo las deje sin utilizar, sino para que las emplee. La sabiduría de la conducción consiste en que ella ha colocado en mí ser los gérmenes de un estado de conciencia superior. Comprendo el sentido de esa conducción, únicamente si siento como un deber el que al hombre se le revele todo lo

253

que por sus fuerzas espirituales pueden revelársele. Los reparos que se ponen en la enseñanza con respecto al estado de la conciencia superior, desaparecerán cuando semejante pensamiento haya causado sobre el alma una impresión de suficiente fuerza.

Ciertamente, también podrá surgir otra objeción con respecto al discipulado en cuestión. Puede haber quien diga: «El desenvolvimiento de íntimas capacidades del alma penetra en el más recóndito santuario del hombre; encierra en sí mismo cierta transformación de todo el ser humano. Naturalmente uno mismo no puede imaginarse los medios que conducen a tal transformación. Pues sólo aquel que por su propia experiencia conoce el camino, puede saber cómo se llega al mundo superior; y quien se dirija a tal personalidad, le permite ejercer una influencia sobre el recóndito santuario del alma». El que piensa de este modo, tampoco podría contentarse con que se le comuniquen en un libro los medios que conducen al estado de conciencia superior; pues lo esencial no consiste en la cuestión de si algo se nos comunica verbalmente, o si una personalidad que posee el conocimiento de dichos medios lo describe en un libro por el cual otra persona llega a conocerlos. Por otra parte hay personalidades que poseen el conocimiento de las reglas para el desenvolvimiento de los órganos espirituales de percepción y que sostienen que esas reglas no deben confiarse a un libro. En general tales personas igualmente consideran que ciertas verdades referentes al mundo espiritual no deben comunicarse. Pero frente al actual período de la evolución de la humanidad, este modo de pensar en cierto modo ha de considerarse como anticuado. Es verdad que las respectivas reglas sólo pueden comunicarse hasta cierto grado; pero lo que se comunica conducirá a que la persona que lo aplique sobre el alma alcance el desarrollo del conocimiento a tal punto que le será posible encontrar el ulterior camino. Este camino hace avanzar de una manera

sano juicio; y en nuestro tiempo la verdadera ciencia espiritual no dará reglas para el discipulado, sino aquellas frente a las cuales el sano juicio pueda hacerse valer. Quien esté dispuesto a dedicarse únicamente a semejante discipulado, y quien por ningún prejuicio se deje llevar a la fe ciega, verá desaparecer toda clase de reparos; y no se dejará inquietar por las objeciones contra un metódico discipulado para llegar a un estado de conciencia superior.

Hasta para una persona que posea la madurez interior que tarde o temprano la pueda conducir al despertar espontáneo de los órganos espirituales de percepción, la enseñanza no es superflua, sino al contrario, para ella resultará particularmente apropiada. Pues existen muy pocos casos en que antes de la iniciación espontánea tal persona no tenga que pasar por las más variadas desviaciones tortuosas e inútiles. La enseñanza ha de ahorrarle tales desviaciones, porque le hará avanzar en la justa dirección. Cuando para semejante alma se produce la iniciación espontánea, esto se debe a que ella ha adquirido la madurez correspondiente en vidas terrenales anteriores. Y fácilmente ocurrirá que precisamente tal alma tenga un vago sentimiento de su madurez y que este mismo sentimiento le induzca a adoptar una actitud negativa frente a la enseñanza. Es que tal sentimiento puede engendrar cierta soberbia, la que puede obstaculizar la confianza en la genuina enseñanza. También puede suceder que cierto grado de desarrollo del alma quede inadvertido hasta una determinada edad y que sólo entonces se manifieste. En tal caso, justamente la enseñanza puede ser el medio adecuado para provocar el desenvolvimiento. Si en tal situación una persona se opone a la enseñanza, puede suceder que dentro de la respectiva vida la facultad permanezca oculta y que no vuelva a manifestarse sino en el curso de una de sus vidas terrenales posteriores.

Con respecto a la enseñanza del conocimiento suprasensible a que aquí nos referimos, es importante evitar

que, por cierto, sólo se juzgará correctamente a través de lo ya experimentado. Todos estos hechos pueden dar lugar a objeciones contra el sendero del conocimiento espiritual; pero éstas desaparecen si se toma en consideración la naturaleza del desarrollo señalado por la enseñanza adecuada a nuestra época. Hablaremos aquí de este sendero; y sólo brevemente nos referiremos a otros métodos.

Aquí hablamos de la enseñanza que a los que tengan la firme intención de llegar al desarrollo superior, les indica los medios que conducen a la transformación del alma. Únicamente se influirá desfavorablemente sobre la naturaleza del discípulo, si el instructor provocara la transformación a través de medios que se substraen a la conciencia del discípulo; mas en nuestra época ninguna correcta enseñanza para el desarrollo espiritual se servirá de semejantes medios. Pues ella no convierte al discípulo en un ciego instrumento, sino que meramente le indica las reglas que ha de observar, y el discípulo las ejecuta. Si hace falta, no se dejará de explicarle por qué se da esta o aquella regla. El tomar conocimiento de las reglas y su aplicación por una persona que busca el desarrollo espiritual, no tiene por qué obedecer a una fe ciega, la que en este campo debiera quedar absolutamente excluida. Quien observe la naturaleza del alma humana, tal como ella se presenta, sin la enseñanza espiritual, meramente por la común observación de sí mismo, puede, después de haber recibido las reglas recomendadas por la enseñanza espiritual, preguntarse: ¿Qué efectos producirán estas reglas en la vida del alma? Antes de todo discipulado, se puede contestar esta pregunta *satisfactoriamente*, empleando el sentido común, sin prejuicios. Es posible formarse la verdadera idea acerca del efecto que produce la aplicación de esas reglas, antes de entregarse a ellas. Pero también es cierto que únicamente durante el discipulado mismo es posible experimentar la respectiva eficiencia. Además, el experimentarlo sólo se comprenderá si paralelamente a cada paso que se da, se emplea el

que se produzcan ciertos malentendidos que fácilmente pueden surgir. Uno de ellos puede formarse por la opinión de que la enseñanza intente transformar al hombre en un nuevo ser, con respecto a toda su conducta en la vida. Pero no se trata de dar al hombre preceptos generales para la vida, sino de hablarle de ejercicios del alma, los que, si él los ejercita, le darán la posibilidad de observar lo suprasensible. Y estos ejercicios no influyen *directamente* sobre aquella parte de sus ocupaciones que se halla fuera de la observación de lo suprasensible. Fuera de esas ocupaciones, el hombre adquiere la facultad de la observación suprasensible; y la actividad de esta observación se halla separada de las ocupaciones habituales de la vida, como el estado de vigilia está separado del sueño. El uno no puede estorbar al otro, ni en lo más mínimo. Quien, por ejemplo, quisiera entremezclar el curso de la vida común con impresiones de la visión suprasensible, se parece a un hombre malsano cuyo sueño quedara continuamente interrumpido por un despertar nocivo. Para la personalidad ejercitada tiene que ser posible producir por su libre voluntad el estado de observar la realidad suprasensible. *Indirectamente* la enseñanza tiene que ver, por cierto, con preceptos para la vida en cuanto que sin una conducta conforme a la ética, la visión de lo suprasensible no es posible, o bien, perjudicial. Por la misma razón, mucho de lo que conduce a la visión suprasensible, resulta ser, a la vez, un medio para ennoblecer el modo de vivir. Por otra parte, la visión del mundo suprasensible hace conocer impulsos superiores de índole moral, los que también son válidos para el mundo físico-sensorio. Determinadas necesidades que la moral exige, sólo llegan a conocerse por lo que ese mundo puede revelar.

Otro malentendido consistiría en pensar que algún ejercicio del alma de los que conducen al conocimiento suprasensible tenga que ver con una transformación de la organización física. La verdad es que tales ejercicios no tienen

absolutamente nada que ver con cosa alguna del campo de la fisiología u otra rama de la ciencia natural. Pues se trata de procesos puramente espiritual-anímicos, tan ajenos a todo lo físico como el sano pensar y percibir como tales. Por su naturaleza, con tal ejercicio no ocurre en el alma otra cosa que lo que sucede cuando ella normalmente juzga, o se representa algo. Tanto y tan poco como el sano pensar tiene que ver con el cuerpo, tanto y tan poco tienen que ver con éste los procesos de la genuina enseñanza del conocimiento suprasensible. Todo cuanto de otra manera se relacione con el hombre, no es la verdadera enseñanza espiritual, sino una caricatura de ella. Lo que se expone a continuación, hay que tomarlo en el sentido de lo que aquí se ha dicho. Únicamente porque el conocimiento suprasensible es algo que se vincula con toda el alma humana, pareciera que en la enseñanza se exigen prácticas que conducen a transformar al hombre. Pero en verdad se trata de indicaciones concernientes a ejercicios que al alma dan la posibilidad de producir, dentro de la vida, instantes en que ella sea capaz de observar lo suprasensible.

El elevarse a un estado de conciencia suprasensible sólo puede partir del estado de vigilia de la común conciencia diurna. Antes de elevarse, el alma vive en esta conciencia; y por la enseñanza, se le dan los medios que la conducen fuera de la conciencia diurna. La enseñanza que aquí por de pronto entra en consideración da, entre los primeros medios, ejercicios que todavía pueden calificarse de pertenecientes a la común conciencia diurna. Precisamente, los medios más significativos son ejercicios en la quietud del alma. Se trata de que el alma se abandone a bien definidas representaciones, las que son de tal índole que por su naturaleza ejercen una fuerza que capacita al alma humana para despertar ciertas facultades latentes. Estas representaciones se diferencian de las de la consciente vida diurna, porque la función de éstas consiste en representar un

258

alma siga manteniendo la imagen de tal recordación; es decir, que en cierto modo la atención del alma quede fija en la representación evocada por recordación, esforzándose, a la vez, en excluir cualquier otra representación. El alma se halla entonces concentrada en la representación del árbol, evocada por recordación. En tal caso se trata de una sumersión del alma en una representación, mas ésta es la imagen de un objeto que se percibe por medio de los sentidos. Empero, si se emprende lo mismo con una representación traída a la conciencia por libre voluntad, será posible alcanzar, paso a paso, el efecto esencial.

A continuación daremos un ejemplo para ilustrar la sumersión anímica en una representación simbólica. En primer lugar es preciso componer en el alma semejante representación, lo que se puede hacer de la siguiente manera: Represéntese una planta; cómo ella echa raíces en el suelo; cómo hace brotar hoja por hoja; cómo llega a florecer. Imagínese, además, que junto a esta planta se encuentra un hombre. Vivifíquese en el alma el pensamiento de que el hombre posee cualidades y capacidades, las que, comparadas con las propiedades de la planta pueden llamarse más perfectas. Reflexiónese que el hombre, según sus sentimientos y su voluntad, puede dirigirse acá y allá, mientras que la planta está arraigada en el suelo. Pero dígame también: es cierto que el hombre es más perfecto que la planta; no obstante, observo que él posee cualidades que no existen en la planta, y por cuya esencia, en cierto sentido, ella puede aparecer como más perfecta que el hombre. El está lleno de deseos y pasiones, a los que obedece en su conducta. Con respecto a él puedo hablar de aberraciones, provocadas por sus impulsos y pasiones. En cambio, veo que la planta obedece a las leyes puras del crecimiento, de hoja en hoja; y que libre de pasiones abre la flor al casto rayo solar. Puedo decirme: el hombre posee cierta perfección con que aventaja a la planta; pero esta perfección la pago con que a las fuerzas de la planta que se me presentan como puras, él ha dejado sumar a su ser,

260

objeto exterior. Cuanto más exactamente lo hacen, tanto más exactas son; y su naturaleza reside en ser verdícas en tal sentido. En cambio, las representaciones a que el alma ha de entregarse para la enseñanza espiritual, no tienen tal finalidad, ya que su contenido está formado de tal manera que ellas no dan la imagen de una cosa exterior, sino que de por sí mismas tienen la peculiaridad de influir sobre el alma, despertando sus fuerzas. Las mejores representaciones a tal efecto son las de carácter simbólico. Pero también pueden emplearse otras. Lo que importa no es su contenido, sino simplemente el que el alma concentre todas sus fuerzas en que en su conciencia no está presente otra cosa que la respectiva representación. Mientras que las fuerzas de la vida anímica común se dirigen a los más variados objetos, y las ideas cambian con rapidez, se trata de que en la enseñanza espiritual toda la vida anímica se concentre en una determinada representación; y ésta debe colocarse, por libre voluntad, en el centro de la conciencia. Las representaciones simbólicas son más apropiadas que aquellas que representan objetos o sucesos exteriores, porque éstas tienen su punto de apoyo en el mundo exterior, lo que hace que al alma le resulte menos necesario apoyarse solamente en sí misma que en el caso de las simbólicas, las que se constituyen a través de la propia energía anímica. Lo esencial no reside en el contenido como tal; lo que importa es que, por la manera de cómo se ejercita el representárselo, lo representado desligue lo anímico de todo apoyo en lo físico.

Se comprenderá la importancia de tal concentrarse en una representación si primero se tiene presente el concepto de la recordación. Por ejemplo, cuando, después de haber dirigido la mirada hacia un árbol, se aparta la vista, de modo que ya no se lo ve, será posible hacer resurgir en el alma, por recordación, la representación del árbol. Esta representación del árbol que surge cuando éste ya no se encuentra frente a la vista, es el recuerdo que se tiene del árbol. Imaginémonos ahora que el

259

impulsos, deseos y pasiones. Ahora me imagino que la savia verde que fluye por la planta sea la expresión de las puras y desapasionadas leyes de crecimiento. Después me imagino que la sangre roja que circula por los vasos sanguíneos del hombre, sea la expresión de los impulsos, deseos y pasiones. Todo esto lo tengo presente en mi alma como un vivo pensamiento. Luego me imagino, además, que el hombre es susceptible de desarrollo; que por medio de sus facultades anímicas superiores él es capaz de purificar sus impulsos y pasiones. Pienso que esto conducirá a extinguir lo bajo de los impulsos y pasiones, y que éstos volverán a generarse en un nivel superior. Esto permitirá representarse la sangre como expresión de los impulsos y pasiones purificados. Reflexionando, contemplo ahora la rosa y me digo; en el color de la rosa percibo transformado en rojo el color de la savia verde de la planta; y la rosa de color rojo obedece, al igual que la hoja verde, a puras y desapasionadas leyes de crecimiento. Ahora me imagino que el color rojo de la rosa sea para mí el símbolo de una sangre que es expresión de impulsos y pasiones purificados y liberados de lo bajo, de modo que en su pureza se asemejan a las fuerzas que imperan en la rosa roja. Luego me esfuerzo en que tales pensamientos no solamente se analicen en mi intelecto, sino que adquieran vida en mis sentimientos. Cuando me imagino la pureza de la planta en su crecimiento libre de pasiones, tendré un sentimiento de felicidad interior; y podré sentir que ciertas cualidades de perfección superior, las tenemos que pagar con la agregación a nuestro ser de los impulsos y deseos. Esto convertirá en un sentimiento de seriedad la antes sentida felicidad; y luego se suscitará en mi alma el sentimiento de alivio y felicidad, si me abandono al pensamiento de que la sangre roja puede ser portadora de íntimos y puros sentimientos, al igual que la savia roja de la rosa. Lo que importa es que no nos entreguemos con insensibilidad a los pensamientos que sirven para componer una

261

representación simbólica. Después de haberse dedicado a los referidos pensamientos y sentimientos, hay que pasar a transformarlos en la siguiente representación simbólica. Habrá que imaginarse una cruz negra, la que sea *símbolo* del haberse extinguido lo bajo de los impulsos y pasiones; luego hay que imaginarse que donde se cruzan los maderos de la cruz, se encuentran siete resplandecientes rosas rojas, ordenadas en círculo, como *símbolo* de la sangre que es la expresión de las pasiones e impulsos purificados.* Se trata aquí de una representación simbólica, la que ha de colocarse ante el alma de la misma manera como más arriba se ha explicado para una representación provocada por la recordación. Tal representación posee la fuerza para despertar el alma, cuando uno se abandona a ella en *concentración interior*. Durante ésta, es preciso tratar de excluir toda otra representación; nada más que el caracterizado símbolo ha de estar presente, espiritualmente, *ante el alma, lo más vívido posible*.

No carece de importancia el que el referido símbolo se haya dado, no simplemente como una representación despertadora, sino que el mismo, primero ha sido compuesto mediante determinadas ideas acerca de la planta y el hombre. Pues la eficacia de semejante símbolo depende de que él mismo haya sido compuesto de la manera descripta, antes de usarlo para la concentración interior. Si la representación se practica sin haber previamente experimentado en el alma propia el proceso de la composición, el símbolo permanece frío y mucho menos eficaz que cuando a través de la preparación se le haya

*No importa si este o aquel modo de pensar de la ciencia natural considera o no justificados los citados pensamientos. Pues se trata de formarse, en relación con la planta y el hombre, pensamientos, a los que, fuera de toda teoría, se puede llegar a través de una simple reflexión espontánea. Tales pensamientos ciertamente tienen importancia de por sí, al lado de las, en otro sentido, no menos importantes ideas teóricas acerca de las cosas del mundo exterior. Y aquí, los pensamientos no tienen el objeto de exponer algún hecho científico, sino de componer un símbolo, el que se evidencia como arduamente eficaz, no importa qué reparos pueda poner esta o aquella personalidad, con respecto a la composición de ese símbolo.

262

sino que tal efecto simplemente se produce por la *manera de combinar* dichos detalles. Y este modo de hacer la composición no refleja nada de lo existente en el mundo de los sentidos.

Por el uso de un símbolo -para dar el ejemplo- hemos querido ilustrar el proceso de una eficaz concentración del alma. En la enseñanza espiritual pueden emplearse y combinarse de la más variada manera múltiples imágenes de tal naturaleza. Además, pueden darse determinadas locuciones, fórmulas, palabras sueltas para la contemplación. En todos los casos, tales medios para concentrarse en ellos, tendrán por objeto independizar al alma de la percepción sensoria e inducir a una actividad en que no tiene importancia la impresión que se produzca sobre los sentidos físicos; y en que el desenvolvimiento de las facultades anímicas latentes, se convierte en lo esencial. Igualmente puede tratarse de la mera concentración en sentimientos, impresiones anímicas, etc. Tales ejercicios resultan particularmente eficaces. Tómese, por ejemplo, el sentimiento de la alegría. El alma podrá sentir alegría en el curso normal de la vida, cuando para ello haya algún motivo exterior. Cuando el alma con sano criterio percibe que alguien realiza un acto de bondad de corazón, tal proceder suscitará en ella complacencia y alegría. Pero esa misma alma puede también reflexionar sobre un acto de tal naturaleza, y podrá decirse: una acción que se realiza por bondad de corazón, se debe a que la persona que la lleva a cabo no obra por su propio interés, sino que lo hace por el interés de su semejante. Tal acción puede calificarse de moralmente noble. Pero el alma puede también independizarse totalmente de la representación de aquel caso aislado que en el mundo exterior le ha causado alegría o complacencia; ella puede formarse la idea general de la bondad de corazón. Puede pensar, quizás, que la bondad de corazón surge cuando, en cierto modo, un alma absorbe y hace suyo, el interés de otra. Y el alma podrá así sentir la alegría que causa esa idea

264

dado su fuerza de *iluminar al alma*. Empero, durante la concentración no hay que tener presente ante el alma todos los pensamientos preparatorios, sino que dentro de la concentración espiritual meramente debe presentarse la viviente imagen, acompañada por *aquel sentimiento que había surgido de los pensamientos preparatorios*. De esta manera el símbolo se convierte en el signo, al lado del sentimiento que se vive: y lo eficaz reside en que el alma permanezca viviéndolo. Cuanto más tiempo se logre mantenerlo, sin que otra representación lo perturbe, tanto más eficaz resultará este proceso. Fuera del tiempo en que uno propiamente se dedique a la concentración será conveniente repetirse, una y otra vez, con pensamientos y sentimientos, como los hemos descripto la composición de la imagen, para que el sentimiento no vaya desvaneciéndose. Cuanto más paciencia se tenga para hacer tal renovación, tanto más valor ha de adquirir dicha imagen para el alma. (En mi libro «¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?» el lector encontrará otros ejemplos de medios apropiados para la concentración interior. Particularmente eficaces resultan las allí caracterizadas meditaciones sobre el crecer y perecer de una planta, sobre las fuerzas latentes en una semilla, sobre las formas de los cristales, etc. Aquí, en este libro, se ha querido ilustrar, a través de un ejemplo, la naturaleza de la meditación).

Un símbolo como el aquí descripto no representa ningún objeto o ser exteriores, creados por la naturaleza. Pero precisamente debido a ello posee la fuerza para despertar ciertas facultades puramente anímicas. Ciertamente, alguien podría hacer una objeción diciendo: es verdad que el «todo», como símbolo, no existe por obra de la naturaleza, no obstante, todos los detalles son tomados de ella: el color negro, las rosas, y lo demás. Todo esto lo perciben los sentidos. Quien se vea precisado a poner tal reparo, que tome en consideración que lo que conduce a despertar las facultades anímicas superiores, no reside en las representaciones de las percepciones sensorias,

263

Concentración en un Sentimiento

moral de la bondad del corazón. Se trata entonces de la alegría, no de este o aquel suceso del mundo de los sentidos, sino de la alegría referente a una *idea* como tal. Si se procura mantener viva en el alma semejante alegría por espacio de algún tiempo, se experimenta el abismarse en un sentimiento. En este caso, lo eficaz para despertar las facultades interiores del alma, no reside en la idea, sino en el mantener vivo en el alma durante un tiempo el sentimiento que no ha sido suscitado por una mera y aislada impresión exterior.

En virtud de que el conocimiento suprasensible es capaz de ahondar en la naturaleza de las cosas, más profundamente que el entendimiento común, resulta que a raíz de sus experiencias podrá señalar sentimientos que en un grado todavía mucho más elevado influyen sobre el desenvolvimiento de las facultades del alma, si se emplean para la concentración interior. Si bien esto es necesario para alcanzar grados superiores del discipulado, no hay que olvidar que el enérgico concentrarse en las sensaciones y los sentimientos como, por ejemplo, el caracterizado con respecto a la contemplación de la bondad de corazón, puede ya conducir muy lejos. Como los hombres son de distinta naturaleza, también varía en las distintas personas la eficacia de los medios a emplear.

En lo que se refiere al tiempo que conviene emplear para la concentración, hay que tener en cuenta que el efecto será tanto más intenso cuanto más tranquilo y reflexivo el ejercicio pueda hacerse; mas en esta dirección ha de evitarse toda exageración. Cierta medida de tacto interior que el discípulo adquiere en la práctica de los ejercicios, le enseñará a qué atenerse con respecto a esta cuestión.

En general habrá que dedicarse durante largo tiempo a tales ejercicios de concentración interior, antes de poder notar su resultado. Paciencia y perseverancia son requisitos indispensables en la enseñanza espiritual. Quien no suscite en sí mismo estas dos actitudes, y quien no siga haciendo constante-

265

mente los ejercicios de manera tal que la paciencia y la perseverancia formen el estado fundamental del alma, no podrá alcanzar mucho.

De la exposición precedente se verá que la concentración interior (la meditación) constituye un medio para adquirir el conocimiento de mundos superiores; pero también se podrá ver que no cualquier contenido de la representación conduce a tal fin, sino únicamente un contenido de la índole descripta.

El sendero aquí señalado conduce primero a lo que puede llamarse el conocimiento *imaginativo*, como el primer grado del conocimiento superior. El conocimiento que se basa en la percepción sensoria y en la elaboración de las percepciones sensorias a través del intelecto que está atado a los sentidos, lo podemos llamar «en sentido de la ciencia espiritual» el «conocimiento concreto». Más allá de éste tenemos los grados superiores del conocimiento; el primero de ellos es, precisamente, el conocimiento imaginativo. La expresión «imaginativo» podría motivar la objeción de aquel que por «imaginación» sólo entiende una representación «imaginaria», a la que no corresponde nada real. En cambio, en la ciencia espiritual, como «imaginativo» debe entenderse el conocimiento que se logra por un estado del alma de conciencia suprasensible. Lo que se percibe a través de este estado de conciencia son hechos y seres espirituales no asequibles para los sentidos; y como dicho estado se suscita en el alma por la concentración en símbolos, o «imaginaciones», el mundo de aquel estado de conciencia superior, como asimismo el conocimiento respectivo también pueden llamarse «imaginativos». Por consiguiente, este término significa algo «real», si bien en otro sentido que los hechos y seres de la percepción por medio de los sentidos físicos. Lo que importa no es el *contenido* de las representaciones de la vivencia imaginativa, sino únicamente la facultad anímica que por tal vivencia se desarrolla.

Los símbolos que se componen de la manera descripta más arriba todavía no se refieren por su naturaleza, a ninguna realidad del mundo espiritual. Tienen por objeto independizar al alma humana de la percepción sensoria y del cerebro como el instrumento de que, por de pronto, depende el intelecto. Este independizarse no puede acontecer sino cuando el hombre siente; ahora me represento algo por medio de fuerzas que obran sin que para ello mis sentidos y el cerebro sirvan de instrumentos. Lo primero que el hombre experimenta en este camino, consiste en semejante independizarse de los órganos físicos; y él podrá entonces decirse: mi conciencia no se extingue cuando dejo de tomar en consideración las percepciones sensorias y el pensar mediante el intelecto común; puedo independizarme de estas facultades y sentirme como un ser *al lado* de lo que antes he sido. He aquí la primera experiencia puramente espiritual: la observación de un Yo como entidad anímico-espiritual, la que como un nuevo Yo se ha arrancado de aquel Yo que únicamente está ligado a los sentidos y el intelecto físico. Si el independizarse del mundo de los sentidos y del intelecto se hubiera provocado sin la concentración, el hombre se habría hundido en la «nada» de la inconsciencia. Se entiende que la entidad anímico-espiritual ya se poseía antes de la concentración, pero ella aún no tenía los instrumentos para la observación del mundo espiritual. Podríamos compararla con un cuerpo físico sin ojos para ver, sin oídos para oír. La fuerza empleada para la concentración creó, partiendo de la antes no organizada entidad anímico-espiritual, los órganos anímico-espirituales. Lo que de esta manera el hombre se ha creado, es también lo primero que él llega a percibir. En cierto sentido, la primera experiencia es, por consiguiente, la percepción de sí mismo. Forma parte de lo esencial de la enseñanza espiritual, el que en este punto de su desarrollo, y a raíz de la ejercitada educación de sí misma, el alma sea plenamente consciente de que, en los mundos de

Es muy probable que contra la utilización de las caracterizadas representaciones simbólicas, se haga la objeción de que el formularlas se origina en un pensar soñador y en una fantasía arbitraria, y que por lo tanto ha de ser de resultado dudoso. Pero frente a los símbolos que tienen su fundamento en la genuina enseñanza espiritual, no se justifica un reparo de tal índole. Pues los símbolos se escogen de tal manera que se puede no tomar en consideración su relación con la realidad física exterior; y que su valor puede buscarse simplemente en la fuerza con que obran sobre el alma, cuando ella aparta del mundo exterior toda atención, cuando hace acallar toda impresión de los sentidos y también excluye todo pensamiento que por estímulo desde afuera pueda surgir. Lo más claramente se presenta el proceso de meditación comparándolo con el estado del sueño. Por un lado se le asemeja, por el otro aparece totalmente opuesto: es un sueño en que se está más despierto que en la conciencia diurna. Lo que importa reside en que, por la concentración en la respectiva representación, o en la imagen, el alma precisa sacar de sus propias profundidades, fuerzas mucho más poderosas que las que se emplean en la vida corriente, o en el conocimiento común; y con ello aumenta su actividad interior. El alma se desliga de la corporalidad, al igual que lo hace en el sueño; pero no pasa, como en él, a la inconsciencia, sino que vive la realidad de un mundo, al que antes no había conocido. Su estado, aunque en lo referente a su desprendimiento del cuerpo puede compararse con el sueño, es, no obstante, de tal índole que frente a la común conciencia diurna puede caracterizarse como un *estar más intensamente despierto*. En virtud de ello, el alma vive en su verdadero interior independiente, mientras que en su común estado de vigilia, debido al entonces débil despliegue de sus fuerzas, sólo logra ser consciente de sí misma por medio del cuerpo, de modo que no se experimenta a sí misma, sino únicamente a través de la imagen, la que -cual una especie de imagen-reflejo- el cuerpo (o bien sus procesos) proyecta de ella.

imágenes (imaginaciones), las que surgen por resultado de los ejercicios descriptos al principio, ella se percibe a sí misma. Si bien es cierto que estas imágenes aparecen como viviendo en un mundo nuevo, el alma, no obstante, deberá darse cuenta de que, por de pronto, no son otra cosa que el reflejo de su propio ser, fortalecido por los ejercicios. Además, no basta con que lo reconozca, juzgándolo correctamente, sino que también tiene que haber desarrollado la voluntad a tal punto que en todo momento sea capaz de volver a borrar, eliminar de la conciencia, dichas imágenes. El alma tiene que ser capaz de ejercer su voluntad enteramente libre y plenamente reflexiva, dentro de las imágenes: esto es algo que pertenece a la verdadera enseñanza espiritual, en este punto. Sin esta capacidad, el alma se encontraría, dentro del ámbito de las experiencias espirituales, en la misma situación en que se hallaría en el mundo físico si, al dirigir la mirada hacia un objeto, quedara cautivada por éste, de modo que ya no pudiera apartar la vista de él. Hay una sola excepción de la posibilidad de borrar las imágenes: la de un conjunto de experiencias interiores, cuyas imágenes, al haber adquirido el respectivo grado de desarrollo en la enseñanza espiritual, no es posible borrar. Este conjunto de imágenes corresponde al núcleo del propio ser anímico; y el discípulo reconoce en tales imágenes aquello de su propio ser interior que como su naturaleza fundamental pasa a través de las vidas terrenales repetidas. En este punto del discipulado, el sentimiento de que existen las vidas terrenales repetidas llega a ser una experiencia real. Con respecto a todo lo demás tiene que reinar la referida libertad en lo que se experimenta. Solamente después de haber adquirido la facultad de borrar, el discípulo se acerca al verdadero mundo exterior espiritual. En lugar de lo borrado aparece algo nuevo, en que se reconoce la realidad espiritual. Se siente que anímicamente uno deja atrás un ser indefinido, convirtiéndose en algo bien definido. De esta percepción de sí

mismo, hay que pasar a la observación de un mundo exterior anímico-espiritual. A ella se llega si la vida interior se ajusta a lo que a continuación se indica.

Al principio, el alma del discípulo espiritual será débil con respecto a todo cuanto en el mundo anímico-espiritual se percibe. En su interior tendrá que esforzarse enérgicamente por mantener en su concentración interior los símbolos u otras representaciones, los que según los estímulos del mundo de los sentidos, él ha compuesto. Pero si, además, quiere llegar realmente a la observación de un mundo superior, le será preciso, no solamente mantener dichas representaciones, sino que, después de haberlo hecho, deberá también ser capaz de permanecer en un estado en el que ningún estímulo del mundo sensible exterior influya sobre el alma, pero en el que, además, se extingan de la conciencia las caracterizadas representaciones imaginadas. Sólo entonces puede aparecer en la conciencia lo generado por la concentración. Se trata de que ahora debe existir suficiente fuerza interior del alma para que lo así generado realmente se perciba espiritualmente, y para que ello no escape de la atención, cosa que precisamente ocurre en el caso de la débilmente desarrollada energía interior. Lo que por de pronto se engendra como organismo anímico-espiritual y que el discípulo ha de concebir a través de la percepción de sí mismo, será útil y fugaz. Y los estorbos del mundo sensible exterior, como asimismo las reminiscencias de la recordación son grandes, por más que uno se esfuerce en apartarlos. No se trata solamente de los estorbos que se notan conscientemente, sino *mucho más* de los que en la vida común quedan totalmente inadvertidos.

Pero a este respecto, justamente en virtud de la naturaleza del ser humano, existe la posibilidad de un estado de transición. Pues, lo que a causa de los estorbos provenientes del mundo físico el alma no logra en el estado de vigilia, lo alcanza en el estado del sueño. Quien se dedica a la concentración

interior, llegará a notar algo, en cuanto a la característica de su sueño, si a ello presta la debida atención: tendrá la sensación de que durante el sueño «no duerme del todo», sino que en determinados momentos en que el alma está durmiendo, en cierto modo está en actividad. En semejantes estados, los procesos naturales rechazan las influencias del mundo exterior, las que en estado de vigilia el alma aún no es capaz de apartar, por su propia fuerza. Pero cuando los ejercicios de concentración ya han surtido efecto, el alma sale, durante el sueño, de la inconsciencia, y siente el mundo espiritual-anímico. Esto puede acontecer de doble manera. Durante el sueño, el hombre puede ver claramente: estoy ahora en otro mundo, o también, después del despertarse puede tener el recuerdo: estuve en otro mundo. Ciertamente, lo primero requiere mayor energía interior que lo segundo; esto será, por lo tanto, lo más frecuente en el principiante del discipulado espiritual. Paso a paso, esto puede llegar al punto de que al despertarse el discípulo tenga la sensación: durante todo el tiempo del sueño estuve en otro mundo, del que he salido, al despertar. Y la recordación de las entidades y los hechos de aquel mundo resultará cada vez más concreta. En tal caso, se ha producido en el discípulo, en una u otra forma, lo que puede llamarse la continuidad de la conciencia. (La continuidad de la conciencia durante el sueño). Pero con esto no queremos decir que él mantiene la conciencia durante todo el sueño. Ya es mucho si en cuanto a la continuidad de la conciencia, el hombre que por lo demás duerme como cualquier otro, tiene determinados momentos durante el sueño en los que es capaz de percibir, como si fuera conscientemente, un mundo espiritual-anímico, o si, una vez despierto, puede, en cierto modo, volver a dirigir la vista sobre tales breves estados de conciencia. Mas no hay que olvidar que lo aquí descrito sólo debe entenderse como un estado de transición. Resulta útil pasar por este estado como parte de los ejercicios; pero no hay que creer, absolutamente, que dicho estado de

270

271

transición puede resultar una impresión definitiva con respecto al mundo espiritual-anímico. En ese estado el alma no se siente segura de sí misma como para juzgar debidamente lo que percibe; pero a través de tales experiencias va reuniendo fuerzas para llegar a ser capaz, incluso en el estado de vigilia, de apartar de sí las influencias estorbanas de los mundos físicos, exterior e interior, de modo que alcance la observación espiritual anímica, cuando no le llegan impresiones por los sentidos, cuando permanece callado el intelecto ligado al cerebro físico, y cuando también quedan borradas de la conciencia las representaciones de la concentración, las que meramente habían servido para preparar la visión espiritual.

Lo que por la ciencia espiritual se publique en esta o aquella forma, jamás debería tener su origen en una observación espiritual-anímica, distinta de la que se ha hecho en pleno estado de vigilia.

Dos experiencias anímicas tienen importancia para la prosecución del discipulado espiritual. Una consiste en que el hombre pueda decirse: Aunque ahora dejo de tomar en consideración todas las impresiones que el mundo físico me puede dar, no por eso dirijo la vista a mi interior, como a un ser en el que se extingue toda actividad, sino que miro a un ser consciente de sí mismo en un mundo del que nada puedo saber en tanto sólo me deje alentar por aquellas impresiones sensorias y las del intelecto común. En tal momento el alma tiene la sensación de haber generado en sí misma a un nuevo ser, como núcleo esencial anímico de la característica descrita más arriba. Y este ser es de cualidades totalmente distintas de las que antes el alma poseía.

La segunda experiencia consiste en que el discípulo pueda tener a su lado su propio ser como un segundo ser, esto es que aquello en que hasta ahora se había considerado encerrado, se convierte en algo a que en cierto sentido se siente enfrentado. Temporalmente, se siente fuera de lo que antes él

había considerado como su propio ser, como su «Yo». Es así como si ahora viviese, plenamente consciente, en dos «Yoes»: el uno es aquél al que hasta ahora había conocido; encima de éste se halla el otro como una entidad recién nacida. Y él siente que el primero adquiere una cierta independencia frente al segundo; aproximadamente así como el cuerpo humano posee una cierta independencia frente al primer Yo. Esta experiencia es de suma importancia. Pues, gracias a ella, el hombre sabe lo que significa vivir en aquel mundo al que aspira llegar por el discipulado.

El segundo Yo, el recién nacido, puede ahora ser conducido a la percepción del mundo espiritual. En este Yo puede desarrollarse lo que para el mundo espiritual tiene la misma importancia que los órganos sensorios para el mundo físico-sensible. Cuando tal desarrollo haya progresado hasta el debido grado, el hombre no solamente se sentirá a sí mismo como un nuevo Yo, sino que a su alrededor percibirá hechos y entidades espirituales, al igual que por los sentidos físicos percibe el mundo físico. Esto representa una tercera importante experiencia. Para actuar debidamente en este nivel del discipulado, el hombre deberá tener en cuenta que con el crecer de las fuerzas del alma aparecen el amor propio y el pensar en sí mismo de un grado desconocido en la vida anímica común. Sería un malentendido creer que al llegar a este punto sólo habría que hablar del amor propio común. En este grado de desarrollo, el amor propio se acrecienta a tal punto que va adquiriendo el aspecto de una fuerza de la naturaleza, dentro del alma propia; y se requiere un intenso fortalecimiento de la voluntad para vencer ese excesivo sentido de sí mismo. Este sentido de sí mismo no se suscita por el discipulado espiritual, sino que existe siempre, sólo que por la experiencia espiritual se llega a tener conciencia del mismo. El fortalecimiento de la voluntad debe hacerse paralelamente con una enseñanza espiritual. Existe una fuerte propensión a sentirse dichoso en el

272

273

mundo que uno mismo se ha creado; y en cierto modo es preciso borrar, de la manera descrita, lo que con sumo esfuerzo se ha alcanzado. En el mundo imaginativo al que se ha llegado, hay que borrar a sí mismo. Pero a ello se oponen los vehementes impulsos del sentido de sí mismo.

Fácilmente puede surgir la creencia de que los ejercicios de la enseñanza espiritual son de característica exterior y que dejan de lado el desarrollo moral del alma. A ello hay que responder que no es posible adquirir la fuerza moral necesaria para vencer el sentido de sí mismo, sin que se eleve al nivel correspondiente la disposición moral del alma. El progreso en el discipulado espiritual no es concebible sin que necesariamente al mismo tiempo se consiga un progreso moral. Sin fuerza moral, no es posible vencer el sentido de sí mismo. Toda afirmación de que la verdadera enseñanza espiritual no es, al mismo tiempo, una educación moral, carece de objetividad. Únicamente quien desconozca semejante experiencia puede llegar a la objeción: ¿Cómo se puede saber qué, cuando se cree tener percepciones espirituales, se trata efectivamente de realidades y no meras ilusiones (visiones, alucinaciones, etc.)?

Lo que ocurre es, precisamente, que aquél que a través de la metódica enseñanza haya alcanzado el caracterizado grado de desarrollo, es capaz de juzgar la diferencia entre su propia representación y la realidad espiritual, del mismo modo que un hombre con sentido común puede distinguir entre la idea de un trozo de hierro caliente y la existencia de tal hierro que él realmente toca con la mano. El discernimiento no lo da otra cosa sino el sano criterio. Y en el mundo espiritual igualmente lo da la vida misma. Al igual que uno sabe que en el mundo físico la idea de un trozo de hierro, por más caliente que se lo imagine, no quema los dedos, así también el discípulo de cierto desarrollo espiritual, sabe si meramente se imagina un hecho espiritual o si se trata de hechos o seres reales que él tiene ante sus órganos espirituales de percepción. En lo que sigue

Lo análogo ocurre en la esfera de lo ético. Si el hombre no ha adquirido firmeza en el juicio moral, si no domina suficientemente los impulsos, inclinaciones y pasiones, él independizará su Yo común en un estado en que se harán notar las referidas fuerzas anímicas. Puede darse el caso de que en cuanto a la comprobación de los conocimientos suprasensibles, el hombre no se deje guiar por tan alto sentido de verdad como en lo que él observa conscientemente en el mundo físico exterior, de modo que con tan flojo sentido de la verdad, este hombre podría tomar por realidad espiritual muchas cosas, las que sólo pertenecen a su fantasía. El sentido de verdad tiene que compenetrarse de la firmeza del juicio moral, circunspección del carácter, escrupulosidad de la conciencia, cualidades que se han desarrollado en el Yo al que se deja, antes de que se torne activo el Yo superior para el conocimiento suprasensible. Todo lo expresado no debe convertirse en escarmiento frente a la enseñanza espiritual; pero hay que tomarlo muy en serio.

Quien tenga la firme voluntad de hacer todo lo necesario para conducir el Yo primitivo a la firmeza interior en cuanto a todas sus actividades, no tiene por qué atemorizarse ante el desligarse, a través de la enseñanza espiritual, de un segundo Yo para el conocimiento suprasensible. Mas tiene que tener presente que el engaño de sí mismo adquiere un gran poder sobre el hombre cuando se trata de considerarse a sí mismo como «maduro» para un determinado fin. Por la enseñanza espiritual que aquí se describe el hombre adquiere un perfeccionamiento de su vida a tal punto que no correrá el peligro de errar, como muchas veces se supone. Al desarrollo del pensar conduce a que se produzcan todas las experiencias interiores necesarias, pero igualmente a que éstas tengan lugar de la manera adecuada a cómo el alma tiene que realizarlas, sin que vengan acompañadas de aberraciones perjudiciales de la fantasía. Sin el correspondiente desarrollo del pensar, las experiencias

hablaremos de las reglas que durante el discipulado deben observarse para que a ese respecto el discípulo no sea víctima de ilusiones.

Es de singular importancia que el discípulo haya adquirido un bien definido estado del alma, cuando llega a tener la conciencia de un nuevo Yo, porque por la fuerza de su Yo el hombre es el dirigente de sus sensaciones, sentimientos y representaciones, de sus impulsos, deseos y pasiones. Las percepciones y representaciones no deben quedar abandonadas a sí mismas, sino que deben regularse por el discernimiento pensante; y es el Yo, el que se sirve de los pensamientos y sus leyes para introducir orden en la vida de representaciones y pensamientos. Algo parecido ocurre con respecto a los deseos, impulsos, inclinaciones y pasiones. Los principios de la ética han de gobernar estas fuerzas del alma; y por el juicio moral el Yo se convierte en guía de este campo.

Cuando de su Yo común el hombre arranca un Yo superior, aquél se independiza en cierto sentido, y se le quita tanto de fuerza viviente como al Yo superior se le da. Pero supongamos el caso de que el hombre aún no haya desarrollado en sí mismo cierta facultad y firmeza en las leyes del pensar y en el discernimiento, y que con tal grado evolutivo quisiera generar su Yo superior. En esta situación sólo se le podrá dejar a su Yo común tanta facultad de pensar como antes haya desarrollado; y si el grado del pensar ordenado es demasiado limitado, se producirá en el independizado Yo común un pensar y juzgar desordenados, confusos, fantásticos. Y debido a que en semejante personalidad el Yo recién nacido sólo será débil, resultará que para la visión suprasensible el confuso Yo inferior predominará y que en el hombre no aparecerá el discernimiento equilibrado para la observación de lo suprasensible. Este hombre podría contentarse tranquilamente con la independencia de su Yo común, si hubiera desarrollado suficiente capacidad del pensar lógico.

pueden causar en el alma una gran falta de firmeza. El desarrollo al que aquí nos referimos conduce a que las experiencias aparezcan de tal manera que se las llega a conocer plenamente, al igual que se conocen las percepciones del mundo físico cuando existe un sano estado del alma. El que desarrolla la vida pensante, se convierte más bien en un observador de lo que en sí mismo experimenta mientras que sin tal vida pensante el hombre lo experimenta de un modo irreflexivo.

La enseñanza espiritual adecuada a la realidad, indica determinadas cualidades, las que ha de adquirir, a través de los ejercicios, quien intente encontrar el sendero que conduce a los mundos superiores. Se trata, ante todo, de las siguientes: el dominio del alma sobre sus pensamientos, sobre su voluntad y sus sentimientos. La manera de cómo ha de alcanzarse, por medio de ejercicios, este dominio, tiene por objeto dos aspectos. Por una parte, se intenta impregnar al alma firmeza, circunspección y equilibrio, a tal grado que ella sepa conservar estas cualidades, incluso cuando se genera un segundo Yo; por otra parte se trata de dar a este segundo Yo fortaleza e integridad interior, para su ulterior camino.

La objetividad es lo que en la enseñanza espiritual ante todo es necesario para el pensar del hombre. En el mundo físico-sensible, la vida misma es, a la vez, el gran maestro del Yo humano con respecto a la objetividad. Si el alma arbitrariamente dejara andar vagando sus pensamientos, muy pronto tendría que dejarse corregir por la vida, para no discrepar con ella. Es preciso que el alma piense en concordancia con el curso de los hechos de la vida. Pero cuando el hombre aparta la atención del mundo físico-sensorio, le falta la corrección forzosa de parte de éste; y si entonces el pensar no es capaz de corregirse a sí mismo, se tornará vago y fugaz. Por esta razón, el pensar del discípulo deberá ejercitarse de manera que sea capaz de darse a sí mismo dirección y objeto: firmeza interior y la facultad de concentrarse estrictamente en un objeto, son

cualidades que el pensar tiene que desarrollar en sí mismo. Por lo tanto, los respectivos «ejercicios mentales» deben practicarse, no con objetos ajenos y complejos, sino con sencillos y corrientes. Quien sepa vencerse a sí mismo, concentrando sus pensamientos durante meses, cinco minutos cada día, por lo menos, en un objeto común (por ejemplo un alfiler, un lápiz, etc.) y excluyendo durante tal momento todos los pensamientos que no se vinculan con dicho objeto, ya habrá hecho mucho en el sentido indicado. (Si se quiere, se podrá elegir otro objeto, todos los días; o bien, seguir con uno durante varios días.) Incluso aquel que se considere «pensador» por su formación científica, no debería tener a menos buscar de esta manera la «madurez» para el disciplinado. Pues quien durante cierto tiempo concentre sus pensamientos en algo que le es bien conocido, puede estar seguro de que está pensando objetivamente. Quien pregunte: ¿Cuáles son las partes componentes de un lápiz? ¿Cómo se preparan los materiales de un lápiz, y cómo se componen después? ¿Cuándo se inventó el lápiz? y otras cosas más, ajustará, de tal manera, sus ideas a la realidad, mucho más que aquel que reflexione sobre el origen del hombre, o sobre lo que es la vida. A través de simples ejercicios mentales, se aprenderá más, para un pensar concordante con la realidad, frente al mundo de la evolución de Saturno, Sol y Luna, que por complejas y doctas ideas. Porque en primer lugar no se trata de que se piense sobre esto o aquello, sino de pensar objetivamente, mediante la fuerza interior. Quien, a través de un bien comprensible hecho físico-sensorio, se haya educado a sí mismo en la objetividad, se acostumbrará a pensar objetivamente incluso cuando pensar no se siente gobernado por el mundo físico-sensible y sus leyes. De esta manera se desacostumbra a dejar vagar los pensamientos en contraste con la realidad.

Al igual que en el mundo de los pensamientos, el alma debe llegar a ejercer el dominio sobre la voluntad. En el mundo

físico-sensorio es, también en este campo, la vida, la que ejerce el dominio. Ella hace valer estas o aquellas necesidades del hombre; y la voluntad se siente incitada a satisfacerlas. Para la enseñanza superior el hombre deberá acostumbrarse a obedecer estrictamente a sus propios mandatos; y si lo consigue, se le ocurrirá cada vez menos desear lo no esencial. Lo poco satisfactorio, lo inconstante de la vida volitiva se debe, precisamente, a que se desean cosas de cuya realización el hombre no se forma un concepto claro. Semejante insatisfacción puede poner en desorden toda la vida anímica, cuando un Yo interior está por formarse en el alma. Un ejercicio útil consiste en darse a sí mismo la orden, durante meses seguidos: hoy, a una hora determinada, vas a hacer «esto». Con el tiempo llegará a ordenarse la hora y la forma de ejecutar lo respectivo de tal manera que la ejecución se haga posible de un modo exacto. Esto permitirá elevarse sobre la fatal costumbre: «quisiera hacer esto; voy a realizar aquello», sin que realmente se piense en ejecutarlo. Un gran hombre pone en boca de una visionaria las palabras: «Amo a aquel que desea alcanzar lo imposible» (Goethe, Fausto, II parte). Goethe mismo en otra de sus obras dice: «Vivir la idea significa tratar lo imposible como si fuera posible». Pero semejantes expresiones no deben tomarse como objeción a lo aquí expuesto. Pues lo que exigen Goethe y aquella visionaria sólo será capaz de cumplirlo quien primero haya desarrollado sus facultades a través del desear aquello que es posible, para llegar más tarde, por su firme voluntad, a poder tratar lo «imposible» de tal manera que por su voluntad se transforme en lo posible.

Con respecto al mundo de los sentimientos, es preciso que para la enseñanza espiritual el alma adquiera cierta serenidad. Para conseguirlo es necesario que ella llegue a dominar la expresión de placer y pena, alegría y dolor. Justamente en cuanto al desarrollo de tal facultad puede surgir este o aquel prejuicio, pues se podría opinar que aquel que «no siente

alegría frente a lo regocijante, dolor frente a lo doloroso», se convertirá en un hombre indolente e indiferente para con sus semejantes. Pero no se trata de tal cosa. Ciertamente, lo regocijante ha de causar alegría al alma; lo doloroso ha de entristecerla, pero ella debiera llegar a dominar la expresión de alegría y de dolor, de agrado y desagrado. Quien aspire a esto, pronto notará que no se torna más indolente, sino, por el contrario, más sensible, de lo que antes había sido, a todo lo regocijante y doloroso en torno suyo. Pero también es cierto que lo dicho requiere que por un tiempo prolongado, cuidadosamente se ponga atención a la propia actitud, si se quiere adquirir la facultad a que nos referimos. Hay que poner atención en que plenamente se pueda sentir con el prójimo la alegría y el dolor, pero sin perderse en ellos; es decir, sin expresar espontáneamente lo que se siente. Lo que hay que reprimir no es el dolor justificado, sino el espontáneo llorar; no la repugnancia al mal actuar, sino el desenfrenado enfurecerse; no el temor de un peligro, sino el inútil «tener miedo», etc.

Únicamente a través de semejante ejercitarse, el discípulo espiritual adquirirá la calma anímica necesaria para que, al nacer y principalmente al entrar en actividad el Yo superior, el alma no se entregue, cual una especie de «doble», junto al Yo superior, a una segunda, una malsana vida. Precisamente, frente a tales aspectos, el discípulo no deberá engañarse a sí mismo. A uno que otro le podría parecer que ya en la vida común posee cierta serenidad y que por lo tanto tal ejercicio no le hace falta; pero precisamente tal persona lo necesita doblemente. Frente a las cosas de la vida común uno puede realmente mostrar serenidad; pero al ascender a un mundo superior, se hará notar tanto más el desequilibrio que sólo se había reprimido. Es absolutamente necesario reconocer que en la enseñanza espiritual no importa tanto lo que aparentemente ya se posee, sino antes bien, que metódicamente uno se ejercite en lo que le hace falta. Por más contradictoria que esta

aserción parezca: dice la verdad. Si bien la educación por la vida le haya dado esto o aquello: para la enseñanza espiritual le sirven al discípulo las cualidades que él haya adquirido educándose a sí mismo. Si la vida le ha inculcado emotividad, él deberá deshacerse de ella; en cambio, si la vida le ha dado serenidad, deberá elevarse, por medio de la auto-educación, a que la expresión del alma concuerde con la impresión recibida. El que de nada sabe reírse, no es capaz de dominar su vida, como tampoco lo es aquel que, sin que sepa dominarse, se ve constantemente movido a reír.

Otro medio para el desarrollo del pensar y del sentir consiste en adquirir la facultad que puede llamarse positividad. Existe una bella leyenda, la que, hablando de Cristo Jesús, relata que Él, acompañado de otras personas, pasa por donde a la vera del camino hay un perro muerto. Los otros apartan la vista de lo feo que se les ofrece; mas el Cristo habla con admiración de la magnífica dentadura del animal. Uno puede ejercitarse para adquirir, frente al mundo, un estado de alma comparable con lo que expresa esta leyenda: lo erróneo, lo malo y lo feo no debieran impedir que el alma encuentre lo verdadero, lo bueno y lo bello, en todas partes donde existan. Pero no hay que confundir la positividad con la falta de discernimiento, con el intencionado cerrar los ojos ante lo malo, lo falso y lo inferior. Quien admira la «bella dentadura» de un animal muerto, igualmente ve el cadáver en descomposición; pero éste no le impide ver la bella dentadura. No corresponde llamar bueno a lo malo; llamar verdad al error; pero se puede adquirir la facultad para que lo malo no nos impida ver lo bueno; el error, lo verdadero.

El pensar, combinándolo con la voluntad, adquirirá cierta madurez si se trata de no dejarse quitar, por algo que se ha experimentado, o llegado a conocer, la natural sensibilidad frente a nuevas experiencias. Para el discípulo de lo espiritual deberá perder importancia el pensamiento: «Esto jamás lo he

oído, no lo creo». Durante cierto tiempo ha de buscar intencionalmente todas las posibilidades de que cada cosa y cada ser le diga algo nuevo. De cada soplo de aire, de cada hoja de un árbol, del balbucear de una criatura, puede aprender algo quien esté dispuesto a mirar las cosas desde un punto de vista que hasta entonces no había tomado en cuenta. Pero en cuanto a tal facultad fácilmente se puede pecar por exceso; pues no se debe, de modo alguno, habiendo llegado a cierta edad, desconsiderar las experiencias que de las cosas se han adquirido en el pasado. Lo que se experimenta en el presente, deberá juzgarse según las experiencias del pasado. Esto es lo que se coloca en uno de los platillos de la balanza; pero en el otro deberá colocarse la inclinación del discípulo a conocer siempre algo nuevo. Y ante todo la creencia en la posibilidad de que nuevas experiencias pueden contradecir las anteriores.

Con lo que antecede hemos enumerado cinco facultades del alma, las que mediante la metódica enseñanza deberá adquirir el discípulo; el dominio sobre el desarrollo de los pensamientos, el dominio sobre los impulsos volitivos, la serenidad frente al placer y la pena, la positividad en el juzgar del mundo, la natural sensibilidad imparcialidad frente a la vida. Quien sucesivamente haya empleado ciertos tiempos, ejercitándose para adquirir dichas facultades, necesitará después armonizarlas en su alma. En cierto modo, las ejercitará dos y dos, conjuntamente; tres y una, etc., con el fin de crear la armonía.

Los ejercicios caracterizados pertenecen a los métodos de la enseñanza espiritual, porque su perseverante ejecución suscita en el discípulo, no solamente los mencionados resultados directos, sino que indirectamente tienen por consecuencia muchas otras cualidades que en el camino hacia los mundos espirituales hacen falta. Quien haga estos ejercicios con suficiente dedicación, descubrirá en su vida anímica imperfecciones y deficiencias; y esto le permitirá encontrar los medios adecua-

dos para fortalecer y para dar firmeza a su vida intelectual, afectiva y caracterológica. Ciertamente, necesitará hacer otros distintos ejercicios, según sus capacidades, su temperamento y su carácter; pero estos resultarán, al dedicarse intensamente a los ya nombrados. Es más, se advertirá que los ejercicios descriptos, indirectamente y paso a paso darán resultados que a primera vista no parecerían serles inherentes, por ejemplo, alguien que no posee suficiente confianza en sí mismo, advertirá después de cierto tiempo que a raíz de los ejercicios va adquiriendo la confianza en sí mismo que le hacía falta; y lo mismo ocurrirá con respecto a otras cualidades del alma. (En mi libro «¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?» el lector encontrará ejercicios al respecto, más detallados). Es muy importante que el discípulo sea capaz de acrecentar a grados cada vez más altos las mencionadas facultades. Tiene que aumentar el dominio sobre los pensamientos y los sentimientos a tal punto que el alma adquiera el poder de crearse momentos de absoluta quietud interior en que el hombre aleja del espíritu y del corazón todo cuanto la vida exterior cotidiana trae de felicidad y pena, de satisfacción y preocupaciones, e incluso, de deberes y exigencias. En tales momentos el alma sólo dejará penetrar en sí lo que ella misma quiere tener presente en su estado de concentración. Frente a ello, fácilmente puede surgir un prejuicio. Podría suscitarse la opinión de que se enajena de la vida y sus deberes quien de ella, con el corazón y el espíritu, se retira durante ciertos momentos del día. Pero en realidad, esto absolutamente no es el caso. Quien, de la manera descripta, se entrega a períodos de quietud interior y de paz, ganará a raíz de ello tantas y tan grandes fuerzas para los deberes, inclusive de la vida exterior, que será capaz de cumplir los deberes que la vida exige, no de manera peor, sino por el contrario, mejor.

Es de gran importancia que en tales períodos el hombre logre excluir los pensamientos relativos a sus asuntos persona-

les, y que sea capaz de elevarse a lo que toca, no solamente a él personalmente, sino a lo humano en general. Y si es capaz de penetrar su alma de lo que proviene del mundo espiritual superior, de modo que ello absorba su interés en el mismo alto grado que cualquier preocupación o asuntos personales, su alma cosechará de ello frutos especiales.

Quien de esta manera se esfuerce en dar reglas a su vida anímica, también llegará a la posibilidad de una observación de sí mismo, para considerar los propios asuntos con calma, como si fueran asuntos ajenos. Ser capaz de considerar las propias experiencias, la propia alegría y pena, de la misma manera como las de otra persona, constituye una buena preparación para la enseñanza espiritual. Paulatinamente el discípulo alcanzará el grado evolutivo necesario a este respecto, si todos los días, después de la jornada, hace pasar ante el espíritu las imágenes de lo experimentado en el día. El discípulo ha de formarse las imágenes de sus propias experiencias del día; es decir, contemplarse a sí mismo en las imágenes de su vida diurna, como si fuera su observador. En semejante observación de sí mismo, se adquiere cierta práctica, si se empieza haciéndolo con la representación de pequeñas partes de la vida diurna. Luego se llegará a ser cada vez más hábil en semejante mirada retrospectiva, de modo que después de prolongados ejercicios será posible formar la imagen completa en un breve lapso de tiempo. Esta mirada retrospectiva de lo experimentado es, para la enseñanza espiritual, de particular valor, porque capacita al alma para independizarse de la habitual manera de presentarse las cosas, cuando ella sigue en el pensar únicamente el curso de los sucesos sensibles. En el pensar hacia atrás, la representación es correcta, pero no guiada por el curso manifiesto. Esta facultad es necesaria para adaptarse a las condiciones del mundo suprasensible; y con ello se fortalece el representárselo todo de una manera sana. Por la misma razón es útil representarse hacia atrás, aparte de la vida diurna,

también otras cosas, como por ejemplo el desarrollo de un drama, de una narración, de una sucesión de sonidos musicales, etc.

Cada vez más ha de convertirse en el ideal del discípulo: frente a los acontecimientos de la vida que se le aproximen, observar la actitud de guardarlos en su interior con firmeza y quietud del alma, y de juzgarlos, no según su propio estado anímico, sino de acuerdo con la significación y valor intrínsecos de ellos. Teniendo presente este ideal, se creará, en verdad, el fundamento anímico que le capacite para entregarse a la descripta concentración en pensamientos y sentimientos simbólicos y de otra índole.

Es necesario que se cumplan las condiciones aquí descriptas, porque la experiencia suprasensible se forma sobre la base de la vida anímica común, antes de entrar en el mundo suprasensible. En doble sentido, toda experiencia suprasensible depende del punto de partida en que el alma se encuentre antes de dicha entrada. Quien no se proponga, desde un principio, formarse el sano discernimiento como fundamento de la enseñanza espiritual, desarrollará en sí mismo facultades suprasensibles, con las que sólo percibirá el mundo espiritual de un modo inexacto y erróneo. De cierta manera, sus órganos espirituales de percepción se desenvolverán incorrectamente; como el ojo defectuoso o enfermo no permite ver correctamente el mundo sensible, así tampoco es posible ver perfectamente mediante órganos espirituales que no se hayan desarrollado sobre la base de un sano discernimiento. Quien parta de un estado anímico inhumano, se elevará a los mundos espirituales de tal manera que la visión espiritual estará como aturrida, como ofuscada. El se hallará frente a los mundos suprasensibles como quien frente al mundo sensible observa en un estado de aturdimiento. Sólo que este último no llegará a ninguna observación considerable, mientras que el observador espiritual, a pesar del aturdimiento, es, de todos modos,

más despierto que una persona de conciencia común. Y esto le llevará resultados erróneos con respecto al mundo espiritual.

La íntima realidad del conocimiento imaginativo se alcanzará, si además de la descripta concentración anímica (meditación) el discípulo logra habituarse a lo que se puede llamar un «pensar exento de lo sensorial». Cuando se concibe un pensamiento en base de la observación en el mundo físico-sensible, tal pensamiento no está exento de lo sensorial. Pero no hay que creer que el hombre puede formarse únicamente semejantes pensamientos. El pensar humano no tiene porqué tornarse vacío y sin contenido, cuando no recibe su contenido de la observación sensorial. Para el discípulo espiritual, el camino más seguro y más natural para alcanzar el pensar exento de lo sensorial puede consistir en que él adopte como contenido propio de su pensar los hechos del mundo superior que la ciencia espiritual le comunica. Estos hechos no pueden observarse mediante los sentidos físicos; no obstante, el hombre advertirá que ha de comprenderlos si no le faltan la paciencia y la perseverancia necesarias. Sin la enseñanza espiritual no es posible investigar los mundos superiores, ni tampoco hacer en ellos observaciones propias; pero sin dicha enseñanza se puede comprender todo lo que de esos mundos los investigadores comunican. No se justifica, de modo alguno, que alguien pregunte: ¿Cómo podrá yo aceptar de buena fe lo que dice el investigador espiritual, si yo mismo no lo veo? Antes bien, es absolutamente posible, a través del mero reflexionar, llegar a la cierta convicción: lo que se me comunica, es verdad. Y si tal persona no logra convencerse por medio de la reflexión, no es porque no se puede «creer» lo que no se ve, sino simplemente porque ella todavía no ha pensado suficientemente, libre de prejuicios, en su amplio y profundo sentido. Para verlo con claridad, hay que tener presente que, si el pensar humano se

esfuerza íntimamente, es capaz de comprender más de lo que en general se imagina, puesto que al pensamiento mismo le es inherente una esencialidad interior que se halla en relación con el mundo suprasensible. Comúnmente, el alma no es consciente de tal relación, porque está acostumbrada a emplear la capacidad de pensar tan sólo con respecto al mundo de los sentidos; y debido a ello considera incomprensible lo que, proveniente del mundo suprasensible, se le comunica. Pero esto resulta comprensible, no solamente para el pensar ejercitado por la enseñanza espiritual, sino para todo pensar que sea consciente de la plenitud de su fuerza, y dispuesto a servirse de ella.

Quien constantemente se esfuerce por hacer suyo lo que dice la investigación espiritual, se acostumbrará a un pensar que no toma su contenido de las observaciones sensoriales. Aprenderá a ver que en lo profundo del alma se tejen los pensamientos; que un pensamiento va en busca de otro, sin que el pensar siga el hilo de la observación sensorial. Lo esencial consiste entonces en que se advierte que vida es immanente al mundo de los pensamientos y que, pensando verdaderamente, uno ya se encuentra en el dominio de un viviente mundo suprasensible. Esto permite decirse: hay algo en mí que va formando un organismo de pensamientos; mas yo mismo soy idéntico con ese «algo». De esta manera, al entregarse a un pensar exento de lo sensorial, se siente que existe una esencialidad que fluye en nuestra vida interior, al igual que las calidades de los objetos sensibles fluyen en nosotros a través de los órganos físicos, cuando observamos mediante los sentidos. El observador del mundo sensible se dice a sí mismo: allí en el espacio hay una rosa, que no me es desconocida, ya que ella se me manifiesta a través de su color y su perfume. Luego basta con que él sea suficientemente libre de prejuicios para decirse, cuando en él actúa el pensar exento de lo sensorial: se me manifiesta esencialidad, que en

trá va enlazando pensamiento con pensamiento, y que va formando un organismo de pensamientos. Pero en cuanto a los sentimientos, existe una diferencia entre lo que percibe el observador del mundo sensible exterior y aquello que esencialmente se manifiesta en el pensar exento de lo sensorial. Aquél, frente a la rosa, tiene la sensación de encontrarse fuera del objeto; en cambio, el que se entrega al pensar libre de lo sensorio, siente en sí mismo lo esencial que en él se manifiesta; se siente identificado con el mismo. Quien, más o menos conscientemente, sólo quiere reconocer como esencial lo que se le presenta como un objeto exterior, ciertamente no podrá sentir: «lo que de por sí es esencial, también podrá manifestarse ante mí de manera tal que yo me encuentre unificado con él». Para verlo correctamente es preciso ser capaz de la siguiente experiencia interior. Hay que aprender a distinguir entre los pensamientos que enlazamos arbitrariamente, y aquellos que se viven cuando hacemos callar la propia voluntad. En este último caso, uno puede decirse: permanezco en mí interior totalmente quieto; no voy a desarrollar pensamientos, sino que me abandono a lo que «piensa en mí». En tal caso se justifica plenamente decir: en mí interior actúa algo esencial de por sí, al igual que se justifica decir: la rosa me da una impresión, cuando veo un determinado color rojo, y percibo un determinado perfume. Y no hay ninguna contradicción por el hecho de que uno tome el contenido de sus pensamientos de lo que le comunican los investigadores espirituales. Es cierto que en tal caso ya existen los pensamientos a que uno se entrega, pero no es posible pensarlos sin que uno, en cada caso, los forme de nuevo en su alma. Lo que importa consiste precisamente en que el investigador espiritual suscita en el oyente (o en el lector) pensamientos de tal naturaleza que éste primero ha de extraerlos nuevamente de sí mismo, mientras que aquel que describe lo real-sensible, alude a algo que el oyente (o lector) puede observar en el mundo de los sentidos.

(El camino que, de acuerdo con las indicaciones de la ciencia espiritual, conduce al pensar libre de lo sensorial, es absolutamente seguro. No obstante, existe otro, más seguro todavía y, ante todo, más exacto, pero, por otra parte, para muchos más difícil. Lo he descrito en mis libros «Los principios de la gnosología para el concepto goetheano del mundo» y «La Filosofía de la Libertad». En estos libros se describe lo que el pensamiento humano puede alcanzar si el pensar no obedece a las impresiones del mundo físico-sensorio, sino únicamente a sí mismo. En tal caso actúa en el hombre no meramente el pensar que permanece dentro de las recordaciones de lo sensorio, sino el pensar puro, como una entidad viviente en sí misma. Nada de las consideraciones de la ciencia espiritual misma forma parte de dichos libros; pero en ellos se hace ver que el pensar puro que sólo actúa en sí mismo, puede llegar a dilucidaciones acerca del mundo, la vida y el hombre. Los nombrados escritos representan una muy importante posición intermedia entre el conocimiento del mundo sensorio y del mundo espiritual; ofrecen aquello que el pensar puede alcanzar, cuando se eleva por encima de la observación sensorial, pero todavía evita entrar en la investigación espiritual. Quien penetre con toda el alma en el contenido de dichos escritos, ya se halla en el mundo espiritual; sólo que éste se le da como mundo de pensamientos. Quien se sienta dispuesto a dejarse guiar por semejante método intermedio, emprende un sendero seguro; y creará en sí mismo, frente al mundo superior, un sentimiento que le dará buenos frutos para todo el tiempo por venir).

La finalidad de la concentración (meditación) en las caracterizadas representaciones simbólicas y en sentimientos consiste, expresándolo exactamente, en el desenvolvimiento de órganos superiores de percepción, en el cuerpo astral del hombre; órganos que, por de pronto, se forman de la substancia del cuerpo astral. Estos nuevos órganos de percepción dan

a conocer un nuevo mundo, y en éste el hombre llega a conocerse como un nuevo Yo; y dichos órganos se distinguen de los del mundo físico-sensorio, ya por el hecho de que se trata de órganos activos. Mientras que el ojo y el oído se mantienen pasivos, dejando obrar sobre sí la luz y el sonido, se puede decir que los órganos espiritual-anímicos de percepción, cuando están percibiendo, se hallan en constante actividad, y que en cierto modo *acogen* en sí mismos, plenamente conscientes, los objetos y los hechos; y esto suscita el sentimiento de que la cognición espiritual-anímica constituye el unirse con los hechos respectivos, un «vivir en ellos». A los diversos órganos espiritual-anímicos que van formándose, los podemos llamar, a modo de comparación y según la forma que de ellos la conciencia suprasensible ha de representarse (imaginativamente): «flores de loto». (Se entiende que tal denominación, no tiene que ver con lo específico de que se trata, mas que, por ejemplo, la expresión «alas» cuando se habla de las partes membranosas de la nariz.). Mediante determinados géneros de ejercicios de concentración se influye sobre el cuerpo astral de tal manera que va formándose este o aquel órgano espiritual-anímico; esta o aquella «flor de loto». Teniendo en cuenta todo lo expuesto en este libro, no hace falta destacar que no hemos de representarnos estos «órganos de percepción» como algo que a través de su imagen expresa su realidad. Es que dichos «órganos» existen en lo suprasensible y consisten en una actividad del alma de un modo bien definido; ellos sólo existen en cuanto y en tanto que tal actividad anímica se ejercite. Estos órganos no constituyen nada que en el hombre se manifestase en forma sensible, como tampoco existe en torno de él algún «vaho», cuando él piensa. Se mueve en malentendidos quien absolutamente trata de representarse lo suprasensible como si fuera algo sensible. No obstante lo superfluo de esta advertencia, la insertamos, porque por doquier aparecen adeptos a lo suprasensible que en

290

superior, sino que sólo posee el concepto adecuado aquel que sea capaz de considerar el hacer los ejercicios de la enseñanza espiritual como una finalidad de por sí. En verdad, estos ejercicios consisten en un influir sobre lo espiritual-anímico, a saber, sobre el propio cuerpo astral. Aunque «no se vea nada», se podrá «sentir»: «realizo una actividad espiritual-anímica». Únicamente quien desde un principio se forme una determinada opinión acerca de lo que quiere «ver», no llegará a tener dicho sentimiento; y entonces tomará por nada lo que en verdad constituye algo de inmensa significación. Pero todo lo que se experimenta durante los ejercicios, de un modo totalmente distinto de todas las experiencias del mundo sensible, habría que observarlo sutilmente. Pues se advertirá que al obrar sobre el propio cuerpo astral, no se trata de una substancia indiferente, sino que en él vive un mundo totalmente distinto y absolutamente desconocido para la vida en el mundo sensible. Entidades superiores actúan sobre el cuerpo astral, de un modo análogo a como el mundo exterior físico-sensorio actúa sobre el cuerpo físico. Y se «descubre» la vida superior en el propio cuerpo astral, siempre que a este respecto uno no permanezca indiferente. Cuando alguien dice, y vuelve a decirse: «no percibo nada», resulta que en la mayoría de los casos tal persona se habrá imaginado que la percepción tenía que ser de esta o de aquella índole; y al no ver lo que se había imaginado, dirá: «no veo nada».

En cambio, quien se forme el justo modo de pensar con respecto a los ejercicios de la enseñanza espiritual, más y más llegará a considerar el ejercitarse como algo que él ama por lo que éste de por sí le da. Pero entonces sabe que él mismo, al ejercitarse, se halla en un mundo espiritual-anímico y así aguarda con paciencia y con firme esperanza el ulterior resultado. Este estado de ánimo puede encontrar su mejor expresión en la conciencia del discípulo espiritual, con las siguientes palabras: «Quiero hacer todo lo que, de ejercicios, sea adecuado

292

sus representaciones quieren apoyarse en algo sensible; y porque siempre de nuevo se asoman los adversarios del conocimiento suprasensible, los que creen que el investigador espiritual habla de «flores de loto» como si se tratara de muy sutiles formas sensibles. Toda regular meditación que se ejercite con el objeto del conocimiento imaginativo, produce sus efectos sobre uno u otro de los órganos respectivos. (En mi libro «¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?» se indican sendos métodos de la meditación y del ejercitar, para influir sobre uno u otro de esos órganos.) La metódica enseñanza espiritual regula los distintos ejercicios del discípulo y dispone que éstos se sucedan de tal manera que los órganos se formen unos con otros al mismo tiempo, o bien, uno tras otro; y esto exige del discípulo mucha paciencia y perseverancia. No basta con que se tenga tan sólo el grado de paciencia que en general, en las condiciones corrientes de la vida, el hombre pueda tener. Pues, pasará mucho, y a veces muchísimo tiempo, hasta que los órganos lleguen a formarse a tal punto que el discípulo espiritual pueda usarlos para obtener percepciones en el mundo superior. En tal momento tiene lugar para él lo que se denomina la *iluminación*, en contraste con la *preparación*, o purificación, la que consiste en los ejercicios que tienen por objeto la formación de los «órganos». (Se habla de la «purificación» porque a través de los respectivos ejercicios el discípulo va purificándose de todo lo que pertenece a una determinada esfera de la vida interior y que sólo proviene del mundo de la observación sensorial.) Bien puede suceder que antes de la verdadera iluminación obtenga repetidamente «destellos» que le llegan de un mundo superior, los que ha de recibir con gratitud. Por ellos, el discípulo ya puede convertirse en testigo del mundo espiritual; pero, por otra parte, no debiera cejar si tal cosa no ocurre durante el tiempo preparatorio, el que, quizás, le parezca demasiado largo. Es más, quien pueda perder la paciencia «porque todavía no ve nada», aún no observa la correcta actitud frente al mundo

291

a mi ser, y sé que dentro del tiempo correspondiente me será dado tanto cuanto sea de importancia para mí. No lo pido con impaciencia; pero siempre me preparo para recibirlo». Contra tal actitud no se puede objetar: «Por lo tanto, el discípulo deberá obrar a ciegas, quizás por un tiempo inmenso; pues no podrá mostrarse que con sus ejercicios el discípulo anda por el recto camino, antes de que se vea el resultado». Sin embargo, no se trata de que sólo el resultado permitirá reconocer lo adecuado del ejercitarse. Pues, si el discípulo adopta la justa actitud frente a los ejercicios, obtendrá por la satisfacción que el ejercitarse mismo le da, la certeza de que está haciendo lo adecuado, y no solamente por el resultado. En el campo de la enseñanza espiritual, el ejercitarse correctamente se vincula en verdad con una satisfacción, la que no es meramente satisfacción, sino entendimiento; a saber, el entendimiento: hago algo que me deja ver que ello me hace progresar en la justa dirección. Todo discípulo espiritual siempre podrá obtener tal entendimiento si no deja de prestar fina atención a lo que experimenta. Si él no aplica esta atención, pasa por sus experiencias a semejanza de un caminante distraído, el que no ve los árboles a la vera del camino: los vería si prestara la debida atención.

No es conveniente, de modo alguno, apresurar la obtención de otro resultado que aquel que ha de alcanzarse normalmente; puesto que fácilmente podría ocurrir que tal resultado sólo fuera una mínima parte de lo que realmente debiera alcanzarse. Con respecto al desarrollo espiritual, un resultado parcial, muchas veces será la causa de un fuerte retraso del resultado pleno. El moverse bajo formas de la vida espiritual que solamente dan un resultado parcial, insensibiliza frente a la influencia de las fuerzas que conducen a grados superiores de desarrollo. Y lo que se gana por el «haber conseguido un vistazo» al mundo espiritual, no es sino aparente; pues esta visión no dará la verdad, sino únicamente imágenes ilusorias.

293

Los órganos espirituales-anímicos, las flores de loto, se forman de tal manera que en cierto modo la conciencia suprasensible los observa en el discípulo de la enseñanza espiritual cerca de determinados órganos del cuerpo físico. De la serie de esos órganos anímicos pasamos a enumerar: aquel que por el sentimiento se observa como cerca del punto céntrico entre las cejas (la llamada flor de loto de dos pétalos); el órgano cerca de la laringe (la flor de loto de dieciséis pétalos); el tercero, en la región del corazón (la flor de loto de doce pétalos); el cuarto, en la región de la boca del estómago. Otros de tales órganos aparecen cerca de otras partes del cuerpo físico. (Pueden emplearse las denominaciones «de dos», o «de dieciséis pétalos», porque los órganos respectivos pueden compararse con flores de la correspondiente cantidad de pétalos).

De las flores de loto se es consciente en el cuerpo astral. En el instante en que se alcanza el desarrollo de una u otra de ellas, también se sabe que se las posee. Se siente que se es capaz de servirse de ellas, y que a través de su utilización, se entra efectivamente en un mundo superior. Las impresiones que de ese mundo se reciben, todavía se parecen, en ciertos aspectos, a las del mundo físico-sensorio. Quien llegue al conocimiento imaginativo, podrá hablar de ese nuevo mundo superior de tal manera que designa las impresiones como sensación de calor o de frío, como percepción de sonidos o palabras, como efectos de luz o de colores, pues las experimenta como tales; pero también es consciente de que en el mundo imaginativo dichas percepciones son expresión de algo distinto del mundo real-sensible; él se da cuenta de que tras ellas no se hallan causas físico-materiales, sino anímico-espirituales. Cuando recibe algo así como una impresión de calor, no la atribuye, por ejemplo, a un trozo de hierro caliente, sino que la considera como manifestación de un suceso anímico, como hasta ahora sólo lo conocía en su vida anímica interior. Sabe que detrás de las percepciones

dose; pero no sería capaz de explicarse los procesos de transformación y no podría orientarse en el mundo conquistado. El mundo imaginativo es inquieto. Por donde quiera rige en él movilidad y transformación; no hay ningún punto de calma.

A puntos de quietud sólo llega el hombre, si más allá del conocimiento imaginativo desarrolla en sí mismo lo que se puede llamar el «conocimiento por inspiración». No es necesario que aquel que busca el conocimiento del mundo suprasensible se desarrolle acaso de tal manera que primero adquiera la plenitud del conocimiento imaginativo, y que sólo después dé el paso a la «inspiración». Sus ejercicios pueden organizarse de tal modo que se realice lo uno al lado de lo otro: lo que conduce a la imaginación y lo que conduce a la inspiración. En tal caso él entrará, después del tiempo correspondiente, en un mundo superior en que no solamente percibe, sino en que también será capaz de orientarse y de explicarlo. Pero en general, el progreso se realizará de tal manera que primero se ofrecerán al discípulo algunos fenómenos del mundo imaginativo, y después de cierto tiempo, sentirá: ahora ya empiezo a orientarme.

De todos modos, el mundo de la inspiración es algo totalmente nuevo, comparado con la mera imaginación; ésta permite observar la transformación de un proceso en otro; por medio de aquélla se llega a conocer propiedades interiores de seres que se transforman. Mediante la imaginación se conoce la exteriorización anímica de los seres; por la inspiración se penetra en su interior espiritual; ante todo se llega a conocer un gran número de entidades espirituales y sus relaciones recíprocas, al igual que también en el mundo físico-sensorio tenemos una variedad de seres. Mas en el mundo de la inspiración tal variedad es de una característica distinta: allí cada ser guarda una relación bien definida con otros; no por influjo exterior sobre el otro, sino por sus propiedades interiores. Cuando en el mundo inspirativo se percibe a un ser, no se

imaginativas se hallan cosas y sucesos anímicos y espirituales, como detrás de las percepciones físicas existen seres y hechos físico-materiales.

Empero, aparte de tal semejanza del mundo imaginativo con el físico, existe también una importante diferencia. En el mundo físico hay algo que en el imaginativo aparece totalmente distinto. En aquel se observa un continuo nacer y perecer de las cosas, la alternación de nacimiento y muerte. En el mundo imaginativo, en lugar de tales fenómenos, existe una constante transformación de una cosa en otra. Por ejemplo, en el mundo físico se observa el perecer de una planta. En tal caso se nota en el mundo imaginativo que en la misma medida en que la planta se marchita, aparece otra formación, la que no es físicamente visible y en la que la planta que está pareciendo paulatinamente se transforma. Una vez desaparecida la planta, se halla en su lugar dicha formación, plenamente desarrollada. El nacimiento y la muerte son conceptos que en el mundo imaginativo pierden su significado. En su lugar se coloca el concepto de la transformación de lo uno en lo otro.

Por ser esto así, se hallan al alcance del conocimiento imaginativo las verdades acerca de la naturaleza del hombre, las que hemos expuesto en el capítulo «La Naturaleza de la Humanidad». Para la percepción físico-sensoria sólo son visibles los sucesos del cuerpo físico; estos tienen lugar en el «dominio del nacimiento y la muerte». Los demás miembros de la naturaleza humana: el cuerpo vital, el cuerpo sensible y el Yo, obedecen a la ley de la transformación y su percepción es asequible al conocimiento imaginativo. Quien haya progresado hasta éste, percibe que, en cierto modo, se desliga del cuerpo físico lo que, cuando sobreviene el perecer, sigue viviendo; en otra forma de existencia.

Pero el desarrollo del discípulo no se detiene dentro del mundo imaginativo. El hombre que en él quisiera detenerse, percibiría, por cierto, las entidades que se hallan transformán-

trata de un influjo exterior sobre otro, que fuera comparable con el efecto que un ser físico ejerce sobre otro, sino que existe una relación del uno con el otro, por las propiedades interiores de ambos. Tal relación se puede comparar con la que existe en el mundo físico, si se toma, por ejemplo, la correlación de los distintos fonemas o letras de una palabra. La palabra «hombre» se forma por el sonido conjunto del carácter de las letras h-o-m-b-r-e. No es que la h ejerza un impulso u otra influencia sobre la o, sino que ambas letras obran conjuntamente, y lo hacen dentro de un todo, por efecto de las propiedades que le son immanentes. Es por esta razón que la observación en el mundo de la inspiración sólo es comparable con un leer; y los seres de ese mundo se presentan al observador como si fueran «letras», las que él ha

de aprender a conocer y cuyas propiedades y relaciones han de revelársele cual una escritura suprasensible. Por consiguiente, a modo de comparación, la ciencia espiritual puede llamar «el leer de la escritura oculta» al conocimiento por inspiración.

La manera de cómo se lee esa «escritura oculta», y cómo es posible comunicar lo que se haya leído, lo explicaremos ahora en base de lo expuesto en los capítulos precedentes de este libro. Primero se ha descrito que la entidad humana está constituida por diversos principios, o miembros. Después se ha mostrado que el cuerpo cósmico sobre el que el ser humano evoluciona, pasa por los distintos estados; el estado saturnal, el solar, el lunar y el terrestre. Las percepciones que permiten conocer los principios del ser humano, por un lado, y, por el otro los sucesivos estados terrestres, con las transformaciones anteriores, son asequibles al conocimiento imaginativo. Pero ahora todavía hace falta conocer qué relaciones existen entre el estado saturnal y el cuerpo físico humano; entre el estado solar y el cuerpo etéreo, etc. Hay que mostrar que ya durante el estado saturnal se formó el germen del cuerpo físico humano, y que éste siguió desarrollándose durante los estados solar,

lunar y terrestre, hasta su actual configuración. Entre otros sucesos hemos tenido que explicar, por ejemplo, qué cambios se operaron con respecto al ser humano por los hechos de que una vez el Sol se separó de la Tierra, y que algo similar sucedió con la Luna. Después hemos tenido que describir los distintos factores que condujeron a los cambios producidos en la humanidad por las transformaciones durante el tiempo atlante, como asimismo en los posteriores períodos sucesivos, el indio, el antiguo persa, el egipcio, etc. La descripción de estos hechos no resulta de la percepción imaginativa, sino en virtud del conocimiento por inspiración, por el leer la escritura oculta. Pero este «leer» es necesario, no solamente para aclaraciones como las ahora caracterizadas, sino que ya el curso de la vida del hombre en su totalidad no sería comprensible si sólo se lo considerara por el conocimiento imaginativo. Ello permitiría percibir que con la muerte se desprenden de lo que queda en el mundo físico los miembros anímico-espirituales; pero si no se fuera capaz de orientarse dentro de lo percibido imaginativamente, no se comprendería cómo se relaciona con los estados anteriores y posteriores, lo que para el hombre sucede después de la muerte. Sin el conocimiento por inspiración, el mundo imaginativo permanecería como una escritura que simplemente se mira, sin la capacidad de leerla.

Cuando el discípulo progresa de la imaginación a la inspiración, pronto verá cuán erróneo sería renunciar a la comprensión de los grandes sucesos cósmicos, y de limitarse a los hechos que en cierto modo tocan el inmediato interés humano. Quien no conozca lo esencial de estas cosas podría decir: «Ante todo me importa conocer el destino del alma humana después de la muerte; y me basta con que alguien me comunique lo respectivo. ¿Por qué la ciencia espiritual me expone cosas tan ajenas como lo son los estados evolutivos de Saturno, Sol, la separación de Sol y Luna, etc.?» Sin embargo, quien llegue a ser bien instruido en estas cosas, se dará cuenta

de que sin el conocimiento de lo que parece tan inútil, jamás podría adquirir el verdadero saber de lo que desea conocer. La descripción de los estados del hombre después de la muerte permanecen totalmente incomprensibles y sin valor, si no se sabe relacionarla con conceptos tomados de aquellas cosas ajenas. Hasta la observación más sencilla requiere que el que penetra en lo suprasensible tenga conocimiento de tales cosas. Por ejemplo, cuando una planta da el paso de la floración a la fructificación, la observación suprasensible percibirá que tiene lugar la transformación de una entidad astral, la que durante la floración había cubierto y envuelto la planta, como una nube. Si no se hubiera producido la fecundación, dicha entidad astral habría adoptado una configuración totalmente distinta a la adquirida a consecuencia de la fecundación. Todo el proceso percibido por la observación suprasensible, lo comprenderá quien haya llegado a comprender su naturaleza, en virtud del gran suceso cósmico que en el período de la separación del Sol tuvo lugar para la Tierra y todos sus moradores. Antes de la fecundación, la planta se halla en un estado parecido al de la Tierra antes de la separación del Sol. Después de la fecundación, el aspecto de la flor de la planta es parecido al de la Tierra, cuando el Sol se había separado y las fuerzas de la Luna todavía se encontraban en ella. De acuerdo con los pensamientos que pueden formarse con respecto a la separación del Sol, se llega a interpretar el proceso de fecundación de la planta de tal modo que se puede decir: antes de la fecundación, la planta se halla en un estado solar; después de ella, en un estado lunar. Lo que ocurre es que hasta el más pequeño proceso en el mundo sólo se comprende si en él se reconoce un reflejo de grandes sucesos cósmicos. De lo contrario la naturaleza queda tan incomprensible como lo es la *Madona Sixtina* de Rafael para aquel que sólo alcanza a ver una pequeña superficie azul, mientras todo lo demás esté tapado.

Todo lo que sucede en el hombre es reflejo de todos los grandes sucesos cósmicos que tienen que ver con su propia existencia. Para comprender las observaciones de la conciencia suprasensible referentes a lo que sucede entre el nacimiento y la muerte, como asimismo desde la muerte hasta un nuevo nacimiento, es preciso haber adquirido la facultad de descifrar las observaciones imaginativas mediante las ideas obtenidas por la contemplación de los grandes sucesos cósmicos, pues tal contemplación da la clave para la comprensión de la vida humana. Por lo tanto, en el sentido de la ciencia espiritual, la observación de los períodos de Saturno, Sol y Luna es, al mismo tiempo, observación del ser humano.

Por la inspiración se llega a conocer la relación que existe entre las entidades del mundo superior. En un escalón más elevado del conocimiento es posible conocer esas entidades en su propio interior. Tal grado del conocimiento lo podemos llamar el conocimiento intuitivo. (Intuición es una palabra que en la vida común suele usarse como el entendimiento poco claro, indefinido de una cosa; por una idea que posiblemente concuerde con la verdad, sin que por de pronto se justifique. Lo aquí aludido no tiene nada que ver con tal aplicación del término, sino que con «intuición» designamos un conocimiento de la más sublime diáfandad; y quien lo posee es plenamente consciente de lo justificado de tal uso).

Conocer a un ser del mundo de los sentidos, significa encontrarse fuera del mismo; y juzgarlo por la impresión exterior. En cambio, conocer por intuición a un ser espiritual, significa haberse identificado con él, unido con su interior. Gradualmente, el discípulo espiritual se eleva a tal conocimiento. La imaginación le conduce a sentir las percepciones ya no como propiedades exteriores de los seres, sino a reconocer en ellas manifestaciones de lo anímico-espiritual; la inspiración le conduce al interior de los seres: aprende a comprender lo que, uno para otro, esos seres son. Por intuición penetra en los seres mismos.

Basándonos, como ya lo hemos hecho, en lo expuesto en este libro, podemos ilustrar también el significado de la intuición. En el capítulo precedente, no solamente hemos hablado de los distintos pasos de la evolución saturnal, solar, lunar, etc., sino que también se ha expuesto que distintos seres forman parte de la más variada manera, en esta evolución. Se ha hecho mención a los Tronos o Espíritus de la Voluntad, de los Espíritus de la Sabiduría, del Movimiento, etc. Con respecto a la evolución terrestre se ha hablado de los seres espirituales de *Lúcifer* y *Ahrimán*. La configuración cósmica se ha explicado en su relación con las entidades participantes. Lo que acerca de estas entidades se llega a conocer, se lo adquiere por el conocimiento intuitivo. Es preciso emplear ya esta facultad para conocerlo referente al curso de la vida humana. Lo que después de la muerte se desprende de la corporeidad física del hombre, pasa durante el tiempo subsiguiente por diversos estados. Los estados inmediatamente posteriores a la muerte, podrían describirse, hasta cierto punto, por el conocimiento imaginativo. Pero lo que sucede en el período de la vida del hombre entre la muerte y un nuevo nacimiento, quedaría totalmente incomprensible para la imaginación, si no se le agregara la inspiración. Sólo ésta puede investigar lo que la ciencia espiritual puede decir sobre la vida del hombre en el «mundo de los espíritus», después de la purificación. Pero más allá hay algo, para lo cual la inspiración ya no basta; donde ella, en cierto modo, pierde el hilo de la comprensión. Existe un período de la evolución humana entre la muerte y un nuevo nacimiento, en que la comprensión del ser del hombre únicamente es asequible a la intuición. Mas esta parte de la naturaleza humana se halla siempre en el hombre; y para comprenderla de acuerdo con su verdadero ser interior, es preciso investigarla por medio de la intuición, incluso para el tiempo entre el nacimiento y la muerte. Quien quisiera conocer al ser humano, únicamente con los medios que ofrecen la imaginación y la

Como Hago la 2ª I.

inspiración, se vería imposibilitado de comprender justamente los sucesos más íntimos que en el hombre tienen lugar de encarnación en encarnación; y sólo el conocimiento intuitivo permite una investigación real de las vidas terrenales repetidas y del karma. Lo que como verdad sobre esos sucesos ha de comunicarse, tiene que provenir de la investigación por el conocimiento intuitivo. Y si el hombre quiere conocerse a sí mismo, en su íntima esencia, sólo podrá conseguirlo por la intuición; ella le permite percibir lo que en él va desarrollándose de vida terrenal a vida terrenal.

También para adquirir el conocimiento por inspiración y el de la intuición, son necesarios los ejercicios anímico-espirituales, similares a los descriptos como «concentración interior» (meditación) para alcanzar la imaginación. Empero, mientras que en los ejercicios que conducen a la imaginación se parte de las impresiones del mundo físico-sensorio, tal relación ha de omitirse, cada vez más, en los ejercicios para la inspiración. Para ilustrar lo que a este respecto se debe hacer, recordemos nuevamente el símbolo de la cruz con las rosas. Quien se concentre en él tendrá ante sí una imagen cuyas partes están tomadas de impresiones del mundo sensible; el color negro de la cruz, las rosas, etc. Pero la composición de estas partes para formar la cruz con las rosas, no corresponde a nada del mundo físico-sensorio. Y si el discípulo trata de hacer desaparecer de la conciencia la cruz negra, como asimismo las rosas rojas, como representaciones de reales cosas sensorias, y de retener en el alma únicamente la actividad espiritual empleada para componer dichas partes, obtendrá el medio para una meditación que paso a paso le conducirá a la inspiración. En lo hondo del alma ha de preguntarse aproximadamente lo que sigue: ¿Qué es lo que he hecho en mi interior para formar el símbolo mediante la cruz y las rosas? Lo que he hecho (lo realizado en el alma propia) lo voy a

302

Con relación a estos ejercicios para la inspiración, mucho más que con respecto a la obtención de imaginaciones, el discípulo tiene que tener presente que únicamente debiera practicarlos si al mismo tiempo observa todas las disposiciones que pueden conducir a la seguridad y la firmeza del discernimiento, del sentimiento y del carácter. Si las observa, obtendrá un doble resultado: en primer lugar, los ejercicios no le harán perder en la visión suprasensible el equilibrio de su persona; en segundo lugar, adquirirá a la vez la capacidad para ejecutar realmente lo que los ejercicios exigen. Estos ejercicios sólo los considerará difíciles quien todavía no haya adquirido un bien determinado estado del alma y bien definidos sentimientos. Pero aquel que con paciencia y perseverancia cultive en el alma las cualidades interiores que favorecen el brotar de conocimientos suprasensibles, no tardará en alcanzar la comprensión y también la capacidad para hacer dichos ejercicios. Mucho ganará quien se acostumbre a hacer frecuentemente la recordación interior de su actuar, pero de tal manera que no se empeñe tanto en cavilar sobre sí mismo, sino más bien en ordenar y evaluar con calma lo experimentado en la vida. Verá que se enriquecen los propios pensamientos y sentimientos, si se evalúa la relación de una experiencia de la vida con otra; además advertirá en qué alto grado se llega a saber algo nuevo, no solamente a través de nuevas impresiones y nuevas experiencias, sino también por el hacer fructificar en sí mismo, las ya tenidas. Y para las fuerzas de la cognición suprasensible, el discípulo preparará las más favorables condiciones, si procede de tal manera que pondera, comparándolas con otras, sus experiencias, e incluso las opiniones que él se haya formado, considerándolas como si él mismo, con sus simpatías y antipatías, con sus sentimientos e intereses personales, fuese ajeno a todo lo vivido. Verdaderamente desarrollará lo que se puede llamar una *enriquecida vida interior*. Pero lo que ante todo importa es la ecuanimidad y el

304

retener firmemente; pero la imagen como tal la hago desaparecer de la conciencia. Luego quiero *sentir* todo lo que mi alma ha hecho para componer la imagen, pero la imagen misma no voy a representármela. Ahora quiero vivir íntimamente en mi propia actividad mediante la cual he creado la imagen. Por lo tanto, no voy a concentrarme en esa imagen, sino en mi propia actividad anímica, creadora de la imagen. Semejante concentración deberá realizarse con relación a muchos símbolos; esto conducirá al conocimiento por inspiración. A continuación damos otro ejemplo: El discípulo se concentra en la representación del desarrollarse y perecer de una planta. Suscita en el alma la imagen del nacer y crecer de la planta, cómo ella brota del germen, cómo desarrolla hoja por hoja, hasta llegar a florecer y dar fruto. Luego, cómo ella empieza a marchitarse, hasta la total desaparición. Por el ahondarse en semejante imagen se va llegando al sentimiento del hacer y perecer, con respecto al cual la planta ya no será más que imagen. De tal sentimiento podrá surgir, si el ejercicio se prosigue con perseverancia, la imaginación de aquella transformación que corresponde al nacer y perecer en lo físico. Pero para llegar a la correspondiente inspiración habrá que hacer el ejercicio de otra manera. Hay que recordar y concentrarse en la propia actividad anímica con la que, partiendo de la imagen de la planta, se ha formado la representación del nacer y perecer. Ahora hay que hacer desaparecer de la conciencia, la planta, y, ahondarse tan sólo en lo que anímicamente uno mismo ha realizado. Únicamente a través de semejantes ejercicios es posible ascender a la inspiración. Al principio, el discípulo tendrá cierta dificultad en comprender cómo ha de realizar semejante ejercicio. Esto se debe a que el hombre no está acostumbrado a desarrollar la vida interior con arreglo a las impresiones exteriores, fácilmente se torna inseguro y vacilante, cuando se le exige desenvolver una vida anímica con exclusión de todo apoyo en impresiones exteriores.

303

equilibrio de las cualidades anímicas. Cuando el hombre ejecuta una determinada actividad anímica, fácilmente se inclina a caer en actitud unilateral; de tal manera que, al percatarse de lo provechoso de la íntima reflexión y del enfrentarse al mundo de las ideas propias, se torne proclive a ello a tal punto que cada vez más se insensibiliza a las impresiones del mundo exterior. Pero esto conduce al secamiento y la desolación de la vida interior. Realizará el mayor progreso quien, junto con la capacidad de cultivar la vida interior, conserve la abierta sensibilidad a todas las impresiones del mundo exterior. A este respecto, no hay que pensar tan sólo en las así llamadas grandes impresiones de la vida, sino que *cada cual*, en cualquier situación -inclusive entre cuatro miserables paredes- puede experimentar bastante, siempre que a ello se mantenga sensible. No hace falta esforzarse por encontrar las experiencias; pues se presentan por doquier.

También es de singular importancia cómo las experiencias se transforman en el alma humana. Por ejemplo, alguien puede hacer la experiencia de que una personalidad, por él o por otros venerada, posee esta o aquella cualidad que él ha de considerar como debilidad de carácter. Tal experiencia puede inducirle a reflexionar de dos maneras distintas. Simplemente podrá decir: Ahora, por el haberme enterado de ello, ya no me es posible venerar como antes a esa personalidad; o bien, puede preguntarse: ¿Cómo se explica que la venerada personalidad tenga tal defecto? ¿Cómo he de representarme el que no se trate meramente de un defecto sino de algo causado por la vida misma de dicha personalidad, acaso precisamente debido a sus grandes cualidades? Quien reflexione sobre estas preguntas, quizás llegará al resultado de que, por el haber notado el defecto la veneración que él siente, no pierde en lo más mínimo. Por cada resultado de tal naturaleza, se habrá aprendido algo, se habrá añadido un elemento nuevo para la comprensión de la vida. Pero sería ciertamente lamentable si uno, por lo positivo

305

del concepto de la vida, se dejase inducir a disculpar todo lo imaginable en personas o hechos de su simpatía, o tal vez a adoptar el hábito de no tomar en consideración todo lo censurable, porque eso puede traerle ventajas para su desarrollo interior. Pero esto no se consigue, cuando el impulso a solamente no censurar los defectos, sino a comprenderlos, se suscita en uno mismo, sino únicamente cuando la respectiva cuestión misma exija tal actitud, no importa lo que con ella pueda ganarse o perderse. Pues, es absolutamente verdad: aprender algo nuevo no es posible a través de censurar el defecto sino únicamente por comprenderlo. Pero tampoco llegaría muy lejos el que, considerando la comprensión, absolutamente quisiera excluir la crítica. También a este respecto se trata de no atenerse a un punto de vista unilateral, en una u otra dirección, sino de buscar la armonía y el equilibrio de las fuerzas anímicas.

Esto vale principalmente para la cualidad del alma que para el desarrollo del hombre es de especial importancia; a saber, lo que se llama el sentimiento de la veneración (devoción). Quien en sí mismo desarrolle este sentimiento, o ya lo posea gracias a un benéfico don de la naturaleza, tiene un buen fundamento para las fuerzas de cognición suprasensible. Quien en su infancia y juventud, con devota admiración, supo elevar la mirada a personas como si fueran sublimes ideales, posee en el fondo del alma algo particularmente apto para el desarrollo del conocimiento suprasensible. Y quien más tarde en la vida, con juicio ya maduro, alza la vista al cielo estrellado, admirando con fervor la manifestación de sublimes potencias, adquiere precisamente por ello la madurez para el conocimiento de los mundos suprasensibles. Lo mismo puede decirse de quien sea capaz de admirar las fuerzas reinantes en la vida humana. Y es de suma importancia el que incluso a la edad madura uno se incline a venerar en el más alto grado a otros de cuyo valor tiene cierta impresión o cree verlo. Únicamente donde exista tal admiración, podrá abrirse la perspectiva de

306

obedecido a su propio juicio; pero que por el haberse abstenido resultó algo benéfico. Semejante experiencia puede encauzar el pensar del hombre en una bien definida dirección, de modo que él podrá decirse: en mí vive algo que me guía mejor que el discernimiento que ahora poseo; debo quedar atento a ese «algo en mí ser», al que la madurez de mi discernimiento todavía no ha llegado. Resultará benéfico en alto grado, si el alma presta atención a semejantes experiencias de la vida; pues, se le evidenciará, como por un sano presentimiento, que en el hombre hay algo más de lo que en cada situación su discernimiento le permite percibir. Semejante atención tiende a una ampliación de la vida anímica. Pero también a este respecto pueden surgir situaciones unilaterales de dudosos efectos. Quien quisiera acostumbrarse a abstenerse de juzgar, cada vez que un «presentimiento» le impulse a esto o aquello, podría quedar a merced de toda clase de vagos impulsos; y hay sólo un paso de semejante hábito a la falta de juicio y a la superstición.

Toda clase de superstición resulta fatal para el discípulo. Para adquirir la posibilidad de penetrar verdaderamente en las regiones de la vida espiritual es imprescindible precaverse cuidadosamente de la superstición, de lo quimérico y de la ensoñación. No penetrará de la justa manera en el mundo espiritual quien se contente con experimentar oportunamente algún suceso que «el pensar humano no puede comprender». Ciertamente, nadie se convierte en discípulo de lo espiritual por el aprecio predilecto de lo «inexplicable». Por el contrario, él deberá desterrar totalmente el prejuicio de que «ser místico significa presuponer por doquier algo inexplicable, inescudriñable». El discípulo estará en lo justo si reconoce que por todas partes existen fuerzas y entidades ocultas; pero presuponiendo, a la vez, que lo no investigado puede ser investigado por quien posea la fuerza para ello.

308

mundos superiores. Quien no sea capaz de venerar, no podrá, de modo alguno, llegar muy lejos en cuanto a la obtención del conocimiento; y para aquel que no quiere reconocer a nada en el mundo, se cierra el acceso a la esencia de las cosas.

Por otra parte, quien, por sus sentimientos de veneración y devoción se deje seducir a apagar en sí la sana conciencia de su propio valor y confianza en sí mismo, peca contra la ley de ecuanimidad y equilibrio. El discípulo ha de trabajar constantemente para llegar a la madurez, cada vez en mayor grado, pero en virtud de ello también puede tener la confianza en la propia personalidad y creer que sus fuerzas seguirán creciendo. Quien en esta dirección llega a sentir adecuadamente, se dirá: Poseo en mí ser fuerzas latentes, y me será posible hacerlas surgir de mi interior. Debido a ello, cuando se me presenta algo que considero digno de venerar porque es superior a mí, no he de limitarme a venerarlo meramente, sino que puedo confiar en mi capacidad para desarrollar en mí lo que me falta para igualarme a la persona venerada.

Cuanto más el hombre haya adquirido la facultad de prestar atención a ciertos sucesos de la vida, los que en un principio escapan a su criterio personal, tanto más le será posible crear en sí mismo las bases para su desarrollo hacia mundos espirituales. Damos un ejemplo para ilustrarlo. Supongamos que un hombre se encuentre en una situación de la vida en que se ve ante la alternativa de realizar o no una determinada acción, y que su propio juicio le diga: ¡hazlo! Pero que en sus sentimientos haya algo enigmático tendiente a inducirle a no hacerlo. En tal caso puede suceder que este hombre, sin prestar atención a tal elemento extraño, simplemente realice la acción, de acuerdo con su propio criterio. Pero igualmente puede ser que él ceda a ese inexplicable impulso, y que, por consiguiente, no ejecute la acción; y si entonces examina la sucesión de los hechos podrá evidenciarse que se habría producido una desgracia si él hubiera

307

Existe un estado del alma de importancia para el discípulo, en todos los niveles de su desarrollo. Este estado consiste en que la búsqueda del conocimiento no ha de orientarnos unilateralmente, preguntando: ¿cómo se puede contestar esta o aquella pregunta? Antes bien, hay que preguntar: ¿cómo desarrollo en mí esta o aquella facultad? Y la contestación a determinadas preguntas las recibirá el discípulo cuando haya desarrollado, a través del paciente trabajo interior, esta o aquella facultad. Los discípulos de la enseñanza espiritual siempre han de cultivar este estado del alma; y esto los conducirá a trabajar sobre sí mismos con el fin de incrementar su madurez y de renunciar a querer obtener forzosamente las respuestas a determinadas preguntas. Por el contrario, han de quedar esperando que tales respuestas les sean dadas.

Pero también con relación a este aspecto hay que advertir que no progresará adecuadamente quien se acostumbre a proceder de un modo unilateral. Puede suceder que en un determinado momento el discípulo se forme el sentimiento de que él mismo, con las fuerzas que posee, puede contestar las más sublimes preguntas. Resulta pues, que también aquí son de suma importancia la ecuanimidad y el equilibrio del estado anímico.

Podríamos referirnos a muchas otras cualidades del alma cuyo cultivo y cuyo desarrollo son útiles, cuando el discípulo desea alcanzar la inspiración, a través de ejercicios. Con respecto a todo habría que destacar que la ecuanimidad y el equilibrio son las cualidades anímicas esenciales, las que preparan la comprensión y la capacidad para los ejercicios caracterizados, necesarios para obtener la inspiración.

Los ejercicios para la intuición requieren que el discípulo de la enseñanza espiritual haga desaparecer de la conciencia, no solamente las imágenes de su meditación para la imaginación, sino asimismo el vivir en la propia actividad anímica para adquirir la inspiración. Si después del desprenderse de las

309

experiencias exteriores e interiores no le quedará *nada* de su conciencia; es decir, si finalmente ésta se le desvaneciera, de modo que él cae en la inconsciencia, esto sería prueba de que aún no ha alcanzado la madurez para hacer ejercicios para la intuición; y en este caso tendría que proseguir con los ejercicios para la imaginación y la inspiración. Llegará un momento en que la conciencia no quedará vacía, después de desprenderse de las experiencias interiores y exteriores, sino que en *unión* el alma retiene en la conciencia algo a que la concentración puede entregarse, como antes se había entregado a lo proveniente de las impresiones exteriores e interiores. Pero este «algo» es de particular naturaleza. En contraste con todas las experiencias anteriores es algo realmente *nuevo*. Al experimentarlo, se sabe: esto aún no lo había conocido. Se trata de una percepción del mismo modo que un sonido real es una percepción que mediante el oído se oye; pero de ese algo sólo puedo ser consciente por la intuición, lo mismo que del sonido sólo se llega a ser consciente por el oído. Por la intuición se quita de las impresiones del hombre el último remanente de lo físico-sensorio; y el mundo espiritual empieza a quedar abierto para el conocimiento, en una forma que ya no tiene nada en común con las propiedades del mundo físico-sensorio.

El conocimiento imaginativo se obtiene por medio del desenvolvimiento de las flores de loto dentro del cuerpo astral. En cambio, por los ejercicios que se realizan para adquirir la inspiración y la intuición, se producen en el cuerpo etéreo o vital, del hombre, específicos movimientos, configuraciones y corrientes, los que antes no existían. Se trata precisamente de los órganos, por medio de los cuales el hombre agrega a sus facultades la de «leer la escritura oculta», y lo que se halla más allá de ello. Para el conocimiento suprasensible, los cambios en el cuerpo etéreo de una persona que haya alcanzado la inspiración y la intuición, se presentan como se explica a continuación.

310

momento en que el hombre percibe conscientemente el mundo de la inspiración. Esta cognición se produce de una manera distinta del modo de conocer el mundo físico-sensible. En éste recibimos las percepciones por los sentidos y según ellas nos formamos las representaciones y los conceptos. En el saber por la inspiración no es así. Lo que en ella se llega a conocer, se da en el acto, espontáneamente; aquí no existe el reflexionar después de la percepción. En la inspiración aparece con el acto de la percepción lo que para el conocimiento físico-sensorio se obtiene más tarde, como concepto. Debido a ello, uno se confundiría con el mundo circundante anímico-espiritual, incapaz de distinguirse de él, si no se hubiera formado la ya caracterizada redicilla del cuerpo etéreo.

Cuando se hacen los ejercicios para la intuición, sus efectos se producen no solamente sobre el cuerpo etéreo, sino que penetran hasta en las fuerzas suprasensibles del cuerpo físico. Pero no habría que pensar que de esta manera se producen en el cuerpo físico efectos asequibles a la común observación sensoria. Se trata de efectos que sólo el conocimiento suprasensible es capaz de juzgar, y que nada tienen que ver con toda cognición exterior. Esos efectos aparecen como resultado de la madurez de conciencia, cuando ésta puede llegar a experiencias por la intuición, a pesar de haber eliminado de sí misma, todas las anteriormente conocidas experiencias exteriores e interiores.

Pero hay que tener presente que las experiencias de la intuición son de índole sutil, íntima y fina; mientras que, en comparación con ellas, el cuerpo físico humano en su actual nivel evolutivo, es más bien burdo; y debido a ello se opone un fuerte impedimento al éxito de los ejercicios para la intuición. Pero si éstos se prosiguen con energía y perseverancia y con la debida quietud interior, superarán finalmente los poderosos estorbos del cuerpo físico. El discípulo de la enseñanza espiritual lo advertirá por el hecho de que paso a paso aprenderá a

312

Se llega a ser consciente de un nuevo centro en el cuerpo etéreo, aproximadamente en la región cerca del corazón físico, un centro que formará un órgano etéreo, del que salen movimientos y corrientes hacia los diversos miembros del cuerpo humano, de la manera más variada. Las más importantes de estas corrientes son las que van a las flores de loto; las atraviesan pasando por todos los pétalos, saliendo luego hacia afuera, donde, como rayos, se propagan en su espacio exterior. Cuanto más evolucionado se halla el hombre, tanto más amplio aparece el espacio en torno suyo, en que se perciben dichas corrientes. Pero en la enseñanza espiritual conforme a las reglas, el centro en la región del corazón no se forma desde el principio, sino que primero se prepara. Ante todo se forma un centro provisional en la cabeza, el que va descendiendo a la región de la laringe, y finalmente, se traslada a un punto cerca del corazón físico. En el caso de un desarrollo irregular el órgano en cuestión podría formarse inmediatamente en la región del corazón. Pero esto envolverá el peligro de que, en lugar de llegar a la visión suprasensible quieta y objetiva, el hombre se convertiría en espíritu exaltado e iluso. A través de su ulterior desarrollo, el discípulo adquiere la capacidad de independizar del cuerpo físico las ya formadas corrientes y estructuras de su cuerpo etéreo, y de utilizarlas en forma autónoma. Para ello le sirven de instrumentos las flores de loto, lo que le permite mover el cuerpo etéreo. Pero antes de que esto se realice, es preciso que en toda la esfera circundante del cuerpo etéreo se hayan formado específicas corrientes e irradiaciones, las que encierran a aquél como mediante una fina redicilla, convirtiéndolo en una entidad firmemente circunscripta. Una vez realizado esto, los movimientos y las corrientes que en el cuerpo etéreo tienen lugar, podrán encontrarse libremente y unirse con el mundo exterior anímico-espiritual, confundiendo de este modo lo que sucede exteriormente en lo espiritual-anímico con lo interior (en el cuerpo etéreo humano); y con ello ha llegado el

311

dominar ciertos fenómenos del cuerpo físico, los que antes se producían inconscientemente. También los notará debido a que por breves instantes tendrá el deseo, por ejemplo, de esforzarse en que la respiración (o algo parecido) se realice en concordancia, o en armonía, con lo que el alma ejecuta en los ejercicios, o bien, en el ahondarse en sí misma. Lo ideal del desarrollo consiste en que no se ejecuta ningún ejercicio por el cuerpo físico mismo, ni tampoco ejercicios respiratorios, sino que todo lo que en él ha de suceder, únicamente aparezca como resultado de los puros ejercicios para la intuición.

Cuando el discípulo asciende por el camino que conduce a los mundos del conocimiento superior, notará, al llegar a un determinado grado, que la coherencia de las fuerzas de su personalidad va tomando una forma distinta de la que tiene en el mundo físico-sensorio. En éste, el Yo hace que las fuerzas del alma, ante todo el pensar, sentir y querer, obren armoniosamente. Es que en cualquier situación de la vida humana común, estas tres fuerzas del alma guardan entre sí una determinada relación. Por ejemplo, uno percibe en el mundo exterior algún objeto de agrado o desagrado para el alma. Quiere decir que la representación del objeto se relaciona con cierta necesidad, con el sentimiento de agrado o desagrado. También puede ser que se desee obtener ese objeto, o bien, transformarlo en este o aquel sentido; es decir: a la representación y el sentimiento se añade la facultad de desear y la voluntad. La causa de producirse tal correlación se origina en que el Yo aún uniformemente el representarse (pensar), el sentir y el querer, introduciendo, de tal manera, orden en el obrar de las fuerzas de la personalidad. Este saludable orden quedaría perturbado si en el referido aspecto el Yo apareciera impotente; si por ejemplo, el deseo tomara otro camino que el sentimiento o la representación. No estaría en su sano estado anímico quien, pensando que esto o aquello es correcto no

313

obstante tuviera la voluntad de hacer lo que considera como no correcto. Lo mismo ocurrirá si uno no quisiera hacer lo que le agrada, sino lo que no le parece bien. Pero sucede que el hombre advierte que en el camino al conocimiento superior, efectivamente se apartan uno de otro, el pensar, el sentir y el querer, y que cada una de estas tres fuerzas adopta cierta autonomía, de modo que, por ejemplo, determinado pensar ya no tiende como por sí mismo, a conducir a un determinado sentir y querer. Resulta que en tal caso, el pensar permite percibir algo correctamente, pero que después, para llegar de alguna manera a un sentimiento o a la expresión de una voluntad, será preciso partir de un nuevo impulso. Es que durante la observación suprasensible, el pensar, sentir y querer no siguen siendo tres fuerzas que irradian del común centro de la personalidad, o sea, del Yo, sino que en cierto modo se convierten en entidades autónomas, en tres personalidades, por decirlo así; y esto exige que tanto más se fortalezca el Yo, puesto que éste no solamente ha de poner orden en tres fuerzas, sino que debe guiar y dirigir a tres entidades. Pero esta división no debe regir, sino únicamente durante el tiempo de la observación suprasensible. Aquí nuevamente se pone claramente de manifiesto cuán importante es que aparte de los ejercicios específicos de la enseñanza superior, se practiquen aquellos que confieren seguridad y firmeza al discernimiento y a la vida de los sentimientos y la voluntad. Pues, si el discípulo no posee estas facultades al ascender al mundo superior, muy pronto verá que el Yo se muestra débil e incapaz de dirigir adecuadamente el pensar, sentir y querer. Si tal debilidad existiera, se arrastraría al alma, como por la fuerza de tres personalidades, en distintas direcciones. Y ella perdería su armonía interior. En cambio, si el desarrollo del discípulo transcurre de la justa manera, la caracterizada transformación de fuerzas significa un verdadero progreso; el Yo sigue siendo el soberano de las entidades autónomas, las que ahora forman su alma.

En su ulterior decurso dicho desarrollo sigue desenvolviéndose. El pensar que se ha convertido en fuerza autónoma, suscita la aparición de una cuarta entidad anímico-espiritual, a la que se puede calificar de un espontáneo fluir en el hombre de corrientes que se parecen a los pensamientos; el mundo entero aparece entonces como una construcción de pensamientos, la que se presenta análogamente a como el mundo vegetal o animal se presenta en el ámbito físico-sensorio. De un modo similar, el sentir y el querer, convertidos en fuerzas autónomas, suscitan en el alma dos fuerzas, las que en ella obran como seres independientes. Y a las ya mencionadas se añade una séptima fuerza y entidad, parecida al propio Yo mismo.

Todas estas experiencias se vinculan con otra más. Antes de entrar en el mundo suprasensible el hombre conocía el pensar, sentir y querer sólo como experiencias interiores del alma. Tan pronto como entra en el mundo suprasensible, percibe cosas que no son expresión de algo físico-sensorio, sino de una realidad anímico-espiritual. Detrás de las cualidades del nuevo mundo, así percibidas, se hallan ahora entidades anímico-espirituales; y éstas se presentan al hombre como un mundo exterior, al igual que en el ámbito físico-sensorio él ha tenido ante los sentidos, piedras, plantas y animales. Esto le permite al discípulo darse cuenta de una importante diferencia que existe entre el mundo anímico-espiritual que se le abre y aquella que él estaba acostumbrado a percibir por medio de sus sentidos físicos. Una planta del mundo sensible sigue siendo lo que es, sean cuales fueren los sentimientos o pensamientos que sobre ella se forme el alma humana. No ocurre lo mismo con respecto a las imágenes del mundo anímico-espiritual, pues éstas cambian según los sentimientos o pensamientos del hombre. En virtud de ello, el hombre les confiere un carácter que depende de su propio ser. Imaginémonos que en el mundo imaginativo se le presentó al hombre una determinada imagen. Si al principio él adopta en su ánimo una actitud indiferente, la

imagen se le muestra en un determinado aspecto. Pero este aspecto cambia al instante en que el hombre, frente a ella, siente placer o desplacer. Quiere decir, que, por de pronto las imágenes no solamente expresan lo que independientemente existe fuera del hombre, sino que también reflejan lo que el hombre mismo es; son enteramente compenetradas de la naturaleza propia del hombre, la que se extiende como un velo sobre las entidades. El hombre, aunque realmente se halle ante una entidad, no percibe a ésta, sino lo que él mismo ha producido. De modo que es posible que él tenga ante sí algo que es verdad y, a pesar de ello, lo perciba erróneamente. Y esto vale no solamente con respecto a lo que él mismo nota en sí como su naturaleza, sino que todo lo que forma su ser íntimo produce sus efectos sobre ese mundo imaginativo. Por ejemplo, puede ser que en un hombre haya inclinaciones que se esconden y que en la vida a causa de la educación y del carácter, no se manifiestan; no obstante, surten efecto sobre el mundo espiritual-anímico; y éste adquiere un particular matiz, por efecto de todo el ser del hombre, no importa cuánto de este ser él mismo conozca, o no conozca.

Para poder progresar, partiendo de este grado de su desarrollo, es preciso que el hombre aprenda a distinguir entre sí mismo y el mundo espiritual exterior. Hace falta que sepa hacer desaparecer todos los efectos del propio ser sobre el mundo anímico-espiritual que le circunda. Esto únicamente es posible si se logra conocer lo que uno mismo lleva consigo a ese mundo nuevo. Por consiguiente, se trata de que ante todo se tenga un verdadero y amplio conocimiento de sí mismo, para ser capaz de percibir en su forma pura el mundo espiritual-anímico circundante. Resulta que a ciertos hechos del desarrollo humano les es immanente conducir a que tal conocimiento de sí mismo se produzca necesariamente, como algo natural, cuando se entra en el mundo superior. Sabemos que en el mundo físico-sensorio el hombre desenvuelve su Yo, el conocimiento de sí

mismo; y este Yo resulta ser cual un punto céntrico de atracción respecto a todo lo perteneciente a la naturaleza del hombre. Todas sus inclinaciones, simpatías, antipatías, pasiones, opiniones, etc., se agrupan en cierto modo, alrededor de este Yo; éste asimismo es el punto de atracción para lo que se llama el karma del hombre. Quien percibiera este Yo sin velos, también advertiría en él, que según su destino, sucesos de bien definida característica necesariamente han de sobrevenir en el presente, o bien en sus posteriores encarnaciones, según este Yo haya vivido, de una u otra manera, o haya acogido en sí mismo esto o aquello, en las encarnaciones anteriores. Con todo lo así apegado al Yo, éste deberá aparecer como la primera imagen, ante el alma humana, cuando ella asciende al mundo anímico-espiritual. Según una ley del mundo espiritual, este «doble» del hombre debe, antes de todo lo demás, aparecer como su primera impresión en ese mundo. Fácilmente se podrá llegar a la comprensión de la respectiva ley, si se tiene en cuenta lo que sigue. En la vida físico-sensoria, el hombre se percibe a sí mismo únicamente porque tiene la experiencia de sí mismo a través de su pensar, sentir y querer. Pero esta percepción se realiza en lo interior; no se presenta ante el hombre como se le presentan las piedras, las plantas y los animales. Además, por la percepción interior el hombre no llega a conocerse sino parcialmente, puesto que en él existe algo que le impide profundizar el conocimiento de sí mismo. Se trata de un impulso instintivo según el cual, cuando el hombre, por el conocimiento de sí mismo, tiene que admitir que tiene una determinada propiedad de su carácter y, para no hacerse ilusiones a este respecto, se siente llamado a transformarla inmediatamente.

Si el hombre no obedece a este impulso y simplemente aparta la atención del propio ser sin cambiarlo, se entiende que igualmente se quita la posibilidad de conocerse a sí mismo en cuanto al punto respectivo. En cambio, si él se ahonda en sí

mismo reconociendo, libre de ilusiones, esta o aquella de sus propiedades anímicas, será capaz de corregirlas; pero también puede darse el caso que en la actual situación de la vida, no puede hacerlo. En este último caso invadirá su alma un sentimiento al que hemos de llamar: tener vergüenza. Efectivamente, así reacciona la sana naturaleza del hombre: debido al conocimiento de sí mismo, él experimenta distintas características del tener vergüenza. Pero en la vida común, este sentimiento tiene una bien definida consecuencia. El hombre de un sano pensar tratará de que aquello que con respecto a sí mismo suscita ese sentimiento, no se manifieste hacia afuera, en sus efectos, y que tampoco se evidencie en actos exteriores. Quiere decir que el sentir vergüenza es una fuerza que incita al hombre a encerrar algo en su interior; y a evitar que exteriormente sea perceptible. Si sobre esto se reflexiona detenidamente, se llegará a comprender que la investigación espiritual ha de atribuir consecuencias todavía mucho más amplias a un sentimiento en lo íntimo del alma, estrechamente afín con el sentir vergüenza. Para la ciencia espiritual existe en lo recóndito del alma una especie de un *escondido* avergonzarse, sin que el hombre, en la vida físico-sensoria llegue a ser consciente de ello. Pero este sentimiento escondido reacciona de un modo parecido al del caracterizado sentimiento manifiesto de la vida corriente; impide que la más íntima naturaleza del hombre aparezca ante él en una imagen perceptible. Si no existiera este sentimiento, el hombre percibiría en sí mismo, lo que él es en verdad; no solamente experimentaría en su interior, sus pensamientos, sentimientos y su voluntad, sino que los percibiría, al igual que él percibe piedras, animales y plantas. Este sentimiento es, por lo tanto, el elemento que cubre con un velo al hombre, ante sí mismo; y con ello igualmente cubre con un velo todo el mundo espiritual-anímico. Pues, al ocultarse ante él la propia naturaleza, el hombre tampoco puede percibir aquello en que él debiera desarrollar los instrumentos para conocer el

Quien primero en el mundo físico haya comprendido de la justa manera por el intelecto, la ley de karma, no ha de estremecerse mucho si ahora, en la imagen de su doble, ve inscriptos los gérmenes de su destino. Quien por su discernimiento se haya familiarizado con los hechos de la evolución del mundo y de la humanidad, para saber que en un determinado momento de esta evolución, las fuerzas de Lucifer penetraron en el alma humana, soportará sin dificultad el percibirse de que la imagen de su propia naturaleza contiene las entidades lucíficas con todos sus efectos. Pero esto nos enseña cuán necesario es que el hombre no pretenda entrar en el mundo espiritual antes de haber comprendido, por el discernimiento común desarrollado en el mundo físico-sensorio, determinadas verdades acerca del mundo espiritual. En el normal decurso de su evolución, el discípulo de la enseñanza espiritual, antes de tener el deseo de emprender él mismo el camino que conduce a los mundos suprasensibles, debiera conocer, por el haberse enterado de ello a través de su común discernimiento, lo que en este libro, en los capítulos anteriores a lo expuesto sobre el «conocimiento de los mundos superiores», se ha comunicado.

En un discípulo en que no se tome en consideración la seguridad y firmeza del discernimiento, como asimismo de los sentimientos y del carácter, puede ocurrir que al discípulo se le presente el mundo superior antes de haber adquirido las facultades interiores necesarias. En tal caso, el encontrarse con su doble le oprimirá y le conducirá a errores. Por otra parte, si este encuentro no tuviera lugar, -lo que ciertamente también sería posible- y si a pesar de ello, se le hiciera entrar al hombre en el mundo suprasensible, tampoco sería capaz de conocer ese mundo en su verdadero aspecto. Pues le sería totalmente imposible distinguir entre lo que él piensa ver y lo que las cosas realmente son. Sólo es posible hacer esta distinción, si se percibe la propia naturaleza como imagen aislada, de modo que de lo circundante se desligue lo que fluye del propio ser interior.

mundo anímico-espiritual; no es capaz de transformar su propia entidad, con el fin de que en ella se formen órganos de la percepción espiritual.

Empero, si por la metódica enseñanza espiritual el hombre se empeña en obtener esos órganos de percepción, aparecerá ante él, como primera impresión, lo que él mismo es. Percibe a su doble. No es posible separar esta percepción de la de lo demás del mundo espiritual-anímico. En la vida común del mundo físico-sensorio el sentimiento caracterizado hace que para el hombre se mantenga constantemente cerrado el portal al mundo espiritual-anímico. Si él quisiera dar un sólo paso para penetrar en ese mundo, surgiría en el mismo instante pero inconscientemente, el sentimiento de avergonzarse, y escondería la parte del mundo espiritual-anímico que estaría por aparecer. Pero los ejercicios caracterizados abren la puerta a dicho mundo. Por otra parte, aquel sentimiento escondido, en cierto modo resulta ser un gran bienhechor del hombre; puesto que con todo aquello que sin la enseñanza científico-espiritual se adquiere, como discernimiento, vida anímica y carácter, no se es capaz de soportar, así no más, la percepción de la propia naturaleza en su verdadero aspecto. Tal percepción le haría perder al hombre todo sentimiento, toda confianza y toda conciencia de sí mismo. También a este respecto, es decir, para que esto no ocurra, es preciso que además de los ejercicios para adquirir el conocimiento superior, el discípulo preste atención a aquellos que se emprenden para el cultivo del sano discernimiento, de los sentimientos y de lo referente al carácter. Por la enseñanza según las reglas, el hombre aprenderá, como sin intención, tanto de la ciencia espiritual, y sabrá emplear los medios para llegar al conocimiento de sí mismo y la auto-observación, a tal punto que será capaz de estar frente a su doble, con la fuerza necesaria. Para el discípulo resulta entonces que, meramente como imagen en el mundo imaginativo, ve en otra forma lo que en el mundo físico ha llegado a conocer.

El Guardián del...

Para la vida del hombre en el mundo físico-sensorio el doble influye de tal manera que debido al caracterizado sentimiento de avergonzarse, él se hace invisible en el instante en que el hombre se acerca al mundo anímico-espiritual; y con ello también esconde todo ese mundo mismo. El doble se halla ante ese mundo como un «guardián», impidiendo la entrada de aquellos que todavía no son aptos para poder entrar. Por consiguiente, le podemos llamar «guardián del umbral que se halla ante el mundo espiritual-anímico». El hombre se encuentra con este «guardián del umbral» no solamente al entrar, de la manera descrita, en el mundo suprasensible, sino también al pasar por la muerte física; y paso a paso, este guardián se le revela en el curso de la vida durante la evolución entre la muerte y un nuevo nacimiento. Pero entonces ese encuentro no oprimirá al hombre, porque tiene conciencia de otros mundos que los de la vida entre el nacimiento y la muerte.

Si el hombre, sin tener el encuentro con el «guardián del umbral», entrara en el mundo espiritual-anímico, podría quedar a merced de ilusión tras ilusión, pues sería incapaz de distinguir entre lo que él mismo lleva a ese mundo y lo que a éste realmente pertenece. Pero la adecuada enseñanza espiritual debe de conducir al discípulo, no al ámbito de la ilusión, sino únicamente al de la verdad. Y esta enseñanza será por sí misma de tal naturaleza que dicho encuentro necesariamente ha de producirse una vez, puesto que constituye una de las medidas de precaución que para la observación de los mundos suprasensibles son imprescindibles, contra la posibilidad de la ilusión y lo fantaseoso.

Una de las prevenciones indispensables que todo discípulo debe tomar, consiste en observar cuidadosamente su propio desarrollo, a fin de no convertirse en hombre fantaseoso, susceptible de ser víctima de alguna ilusión, de engañarse a sí mismo (de caer en sugestión y autosugestión). Donde se observan correctamente las indicaciones de la enseñanza espiritual,

se destruyen al mismo tiempo las causas que puedan conducir al engaño. Naturalmente, aquí no podemos hablar extensamente de todos los pormenores que con respecto a tales prevenciones entran en consideración; sólo es posible aludir a lo esencial. Los engaños de que aquí se trata, tienen su origen en dos fuentes. En parte se deben a que por efecto de la propia naturaleza anímica el hombre desfigura la realidad. Esta fuente de engaño trae relativamente poco peligro en la vida común del mundo físico-sensorio; pues en tal caso el mundo exterior suele imponerse a la observación en su propia, bien definida configuración, por más que el observador quisiera darle el tinte según sus deseos e intereses. Pero tan pronto como se entra en el mundo imaginativo, las imágenes de éste cambian, debido a tales deseos e intereses; y el hombre tiene ante sí como una realidad algo, que previamente él mismo ha formado o, por lo menos, contribuido a generar. Ahora bien, debido a que, por el encuentro con el «guardián del umbral», el discípulo llega a conocer todo lo que en él existe, es decir, lo que él puede llevar al mundo anímico-espiritual, dicha fuente de engaño queda eliminada. Y el trabajo preparatorio que el discípulo aplica a sí mismo, antes de entrar en el mundo anímico-espiritual, hace que, ya al observar el mundo físico-sensorio, él se acostumbre a pasar por alto a sí mismo, y a dejar que las cosas y los sucesos hablen a él, puramente por su propia naturaleza. Quien se haya dedicado suficientemente a esta preparación, podrá aguardar con calma el encuentro con el «guardián del umbral». Este encuentro le permitirá preguntarse concienzudamente si realmente se siente capaz de dejar de lado la propia naturaleza, aún cuando se halla frente al mundo anímico-espiritual.

Además de esta fuente de engaño o ilusión existe aún otra. Se produce cuando una impresión recibida se interpreta erróneamente. En la vida físico-sensoria tenemos un ejemplo sencillo de tal ilusión: cuando viajando en un tren, se cree que los árboles están moviéndose en dirección opuesta a la del tren,

mientras que en realidad uno mismo está avanzando con el tren. A pesar de que hay numerosos casos donde estos engaños en el mundo físico-sensorio, son más difíciles de poner en su justo lugar que en el ejemplo citado, no obstante, es fácil ver que dentro de este mundo, el hombre encuentra también los medios para hacer desaparecer semejantes ilusiones, si con sano juicio toma en consideración todo lo que puede servir para la aclaración respectiva. Pero la cuestión es distinta cuando se penetra en las regiones suprasensibles. En el mundo de los sentidos los hechos no cambian por la equivocación del hombre; por esta razón la observación imparcial de los hechos hace posible corregir el error. En cambio, en el mundo suprasensible, esto, por de pronto, no es posible. Cuando se quiere observar un hecho suprasensible, y si ello se emprende partiendo de un juicio erróneo, se hace entrar en aquél este juicio erróneo; y éste se entretiene con el hecho de tal manera que no es posible distinguir una cosa de la otra. El error no está entonces en el hombre; y fuera de él no se halla el hecho correcto sino que el error mismo forma parte del hecho exterior; y por lo tanto tampoco es posible corregirlo simplemente por medio de una observación objetiva del hecho. Con ello se señala algo que puede ser una fuente de la que fluyen un sin número de ilusiones y fantasías, para aquel que se acerque al mundo suprasensible sin la adecuada preparación.

Así como por un lado el discípulo adquiere la capacidad para evitar los engaños que se producen por el tinte que la propia naturaleza confiere a los hechos del mundo suprasensible, así también debe, por el otro lado, adquirir el don para cerrar la caracterizada segunda fuente de ilusiones. Lo que proviene de él mismo, lo puede suprimir tan pronto como haya reconocido la imagen del propio doble; y le será posible omitir lo que constituye la otra fuente de equivocaciones, si él, según la naturaleza de un hecho del mundo suprasensible, adquiere la capacidad de discernir, si tal hecho es realidad o ilusión.

No sería posible hacer la distinción, si las ilusiones se presentan exactamente como las realidades. Pero no es así. Los engaños de los mundos suprasensibles poseen en sí mismos propiedades que los distinguen de las realidades; y se trata de que el discípulo sepa en qué propiedades podrá reconocer las realidades. Es lo más natural que el no conocedor de la enseñanza espiritual diga: ¿es que existe alguna posibilidad de precaverse contra el engaño, ya que sus fuentes son tan numerosas?; y que, además, él pregunte: ¿tiene realmente discípulo alguno de la ciencia espiritual la seguridad de que todos sus supuestos conocimientos superiores no se basan en ilusión y engaño de sí mismo (en sugestión y autosugestión)? Quien hable de esta manera, no toma en consideración que en toda verdadera enseñanza espiritual, por el modo mismo de cómo ella se desenvuelve, se tapan las fuentes del ensueño. Ante todo, ya por su trabajo preparatorio, el verdadero discípulo ha de adquirir conocimientos suficientes con respecto a lo que puede conducir a ilusión y engaño de sí mismo, como para ser capaz de recaverse contra ello. A este respecto, él tiene oportunidad, más que ningún otro, para convertirse en hombre objetivo y juicioso frente al curso de la vida. Todo cuanto llega a conocer le dará motivo para no dar importancia a presentimientos y sugestiones indefinidos. La enseñanza misma le torna lo más cuidadoso posible. A esto hay que añadir que toda verdadera enseñanza espiritual conduce a ideas sobre los grandes acontecimientos universales, es decir, a cosas que requieren un fortalecimiento del juicio, pero con lo cual éste al mismo tiempo se sutaliza y se aguza. Sólo quien se negara a penetrar en semejantes campos lejanos y se contentara con «relaciones» de fácil alcance, podría perder la agudeza del juicio, necesario para distinguir con certeza entre ilusión y realidad. Mas todo esto todavía no dice lo más importante. Lo esencial reside en los ejercicios mismos de la metódica enseñanza espiritual. Pues éstos tienen que ejecutarse de tal manera

que, durante la concentración interior, la atención de la conciencia del discípulo abarque con exactitud todo lo que en el alma acontece. Primero se forma un símbolo que pueda conducir a la imaginación. Este símbolo contiene aún representaciones de percepciones exteriores. En la formación de tal contenido no participa el hombre solamente; él mismo no lo hace. Por lo tanto, puede equivocarse en cuanto a cómo ha sido formado; puede interpretar erróneamente su origen. Pero el discípulo hace desaparecer ese contenido cuando asciende a los ejercicios para la inspiración; y entonces se concentra tan sólo en su propia actividad anímica con la que él ha formado el símbolo. Pero aún a esta altura existe posibilidad de errar, pues el hombre se ha formado la característica de su actividad anímica por la educación, por lo aprendido, etc., y no puede saber todo con respecto al origen de aquélla. Pero ahora el discípulo también elimina de su conciencia esa propia actividad anímica. Y si algo queda, no contiene nada que no se podría juzgar claramente; y nada puede entremezclarse en ello que no podría analizarse en todos sus detalles. Por consiguiente, el discípulo tendrá en su intuición algo que le hace ver con toda claridad, la naturaleza de una realidad del mundo espiritual-anímico; y si entonces aplica tal conocimiento de la realidad espiritual-anímica a todo cuanto se presente a su observación, será capaz de distinguir entre apariencia y realidad. Y podrá estar seguro de que, si él aplica esta ley, quedará preservado del engaño en el mundo suprasensible, como del mismo modo en el mundo físico-sensorio no tomará un trozo de hierro caliente que ha imaginado por uno que realmente quema. Se sobreentiende que tal criterio sólo se observará con respecto a los conocimientos que se consideran como experiencias propias en los mundos suprasensibles, pero no con respecto a los que a uno le son comunicados por otros, y que se comprenden con el intelecto físico y con el sano sentimiento de la verdad. El discípulo se esforzará en deslindar exactamente lo adquirido de una manera,

de lo recibido por la otra. De buena voluntad recibirá, por un lado, lo comunicado sobre los mundos superiores, tratando de comprenderlo a través de su discernimiento. Pero cuando él dice que está hablando de una experiencia propia, de algo observado por él mismo, habrá verificado si tal observación se le ha presentado exactamente con las propiedades concordantes con las percibidas en la inequívoca intuición.

Después de su encuentro con el «guardián del umbral», como lo hemos caracterizado, le esperan al discípulo nuevas experiencias en su ascenso a mundos suprasensibles. Ante todo advertirá que existe una íntima afinidad entre dicho «guardián del umbral» y la fuerza del alma que más arriba hemos descrito como la séptima, la que ha adoptado el carácter de una entidad independiente. Es más, en cierto sentido esta séptima entidad o es otra que el doble, o sea, el «guardián del umbral» mismo. Esta entidad impone al discípulo una bien determinada tarea: lo que en él nació como un nuevo Yo tiene que dirigir y guiar lo que él es en su Yo común, y que se le presenta como imagen. En cierto modo habría una lucha contra el doble, el que constantemente tratará de sobreponerse en esta lucha. Si se logra establecer la adecuada relación con él y no se le deja hacer nada que no se realice sino bajo la influencia del nuevo «Yo», se obtendrá a la vez el fortalecimiento y la firmeza de las fuerzas del hombre.

Hay que tener presente que con respecto al conocimiento de sí mismo existe, en un determinado sentido, una diferencia entre las respectivas condiciones en el mundo superior y las del mundo físico-sensorio. Mientras que en este último el conocimiento mismo sólo se produce como una experiencia interior, el nuevo Yo aparece inmediatamente como una figura anímico-exterior: ante el hombre aparece su nuevo Yo como otro ser; pero él no es capaz de percibirlo enteramente, pues sea cual fuere el grado alcanzado en el camino a los mundos

326

El Gran Guardián...

misterios del universo. El que sea posible obtener semejante impresión, que representa lo opuesto al verdadero estado de las cosas, no sorprenderá a quien tome en consideración que el observador que experimenta lo relatado, ya se encuentra en el mundo anímico-espiritual, el cual posee la peculiaridad de que lo que en él acontece puede presentarse en forma inversa. En este libro, al considerarse la vida después de la muerte, nos hemos referido a este hecho.

La figura del «guardián del umbral» como ella se percibe en este nivel evolutivo, muestra al discípulo algo distinto de la forma en que aquí se ha presentado al principio. En el doble de entonces se percibían todas las calidades que el Yo común del hombre posee debido al influjo de las fuerzas de Lucifer. Pero en el curso de la evolución humana penetró en el alma, por la influencia de Lucifer, otra potencia: la que en páginas anteriores de este libro se ha designado como la fuerza de Ahrimán. Se trata de la fuerza que en la existencia físico-sensoria le impide al hombre percibir aquellas entidades espiritual-anímicas del mundo exterior que se hallan detrás de la superficie de lo sensorio. Lo que bajo la influencia de dicha fuerza el alma humana ha llegado a ser, lo muestra, como imagen, la figura que aparece en la experiencia caracterizada. Quien una vez adecuadamente preparado, va a tener esa experiencia, será capaz de interpretarla verdaderamente; y al poco tiempo aparecerá otra entidad; a la que, en contraste con el ya caracterizado «guardián menor» podemos llamar el «gran guardián del umbral»; éste le advierte al discípulo de la enseñanza espiritual que no debe detenerse en el grado alcanzado, sino seguir trabajando enérgicamente. El suscita en el observador la conciencia de que el mundo al que se ha conquistado no se convertirá en verdad, sin transformarse en ilusión, sino únicamente si se continúa trabajando de la manera adecuada. Por otra parte, si alguien sin la debida preparación, a través de una enseñanza espiritual incorrecta, diera el paso hacia dicha expe-

328

El Yo superior...

suprasensibles: siempre habrá otros grados superiores, los que permitirán percibir cada vez algo más del propio «Yo superior»; y por lo tanto, en cualquier grado de su desarrollo aquél no podrá revelarse al discípulo, sino parcialmente. Pero cuando él, por primera vez, percibe algo de su «Yo superior» le invade poderosamente la tentación de considerarlo, por decirlo así, desde el punto de vista adquirido en el mundo físico-sensorio. Mas esta tentación resulta ser benéfica, y es necesario que ella tenga lugar para que el desarrollo se realice correctamente. Pues es preciso observar lo que aparece como el doble, el «guardián del umbral», y colocarlo ante el propio «Yo superior», para darse cuenta de la distancia entre lo que uno es y lo que se debe llegar a ser. Pero en esta observación, el «guardián del umbral» empieza a mostrar un aspecto bien distinto. Se presenta como imagen de todos los obstáculos que se oponen al desarrollo del «Yo superior»; y el hombre advertirá qué peso significa el tener que llevar en sí mismo el Yo común. Si entonces, por efecto de su trabajo preparatorio, no posee fuerza suficiente, como para decirse: no voy a quedar inactivo, sino seguir desarrollándome incesantemente hacia el «Yo superior», perderá fuerzas y se arredrará ante lo que ha de suceder. Se ha sumergido en el mundo anímico-espiritual, pero desiste de seguir esforzándose. Se convierte en prisionero de la entidad que ahora, como «guardián del umbral» se halla ante el alma. Lo importante consiste en que esta experiencia no le da al hombre la sensación de ser prisionero. Antes bien, él creará experimentar algo bien distinto. La figura que como el «guardián del umbral» se presenta, puede ser de tal característica que en el alma del observador produce la impresión de que en las imágenes que en este nivel evolutivo aparecen, ya tiene ante sí toda la amplitud de los más diversos mundos; que él ha llegado a la cúspide del conocimiento, y que no es necesario hacer nuevos esfuerzos. En vez de sentirse prisionero, se considerará, quizá, como el poseedor, inmensamente rico, de todos los

327

riencia, le invadirá el alma, en el instante de arribar al «gran guardián del umbral», algo que sólo puede compararse con el «sentimiento de un inmenso terror», de un «infinito miedo».

Así como el encuentro con el «guardián menor» le da al discípulo la posibilidad de verificar si él se halla protegido de las ilusiones que pueden producirse por lo que de su propia naturaleza él lleva al mundo suprasensible, así también las experiencias que le conducen hasta el «gran guardián del umbral», le permiten examinar si él puede hacer frente a los engaños que tienen su origen en la caracterizada segunda fuente. Si él es capaz de oponerse a la poderosa ilusión que le hace aparecer como inmensa riqueza el conquistado mundo de imágenes, mientras que él no es más que prisionero, también quedará preservado, en el ulterior curso de su desarrollo, de tomar por realidad la apariencia.

Para cada persona el «guardián del umbral» adoptará hasta cierto grado, un aspecto individual. El encuentro con él representa precisamente aquella experiencia que permite superar el carácter de las observaciones suprasensibles, y que da la posibilidad de entrar en una región donde la experiencia está exenta de todo matiz personal, y válida para cualquier entidad humana.

Después de haber pasado por las experiencias descritas, el discípulo de la enseñanza espiritual será capaz de distinguir, en el mundo circundante anímico-espiritual, lo que él mismo es, de lo que se halla fuera de él. Además, se dará cuenta de que la comprensión del proceso cósmico, descrito en este libro, es algo necesario para comprender lo que son el hombre mismo y su vida. Ciertamente, no se comprenderá lo que es el cuerpo físico, sin que se llegue a conocer cómo ha sido construido a través de la evolución de Saturno, Sol, Luna y Tierra. La comprensión del cuerpo etéreo será posible si se sigue el curso de su formación a través de la evolución de Sol, Luna y Tierra, etc.

329

Del mismo modo se comprenderá lo relacionado con la actual evolución terrestre, si se conoce cómo, paso a paso, todo se ha desenvuelto. La enseñanza espiritual dará la capacidad para conocer la relación que existe entre lo que atañe al ser humano y los respectivos hechos y entidades del mundo fuera de él. Pues, realmente es así: cada miembro o parte del hombre guarda una determinada relación con todo lo demás del mundo. En este libro sólo ha sido posible dar un bosquejo de ello. Pero hay que tener presente por ejemplo que, durante la evolución saturnal el cuerpo físico humano sólo existió como primer germen. Sus órganos: el corazón, los pulmones, el cerebro, se desarrollaron de ese germen, durante los períodos solar, lunar y terrestre; de modo que el corazón, los pulmones, etc., guardan la correspondiente relación con la evolución del Sol, la Luna, y de la Tierra. Lo análogo ocurre con respecto a los demás miembros: el cuerpo etéreo, el cuerpo sensible, el alma sensible, etc. El hombre ha sido formado en base de todo el mundo que inmediatamente le atañe; y todo en él, hasta lo más minucioso, corresponde a un suceso, a un ser, del mundo exterior. En el escalón respectivo de su desarrollo, el discípulo llega a conocer esta relación de su propio ser con el universo. Y este grado del conocimiento puede llamarse el percatarse de la correspondencia existente entre el «pequeño mundo», el microcosmos, esto es, el hombre mismo, y el «gran mundo», el macrocosmos. Cuando el discípulo haya alcanzado tal conocimiento, podrá producirse para él una nueva experiencia. Empezará a sentirse unificado con todo el Universo, a pesar de tener la sensación de su plena independencia. Dicho sentimiento es un asimilarse a la totalidad del mundo, un unificarse con él, pero sin perder la propia identidad. Este grado evolutivo puede designarse como el «unificarse con el macrocosmos». Es importante tener en cuenta que este unificarse no hay que representárselo como si con el mismo cesase la conciencia individual de modo tal que la entidad humana fluyese en el

Cuando el discípulo de la enseñanza espiritual haya logrado una experiencia de la intuición, esto no solamente le permite conocer las imágenes del mundo anímico-espiritual, y no solamente sabrá leer en la «escritura oculta» las relaciones correspondientes; sino que adquiere el conocimiento de los seres mismos, los que conjuntamente crean un mundo al que el hombre pertenece. Y en virtud de ello llega a conocerse a sí mismo en la forma que él posee como ser espiritual en el mundo anímico-espiritual. Así se le ha sido posible percibir su Yo superior, y se ha dado cuenta de que debe seguir trabajando para poder dominar a su doble, el «guardián del umbral». Pero también ha experimentado el encuentro con el «gran guardián del umbral» el que se halla ante él como el constante amonestador a seguir trabajando. Este «gran guardián del umbral» se convierte ahora para el discípulo en prototipo al que desea imitar. Cuando le aparece este sentimiento, tiene la posibilidad de saber *quién es*, en realidad, el que se encuentra ante él, como el «gran guardián del umbral». Pues, en la percepción del discípulo este guardián se transforma ahora en la figura de Cristo, cuya naturaleza y cuya intervención en la evolución terrestre se ha descrito en los capítulos precedentes de este libro. Al discípulo mismo se le revela, según lo expuesto, el sublime Misterio mismo, relacionado con el nombre de Cristo. El Cristo se le muestra como el «gran prototipo del hombre terrestre». Al comprender así, por medio de la intuición, al Cristo en el mundo espiritual, también se hace comprensible lo que en el cuarto período post-atlante de la evolución de la Tierra (en la época greco-latina) históricamente aconteció sobre la Tierra. Para el discípulo llega a ser un conocimiento de su propia experiencia, el saber que en dicha época el sublime Ser Solar, el Cristo, intervino en la evolución terrestre, y cómo seguirá obrando dentro de esta evolución. Por consiguiente, se trata de un conocimiento acerca del sentido y el significado de la evolución terrestre, conocimiento que el discípulo adquiere por la intuición.

universo. Semejante idea sería simplemente la expresión de un parecer proveniente de un juicio no ilustrado.

Los distintos grados del conocimiento superior, en el sentido del aquí descrito camino a la iniciación, pueden ahora designarse como sigue:

1. El estudio de la ciencia espiritual, valiéndose en primer lugar del juicio adquirido en el mundo físico-sensorio.
2. El logro del conocimiento imaginativo.
3. El leer la escritura oculta (correspondiente a la inspiración).
4. El unificarse con el mundo espiritual circundante (correspondiente a la intuición).
5. El conocimiento de cómo se relacionan entre sí, el microcosmos y el macrocosmos.
6. El unificarse con el macrocosmos.
7. La vivencia total de las experiencias anteriores, como estado anímico básico.

Pero esta sucesión de grados evolutivos no ha de considerarse en el sentido de que ellos deben cumplirse uno tras otro. Antes bien, se puede seguir el curso del desarrollo de tal manera que, según la individualidad del discípulo, éste sólo haya alcanzado cierto resultado de uno de los grados, cuando va empieza a hacer ejercicios que corresponden al próximo grado. Por ejemplo, bien puede suceder que sólo se hayan alcanzado, de un modo certero, algunas imaginaciones y que, no obstante, ya se ejecuten ejercicios por los cuales se incluyen en el ámbito de la propia experiencia, la inspiración, la intuición, o también el conocimiento de la relación entre el microcosmos y el macrocosmos.

El aquí descrito camino al conocimiento de los mundos suprasensibles es de tal naturaleza que todo hombre puede comprenderlo, sea cual fuere la situación en que dentro de las actuales condiciones de vida se encuentre. Cuando se trata de tal camino, hay que tener presente que en todos los tiempos de la evolución terrestre, el objeto del conocimiento y de la verdad ha sido y es el mismo, pero que, para el hombre, en los distintos tiempos los puntos de partida fueron distintos. En el presente, el hombre que desee emprender el camino a las regiones suprasensibles, no puede partir del mismo punto que, por ejemplo, el iniciado del antiguo Egipto. Por esta razón, el hombre de nuestro tiempo no puede practicar, indiferentemente, los ejercicios impuestos al discípulo en el antiguo Egipto. Pues, desde aquel tiempo, las almas humanas han pasado por varias encarnaciones; y estos pasos de encarnación en encarnación no carecen de sentido y significación. Las facultades y cualidades de las almas cambian de encarnación en encarnación. Quien observe, siquiera superficialmente, la vida humana histórica, advertirá que desde los siglos XII y XIII de nuestra era, en contraste con los tiempos anteriores, todas las condiciones de vida han cambiado; y que las opiniones, el sentir, pero también las facultades del hombre, son de característica distinta de la de antes. Aquí se ha descrito el camino al conocimiento superior, adecuado a las almas que se encarnan en nuestra misma época. Este camino es de tal índole que el punto de partida del desarrollo espiritual del hombre, se sitúa precisamente en donde éste se halle en el presente, cuando vive en cualesquiera condiciones de vida correspondientes a este tiempo actual. La progresiva evolución conduce a la humanidad, con respecto al camino hacia un conocimiento superior de época en época, a siempre nuevas formas, al igual que también la vida exterior cambia constantemente su configuración. Y debe predominar también en cada momento una perfecta concordancia entre la vida externa y la iniciación.

PRESENTE Y FUTURO DE LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO Y DE LA HUMANIDAD

En sentido de la ciencia espiritual, no es posible conocer el estado actual y el porvenir de la evolución del hombre y del mundo, sino partiendo de la comprensión del pasado de esta evolución, pues lo que se ofrece a la percepción del investigador espiritual cuando él observa los hechos ocultos del pasado, incluye a la vez todo aquello que del presente y del futuro se puede saber. En este libro hemos hablado de la evolución de Saturno, del Sol, de la Luna y de la Tierra. En sentido científico-espiritual, no se puede comprender la evolución de la Tierra, sin que se observen los hechos de los anteriores períodos evolutivos. Pues, en lo que actualmente se presenta al hombre dentro del mundo terrestre, se esconden en cierto sentido los hechos de la evolución lunar, solar y saturnal. Los seres y las cosas que habían tomado parte en la evolución lunar, siguieron evolucionando; y de ellos se ha formado lo que actualmente pertenece a la Tierra. Sin embargo, para la conciencia físico-sensoria, no es perceptible todo lo que, proveniente de la evolución lunar, ha venido a la Tierra. Una parte de ello no se revela sino a un determinado grado de la conciencia suprasensible. Para el que haya alcanzado tal nivel de conocimiento, se le presenta nuestro mundo terrestre vinculado con un mundo suprasensible que contiene aquella parte de la existencia lunar que no se ha densificado hasta la percepción físico-sensoria. Por de pronto la contiene en su estado actual,

334

aparecen sutiles formaciones aéreas, que podrían manifestarse de un modo comparable con impresiones sonoras, luminosas, calóricas, pero todas ellas puramente espirituales, y que no se expresan por rasgo alguno de corporeidad material. No es posible captarlas, sino por la conciencia suprasensible. No obstante se puede decir que esas entidades poseen un «cuerpo»; pero éste aparece, dentro de su elemento anímico que se manifiesta como su ser actual, cual una suma de recuerdos densificados, los que ellas llevan en sí mismas dentro de su ser anímico; de modo que en su ser se puede distinguir entre lo que experimentan ahora, y aquello que han experimentado anteriormente y que ellas recuerdan; y esto es lo que se halla en ellas en calidad de corpóreo. Lo sienten al igual que el hombre terrestre siente su cuerpo.

Para la visión suprasensible de un grado superior a aquél que ahora hemos caracterizado como necesario para el conocimiento referente a la Luna y el estado evolutivo de Júpiter, resultan perceptibles seres y hechos suprasensibles que son formaciones resultantes de la evolución posterior de lo que existió durante el estado solar, pero que actualmente posee niveles de existencia tan elevados que ni existen para la conciencia que sólo ha llegado hasta la capacidad de percibir formas lunares. Ante la respectiva concentración interior, la imagen de ese mundo más elevado también se divide en dos. Una de ellas conduce al conocimiento del estado solar del pasado remoto; la otra representa una forma futura de la Tierra, esto es, aquella en que la Tierra se habrá transformado cuando en las formaciones de aquel mundo hayan fluído los efectos de los sucesos terrestres y los de Júpiter. Lo que de este modo se observa de ese mundo del futuro puede designarse, en sentido de la ciencia espiritual, como estado evolutivo Venus. De un modo similar, y para un nivel aún más elevado de la conciencia, se presenta un futuro estado evolutivo, al que puede designarse como Vulcano, un estado que con el de

es decir no como había existido en el período de la remota evolución lunar. Mas la conciencia suprasensible puede obtener una imagen de aquel estado; puesto que, si esa conciencia profundiza la percepción que actualmente puede tener, resulta que ésta, por sí sola, va dividiéndose en dos imágenes. Una de ellas se evidencia como la configuración que la Tierra había tenido durante su estado evolutivo lunar; la otra, en cambio, se muestra de tal manera que ella permite reconocer: ésta contiene una configuración que aún se halla en estado embrionario y que sólo en el futuro llegará a tener realidad, en el sentido en que ahora la Tierra tiene realidad. Continuando la observación se advertirá que en esta forma embrionaria constantemente fluye lo que en cierto sentido se evidencia como el efecto de lo que acontece sobre la Tierra. Quiere decir que esa forma venidera nos presenta lo que en el futuro ha de ser nuestra Tierra. Los efectos que resultan de la existencia terrestre se unen con lo que sucede en el mundo que se acaba de caracterizar, y de esta suerte se formará el nuevo ser cósmico, en que la Tierra va transformándose, al igual que la Luna se transformó en Tierra. A esa futura configuración la podemos llamar el estado evolutivo Júpiter. Quien mediante la visión suprasensible, observe este estado jupiteriano, notará que en el futuro necesariamente tienen que producirse determinados sucesos, porque en la parte suprasensible del mundo terrestre, proveniente de la Luna, existen seres y hechos, los que adoptarán determinadas formas, cuando dentro de la Tierra físico-sensoria haya tenido lugar esto o aquello. Por consiguiente, en Júpiter se encontrará algo ya predestinado por la evolución lunar; y en él habrá, como algo nuevo, lo que sólo por los sucesos terrestres se añade a la evolución en su totalidad. En virtud de ello, la conciencia suprasensible puede tener conocimiento de lo que acontecerá durante el estado evolutivo Júpiter. A las entidades y los hechos que en este campo de la conciencia se observan, no les es propio el carácter de lo sensible-imaginativo; ni siquiera

335

Saturno guarda una relación similar a la del estado Venus con el solar, y a la del estado Júpiter con la evolución lunar. Tomando en consideración el pasado, el presente y el futuro de la evolución de la Tierra, podemos hablar, por lo tanto, de la evolución de Saturno, Sol, Luna, Tierra, Júpiter, Venus y Vulcano.

Así como se llega a este amplio aspecto de la evolución de la Tierra, la conciencia humana también puede llegar a observaciones con respecto a un futuro cercano. A cada una de las imágenes del pasado corresponde otra del futuro. Sin embargo, cuando se trata de semejante cuestión, hay que destacar algo cuya consideración debe tenerse en cuenta, en la más amplia medida posible: Para el conocimiento de estas cosas, es absolutamente necesario descartar la opinión de que la mera reflexión filosófica, a que se llega por el fundamento de la realidad sensible, pueda escudriñar algo a este respecto. De ninguna manera es posible, ni deben investigarse estas cosas por medio de semejante reflexión. Se entregaría a tremendas ilusiones quien pensase que, sobre la base de lo que la ciencia espiritual comunica sobre el estado lunar, y considerando conjuntamente las condiciones terrestres y las lunares, fuese posible, a través de tales reflexiones, saber qué aspecto presentará el estado evolutivo Júpiter. Estos hechos únicamente han de investigarse por la observación a que se eleve la conciencia suprasensible; y sólo cuando lo investigado se comunica, podrá ser comprendido sin la conciencia suprasensible.

Frente a los sucesos del porvenir, el investigador de lo espiritual se halla en una situación distinta de la que el observa frente a los del pasado. Por de pronto, el hombre no puede adoptar la misma actitud desinteresada frente a los acontecimientos del futuro, como esto le es posible con respecto al pasado. Lo que sucede en el futuro conmueve al sentir y querer humano; el pasado lo toma el hombre de un modo bien distinto. Quien observe la vida, sabrá que esto ya rige en la existencia

336

337

común. Pero sólo el que conoce determinados hechos de los mundos suprasensibles, puede saber en qué inmenso grado lo expuesto se incrementa y qué forma ello adopta frente a los hechos escondidos de la vida. Con esto también señalamos el motivo por el cual los conocimientos sobre estas cosas quedan sujetos a bien determinados límites.

Del mismo modo que se puede describir toda la extensa evolución del mundo a través de sus estados desde el principio saturnal hasta el de Vulcano, también es posible hacer lo propio para periodos más breves, como por ejemplo para los pertenecientes a la evolución terrestre. Desde la gigantesca transformación que puso fin a la antigua vida atlante, se sucedieron dentro de la evolución de la humanidad distintos estados, los que en este libro se han caracterizado como las épocas denominadas: la de la antigua India, la antigua persa, la egipcio-caldea, la greco-latina. La quinta época es la actual, en la que se halla la humanidad. Esta época comenzó, formándose paso a paso, aproximadamente por los siglos XII, XIII y XIV de nuestra era, después de una preparación, a partir de los siglos IV y V. En forma bien definida apareció desde el siglo XV. La época anterior, la greco-latina comenzó aproximadamente en el siglo VIII precristiano. Al finalizar su primer tercio, tuvo lugar el Advenimiento de Cristo. Con el tránsito de la época egipcio-caldea a la greco-latina cambiaron el estado del alma humana y todas las facultades humanas. En la época egipcio-caldea todavía no existía lo que ahora conocemos como el pensar lógico, la comprensión intelectual del mundo. El conocimiento del que el hombre ahora se apropia por el intelecto, lo recibía entonces en la forma adecuada a aquel tiempo: en forma espontánea, como un saber interior, de índole suprasensible. Se percibían las cosas; y al percibir las, surgía en el alma el concepto, la imagen que de ellas el alma necesitaba. Pero cuando el hombre posee semejante fuerza cognoscitiva, surgen no solamente imágenes del

mundo físico-sensible, sino que de las profundidades del alma también aparecen ciertos conocimientos con respecto a hechos y seres no sensibles. En esta forma existía entonces un remanente de la antigua conciencia opaca suprasensible, la que antes había sido una facultad común de toda la humanidad. En la época greco-latina aumentó cada vez más, la cantidad de hombres que carecían de tales facultades; y en lugar de éstas surgió el pensar intelectual, de modo que los hombres iban alejándose de la espontánea, onírica percepción del mundo espiritual anímico, siéndoles necesario, cada vez más, formarse una imagen de éste, mediante el intelecto y el sentimiento. En cierto sentido, estas condiciones perduraron a través de toda la cuarta época post-atlante. Únicamente los hombres que como una herencia habían conservado el antiguo estado del alma, eran capaces de percibir conscientemente el mundo espiritual. Pero a ellos hemos de considerarlos como rezagados de un tiempo antiguo, y la característica de su conocimiento ya no era apropiada al nuevo tiempo. Pues, de las leyes de la evolución resulta que una antigua facultad anímica ha de perder su pleno significado, cuando aparecen nuevas facultades: la vida del hombre se adapta entonces a éstas, y ya no sabe valerse de las del pasado. Pero también hubo hombres que conscientemente empezaron a desarrollar, además de las ya adquiridas fuerzas del intelecto y del sentimiento, facultades superiores, para volver a penetrar en el mundo espiritual-anímico. Para lograrlo, debieron dar comienzo a un método distinto del de los discípulos de los antiguos iniciados. Estos últimos aún no debían tomar en consideración las facultades anímicas que sólo se desarrollaron en la cuarta época, cuando se dieron los primeros pasos de la enseñanza espiritual descrita en este libro como la de nuestro tiempo. Mas ésta se encontraba entonces precisamente, en sus principios; pues su verdadero cultivo no la pudo alcanzar, sino en la quinta época (desde los siglos XII y XIII, pero principalmente

en el siglo XV). Los hombres que de esta manera aspiraban al ascenso a los mundos superiores, lograban conocer algo de las regiones superiores de la existencia, a través de su propia imaginación, inspiración e intuición. En cambio, los que seguían con las facultades del intelecto y del sentimiento meramente, no podían conocer nada de la sabiduría de la antigua clarividencia, sino por la tradición que se transmitía oralmente o por escrito, de generación en generación.

Asimismo, los posteriormente nacidos, si no eran capaces de elevarse a los mundos superiores, sólo por dicha tradición podían conocer algo de la verdadera naturaleza del acontecimiento de Cristo. Pero con todo, también había iniciados que aún poseían las espontáneas facultades de percibir el mundo suprasensible, y que, por su propio desarrollo se elevaban al mundo superior, pero al mismo tiempo dejaban de tomar en consideración las nuevas fuerzas del intelecto y del ánimo. Por ellos se estableció la transición de la antigua forma de iniciación a la nueva. Hasta en los tiempos subsiguientes existían semejantes personalidades. Lo esencial de la cuarta época consiste precisamente en que, debido a que el alma estaba aislada del contacto directo con el mundo anímico-espiritual, se fortalecían y se vigorizaban en el hombre las fuerzas del intelecto y del sentimiento. Las almas que se encamaron en aquel tiempo, adquiriendo las fuerzas del intelecto y del sentimiento desarrolladas hasta en alto grado trajeron a su encarnación en la quinta época el fruto de tal desarrollo. En compensación de aquel aislamiento, existían entonces las extensas tradiciones de la antiquísima sabiduría, pero principalmente las de lo referente a la Venida de Cristo, dando a las almas, por la potencia de su contenido, un saber que inspira confianza, referente a los mundos superiores.

Pero siempre existían también hombres que conjuntamente con las facultades del intelecto y del sentimiento desarrollaban las fuerzas del conocimiento superior. A ellos les

correspondía adquirir el conocimiento acerca de los hechos del mundo superior; y principalmente el secreto de la Venida de Cristo. De ellos siempre fluyó en las almas de los demás hombres, justo lo que para éstos fue comprensible y útil.

En concordancia con el sentido de la evolución terrestre, el comienzo de la difusión del cristianismo debió coincidir justamente con la época en que en gran parte de la humanidad las fuerzas de la cognición suprasensible se hallaban sin desarrollar. Debido a ello, la fuerza de la tradición fue tan poderosa: esta fuerza hacía falta para despertar la confianza en el mundo suprasensible, en los hombres que no poseían la percepción propia de ese mundo. Pero siempre hubo también (con excepción de un breve intervalo en el siglo XIII) hombres capaces de elevarse a los mundos superiores, por la imaginación, inspiración e intuición. A ellos debemos considerar como los sucesores en la era cristiana de los antiguos iniciados, de los conductores y los miembros de la sabiduría de los Misterios. Aquellos tenían la misión de adquirir nuevamente, gracias a sus propias facultades, el conocimiento de lo que se había alcanzado por el antiguo conocimiento de los Misterios; y a ello debieron añadir el conocimiento de la naturaleza del acontecimiento de Cristo.

Estos nuevos iniciados adquirieron así un conocimiento que abarcaba todo lo perteneciente a la iniciación antigua. Pero en el centro de tal conocimiento resplandecía el sublime saber de los secretos de la Venida de Cristo. Semejante conocimiento no podía fluir en la vida general, sino en pequeña medida, mientras que en la cuarta época las almas humanas debían fortalecer las facultades del intelecto y del sentimiento. En virtud de ello, dicho conocimiento era, en esa época, más bien un «saber escondido». Luego comenzó la nueva época, a la que hemos de llamar la quinta: su naturaleza consiste en que las facultades intelectuales siguieron desarrollándose hasta un alto grado de perfección; y ellas continuarán desenvolviéndose en nuestro tiempo y hacia el futuro. Este

gran desarrollo se preparó lentamente a partir de los siglos XII y XIII, y aceleró su progreso desde el siglo XVI, hasta el tiempo actual. Bajo estas influencias la quinta época se convirtió en un período en que las fuerzas intelectuales se cultivaron cada vez más, mientras que la confianza en el saber de los tiempos pasados, como asimismo el conocimiento heredado, perdieron más y más su fuerza influyente sobre el alma humana. No obstante, también surgió en este tiempo lo que se puede llamar un creciente afluir en el alma humana del conocimiento suprasensible de los tiempos modernos: el «saber escondido» va fluyendo, si bien al principio casi inadvertido, en el modo de pensar de los hombres de esta época. Es lo más natural que, hasta en el tiempo actual, las fuerzas del intelecto adopten una actitud negativa frente a dichos conocimientos. A pesar de todo, sucederá lo que ha de suceder, no obstante el rechazo temporal.

En forma de un símbolo, se puede llamar al «saber escondido» el conocimiento del «Santo Grial» el que, proveniente de aquel lado, va penetrando y penetrará cada vez más en la humanidad. Quien llegue a comprender el profundo significado de dicho símbolo, tal como lo da la narrativa y la saga, encontrará que de un modo significativo representa la esencia de lo que hemos llamado el conocimiento de la moderna iniciación, en cuyo centro se halla el secreto de Cristo. Por esta razón, también podemos llamar «iniciados del Santo Grial» a los iniciados del tiempo moderno. El camino a los mundos suprasensibles, cuyos primeros grados se describen en este libro, conduce a la «ciencia del Santo Grial». Y este conocimiento tiene la peculiaridad de que sólo es posible *investigar* sus hechos, si para ello se adquieren los medios caracterizados en este libro. Pero una vez investigados, resultan comprensibles precisamente a través de las fuerzas del alma, desarrolladas en la quinta época. Es más, con el tiempo se evidenciará que en medida creciente estas fuerzas encontrarán plena satisfacción,

En cierto modo se repite en la quinta época lo que la tercera, la egipcio-caldea, aportó a la evolución de la humanidad. En aquel tiempo, el alma aún percibía ciertos hechos del mundo suprasensible; pero tal percepción estaba entonces desvaneciéndose. Pues, estaba preparándose la evolución de las fuerzas del intelecto, las que, por entonces, debían cerrar para el hombre la percepción del mundo superior. En la quinta época vuelven a revelarse los hechos suprasensibles que en la tercera se habían percibido con la conciencia opaca, pero ahora compenetrados de la fuerza del intelecto y del sentimiento personal del hombre; compenetrados además de lo que el alma puede recibir por el conocimiento de los secretos acerca de Cristo. A raíz de ello adoptan una forma bien distinta de la de entonces. Mientras que en los tiempos antiguos las impresiones de los mundos suprasensibles se habían sentido como fuerzas que impulsaban al hombre desde un mundo espiritual exterior, un mundo en que él no se encontraba, la evolución del tiempo moderno conduce a que las impresiones se sientan como las de un mundo al que el hombre va elevándose, y en que él, cada vez más, ya se encuentra. No hay que creer que la repetición de la cultura egipcio-caldea pueda realizarse de tal manera que el alma simplemente vuelva a acoger lo que entonces había existido y que ha sido transmitido de aquel tiempo. El bien comprendido impulso de Cristo hace que el alma humana que lo haya acogido se sienta, se reconozca y actúe como miembro de un mundo espiritual, fuera del cual había estado.

Al igual que de tal manera en la quinta época reaparece la tercera, para compenetrar el alma humana de lo que la cuarta había traído como algo totalmente nuevo, ocurrirá algo similar en la sexta, con respecto a la segunda, y en la séptima, con respecto a la primera, la de la antigua India. La totalidad de la maravillosa sabiduría de los antiguos indios, como entonces la habían anunciado los grandes maestros, volverá a reinar en la

por dicho conocimiento. Vivimos ahora en un tiempo en que tales conocimientos han de acogerse en la conciencia general mucho más que antes; y desde tal punto de vista se da el contenido de este libro. En la medida que la evolución de la humanidad haga suyos los conocimientos del Santo Grial, aumentará la importancia del impulso que por el acontecimiento de la Venida de Cristo ha sido dado. Al aspecto exterior de la evolución cristiana se sumará cada vez más, el *interior*, y en mayor grado se compenetrará el pensar, sentir y querer del hombre de lo que por la imaginación, la inspiración y la intuición puede conocerse sobre los mundos superiores, en su relación con el secreto de Cristo. Se revelará el «saber escondido del Santo Grial», para compenetrar cada vez más, como fuerza interior, la vida del hombre.

En el curso de la quinta época el conocimiento de los mundos suprasensibles fluirá en la conciencia humana; y al comenzar la sexta, la humanidad puede haber alcanzado nuevamente, pero en un nivel superior, lo que como percepción no sensible, en una forma aún opaca, en tiempos antiguos había poseído; mas esta nueva posesión tendrá un carácter bien distinto de la antigua. En los tiempos antiguos, el saber del alma concerniente a los mundos superiores no estaba compenetrado de fuerzas propias del intelecto y del sentimiento; pues, poseía ese saber por inspiración. En el futuro, no solamente tendrá inspiraciones, sino que las comprenderá, y las sentirá como ser de su propio ser. Cuando el alma obtenga un conocimiento acerca de este o aquel ser, o cosa, el intelecto, por su propia naturaleza, verá lo justificado de tal conocimiento; y cuando se haga valer otro conocimiento referente a un deber moral, o bien, una conducta humana, el alma se dirá: mi sentimiento se justifica ante sí mismo, sólo si también ejecuto lo que en sentido de ese conocimiento se exige. Semejante disposición del alma ha de desenvolverse en un número bastante elevado de hombres de la sexta época.

séptima época como verdad inherente a la vida de las almas humanas.

Las transformaciones que se producen en las cosas de la Tierra fuera del hombre, guardan una determinada relación con la propia evolución de la humanidad. Al término de la séptima época sobrevendrá un vuelco de la Tierra, comparable con aquel que tuvo lugar entre el período atlante y el post-atlante. Los estados evolutivos terrestres después de la transformación seguirán desenvolviéndose, como los anteriores, en siete épocas. Las almas humanas que entonces se encarnarán, vivirán, en un nivel más elevado, en comunidad con un mundo superior, al igual que los atlantes la habían vivido en un nivel más bajo. Pero únicamente estarán a la altura de las transformadas condiciones de la Tierra aquellos nombres en quienes se hayan incorporado almas de la característica que puede producirse por influencia de la época greco-latina, más la quinta, la sexta y la séptima época de la evolución postatlante. La interioridad de esas almas corresponderá a lo que hasta entonces la Tierra haya llegado a ser. Las demás almas necesariamente quedarán *retrasadas*, en contraste con las que antes hubieran podido decidirse libremente a crear para sí mismas las condiciones para poder seguir normalmente. La madurez correspondiente a las condiciones que regirán después del próximo gran vuelco, la han de alcanzar precisamente aquellas almas que al pasar de la quinta a la sexta época post-atlante se hayan creado la posibilidad de armonizar el conocimiento suprasensible con las fuerzas del intelecto y del sentimiento. En cierto modo, la quinta y la sexta época son las decisivas. Las almas que hayan alcanzado la meta de la sexta época continuarán de la manera correspondiente, su desarrollo; pero para las demás, las cambiadas condiciones de la vida de entonces, no ofrecerán sino poca oportunidad de recuperar lo perdido; y sólo en un tiempo futuro volverán a producirse condiciones que lo harán posible.

Así progresa la evolución de época en época. El conocimiento suprasensible observa no solamente las futuras transformaciones en que únicamente toma parte la Tierra, sino que también aquellas que se producen en su relación con los cuerpos celestes alrededor de ella. Vendrá un tiempo en que la evolución de la Tierra y de la humanidad habrá llegado a tal punto que las fuerzas y las entidades que durante el período lemuriano debieron desligarse de la Tierra, con el fin de posibilitar el ulterior desarrollo de los seres terrestres, podrán aunarse nuevamente con ella: la Luna volverá a unirse con la Tierra. Esto sucederá porque un número suficiente de almas humanas habrá entonces adquirido la fuerza interior necesaria para que por su influencia las fuerzas lunares se tornen fructíferas con respecto a la ulterior evolución. Esto acontecerá en una época en que, al lado del alto nivel evolutivo que un determinado número de almas humanas habrá alcanzado, se desenvolverá otra corriente, encauzada en dirección del mal. Las almas retrasadas habrán acumulado en su karma tanto terror, atrocidad y maldad que por de pronto formarán una comunidad de malignos y desviados, vigorosamente opuesta a la de los hombres buenos.

Por su evolución, la buena humanidad obtendrá la facultad de utilizar las fuerzas de la Luna, lo que también le permitirá transformar la parte maligna, de tal manera que ella, como un reino terrestre particular, podrá participar de la ulterior evolución de la Tierra. En virtud de tal trabajo de la parte buena de la humanidad, la Tierra, reunida con la Luna, después de cierto tiempo evolutivo, será capaz de volver a reunirse también con el Sol (como asimismo con los demás planetas). Y al cabo de un intervalo, cuyo estado se presenta al observador como una permanencia en un mundo superior, la Tierra se transformará en el estado evolutivo Júpiter. Dentro de éste, no existirá lo que ahora llamamos el reino mineral; las fuerzas de éste se habrán transformado en fuerzas vegetales.

346

fruto de su propio trabajo. Pues él llega finalmente a esta espiritualización como resultado de la armonía que en la quinta y sexta época de la evolución actual, el hombre establece entre las ya adquiridas fuerzas del intelecto y del sentimiento, por un lado, y el conocimiento de los mundos superiores, por el otro. Lo que de esta manera él adquiere en lo íntimo de su alma, ha de convertirse finalmente en mundo exterior. El espíritu del hombre se eleva a las majestuosas impresiones del mundo a su alrededor y primero presente, después llega a conocer detrás de esas impresiones, entidades espirituales; el corazón humano siente la infinita sublimidad de lo espiritual. Pero el hombre también puede reconocer que las experiencias interiores, del intelecto, del sentimiento y del carácter, son gérmenes de un mundo espiritual a formarse.

Quien opine que la libertad humana es incompatible con prever el porvenir, y con lo predestinado del futuro desarrollo, debiera tener presente que el futuro libre actuar del hombre no depende de cómo se presentarán las cosas predestinadas, como tampoco el libre actuar depende de su decisión de habitar después de un año una casa cuyo plano él establece ahora. Será libre en el grado que según su naturaleza interior lo puede ser, justamente en la casa que se haya construido; y en Júpiter y en Venus será libre en el grado correspondiente a su interior, precisamente dentro de las condiciones que allí hayan de formarse. La libertad no dependerá de lo predeterminado por las condiciones anteriores, sino de lo que el alma haya hecho de sí misma.

El estado evolutivo terrestre contiene todo aquello que ha venido desarrollándose dentro de los estados anteriores, los de Saturno, Sol y Luna. El hombre terrestre verifica que hay «sabiduría» en los sucesos que en torno suyo se desenvuelven, sabiduría que en ello existe como resultado de lo acontecido anteriormente. La Tierra es el estado que sucede al

348

Durante el estado jupiteriano, el reino vegetal, el que, comparado con el actual, tendrá una forma totalmente nueva, aparecerá como el más bajo de los reinos. Más hacia arriba se añadirá el igualmente transformado reino animal; después habrá un género humano descendiente de la comunidad de los malignos del período terrestre; y finalmente la comunidad descendiente de los hombres terrestres buenos, como una humanidad en un nivel superior. Gran parte del trabajo de este último reino de la humanidad consiste en que las almas caídas de la comunidad maligna, sean ennoblecidas a tal grado que aún les resulte posible unirse a la genuina humanidad.

El estado evolutivo Venus será de tal característica que en él habrá desaparecido también el reino vegetal; el más bajo será el otra vez transformado reino animal; y hacia más arriba habrá tres reinos de humanidades de distintos grados de perfección. Durante el estado Venus, la Tierra permanece unida con el Sol; en contraste con la evolución del período de Júpiter, durante el cual, en un determinado momento, el Sol vuelve a desprenderse de Júpiter, de modo que sobre él, el Sol influye desde afuera. Después, ambos vuelven a unirse; paulatinamente se produce la transformación en el estado evolutivo Venus; y durante éste se separa un cuerpo cósmico peculiar, el que contiene la suma de los seres que hasta entonces se habían opuesto a la evolución, un cuerpo cósmico que podría llamarse una «Luna incorregible», y que tona una evolución, cuyo carácter no es posible describir, puesto que se diferencia demasiado de todo cuanto el hombre pueda experimentar sobre la Tierra. Por otra parte, la humanidad desarrollada hasta entonces, pasará, en un estado plenamente espiritualizado, a la evolución de Vulcano, cuya descripción no entra en el cuadro de este libro.

Vemos que del «conocimiento del Santo Grial» resulta el más elevado ideal del desarrollo humano que podemos concebir: la espiritualización que el hombre adquiere como

347

de la «antigua Luna»; y la evolución de ésta con todo lo que a ella pertenecía, dio como resultado el «cosmos de la sabiduría». La Tierra, a su vez, es el comienzo de una evolución por la que a esta sabiduría se le añade una nueva fuerza; y ésta conducirá a que el hombre llegue a sentirse como miembro independiente de un mundo espiritual. Esto tiene su origen en que dentro del período terrestre los «Espíritus de la Forma» forman en el hombre el «Yo», al igual que en Saturno los «Espíritus de la Voluntad» formaron su cuerpo físico; en el Sol, los «Espíritus de la Sabiduría», su cuerpo vital; en la Luna, los «Espíritus del Movimiento», su cuerpo astral. Por el obrar en conjunto de los «Espíritus de la Voluntad», los de la Sabiduría y los del Movimiento» se forma lo que se manifiesta como sabiduría. El trabajo de estas tres categorías de entidades espirituales hace posible que los seres y sucesos terrestres armonicen en sabiduría con los demás seres de su mundo. Por los «Espíritus de la Forma» el hombre recibe su «Yo» independiente. Y en el futuro, éste se unirá en armonía con los seres de la Tierra, de Júpiter, de Venus y de Vulcano, por la fuerza que a través del estado terrestre se añade a la sabiduría, a saber: por la fuerza del amor. Esta fuerza del amor tiene que comenzar a formarse en el hombre terrestre; y el «cosmos de la sabiduría» va convirtiéndose en un «cosmos del amor». Todo aquello que el «Yo» pueda desenvolver en sí mismo, ha de transformarse en amor. Como «prototipo de amor», en toda su amplitud se nos revela el sublime Ser Solar, como hemos podido caracterizarlo al describir la evolución referente a Cristo. Con ello se ha colocado el germen del amor en lo más íntimo del núcleo del ser humano; y de allí ha de fluir en toda la evolución. Como la sabiduría que antes ha sido creada, se manifiesta en las fuerzas del mundo sensible exterior, o sea, en las actuales «fuerzas de la naturaleza», así también ha de manifestarse en el futuro, el amor mismo en todos los fenómenos, como una nueva fuerza natural. He aquí el secreto de

349

toda la evolución hacia el futuro: el hecho de que el conocimiento, lo mismo que todo lo que el hombre realice, sobre la base de la verdadera comprensión de la evolución constituye la simiente cuyo fruto ha de ser amor. Según cuanto fuerza de amor se genere, tanto obrar creador se realizará en el futuro. Por lo que el amor traerá al mundo, han de crearse las fuerzas que conducen al arriba descrito resultado final de la espiritualización. Y el conocimiento espiritual que fluya en la evolución de la humanidad y de la Tierra, encontrará su expresión en la cantidad de gérmenes fecundos que se formarán para el futuro. El conocimiento espiritual se transforma, por su propia naturaleza, en amor. Todo el desarrollo, tal como lo hemos descrito desde la época greco-latina, y a través de la actual, nos muestra cómo ha de realizarse esa transformación y que se ha dado comienzo a la respectiva evolución, hacia el futuro. Lo que como sabiduría se ha preparado por la evolución de Saturno, Sol y Luna, ejerce efecto en los cuerpos físico, etéreo y astral del hombre; y se manifiesta como «sabiduría del mundo»; pero en el «Yo» adopta el carácter de interioridad; la «sabiduría del mundo exterior» se convierte, a partir del estado evolutivo terrestre, en sabiduría interior del ser humano; y una vez transformada en fuerza interior, será germen del amor. La sabiduría es requisito previo del amor; y el amor es el resultado de la sabiduría renacida en el «Yo».

El que por lo aquí expuesto se viera inducido a opinar que la evolución descrita tiene un carácter fatalista, lo interpretaría mal. Quien por ejemplo, piense que con semejante evolución, una determinada cantidad de seres humanos estaría condenada a pertenecer al reino de la «humanidad maligna», no advierte cómo con esta evolución se forma la relación recíproca de lo sensorio con lo anímico espiritual. Pues, dentro de ciertos límites, lo sensorio y lo anímico-espiritual forman distintas corrientes evolutivas. Las formas de lo «maligno humano» se desenvuelven por las fuerzas inherentes a la

corriente sensoria; y para una alma humana sólo existirá la necesidad de encarnarse en tal dirección, si ella misma ha creado las condiciones correspondientes. Pero igualmente podría darse el caso de que las formas creadas por las fuerzas de lo sensorio no encontrasen a almas humanas provenientes de tiempos anteriores, porque éstas serían demasiado buenas como para encarnarse en tales cuerpos. Estas formas, en lugar de acoger tales almas humanas, tendrían entonces que recibirlas desde el universo. Las formas caracterizadas sólo recibirán almas humanas, si éstas se han preparado para tal encarnación. Es que en este campo, al conocimiento suprasensible simplemente le incumbe decir lo que ve; y esto consiste en que en el aludido porvenir existirán dos reinos de humanidad, uno bueno y otro maligno; en cambio, no corresponde el que dicho conocimiento deduzca, de un modo intelectual, del estado de las almas del presente, las condiciones de otro futuro a formarse por necesidad natural. Por dos caminos, separados uno del otro, el conocimiento suprasensible tiene que investigar la evolución de las formas humanas, y la del destino de las almas; introducir las y confundirlas dentro de la concepción del mundo, sería como un resto del modo de pensar materialista, el que, si existiera, significaría un grave incursión de éste en la ciencia de lo suprasensible.

ASPECTOS PARTICULARES DEL AMBITO DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

EL CUERPO ETEREO DEL HOMBRE

Cuando por la percepción suprasensible se observan miembros superiores del ser humano, tal percepción jamás es totalmente análoga a la que se hace mediante los sentidos exteriores. Cuando el hombre, tocando un objeto, tiene la sensación de calor, hay que distinguir entre lo que emana del objeto, o sea, lo que en cierto modo fluye de éste, y lo que se experimenta en el alma. El sentimiento anímico interior correspondiente a la sensación de calor, se diferencia del calor que fluye del objeto. Imaginémosnos ahora tal experiencia del alma, por sí sola, sin el objeto exterior. Imaginémosnos la experiencia -pero de carácter anímico, precisamente- la sensación de calor en el alma, sin que un objeto físico exterior sea el motivo para ello. Si tal experiencia anímica existiera simplemente, sin un motivo para ello, se trataría de una vivencia imaginaria. Es que el discípulo de la ciencia espiritual experimenta semejantes percepciones interiores, sin motivo físico; ante todo, sin que la causa exista en su propio cuerpo. Pero, para un determinado grado de desarrollo, ellas se presentan de tal manera que él sabe (por la experiencia misma, como lo hemos mostrado) que esa percepción interior no es de índole imaginaria, sino que se debe al obrar de una entidad espiritual-anímica de un mundo exterior suprasensible, comparable a cómo la sensación de calor puede producirse por un objeto exterior, físico-sensorio.

En el mismo sentido, cuando se trata de la percepción de un color, también hay que distinguir entre el color mismo, perteneciente al objeto exterior, y la sensación que se produce en el alma. Representese el lector la sensación interior que el alma experimenta cuando percibe un objeto rojo del mundo exterior físico-sensorio. Representese, además, que luego guarda el vivo recuerdo de la impresión, mientras aparta la vista de dicho objeto. Imagínese después, como experiencia interior, lo que como representación del color queda en el recuerdo. Así hará la distinción entre la experiencia interior suscitada por el color, y el color externo. En cuanto a su contenido, las experiencias interiores se diferencian absolutamente de las impresiones sensoriales exteriores. Pues aquéllas tienen el carácter de los sentimientos de dolor y de alegría, mucho más que la impresión sensorial común. El lector imagínese ahora semejante experiencia que se tiene en el alma, y que surge sin que exista como motivo para ello un objeto exterior físico-sensorio, o bien, el recuerdo de tal objeto. A través del conocimiento suprasensible, el hombre puede tener semejante experiencia; y en tal caso también puede saber que no se trata de un sentimiento imaginario, sino que en ello se expresa una entidad anímico-espiritual. Y si esa entidad anímico-espiritual provoca la misma impresión que un objeto rojo del mundo físico-sensorio, otorguémosle entonces a aquélla la denominación «rojo». Pero ante el objeto físico-sensorio siempre existirá primero la impresión exterior, y luego la sensación interior del color. En cambio, en la verdadera visión suprasensible del hombre de nuestro tiempo, necesariamente ocurre lo opuesto: primero se presenta la experiencia interior, en forma vaga, al igual que el mero recuerdo de un color; y después una imagen cada vez más viva. Cuanto menos se concentre la atención en que el suceso tiene que producirse de esta manera, tanto menos se podrá distinguir entre la real percepción espiritual y una impresión imaginaria (ilusión, alucinación, etc.). Depende del desarrollo que la facul-

tad cognoscitiva haya alcanzado, la intensidad que tendrá la imagen de tal percepción anímico-espiritual; es decir, si ella permanece muy vaga, como una representación sombría, o si la impresión resulta tan intensa como la de un objeto exterior.

Ahora bien, la impresión general que el vidente obtiene del cuerpo etéreo humano, puede describirse como sigue: Quién, con la facultad del conocimiento suprasensible, haya alcanzado tal firmeza de voluntad que, a pesar de que se encuentre ante él un hombre físico, pueda abstraer la atención de lo que ve el ojo físico, será capaz, mediante la conciencia suprasensible, de dirigir la mirada al espacio en que dicho hombre se halla. Se requiere, por supuesto, un enorme aumento de la fuerza de voluntad para apartar la atención, no solamente de lo que se piensa, sino de algo que físicamente se halla presente, y para lograr que la impresión física quede totalmente borrada. Pero tal aumento es posible y se produce por los ejercicios para el conocimiento suprasensible. El que lo alcance podrá, ante todo, obtener la impresión general del cuerpo etéreo. En su alma surge la sensación interior similar a la que aproximadamente tiene cuando percibe el color de la flor de durazno; y esta sensación se intensifica a tal grado, que ello le permite decir: el cuerpo etéreo tiene el color de la flor de durazno. Luego también percibe los distintos órganos y corrientes del cuerpo etéreo. Pero igualmente se puede dar una ulterior descripción del mismo, refiriéndose a las experiencias del alma, correspondientes a sensaciones de calor, impresiones sonoras, etc. Pues no se trata únicamente de un fenómeno de color. En el mismo sentido pueden describirse el cuerpo astral y los demás miembros constitutivos de la entidad humana. Quien lo tome en consideración, comprenderá cómo deben tomarse las descripciones que se dan en el sentido de la ciencia espiritual (Compárese esto con lo expuesto en el capítulo «La Naturaleza de la Humanidad»).

EL MUNDO ASTRAL

En tanto se observe el mundo físico solamente, la Tierra, como morada del hombre, aparece como si fuera un cuerpo cósmico separado. Pero cuando el conocimiento suprasensible se eleva a otros mundos, ya no existe tal posición particular. En virtud de ello hemos podido decir que a través de la imaginación se percibe, conjuntamente con la Tierra, el estado lunar desarrollado hasta el presente. El mundo en que de esta manera se penetra es de tal característica que a él pertenece, no solamente lo suprasensible de la Tierra, sino que este mundo contiene, además, otros cuerpos cósmicos, los que físicamente se hallan apartados de la Tierra. Por medio del conocimiento de los mundos suprasensibles se observa, por lo tanto, no solamente lo suprasensible de la Tierra, sino *por de pronto* también lo suprasensible de otros cuerpos cósmicos. (El hecho de que por de pronto se trata de la observación de lo suprasensible de otros cuerpos cósmicos, lo debiera tener en cuenta quien tienda a preguntar: ¿por qué el vidente no dice nada acerca de las condiciones reinantes sobre el planeta Marte? En tal caso, el interrogador está pensando en las condiciones físico-sensorias.) En sentido de lo expuesto también hemos podido hablar en este libro sobre determinada correlación de la evolución terrestre con la de Saturno, Júpiter, Marte, etc.

Cuando el sueño retiene dentro de su dominio al cuerpo astral humano, éste no pertenece únicamente a los estados terrestres, sino a mundos de los cuales participan, además, otras partes del universo (mundos estelares). Es más, estos mundos influyen sobre el cuerpo astral incluso durante el estado de vigilia. En virtud de ello aparecerá justificado darle el nombre de «cuerpo astral».

DE LA VIDA DEL HOMBRE DESPUES DE LA MUERTE

En uno de los capítulos de este libro nos hemos referido al tiempo durante el cual, después del instante de la muerte, el cuerpo astral permanece unido con el cuerpo etéreo. Durante ese tiempo existe el recuerdo que gradualmente se desvanece, de toda la vida que se acaba de terminar (compárese con lo expuesto en el capítulo «El sueño y la muerte»). La duración de ese tiempo es distinta en los distintos hombres. Depende de la fuerza con que en cada individuo el cuerpo astral retenga adherido a sí el etéreo, o sea, del dominio que aquél ejerza sobre éste. El conocimiento suprasensible puede obtener una impresión de esta fuerza, cuando observa a un hombre el que, en realidad, según su estado anímico-corpóreo, tendría que dormirse, pero que no obstante, se mantiene despierto gracias a la energía interior. Pues, se evidencia que distintos hombres son capaces de mantenerse despiertos durante distintos lapsos de tiempo, sin ser vencidos por el sueño. Tanto tiempo como el que un hombre, en caso extremo y de absoluta necesidad, puede mantenerse despierto, tanto tiempo dura después de la muerte el recuerdo de la vida recién transcurrida, esto quiere decir la coherencia con el cuerpo etéreo.

Después de la muerte, al haberse desligado el cuerpo etéreo del ser humano, (véase el capítulo «El sueño y la muerte»), no obstante, subsiste algo que se puede denominar, digamos, un extracto o una esencia del mismo. Este extracto contiene los frutos de la vida concluida, y es el portador de todo lo que durante la evolución espiritual del hombre, entre la muerte y un nuevo nacimiento, se desenvuelve como un germen para la vida futura (véase el referido capítulo).

La duración del tiempo entre la muerte y un nuevo nacimiento (véase el referido capítulo) se determina por la circunstancia de que el «Yo» suele volver al mundo físico-sensorio cuando éste, en el ínterin, se haya transformado a tal punto que el «Yo» tenga la posibilidad de hacer *nuevas* experiencias. Durante el tiempo que el «Yo» permanece en las regiones espirituales, el escenario de la Tierra, como morada del hombre, cambia. En una dirección, este cambio se relaciona con los grandes cambios en el universo: con cambios que tienen lugar en cuanto a la posición de la Tierra frente al Sol, etc. Pero a este respecto se trata de cambios que involucran determinados sucesos que se repiten y que tienen que ver con nuevas condiciones, las que encuentran su expresión, por ejemplo, en que en el transcurso de 26.000 años aproximadamente el punto vernal de la salida del Sol describe un completo movimiento circular, quiere decir que en el curso de dicho tiempo, el punto vernal se mueve a través de las distintas regiones del cielo. Al cabo de la duodécima parte del referido período, o sea en 2100 años aproximadamente, las condiciones de la Tierra han cambiado a tal grado que en ella, después de una encarnación anterior, pueden hacerse nuevas experiencias. Pero en vista de que la característica de las experiencias del hombre difiere, según que él se encame como mujer o como hombre; por *regla general* tienen lugar dos encarnaciones, dentro de dicho período, una como hombre y otra como mujer. Sin embargo, estos hechos también dependen de la índole de las fuerzas que de la vida terrenal el hombre lleva consigo al pasar por la muerte. Por lo tanto, todo lo que a este respecto aquí se indica, ha de interpretarse como valedero en lo esencial, mientras que en lo individual cambia de la más variada manera. Pero la duración del tiempo que el Yo humano permanece en el mundo espiritual entre la muerte y un nuevo nacimiento, depende tan sólo en un respecto de las citadas condiciones en el universo; en otro sentido, depende de los estados evolutivos por los que durante

ese tiempo el hombre pasa. Después de cierto tiempo, dichos estados conducen al «Yo» a una disposición espiritual que ya no encuentra satisfacción en su íntima vida espiritual, sino que suscita el anhelo de aquel cambio de conciencia que se satisface en el mirarse en el espejo de la experiencia física. El entrar del hombre en la vida terrenal se produce a consecuencia de esa sed de encarnarse, conjuntamente con la posibilidad que se le ofrezca según las condiciones en el universo, para encontrar la corporalidad correspondiente. El encarnarse se produce, según las dos condiciones: una que consiste en la probabilidad de encontrar una encarnación adecuada, aunque la «sed» todavía no haya alcanzado el grado respectivo, la otra que rige después de que la «sed» haya rebasado la intensidad normal, y la encarnación tiene lugar porque en el momento respectivo no había sido posible. Con estas condiciones tiene que ver el estado anímico general en que una persona se halle debido a su naturaleza física.

EL CURSO DE LA VIDA HUMANA

La vida del hombre, tal como aparece en la sucesión de los distintos estados entre el nacimiento y la muerte, sólo se comprenderá perfectamente si se toma en consideración, no solamente el cuerpo físico-sensorio sino también los cambios que se producen en los principios suprasensibles de la naturaleza humana. Estos cambios pueden calificarse de la siguiente manera. El nacimiento físico se caracteriza como un desligarse del hombre de la envoltura física materna. Ciertas fuerzas que antes del nacimiento el germen del hombre tenía en común con el cuerpo de la madre, existen después del nacimiento sólo en el niño mismo, como fuerzas independientes. Pero en el curso de la vida se producen, para la percepción suprasensible, fenómenos suprasensibles similares a los sensibles en el momento del nacimiento físico. En efecto, aproximadamente hasta la segunda dentición (a los seis o siete años de edad) el hombre se halla, con respecto a su cuerpo etéreo, dentro de una envoltura etérea; y ésta se separa en dicha etapa de la vida: tiene lugar un «nacimiento» del cuerpo etéreo. Pero a partir de entonces el hombre permanece dentro de una envoltura astral, la que se separa entre los doce y los dieciséis años de edad (al producirse la madurez sexual), cuando tiene lugar el «nacimiento» del cuerpo astral. Todavía más tarde nace realmente el «Yo». (En mi opúsculo «La educación del niño desde el punto de vista de la ciencia espiritual» se exponen los aspectos que resultan de estos hechos suprasensibles como fructíferos para la educación. Allí mismo también se encuentran ulteriores consideraciones a los que aquí sólo podemos aludir). Después del nacimiento del «Yo», el hombre vive de tal manera que él

ocupa su lugar y se dedica a sus actividades dentro de las condiciones del mundo y de la vida, conforme a las fuerzas de los miembros que actúan a través del «Yo»: el alma sensible, el alma racional y el alma consciente. Más tarde llega el tiempo en que el cuerpo etéreo comienza a involucionar, entrando en la fase regresiva del desarrollo habido desde los siete años de edad. Mientras que el cuerpo astral al principio se desarrolla de tal manera que primero desenvuelve lo que como predisposición existía en el momento del nacimiento, y que después del nacimiento del «Yo» se enriquece por las experiencias en el mundo exterior, comienza a nutrirse espiritualmente, a partir de un determinado momento, de lo que proviene del propio cuerpo etéreo: le quita fuerzas al cuerpo etéreo. En el ulterior curso de la vida, el cuerpo etéreo, a su vez, comienza a quitarle fuerzas al cuerpo físico. Con este hecho se relaciona el decaimiento de este último, en la senectud.

Según lo expuesto, el curso de la vida humana se divide en tres partes: una etapa en que se desenvuelven el cuerpo físico y el etéreo, después aquella en que evolucionan el cuerpo astral y el «Yo», y finalmente aquella en que involucionan el cuerpo etéreo y el físico. El cuerpo astral, ciertamente toma parte en todos los sucesos entre el nacimiento y la muerte. Sin embargo, debido a que en realidad espiritualmente sólo nace entre los doce y los dieciséis años de edad, y que en la última etapa de la vida se nutre de fuerzas de los cuerpos etéreo y físico, se desarrolla lo que sus propias fuerzas le permiten hacer, más lentamente de lo que sería el caso si no se encontrara dentro de los cuerpos físico y etéreo. A raíz de ello, después de la muerte, habiéndose desligado el cuerpo físico y el etéreo, la evolución durante el tiempo de purificación (compárese con el capítulo «El sueño y la muerte») se lleva a cabo de tal modo que dura aproximadamente un tercio del tiempo de la vida entre el nacimiento y la muerte.

LAS REGIONES SUPERIORES DEL MUNDO ESPIRITUAL

Por medio de la imaginación, la inspiración y la intuición el conocimiento suprasensible asciende paulatinamente a las regiones del mundo espiritual en que llega a conocer los seres que toman parte en la evolución del mundo y de la humanidad. Y a raíz de ello también tienen la posibilidad de «guiar» la evolución del hombre entre la muerte y un nuevo nacimiento, a tal punto que ella resulte comprensible. Pero hay regiones de la existencia todavía más elevadas a las que aquí sólo podemos aludir brevemente: Cuando el conocimiento suprasensible se ha elevado hasta la intuición, vive en un mundo de seres espirituales, los que también pasan por distintos grados de evolución. Lo que tiene que ver con la vida de la humanidad actual, se extiende, en cierto sentido, hacia arriba hasta el mundo de la intuición. Pero mundos aún más elevados también influyen sobre el hombre en el curso de su evolución entre la muerte y un nuevo nacimiento. Mas estas influencias no le llegan directamente, sino que los seres del mundo espiritual las hacen llegar a él. Por la característica de estos seres, se llega a conocer todo lo que en el hombre sucede. Lo que concierne a ellos, aquello que necesitan para sí mismos con el fin de guiar la evolución humana, sólo es posible observarlo mediante una cognición superior a la intuición. De este hecho resulta que existen mundos cuya naturaleza hemos de representarnos de tal modo que las ocupaciones espirituales que en la Tierra son las supremas, allí pertenecen a las inferiores. Por ejemplo: dentro de lo terrenal, decisiones basadas en la razón pertenecen a lo más alto, en cambio, las fuerzas del reino mineral, a lo más bajo. En aquellas regiones sublimes, decisiones basadas en la razón, están aproximadamente al mismo nivel que las fuerzas minerales en la Tierra. Por encima del ámbito de la intuición se halla la región en que, en virtud de causas espirituales, se teje el plan del universo.

Si hemos dicho (compárese con pág. 55 y subsiguientes) que el «Yo» influye sobre los miembros constitutivos del ser humano, el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral, transformándolos en sentido inverso en el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu, se trata del obrar del Yo sobre la entidad humana, por medio de las facultades más elevadas, cuyo desarrollo sólo ha comenzado en el curso de los estados terrestres. Pero a esta transformación precede otra, en un nivel inferior, por la que se forman el alma sensible, el alma racional y el alma consciente. Pues, mientras en el curso de la evolución humana se forma el alma sensible, se producen cambios en el cuerpo astral; la formación del alma racional encuentra su expresión en transformaciones del cuerpo etéreo; y la del alma consciente, en transformaciones del cuerpo físico. Lo relatado en este libro acerca de la evolución terrestre, contiene también los detalles con respecto a estas transformaciones. En cierto sentido se puede decir: el alma sensible se basa en un cuerpo astral transformado; el alma racional, en un cuerpo etéreo transformado; el alma consciente, en un cuerpo físico transformado. Pero también se puede decir que estos tres miembros del alma son partes del cuerpo astral, puesto que, por ejemplo, el alma consciente sólo es posible por el hecho de ser una entidad astral en un cuerpo físico adecuado a ella. El alma consciente vive una vida astral en un cuerpo físico conformado como para servirle de morada.

EL SENDERO QUE CONDUCE A CONOCIMIENTOS SUPRASENSIBLES

Al sendero que conduce a la adquisición del conocimiento de los mundos suprasensibles, como en este libro ha sido descrito detalladamente, también se le puede llamar el «sendero inmediato del conocimiento». Además del mismo hay otro al que se puede designar como el «sendero del sentimiento». Sin embargo, sería erróneo creer que el primero nada tiene que ver con el desarrollo del sentimiento. Por el contrario, conduce a la máxima intensificación del sentir. Pero el «sendero del sentimiento» apela directamente al mero sentimiento, y de él trata de elevarse al conocimiento. Se basa en que el sentimiento al que durante cierto tiempo el alma se abandona enteramente, ha de transformarse en conocimiento, en una visión imaginativa. Por ejemplo, cuando el alma durante semanas, meses o más tiempo, vive enteramente con el sentimiento de la devoción, el contenido de tal sentimiento se transforma en una imagen. Ciertamente, por un progresivo entregarse a semejantes sentimientos, es posible encontrar el camino que conduce a las regiones suprasensibles. Sin embargo, para el hombre de nuestro tiempo, dentro de las condiciones corrientes de la vida, no es fácil realizarlo. Es casi indispensable que para ello exista soledad y el retirarse de la vida cotidiana de nuestro tiempo, ya que, las impresiones que esta vida trae consigo estorban, principalmente en el comienzo del desarrollo, lo que el alma consigue por el sumergirse en determinados sentimientos. En contraste con ello, el sendero del conocimiento descrito en este libro, es practicable en cualquier situación de la vida del presente.

EL ENSUEÑO

En el capítulo «El sueño y la muerte» en cierto sentido ha sido caracterizado el estado del ensueño, el que, por un lado, ha de considerarse como un remanente de la antigua conciencia en imágenes, como el hombre la poseía durante la evolución lunar e incluso durante gran parte de la evolución terrestre. Es que la evolución progresa de tal manera que estados de tiempos pasados se hacen notar hasta en tiempos posteriores. Y en este sentido aparece ahora en el soñar del hombre un remanente de lo que antes había sido en estado normal. Pero hacia otro lado, este estado es a la vez distinto de la antigua conciencia en imágenes, pues, al haberse desarrollado el Yo, el efecto de éste también se hace notar en los procesos del cuerpo astral los que en el hombre durmiente tienen lugar durante el soñar. A consecuencia de ello se nos presenta en el ensueño una conciencia en imágenes modificada por la presencia del Yo. Por otra parte, puesto que el Yo durante el soñar no ejecuta conscientemente su obrar sobre el cuerpo astral, hay que tener presente que en sentido de la ciencia espiritual nada de lo perteneciente al ámbito del ensueño, deberá considerarse como algo que en verdad pudiese conducir al conocimiento de los mundos suprasensibles. Lo análogo ocurre con respecto a lo que frecuentemente se designa como visión, presentimiento, o la «segunda vista». Estos estados se producen cuando el «Yo» no interviene, y debido a ello surgen remanentes de antiguos estados de conciencia. En la ciencia espiritual, éstos no pueden hacerse valer; pues lo que en ellos se observa, no puede considerarse como resultado genuino de ella.

LA OBSERVACION DE ACONTECIMIENTOS Y SERES ESPECIALES DEL MUNDO ESPIRITUAL

Puede hacerse la pregunta si la sumersión interior y los otros medios descriptos para la adquisición del conocimiento suprasensible únicamente permiten la observación del ser humano entre la muerte y un nuevo nacimiento, o también, en general, otros sucesos espirituales; o si asimismo permiten observar bien definidos sucesos y seres particulares, como por ejemplo, a un determinado difunto. A ello corresponde responder: Quien, por los medios descriptos, adquiere la facultad para la observación del mundo espiritual, también puede llegar a observar hechos particulares que en dicho mundo tienen lugar. Adquiere la capacidad para entrar en relación con almas que entre la muerte y un nuevo nacimiento viven en el mundo espiritual. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en sentido de la ciencia espiritual, lo indicado no debe emprenderse sino únicamente después de haber pasado por la regular enseñanza para el conocimiento suprasensible; puesto que sólo entonces se es capaz de distinguir, con respecto a sucesos y entidades particulares, entre ilusión y realidad. Quien, sin la correcta enseñanza, intente observar algo particular podrá ser víctima de muchos engaños. Hasta lo más elemental: la comprensión de cómo deben interpretarse las impresiones de hechos particulares del mundo suprasensible, no es posible sin una enseñanza espiritual avanzada. La enseñanza que conduce a los mundos superiores, para la observación de lo descrito en este libro, también hace posible seguir el desarrollo de la vida después de la muerte, de un alma en particular; como asimismo, observar y comprender a

todos y cada uno de los seres espiritual-ánimicos que desde los mundos ocultos influyen sobre los manifestos. Pero la certera observación precisamente de lo particular y lo individual sólo es posible sobre la base general de los grandes hechos del mundo y de la humanidad, los que son de importancia para todo hombre. Quien anhele adquirir una cosa, sin querer alcanzar la otra, está en un error. Pertenecer, por cierto, a las experiencias que con respecto a la observación del mundo espiritual es menester hacer: que el penetrar en aquellas regiones de la existencia suprasensible, a las que antes que nada se *anhela* llegar, no alcanzará sino después de haberse esforzado por los serios y difíciles caminos concernientes a los problemas generales del conocimiento, en conocer aquello que nos hace comprender el sentido de la vida. Sólo al haber emprendido estos caminos, impulsado por el puro, desinteresado afán de conocimiento, se habrá alcanzado la madurez para observar los hechos y seres particulares, cuya percepción, sin dicho requisito, no sería más que la satisfacción de un deseo egoísta, aunque tal persona se haga creer a sí misma que sólo por amor -por ejemplo a un difunto- haya aspirado a la visión del mundo espiritual. La percepción de lo particular sólo la obtendrá el que a través del serio interés por las verdades generales de la ciencia espiritual haya adquirido la posibilidad de recibir, enteramente sin deseos egoístas, también lo particular, como una verdad científica objetiva.

(referente a pág. 59) No es posible trazar un límite fijo entre los cambios que por el obrar del Yo se producen en el cuerpo astral, y los que tienen lugar en el cuerpo etéreo. Los unos van asemejándose a los otros. Cuando una persona aprende algo, adquiriendo a través de ello cierta facultad de juicio, se produce un cambio en el cuerpo astral; pero si tal juicio implica un cambio de su estado anímico, de modo que esta persona, a raíz de lo aprendido, se acostumbra a *sentir* de un modo diferente de antes, existe un cambio en el cuerpo etéreo. Todo aquello que el hombre hace suyo, convirtiéndolo en posesión humana (*menschliches Eigentum*), de tal manera que él siempre de nuevo lo puede recordar, reside en un cambio del cuerpo etéreo. Lo que paso a paso se convierte en firme tesoro de la memoria, se basa en que el trabajo para el desarrollo del cuerpo astral, se transmite al cuerpo etéreo.

(referente a pág. 68) La relación que existe entre el sueño y el *cansancio* frecuentemente no se considera en concordancia con los hechos, pues, se piensa que el sueño se produce debido al cansancio. Que en ello se trata de una idea demasiado simple, lo muestra el hecho de que muchas veces, una persona sin estar cansada, se duerme cuando está oyendo una disertación que no le interesa, o bien, en un caso parecido. Quien pretenda que precisamente la disertación (o cosa similar) provoca el cansarse de tal persona, explica la cosa según un método carente de toda seriedad científica. La observación libre de prejuicios seguramente ha de llegar a la conclusión de que la vigilia y el sueño constituyen relaciones distintas del alma con el cuerpo, las que en el regular curso de la vida deben establecerse en sucesión rítmica de un modo análogo a como alternan las oscilaciones de un péndulo. La observación sin prejuicios da a conocer que el colimarse el alma de las impresiones del mundo exterior, suscita en ella el deseo de entrar, después de tal estado, en otro en que ella se abandona al goce de la propia corporeidad. Alternan los

OBSERVACIONES ESPECIALES

(referente a pág. 50) Consideraciones como las expuestas acerca de la facultad del recuerdo, fácilmente pueden entenderse mal, pues quien sólo considere los sucesos exteriores, no notará sin más, la diferencia entre lo que ocurre en el animal, y hasta en la planta, cuando tiene lugar algo que se parece a la recordación, por un lado, y, por el otro, lo que aquí caracterizamos como recuerdo efectivo en el hombre. Ciertamente, cuando el animal ejecuta un acto por tercera, o cuarta vez, etc., puede ser que existiera el recuerdo, e incluso el haber aprendido tal cosa. Hasta existen naturalistas y sus adeptos que extienden el concepto del recuerdo o de la memoria a tal punto que opinan: el polluelo, al salir del huevo, sabe recoger los granitos, moviendo la cabeza y el cuerpo con la debida agilidad, lo que no puede haber aprendido dentro del huevo, sino a través de los miles y miles de seres ascendientes (como lo sostiene por ejemplo Ewald Hering, (1834-1918). El fenómeno en cuestión puede considerarse como algo que se parece al recuerdo. Pero jamás se llegará a la verdadera comprensión de la entidad humana si no se toma en consideración lo que en el ser humano tiene lugar como el proceso de que algo vivido en el pasado realmente se percibe en tiempos posteriores, y no meramente como un influir de estados del pasado en otros futuros. Aquí en este libro llamamos recuerdo a dicha *percepción* de lo pasado, no simplemente aunque sea en estado modificado al reaparecer de lo pasado en lo posterior. Si se quisiera emplear el término «recuerdo» ya para los procesos en los reinos vegetal y animal, habría que tener otro para el ser humano. Lo que importa en cuanto a lo expuesto en este libro, no es el término, sino el hecho de que para la comprensión de la naturaleza del ser humano es preciso reconocer la diferencia. Tampoco corresponde reaccionar capacidades o actos de animales de aparente singular inteligencia, con lo que aquí llamamos recordación.

dos estados: el entregarse a las impresiones exteriores, con el abandonarse a la propia corporeidad. Inconscientemente se produce en el primero el deseo del segundo, el que a su vez transcurre en lo inconsciente. El deseo del goce de la propia corporeidad se expresa en el cansancio. Por lo tanto, habría que decir: me siento cansado porque deseo dormir y no: quiero dormir, porque me siento cansado. Como la costumbre conduce a que el alma humana pueda producir también a voluntad los estados que en la vida normal surgen como una necesidad, resulta posible que ella, al insensibilizarse ante una determinada impresión exterior, suscite en sí misma el deseo del goce de la propia corporeidad; es decir, se duerme, aunque el estado interior del hombre no da ningún motivo para ello.

(referente a la pág. 103) Cuando decimos que si las aptitudes personales del hombre obedecieran a la ley de la mera «herencia», tendrían que aparecer, no al final sino al principio del linaje consanguíneo, tal aserción fácilmente podría entenderse mal. Podría decirse: pues bien no es posible que aparezcan, porque primero tienen que desarrollarse. Pero esto no es un argumento válido, pues, para probar que algo ha sido heredado de un antepasado hay que mostrar que en el descendiente reaparece lo que antes ya existió. Si efectivamente se mostrara que al principio de una línea consanguínea existió lo que en descendientes vuelve a aparecer, se podría hablar de transmisión hereditaria, pero no cuando al final aparece algo que no existía. Con la inversión de la frase hemos querido mostrar que en este caso se trata de una idea imposible.

(referente a la pág. 123) En diversos pasajes de este libro se ha descrito que la evolución del mundo a que el hombre pertenece y la de él mismo pasan por estados que hemos designado con los nombres de Saturno, Sol, Luna, Tierra, Júpiter, Venus, Vulcano. También nos hemos referido a la relación que existe entre la evolución humana y los cuerpos celestes juntos a la Tierra, los que hemos señalado como

Saturno, Júpiter, Marte, etc.. Se entiende que estos últimos también evolucionan. Actualmente han alcanzado un grado evolutivo según el cual sus partes físicas se muestran a la percepción como aquello que en la astronomía física se llama Saturno, Júpiter, Marte, etc. Considerado en sentido de la ciencia espiritual, el Saturno actual se nos presenta en cierto modo, como una reincorporación de lo que fue el *Saturno* antiguo, y que se formó porque antes de la separación del Sol de la Tierra existieron ciertas entidades las que no pudieron tomar parte en esa separación, porque habían adquirido de las calidades correspondientes a la evolución saturnal tanto que *no* pudieron tener su morada donde particularmente se desenvuelven las propiedades solares. Por otra parte, el *Júpiter* actual se formó porque existieron seres con propiedades que dentro de la evolución del universo sólo podrán desarrollarse en el Júpiter del futuro. Para ellos se creó una morada en que ya pueden anticipar tal futura evolución. *Marte*, a su vez, es un cuerpo celeste donde habitan seres que pasaron por la evolución lunar con el resultado de que un ulterior progreso sobre la Tierra no podría proporcionarles nada nuevo. Marte es una reincorporación de la antigua Luna en un nivel evolutivo más elevado. El *Mercurio* actual es la morada de seres de evolución más adelantada que la terrestre, pero precisamente por el hecho de que ellos desarrollaron determinadas cualidades terrestres en forma superior a la que sobre la Tierra es posible alcanzar. De un modo similar, el actual planeta *Venus* es una anticipación profética del futuro estado evolutivo de Venus. En virtud de todo esto se justifica el haber dado a los estados evolutivos anteriores y posteriores al de la Tierra, los nombres de sus actuales representantes en el universo. Se sobreentiende que opondrá muchos reparos a lo aquí expuesto quien, al establecerse un paralelo entre los estados evolutivos de Saturno, Sol, etc. (según la visión suprasensible) y los cuerpos celestes físicos que llevan el mismo nombre, querrá someterlo al juicio del

intelecto desarrollado por la observación de la Naturaleza exterior. Pero así como existe la posibilidad de representarse, por los medios que ofrece la matemática, la imagen que ofrece nuestro sistema solar, como sucesos en el espacio y el tiempo, así también al conocimiento suprasensible le es dado impregnar de contenido anímico el concepto matemático; y en virtud de ello éste se presentará de tal manera que el citado paralelismo ha de resultar factible.

Pero este impregnar de contenido anímico le es también inmanente al ulterior desarrollo del exacto método de las ciencias naturales. Actualmente, este método todavía se limita a buscar la relación recíproca del sistema solar y la Tierra, sobre la base de conceptos puramente matemático-mecánicos. Al hacerlo, la ciencia natural del futuro será, por sí misma, conducida a ideas que amplían lo mecánico hacia lo anímico. Para mostrar, *lo que absolutamente se podría hacer*, que ya sobre la base de las actuales ideas de la ciencia natural, tal ampliación debiera hacerse, sería menester escribir un libro sobre el tema. Aquí sólo podemos aludir a lo que entra en consideración; y ello por cierto puede conducir a que lo aludido quede expuesto a malentendidos. Pues, el que la ciencia espiritual *tan sólo aparentemente* no concuerda con la ciencia natural, se debe a que ésta en el presente todavía no está dispuesta a formarse ideas como lo exige no solamente el conocimiento suprasensible, sino en realidad también aquel conocimiento que se atiene a lo sensorio. El observador sin prejuicios, encontrará por todas partes, dentro de los resultados de observación científico-natural, referencias a otros campos de observación, puramente materiales, las que en el futuro han de ser objeto de investigación en sentido de las ciencias naturales; y a través de tal estudio se evidenciará que la observación de la naturaleza confirma plenamente lo revelado por la visión suprasensible, en cuanto este conocimiento suprasensible se relaciona con hechos o sucesos del mundo suprasensible que se manifiestan en lo sensorio.

INDICE

	Pág.
Prefacio para la primera edición (1909)	3
Prefacio para la cuarta edición (1913)	10
Prólogo a la séptima edición (1920)	17
Prólogo a la decimosexta edición (1925)	18
El carácter de la Ciencia Oculta	25
La naturaleza de la humanidad	41
El sueño y la muerte	64
La evolución del mundo y el hombre	113
El conocimiento de los mundos superiores (De la iniciación)	251
Presente y futuro de la evolución del mundo y la humanidad	334
Aspectos particulares del ámbito de la ciencia espiritual	352
El cuerpo etéreo del hombre	352
El mundo astral	355
De la vida del hombre después de la muerte	356
El curso de la vida humana	359
Las regiones superiores del mundo espiritual	361
Los miembros constitutivos del ser humano	362
El ensueño	363
El sendero que conduce a conocimientos suprasensibles	364
La observación de acontecimientos y seres especiales del mundo espiritual	365
Observaciones especiales	367